
DRACENIA
Libro II



DRACENIA

LIBRO II



Edición de lectura

Colección DRACENIA



Contenido

Capítulo 1 — Una dirección para el verano 1

Capítulo 2 — Una ventaja privada 9

Capítulo 3 — Una visita que no estaba invitada 21

Capítulo 4 — La casa donde cabía uno más 30

Capítulo 5 — La respuesta que faltaba 39

Capítulo 6 — Un regreso por su cuenta 48

Capítulo 7 — Lo que se puede presumir 58

Capítulo 8 — Una voz detrás de la clase 66

Capítulo 9 — Preguntas sobre Potter 75

Capítulo 10 — Una plaza entre siete 83

Capítulo 11 — La ventaja 98

Capítulo 12 — El primer corredor cerrado 116



Contenido



Capítulo 13 — Lo que quedó en la cámara 126

Capítulo 14 — Una versión que no coincide 136

Capítulo 15 — Lo que Harry había dicho 147

Capítulo 16 — Las preguntas que llevó a casa 162

Capítulo 17 — Lo que había entre los ojos 175

Capítulo 18 — Con la cara de otro 193

Capítulo 19 — El testigo que escogía sus recuerdos 207

Capítulo 20 — La criatura de la que hablaban 221

Capítulo 21 — El nombre que Pansy no prestó 235

Capítulo 22 — Lo que Hagrid no podía prometer 247

Capítulo 23 — La puerta que no se abría con una llave 265

Capítulo 24 — El nombre que iba a escribir 274





Contenido

Capítulo 25 — Lo que había quedado sobre la mesa 283

Capítulo 26 — Fuera de la página 291

Capítulo 27 — El camino de regreso 301

Capítulo 28 — Lo que sostenía al muchacho 311

Capítulo 29 — Las preguntas podían esperar 326

Capítulo 30 — Después del ruido 339

Capítulo 31 — Lo que sí había dicho 348

Capítulo 32 — La versión del profesor 358

Capítulo 33 — Lo que Dobby quería 365

Capítulo 34 — Los que volvían 375

Capítulo 35 — Una dirección a la que volver 391

Capítulo 36 — De vuelta en casa 401

CAPÍTULO 1

Una dirección para el verano

Harry

Harry había recibido tres cartas de Ron, una de Hermione y una que no era para él, aunque Dudley seguía insistiendo en que Hedwig tenía la culpa de la última.

La equivocación era del cartero. El sobre anunciaba una oferta de ventanas para el número seis y había terminado en el cuatro. A Harry le parecía una diferencia bastante fácil de comprobar, pero su primo lo había visto en la mesa junto a una pluma blanca y decidió que aquello necesitaba una explicación más interesante.

—Tu pájaro está trayendo cosas.

—Sí —dijo Harry—. Cartas.

Dudley miró los sobres que Harry recogía antes del desayuno.

—¿De quién?

Harry dejó la publicidad en el sitio donde la había encontrado.

—De mis amigos.

Todavía le gustaba poder decirlo. Dudley frunció la boca, como si hubiera encontrado algo desagradable en un plato que no pensaba probar, y fue a buscar a su madre.

Harry subió con las cartas. Desde que había vuelto, había aprendido a distinguir las horas en que podía leerlas sin interrupciones. Antes del desayuno, Dudley aún no se acordaba de

necesitar ninguno de los juguetes rotos que había dejado en el cuarto pequeño; después, siempre aparecía una razón para entrar.

La mesa estaba junto a la ventana. Harry había logrado que el baúl cupiera al pie de la cama y había colocado los libros sobre una caja lo bastante firme para que no se venciera con el peso. La Nimbus quedaba detrás de la puerta, envuelta para que Dudley no la reconociera al asomarse. La jaula de Hedwig ocupaba un extremo de la mesa, pero la lechuza había pasado la noche fuera y no parecía tener intención de regresar antes de que desapareciera el sol.

Harry se sentó y volvió a abrir la carta más reciente de Ron. El papel se había ablandado en los pliegues. Harry lo alisó con una mano y, con la otra, se subió los lentes que empezaban a resbalarle por la nariz. Le gustaba tener aquella letra desordenada delante, tan distinta de la de los libros. Las palabras cambiaban de tamaño según el espacio que Ron había dejado y algunas se inclinaban como si también llevaran prisa. Desde abajo seguían llegando los ruidos del desayuno; Harry bajó la cabeza un poco más y empezó por la primera línea.

Su amigo había llenado casi una página con el relato de una discusión entre Fred, George y su madre. Los gemelos sostenían que no podían devolver algo a su estado original si nadie había demostrado cuál era ese estado. Ron no aclaraba qué habían hecho, aunque Harry sospechaba que la omisión era deliberada y que recibiría los detalles en cuanto supiera qué castigo les había tocado.

Al final, con la escritura apretada para no usar otra hoja, Ron había añadido que su madre decía que Harry podía pasar unos días con ellos en agosto. O antes, si le daban permiso. Tenía que contestar pronto porque ella quería organizarse.

Harry conocía aquella frase casi de memoria. La había leído al llegar la carta y otra vez antes de dormir. No sabía cómo era la casa de Ron, salvo por cosas que había contado en el colegio, pero llevaba dos días imaginando una mesa en la que no necesitara esperar a que los demás terminaran de servirse para saber cuánto le tocaba.

Abrió también la carta de Hermione. Ella estaba de vacaciones con sus padres y había encontrado una librería que, según decía, merecía una visita por sí sola. Harry sonrió al leer que había entrado únicamente a preguntar una dirección. Dos párrafos después, Hermione explicaba qué libros había comprado.

Preguntaba por su cuarto, por Hedwig y por cómo le iba con los Dursley. Harry había empezado tres veces una respuesta. No quería mentirle, pero tampoco sabía cómo contar que ahora tenía una puerta que podía cerrar sin hacer que pareciera que todo lo demás se había arreglado.

Sacó una hoja.

Le contó primero lo de la publicidad y Dudley. Después escribió que estaba intentando conseguir permiso para visitar a Ron. Al llegar a esa parte se detuvo. Hasta entonces solo había decidido pedirlo después de terminar algún trabajo, cuando su tía no estuviera molesta y su tío no pudiera oír. Cada día aparecía una razón para esperar al siguiente.

Dejó la pluma sobre la mesa. Desde abajo llegó el ruido de un cajón que Petunia cerraba con más fuerza de la necesaria.

No parecía un momento especialmente bueno. Tampoco se le ocurría uno mejor.

Petunia estaba sacando papas de una bolsa cuando Harry entró en la cocina. Junto al fregadero lo esperaban el trapo y una cubeta; después del desayuno le había dicho que limpiara el vidrio de la puerta del jardín, donde Dudley había dejado una marca de helado a la altura de la cara.

Harry tomó la cubeta.

—La parte de afuera también —dijo su tía.

—Sí. Quería preguntarte una cosa.

Petunia puso dos papas sobre la mesa y se volvió hacia él.

Harry se apresuró antes de perder la oportunidad.

—La familia de Ron me invitó a pasar unos días en su casa.

Su tía lo miró como si acabara de añadir una palabra desconocida a una lista de compras.

—¿Quién es Ron?

—Mi amigo del colegio. Te conté de él.

—No recuerdo todos los nombres que mencionas.

Harry sabía que no había mencionado muchos, pero continuó.

—Su madre dice que puedo ir si ustedes están de acuerdo. Podría dejar todo limpio antes de salir y llevarme mis cosas.

—No vas a llevarte una cubeta.

—Mis cosas del cuarto.

Petunia siguió mirándolo un momento. Harry se dio cuenta de que había preparado respuestas a un no y ninguna a la posibilidad de que le hicieran preguntas.

—¿Dónde viven?

—Cerca de un pueblo que se llama Ottery St. Catchpole.

—¿Cerca? ¿No tienen dirección?

Harry había visto a Hedwig encontrar a Ron sin que nadie le explicara por qué camino llegar. De pronto, aquello no le pareció una respuesta que pudiera darle a su tía.

—Puedo pedírsela.

Petunia empezó a guardar las papas en el cajón bajo. Harry esperaba que lo mandara al jardín, pero ella volvió a hablar.

—No voy a discutir una visita con un niño al que no conozco. Si esa señora quiere invitarte, que escriba ella. Y que diga cuándo vendría por ti y cuándo piensa devolverte.

Harry sostuvo la cubeta con las dos manos.

—¿Entonces puedo pedirle que escriba?

—Eso acabo de decir.

Ella se volvió al fregadero. Harry dio un paso hacia la puerta y regresó.

—¿Una carta normal?

Petunia lo miró por encima del hombro.

—Una carta que llegue por el correo y no deje plumas en la entrada.

Harry asintió antes de que se le ocurriera añadir alguna otra condición.

Al salir al jardín, tuvo ganas de volver al cuarto y escribir de inmediato. En cambio, apoyó la cubeta junto a la puerta y mojó el trapo. La marca de Dudley resultó ser más resistente de lo que parecía. El trapo húmedo le enfriaba los dedos; sobre el helado seco, la tela se frenaba en lugar de deslizarse como en el resto del vidrio. Harry tuvo que frotarla dos veces, pero por primera vez en varios días supo qué haría en cuanto terminara.

Vernon se enteró a la hora de la comida.

Dudley anunció que Harry quería irse a vivir con unos amigos y Petunia corrigió la noticia sin levantar la voz. Harry agradeció que lo hiciera antes de que él tuviera que hablar.

—De visita —dijo ella—. He pedido que escriba la madre. No hemos acordado nada.

Vernon dejó el tenedor.

—¿Son de ese colegio?

Harry asintió.

Su tío miró hacia la ventana de la cocina, aunque Hedwig no estaba allí.

—Pues que no se les ocurra venir haciendo... cosas.

—Puedo decirles cómo llegar —respondió Harry—. Y a qué hora.

—Tu tía hablará con esa mujer si hace falta.

Dudley parecía decepcionado. Harry intentó no sonreír demasiado pronto. Todavía no había permiso, fecha ni dirección, pero la discusión había pasado de si podía ir a qué tendrían que hacer los adultos para permitirlo. Le pareció un cambio importante.

Después de comer recogió los platos sin que Petunia se lo recordara. Ella se fijó, pero no dijo nada. Harry se alegró de no haber prometido hacer todos los trabajos del verano; cuando había empezado a hablar en la cocina, aquello le había parecido una posibilidad razonable.

Arriba, encontró a Hedwig dormida en la jaula, con la cabeza vuelta hacia una de las alas. Una pluma pequeña se había quedado sobre la mesa. La guardó en el cajón antes de que Dudley pudiera presentarla como prueba de otro delito.

Le escribió a Ron que necesitaba la dirección completa, una fecha y una carta de su madre enviada por el correo ordinario. Al principio intentó describir el aspecto que debía tener el sobre, pero imaginó a Ron leyendo aquello y tachó dos líneas. Su madre sabría hacerlo. Si no, podría preguntar a alguien.

Añadió que su tío no quería sorpresas al recogerlo. Después pensó en Fred y George y lo subrayó una sola vez.

Al terminar, volvió a la respuesta de Hermione.

Esta vez pudo contarle lo ocurrido sin sentir que estaba ocultando lo peor ni prometiendo que todo iba bien. Tenía un cuarto. Dudley entraba sin llamar. Petunia le había permitido pedir una carta. No sabía aún si iría a casa de Ron, pero ya no dependía únicamente de encontrar el momento perfecto para hablar.

Hedwig abrió un ojo cuando Harry dejó la pluma.

—Todavía no —le dijo—. Puedes dormir un poco más.

La lechuza lo observó con una expresión que no parecía agradecimiento. Harry apartó las cartas para dejarle espacio y abrió el cuaderno azul.

Las fotografías seguían entre las primeras hojas, protegidas por los sobres. En una, su madre sostenía un libro y se volvía hacia una de las muchachas a su lado. Harry nunca lograba decidir si acababa de decirle algo o estaba a punto de hacerlo. Sacó la foto con cuidado y la apoyó contra la caja de su varita.

Le habría gustado saber si ella también había tenido que pedir permiso para visitar a una amiga. La imaginó más segura que él, capaz de encontrar enseguida las palabras adecuadas. Luego la muchacha de la fotografía se echó a reír y Harry comprendió que no sabía nada de aquella conversación. Quizá su madre tampoco había sabido siempre qué decir.

Miró un rato la imagen antes de guardarla.

Abajo, Dudley empezó a gritar porque no encontraba el control de la televisión. Harry oyó a su tía decirle que buscara debajo del sillón. Dudley aseguró que ya lo había hecho. Poco después, el volumen de la televisión subió de golpe y ninguno de los dos volvió a hablar del control.

Harry sacó del baúl el libro que había empezado la tarde anterior. Podía leer mientras Hedwig descansaba. Las cartas estaban terminadas y, por una vez, no sentía que tuviera que revisar cada ruido del pasillo para saber si venían a quitárselas.

Cuando la lechuza despertó, el sol había dejado de dar en la ventana. Harry sujetó los sobres sin apretar demasiado las cintas y le explicó a cuál debía llevar primero. Hedwig salió a la repisa, extendió las alas y se perdió sobre los jardines.

Harry la siguió con la vista hasta que ya no pudo distinguirla. Después volvió a la mesa y apartó el libro para dejar un espacio donde poner la respuesta.



CAPÍTULO 2

Una ventaja privada



Dracenia

La respuesta del señor que había venido a darle clase estaba doblada debajo del reloj. Dracenia podía abrirla cuando terminara, pero llevaba diez minutos mirando los frascos antes de decidir si ya había terminado.

Había seis sobre la mesa. Cada uno contenía una muestra seca y tenía una letra en una etiqueta blanca. Ella había resuelto cuatro sin dificultad. Las hojas de los dos últimos se parecían tanto que empezaba a sospechar que los habían escogido por eso.

El profesor le había dicho que se tomara su tiempo. Era fácil decirlo cuando uno ya sabía las respuestas y había cobrado por venir.

Dracenia abrió el libro por la página que había marcado. Comparó una hoja con el dibujo de la izquierda, luego con el de la derecha. En ambos casos encontró algo que le permitía estar segura durante unos segundos. Después veía la otra muestra y tenía que empezar de nuevo.

Dobby entró con una bandeja. La puerta estaba abierta desde que Narcissa había decidido que una tarde de estudio no justificaba renunciar al aire fresco de toda la casa.

—La señora pregunta si la señorita quiere la limonada aquí o en la terraza.

—Si ya la trajiste aquí, déjala.

El elfo acercó la bandeja a un borde libre. Dracenia cubrió los frascos mientras él servía. No iba a permitir que una salpicadura la obligara a repetir el ejercicio. La limonada dejó un olor fresco junto al libro. El vaso estaba frío incluso antes de que se lo llevara a la boca; Dracenia bebió un sorbo, frunció los labios por la acidez y lo dejó lejos de la tela de las muestras. Dobby seguía sosteniendo la bandeja, con el borde apoyado contra la funda que llevaba puesta.

Sobre el sillón estaba la carta de Pansy que había recibido esa mañana. La había leído antes de estudiar y todavía le molestaba una frase. Pansy había coincidido con unos conocidos que querían saber si de verdad había estado en el mismo curso que Harry Potter. Ni siquiera habían preguntado por el castillo.

—Podrías llevarte eso —le dijo a Dobby, señalando un plato vacío junto a la carta—. Parece que Potter ha aprendido a dar conversación sin estar presente.

Dobby dejó de recoger.

—¿La señorita habla de Harry Potter?

Dracenia lo miró.

—No conozco a otro que consiga que todo el mundo se olvide de preguntar cualquier cosa interesante.

Los ojos del elfo se habían abierto más. No parecía preocupado por haberla interrumpido.

—Dobby no sabía que la señorita lo conocía.

—Voy a su colegio.

—Sí, señorita. Dobby quería decir…

—Pues es exactamente lo que dicen. El gran Harry Potter. Si pierde un punto, alguien encuentra una razón para regalarle veinte.

Dobby bajó la vista, pero a Dracenia no se le escapó la atención con que había escuchado el nombre.

—¿Tú también? —preguntó.

Él juntó las manos sobre el plato.

—Muchos han oído hablar de Harry Potter.

—Eso ya lo sé.

Dracenia destapó los frascos. Había contado a Pansy que tendría clases particulares y ella le había preguntado quién iba a enseñarle. Aquella sí era una pregunta que merecía respuesta.

—El plato, Dobby.

El elfo lo recogió y salió con la bandeja. Dracenia volvió al libro, más irritada de lo que justificaban las dos muestras. No iba a perder una tarde entera pensando en Potter porque hasta los elfos de su casa lo consideraran un tema de conversación.

Eligió una respuesta para cada frasco, las escribió en el cuaderno verde y abrió la hoja doblada.

Las dos estaban al revés.

Más tarde encontró a sus padres en la biblioteca. Narcissa estaba revisando una lista de invitados junto a la ventana. Lucius había despejado parte del escritorio y dejó una carta a un lado cuando ella entró.

—¿Cómo fue la lección? —preguntó.

Dracenia llevaba el cuaderno bajo el brazo.

—Bien. Quiere que compare las muestras antes de volver.

—¿Todas?

Ella tardó una fracción de más en responder.

—Las que dejó.

Su padre extendió la mano y Dracenia le entregó el cuaderno. Lucius repasó las respuestas, incluidas las dos correcciones que ella había hecho después de abrir la hoja.

—Estas te costaron.

—Las hojas son casi iguales.

—Entonces tendrás que mirar algo más —dijo él.

Era lo que le había dicho el profesor. Dracenia no había discutido con ninguno de los dos, aunque le habría gustado que uno aclarara qué otra cosa esperaba que mirara en un frasco lleno de hojas.

Lucius cerró el cuaderno y se lo devolvió.

—Tengo algo que puede servirte entre una lección y otra.

Abrió el cajón del escritorio y sacó un libro pequeño, de cubierta oscura. Lo dejó frente a ella. No tenía adornos ni un título que explicara por qué lo había guardado allí. Una esquina estaba gastada y el lomo se doblaba con facilidad.

Dracenia lo abrió. Las páginas estaban en blanco.

—Es un diario.

—Conserva una memoria —respondió su padre—. Puedes escribirle preguntas.

Ella pasó unas hojas más. No encontró respuestas antiguas ni instrucciones.

—¿Y contesta?

—Eso es lo que acabo de decirte.

Lucius parecía divertido por su sorpresa. Dracenia apoyó la mano sobre la página para que no se cerrara.

—¿Quién lo hizo?

—Lo guardo desde hace años. No es algo que puedas comprar con los demás libros del curso.

Narcissa dejó la lista sobre la mesa.

—Le expliqué a tu padre que no quiero que esto sustituya las clases.

—No van a sustituirlas —dijo Lucius—. El profesor volverá la semana que viene. Esto puede acompañarla después al colegio.

—¿Lo has usado tú?

La pregunta de su madre hizo que Dracenia mirara otra vez a Lucius.

—Lo he consultado —respondió él—. Las respuestas que comprobé eran correctas.

Narcissa se acercó al escritorio.

—Y si pregunta algo que esa memoria no sabe, ¿cómo lo averiguará?

—Igual que con cualquier libro. Tendrá que comprobarlo.

Dracenia enderezó la espalda.

—Sé comprobar una respuesta.

Su madre rozó con un dedo las correcciones del cuaderno verde.

—También quiero que sigas teniendo tardes libres.

—No voy a pasarme las vacaciones escribiéndole a un libro.

Lucius le indicó que podía llevárselo. Dracenia lo cerró y lo puso encima del cuaderno. Le gustaba que fuera pequeño. Podría guardarlo en el baúl sin llenar otra caja, y nadie en Hogwarts sabría lo que era con solo verlo.

—Gracias, papá.

Él le acomodó una esquina de la cubierta que había quedado doblada bajo su mano.

—Prueba con una pregunta que valga la pena.

Dracenia sintió el impulso de contarle las cuatro muestras que había resuelto bien. Esta vez pudo hacerlo sin nombrar a Hermione. Su padre la escuchó hasta el final y le preguntó por una de ellas; ella abrió el cuaderno para enseñarle cómo la había reconocido.

Cuando salió de la biblioteca, llevaba los dos libros contra el pecho. Todavía le molestaban las correcciones, pero ya tenía otra cosa que quería probar.

Dobby estaba retirando una bandeja de la mesa del pasillo. Vio la cubierta oscura y dejó la taza que acababa de recoger.

—Señorita…

Dracenia se detuvo.

—¿Qué?

El elfo miró hacia la puerta de la biblioteca.

—¿La señorita va a llevarse ese libro al colegio?

—Si quiero. Me lo dio mi padre.

Dobby bajó la voz.

—Ese diario debería seguir guardado.

Dracenia miró el diario, luego a él. Le desagradó que un elfo hablara de un regalo de Lucius como si hubieran olvidado una botella abierta al alcance de alguien.

—Mi padre sabe lo que me da. Tú termina de recoger.

Dobby abrió la boca, pero ella ya había vuelto hacia la escalera. No pensaba regresar a pedir permiso porque al elfo le incomodara un libro.

En el cuarto donde estudiaba, Dracenia dejó el diario a la derecha de los frascos y abrió el cuaderno verde a la izquierda. La hoja con las respuestas estaba junto al reloj. Tenía más de una hora antes de que su madre la llamara para salir al jardín.

Puso tinta en la pluma y se inclinó sobre la primera página en blanco.

Escribió una pregunta sencilla, aunque le pareció un poco ridículo hacerlo sin saber a quién se dirigía.

¿Puedes ayudarme a reconocer dos muestras de una lección?

La tinta perdió intensidad. Dracenia se acercó para ver si había mojado demasiado la pluma, pero las palabras siguieron aclarándose hasta que desaparecieron.

Una letra distinta empezó a formarse debajo del lugar donde había escrito. Era más estrecha que la suya y avanzaba sin que ninguna mano sostuviera una pluma.

La respuesta decía:

Puedo intentarlo. ¿De qué son las muestras?

Dracenia no tocó el papel hasta que la última letra dejó de moverse. Luego pasó el dedo por un margen seco. El escritorio, los frascos y la ventana seguían exactamente en su sitio. Volvió a mirar la página y sonrió antes de poder evitarlo.

Escribió debajo de la respuesta:

Son hojas secas. Ya tengo los nombres correctos, pero quiero saber por qué me equivoqué.

El papel absorbió su frase y después la respuesta anterior. La nueva letra apareció donde había estado la pregunta.

¿Cómo intentaste reconocerlas?

Comparándolas con los dibujos del libro. Una tiene los bordes un poco más marcados.

¿Qué más?

Dracenia apoyó la pluma en el borde del tintero. Si iba a hacerle las mismas preguntas que el profesor, no veía qué ventaja tenía recibirlas por escrito.

La respuesta permaneció mientras ella volvía a mirar las muestras. Al final escribió:

Las dos están dobladas. Una se parece al dibujo si la aplano, pero no puedo alisar cada hoja sin romperla. Por eso te estoy preguntando.

La réplica tardó un poco más.

Entonces el borde quizá no sea lo mejor para empezar. ¿Te dieron solamente hojas?

Dracenia miró los frascos. Había sacado una hoja de cada uno y las había extendido sobre una tela para compararlas. El resto seguía dentro.

Hay pedazos de rama.

¿Los dibujos muestran cómo están unidas las hojas a las ramas?

Volvió al libro. En uno de los dibujos, las hojas salían de dos en dos a la misma altura; en el otro se alternaban. Había visto la diferencia sin detenerse en ella, ocupada en encontrar una hoja del mismo tamaño que la suya.

Sí. ¿Quieres decir que no necesito ver la hoja entera?

Quiero decir que conviene mirar la muestra entera antes de decidir qué parte importa. No puedo verla desde aquí. ¿Se conserva algo unido a una rama?

Dracenia dejó la pluma, vació con cuidado el primer frasco sobre la tela y apartó las hojas sueltas. Se rozaban entre sí con un sonido seco. Los bordes curvados se enganchaban unos con otros, y bajo los dedos distinguía enseguida las ramitas duras entre las hojas finas. Dracenia se acercó hasta tener la barbilla casi al nivel de la mesa. Encontró una ramita con dos todavía sujetas a la misma altura. En el segundo frasco había un trozo más largo. Conservaba una hoja y, un poco más arriba, la base de otra en el lado opuesto.

Comprobó los dibujos. Después miró la hoja del profesor. Ahora podía seguir el razonamiento sin empezar por el nombre que ya sabía.

Sintió ganas de volver a mezclar los frascos para probarse otra vez. Lo hizo antes de escribir: tapó las etiquetas con dos tiras de papel, cambió de lugar los dos frascos y comparó las muestras sin recurrir a las hojas que había separado al principio. Cuando destapó las letras, las dos coincidieron con su respuesta.

El diario seguía abierto. La última pregunta ya no se veía.

Dracenia tomó la pluma.

Había bastante rama. Las distinguí sin mirar los nombres.

La letra del interlocutor volvió a aparecer.

Entonces ya tienes algo que puedes reconocer de nuevo.
¿Por qué separaste primero las hojas?

Porque se veían mejor.

Ahora sabes qué dejabas de ver.

Dracenia leyó la respuesta dos veces. Le habría molestado oírla en clase delante de Granger. Allí no había nadie esperando a que admitiera que se había equivocado.

Pude haberlo encontrado yo.

Lo encontraste tú. Yo no he tocado los frascos.

Aquello le gustó más. Volvió a colocar las muestras en sus recipientes y dejó las tiras de papel al lado del cuaderno. Podía repetir el ejercicio al día siguiente, sin el libro abierto en la misma página.

Escribió de nuevo, esta vez sin inclinarse tanto.

¿Respondes solamente preguntas de clase?

Conozco otras cosas. Tendrías que preguntar para saber si puedo responder. ¿Cómo te llamas?

Dracenia se quedó un momento con la pluma sobre el papel. Su padre lo había consultado, pero no le había dicho si la memoria sabía quién usaba el libro. Al parecer, no.

Dracenia Malfoy. Mi padre me dio este diario para estudiar.

Mucho gusto, Dracenia. Soy Tom Riddle.

Ella revisó el interior de la cubierta. Había un nombre impreso en letras pequeñas, gastado junto a la orilla. No se había fijado al buscar instrucciones. Coincidía con el que acababa de aparecer en la página.

¿Ibas a Hogwarts?

Sí. Cuando escribí este diario, era alumno de Hogwarts. ¿Tú estudias allí?

Voy a empezar segundo. Soy de Slytherin.

Yo también lo fui. Algunas cosas parecen no haber cambiado. ¿Qué año es ahora?

Dracenia escribió el año y esperó. La respuesta no llegó enseguida.

Ha pasado bastante tiempo.

Imaginó a una persona mayor haciendo cuentas, aunque la letra no se parecía a la de un anciano. Su padre había hablado de una memoria. Tal vez era como las fotografías: alguien podía seguir riéndose en ellas mucho después de haberse ido del lugar donde lo habían retratado.

¿Puedes enseñarme cosas que no estén en mis libros?

Tom respondió:

Puedo ayudarte con lo que sé. Antes tendría que averiguar qué has aprendido ya.

Dracenia se quedó pensando qué responder. Podía empezar por Encantamientos, donde el informe había sido bueno, o por Pociones, donde tenía más preguntas que quería hacer sin levantar la mano.

Narcissa la llamó desde el pasillo.

—Dracenia, salimos en diez minutos.

Ella levantó la cabeza.

—Ya voy.

Miró la página. Las últimas palabras comenzaron a desvanecerse mientras tapaba el tintero. Esperó a que desaparecieran y cerró el diario. Al levantarlo, el nombre impreso seguía dentro de la cubierta.

Su madre se asomó antes de que pudiera guardarlo.

—¿Te sirvió?

Dracenia señaló los frascos.

—Ya sé distinguir las dos muestras.

Narcissa se acercó y vio las tiras que cubrían las etiquetas.

—¿Las probaste otra vez?

—Sin los nombres.

Su madre sonrió y le apartó del hombro un hilo que se había desprendido de la tela.

—Entonces podrás explicárselo al profesor cuando vuelva. Ven; todavía puedes escoger por dónde caminamos.

Dracenia guardó el diario en un cajón separado de las muestras. Dejó el cuaderno verde sobre la mesa para que el profesor viera las correcciones cuando volviera. No iba a borrar las primeras respuestas; ahora sabía explicar qué les faltaba.

Al salir, pensó en escribir a Pansy después de cenar. Podía contarle que la lección había ido bien y que estaba preparando cosas de segundo. No necesitaba mencionar todo lo que su padre le había conseguido.

Tom seguiría allí cuando regresara.

CAPÍTULO 3

Una visita que no estaba invitada

Harry

La carta llegó un martes, con un sello corriente y el nombre de Petunia escrito sin errores. Harry la vio desde la puerta de la cocina, pero no se acercó a recogerla. Su tía había salido al pasillo al oír el correo y ya tenía el sobre en la mano.

—Es ella —dijo Harry.

Petunia miró la dirección del remitente.

—Eso parece.

Abrió la carta con el dedo, cuidando de no rasgarla. Harry se quedó donde estaba. Había esperado aquella respuesta durante días y ahora le resultaba difícil comportarse como si pudiera desayunar primero.

Petunia leyó hasta el final. Volvió a mirar una parte y dobló la hoja.

—¿Qué dice? —preguntó él.

—Que puede venir por ti el viernes.

Harry sintió que algo se le aflojaba en el pecho.

—¿Puedo ir?

—Tu tío quiere saber cómo piensa llevarte. No podemos pasarnos la mañana esperando a una persona que no conoce el camino.

La carta había quedado encima de un mueble, a pocos pasos. Harry miró el sobre. Debajo de la dirección había un número de teléfono escrito con otra letra.

Petunia también lo vio.

—Pediré que llame por la tarde. Cuando esté tu tío.

Harry abrió la boca para ofrecerse a avisar, pero ella ya iba hacia la cocina.

—Y recoge lo de arriba. Si te vas, no pienso pasar las vacaciones ordenando ese cuarto.

Él subió antes de que cambiara de opinión. No tenía mucho que recoger; había dedicado buena parte de la semana a dejar sus cosas de manera que pudiera llevárselas sin pedir ayuda. Aun así, volvió a acomodar los libros. La capa quedó debajo de una camisa, la Nimbus junto al baúl y las fotos dentro del cuaderno azul.

Había una carta de Ron sobre la cama, llegada con Hedwig la noche anterior. Su amigo explicaba que su madre había hablado con una vecina para dejar un teléfono de contacto. Advertía que quizá contestara la señora equivocada y que Harry no debía asustarse si le preguntaban por unas tijeras de podar. Al parecer, la vecina llevaba varios días esperando que las devolvieran.

Harry se echó a reír. Le habría gustado que Ron estuviera allí para explicarle cómo una visita de vacaciones podía depender de unas tijeras. Se sentó en el borde de la cama y empezó a releer la carta.

El chasquido sonó junto al armario.

Harry levantó la cabeza. Un ser pequeño acababa de aparecer entre la puerta y el baúl. Tenía orejas grandes, ojos claros y una

funda de almohada que le caía hasta las rodillas. Sus pies desnudos estaban plantados sobre la alfombra.

Harry se puso de pie. El recién llegado miró hacia la puerta abierta y se llevó un dedo a los labios.

—Por favor, Harry Potter. Dobby no quiere que lo oigan.

Harry bajó la voz, aunque todavía no sabía por qué estaba obedeciendo.

—¿Quién eres?

—Dobby, señor. Dobby es un elfo doméstico.

Harry miró el espacio junto al armario. No había visto abrirse nada.

—¿Cómo entraste?

—Los elfos podemos ir a muchos lugares.

Dobby parecía dispuesto a continuar, pero un ruido de pasos los hizo callar. Harry se acercó a la puerta. Dudley pasó al otro lado del descanso, entró en su cuarto y encendió la televisión. Harry cerró despacio.

Al volverse, encontró al elfo mirando la carta que todavía tenía en la mano.

—¿Te manda Ron?

Dobby negó de inmediato.

—Nadie manda a Dobby aquí. Su familia no sabe que ha venido.

Aquello no aclaraba si hablaba de parientes o de las personas para quienes trabajaba. Harry dejó la carta sobre la cama y se agachó un poco para verlo mejor.

—¿Necesitas algo?

El elfo apretó el borde de su funda.

—Dobby necesita que Harry Potter no vuelva a Hogwarts.

Harry se enderezó.

La puerta, el baúl y la carta de Ron parecieron adquirir de pronto una importancia incómoda. Apenas estaba consiguiendo permiso para salir de aquella casa y alguien había entrado en su cuarto para decirle que renunciara al lugar al que quería volver.

—¿Por qué?

—Dobby teme que Harry Potter corra peligro.

—¿Qué peligro?

El elfo miró sus pies.

Harry esperó. Dobby seguía apretando la tela hasta retorcerla entre los dedos.

—No puedo quedarme aquí todo el año porque tengas miedo de algo —dijo Harry—. Tienes que explicarme.

Dobby alzó la vista.

—No es solo miedo, señor. Hay un peligro. Este año puede ocurrir algo terrible en Hogwarts.

Harry miró la carta de Ron sobre la cama.

—¿Qué va a ocurrir?

El elfo abrió la boca. En vez de contestar, se agarró una oreja y tiró de ella.

—¡No hagas eso!

Harry le apartó la mano. Dobby se quedó mirándolo, con la oreja roja y los dedos todavía doblados.

—Dobby no debería estar aquí.

—Pero ya estás. Si sabes que alguien va a hacer algo, dímelo.

—Dobby no sabe cómo va a pasar.

—Entonces, ¿cómo sabes que hay peligro?

El elfo volvió la cabeza hacia la puerta. Harry retiró la silla de la mesa y se sentó para no seguir hablando desde arriba. Desde esa altura veía los pliegues de la funda atrapados entre los dedos del elfo; la tela estaba tan retorcida que ya no caía recta sobre las piernas.

—No hay nadie escuchando —dijo—. Dudley está viendo la televisión. Tendríamos que gritarle para que nos oyera.

Dobby no sonrió.

—Si Dobby dice más, van a saber quién habló. Y a quién ha venido a ver.

—¿La gente para la que trabajas?

No obtuvo respuesta. El elfo había levantado las manos otra vez, pero las mantuvo apretadas contra la funda. Harry esperó hasta que dejó de mirar la puerta.

—¿Te han dicho que quieren hacerme daño a mí?

—No, señor.

—¿Hay alguien más en peligro?

Dobby tragó saliva.

—Por eso Harry Potter no debe volver.

—Eso no es lo que te pregunté.

El elfo bajó la cabeza. Harry sintió que empezaba a enfadarse y se obligó a quedarse en la silla. Dobby parecía esperar un golpe; él solo quería una respuesta que pudiera entender.

—No puedo ayudar a nadie si no me dices nada. ¿Por qué has venido a buscarme?

Por primera vez, Dobby lo miró sin apartar enseguida los ojos.

—Porque Harry Potter sobrevivió. Después hubo casas donde se pudo respirar un poco mejor. Dobby no quiere que vuelva algo de entonces y que Harry Potter esté allí.

Harry se quedó callado. Recordaba el miedo de los adultos cuando hablaban de Voldemort. No había pensado en las personas que seguían recogiendo sus mesas mientras ellos hablaban.

El elfo tenía los pies desnudos sobre la alfombra y una oreja enrojecida por algo que se había hecho solo. Parecía convencido de haber corrido un riesgo enorme para llegar hasta su cuarto. Eso no le decía a Harry qué podía hacer con la advertencia.

—Podrías avisar a un profesor —propuso.

—Harían preguntas.

—Yo también estoy haciendo preguntas.

Dobby apretó los labios. No parecía creer que las consecuencias fueran las mismas.

Harry miró hacia su varita, guardada en el cajón. No tenía un hechizo que resolviera aquello; aunque lo hubiera tenido, no habría podido usarlo. Se preguntó qué le diría Hermione si recibiera una historia así. Probablemente empezaría por pedir detalles. Él ya los había pedido y el elfo estaba más asustado que antes.

—Voy a escribirle a una persona adulta —dijo—. La madre de Ron. Quiere ayudarme a salir de aquí y conoce a los profesores.

Dobby levantó ambas manos.

—¡No diga dónde trabaja Dobby!

—No lo sé.

El elfo se quedó callado.

—Le contaré lo que me has dicho —continuó Harry—. Que crees que va a pasar algo en Hogwarts y que tienes miedo de explicarlo. Quizá pueda ayudarte a ti también.

Dobby lo observó un buen rato. Después miró el baúl preparado.

—Harry Potter va a irse.

—De visita. No al colegio todavía.

—Dobby quiere que esté a salvo.

—Yo también. Pero quedarme aquí no me dice qué está pasando.

La respuesta le salió más firme de lo que esperaba. Dobby había venido a prevenirlo, y Harry no quería tratarlo como si fuera un enemigo. Aun así, tampoco quería pasar el verano esperando que apareciera para permitirle volver con sus amigos.

El elfo se inclinó hasta que la nariz casi tocó la funda.

—Dobby debe volver. Ya ha estado fuera demasiado tiempo.

Harry se levantó.

—Espera. Si averiguas algo más…

—Dobby sabe dónde encontrarlo.

El chasquido fue más suave esta vez. Harry se quedó mirando la alfombra vacía. No había dejado una puerta abierta ni una marca en la pared. Junto al armario seguía el baúl, con una correa que Harry aún no había abrochado.

Durante unos segundos escuchó la televisión de Dudley y el ruido de Petunia en la cocina. Con la puerta cerrada, las voces del aparato llegaban apagadas; los golpes de abajo, en cambio, se distinguían uno por uno. Todo sonaba igual que antes, pero Harry ya no consiguió volver a la carta de Ron.

Harry lo contó todo en la carta a la señora Weasley. Copió las palabras que recordaba y explicó que Dobby no le había dicho qué peligro era ni de dónde venía.

La respuesta de la señora Weasley llegó dos días después, antes de que Harry hubiera decidido si contarle también a Hermione. Hedwig dejó el sobre sobre la mesa, bebió agua y se acomodó para dormir, agotada por los viajes.

Harry abrió la carta sin esperar a sentarse.

La señora Weasley decía que había hecho bien en escribir. Había transmitido la advertencia a McGonagall, que hablaría con el director. No sabían todavía qué podía estar anunciando el elfo. Si volvía, Harry podía ofrecerle hablar con ella, sin pedirle que revelara primero dónde trabajaba.

Más abajo le pedía que la avisara si averiguaba algo concreto. No tenía que resolverlo antes del viernes ni quedarse en Privet Drive esperando otra visita de Dobby.

Harry releyó esa parte. No era la respuesta tranquilizadora que había imaginado al enviar la carta, pero tampoco decía que lo olvidara o que seguramente no era nada.

El último párrafo se refería al viernes.

Su tía había hablado con la vecina. La señora Weasley iría por él a las diez de la mañana, en un coche que habían acordado conseguir para el viaje. Las tijeras de podar ya estaban devueltas. Ron había insistido en que le comunicara lo último, aunque ella no entendía por qué Harry necesitaba saberlo.

Harry sonrió, todavía con el papel entre las manos.

Petunia llamó desde el pasillo. Él abrió la puerta.

—Mañana vas a estar listo antes de las diez. No voy a hacer esperar a nadie porque no encuentres tus zapatos.

—Ya casi terminé.

Su tía miró el cuarto. La cama estaba despejada y la ropa que Harry no pensaba llevar se había quedado doblada en el cajón. Petunia pareció buscar algo más que corregir.

—La jaula irá limpia.

—La voy a limpiar hoy.

Ella asintió y volvió a bajar.

Harry dejó la carta sobre la mesa. No tenía ganas de contarle a su tía que un elfo había aparecido junto al armario. La señora Weasley lo había escuchado y los profesores estarían avisados. Seguía sin saber qué había asustado a Dobby, pero ya no tenía que guardárselo solo.

Abrió el cuaderno azul para comprobar que las fotografías seguían dentro. No necesitaba sacarlas. Las llevaría consigo, junto a la ropa, los libros y la capa que su padre había dejado.

Antes de abrochar la correa del baúl, volvió a pensar en el elfo. Le inquietaba que hubiera tenido tanto miedo de revelar una casa. Esperaba que regresara para hablar con la señora Weasley, aunque no sabía si su forma de vivir le permitiría aceptar aquella invitación.

Harry no podía resolver eso desde su cuarto. Podía recordar lo que Dobby había dicho, contestar las preguntas y seguir buscando una explicación sin renunciar a volver al colegio.

Sacó el último libro de la cama, lo acomodó en el baúl y cerró la tapa. Mañana no tendría que esconder la alegría de ver a Ron dentro de una carta.



CAPÍTULO 4

La casa donde cabía uno más



Harry

La señora Weasley llegó a las diez menos cinco. Harry estaba sentado sobre el baúl desde las nueve y media, con Hedwig en la jaula y la escoba apoyada contra la pared. Se levantó en cuanto oyó el coche, pero tuvo que volver por el suéter que había usado para envolver la punta de la Nimbus.

—Dijiste que estabas listo —observó Petunia.

Harry terminó de acomodarlo sin contestar. Desde el comedor, Dudley seguía el traslado de sus cosas con interés. Había dejado de pedir que Harry se quedara en cuanto comprendió que también se irían los libros y la lechuza.

Petunia abrió antes de que tocaran por segunda vez. La mujer del umbral tenía el cabello rojo recogido, un bolso grande y una expresión de alivio al ver el número de la casa.

—Señora Dursley. Soy Molly Weasley. Hablamos por teléfono.

—Sí. Él ya está preparado.

Harry sacó el baúl arrastrándolo por un extremo. La señora Weasley se hizo a un lado y lo saludó por su nombre, como si hubiera estado esperando volver a verlo y no únicamente recoger un encargo.

—Ron quería venir, pero entonces no habría cabido todo. ¿Esa es Hedwig?

La lechuza giró la cabeza hacia ella. Harry dijo que sí mientras Petunia miraba el coche. Un hombre alto, también pelirrojo, estaba abriendo la cajuela.

—Arthur —explicó la señora Weasley—. Le prestaron el coche en el trabajo. No tendremos que hacer transbordos con el baúl.

Petunia pareció aprobar aquella palabra. Los transbordos eran una dificultad que podía reconocer.

—¿Hasta qué día se queda?

—Hasta que acordemos con usted la vuelta. Le escribiré antes de cambiar ninguna fecha.

Harry dejó de arrastrar el baúl. Había entendido la invitación como unos cuantos días que se acabarían en cuanto alguien se cansara de tenerlo. La señora Weasley se volvió hacia él.

—Si necesitas algo de aquí, todavía estamos a tiempo.

Miró la puerta del cuarto, arriba de la escalera. Las fotografías estaban en el cuaderno, la varita en su caja y la capa entre la ropa. No había dejado nada importante bajo la cama.

—Lo tengo todo.

El señor Weasley tomó el otro extremo del baúl. Se presentó mientras lo llevaban juntos hasta el coche; tenía una mancha de tinta en un nudillo y el nudo de la corbata ligeramente torcido. A Harry le preguntó si la jaula podía ir delante, donde le daría menos el sol.

Petunia salió a despedirse desde la puerta. Cuando Harry se volvió, le recordó que cuidara sus cosas. Él asintió. La señora Weasley esperó a que subiera y se abrochara el cinturón antes de cerrar.

Al alejarse, Harry vio por la ventana cómo el número cuatro desaparecía detrás de un árbol. No necesitó comprobar si alguien iba a llamarlo para que regresara a terminar un trabajo.

El camino se volvió más estrecho después de atravesar varios pueblos. El señor Weasley conducía con atención y dejaba pasar a los coches que llevaban prisa; su mujer le indicaba las vueltas cuando se acercaban. Una vez discutieron si debían haber tomado el cruce anterior. Lo resolvieron junto a una tienda, comprando pan y preguntando a una señora que les explicó el camino con menos seguridad de la que habría deseado Harry.

La casa apareció al otro lado de un seto. Era alta de una manera que a Harry le costó entender desde el coche: los pisos parecían haberse añadido cuando la familia había necesitado espacio, sin esperar a que la parte de abajo estuviera de acuerdo. Había una bota con tierra junto a la entrada y gallinas moviéndose alrededor de un cubo.

Ron salió antes de que se detuvieran.

—¡Por fin! ¿Te dejaron traerla?

Harry miró a Hedwig.

—La escoba —aclaró Ron—. Ya sé que no ibas a dejar a la lechuza.

Quiso ayudar con todo a la vez. Su madre le encargó la jaula, Arthur se ocupó del baúl y Harry pudo bajar la Nimbus sin que nadie le preguntara para qué necesitaba algo que ya tenía un sitio en su vida.

En la cocina olía a pan tostado y a una sopa que se estaba revolviendo sola. Una cuchara salía de la olla, dejaba caer una gota en un plato y volvía a hundirse. Harry se acercó a mirar. El vapor le daba en la cara. Todavía sostenía la Nimbus pegada a la pierna, con

el brazo un poco apartado para que las ramas no rozaran la mesa. Harry siguió dos viajes completos de la cuchara antes de acordarse de que había entrado con los demás. Tenía hambre, pero durante un momento le interesó más averiguar si aquella cuchara iba a probar también lo que sacaba del fondo. Ron pasó junto a él como si la cuchara no mereciera detenerse.

—Mi cuarto está arriba. Puedes poner la escoba donde quieras, menos enfrente del armario. Si no, no abre.

—Primero vamos a comer —dijo su madre.

Sacó otro plato de un estante y lo puso al lado del de Ron. Harry permaneció junto a la mesa, con la escoba todavía en la mano. La señora Weasley levantó la vista.

—¿No te gusta la sopa?

—Sí. Puedo ayudar a poner…

—Ya está puesto. Siéntate antes de que Ron se termine el pan.

Ron había partido una rebanada y le pasó la mitad. Harry dejó la Nimbus apoyada donde no estorbara y tomó asiento.

Una niña pelirroja apareció con un montón de tarjetas. Reconoció a Harry, se detuvo y miró a su madre, que le señaló la silla vacía del otro lado.

—Ginny. Guarda eso hasta después de comer.

Ella acomodó las tarjetas debajo de un libro sin soltar la de arriba.

—Estaba acabando.

—Estabas empezando de nuevo —dijo Ron.

Ginny lo miró con fastidio. Harry vio que la tarjeta tenía escrito un nombre con letras grandes: Encantamientos.

—¿Es para el colegio? —preguntó.

—Para mis cosas.

Ron estiró el brazo para alcanzar el pan.

—Está poniendo nombres a todo. Por si el libro de Pociones se confunde y quiere ir a Aritmancia.

—Ese era para ti —contestó Ginny—. Ayer dejaste tres libros míos en tu cuarto.

Harry se rió antes de mirar a Ron. Su amigo no parecía ofendido: estaba contando cuáles podían haber sido y solo conseguía acordarse de dos. Ginny guardó por fin la tarjeta y aceptó el plato que su madre le acercaba.

Harry comió mientras hablaban de una gotera del cobertizo y de quién había dejado la puerta abierta para que entraran las gallinas. Cuando le preguntaron si quería más, contestó que sí sin haber preparado una razón.

El cuarto de Ron estaba al final de la escalera. Harry dejó la escoba entre la cama y la ventana, puso la jaula sobre una mesa y se volvió para ver dónde acomodar el baúl. Ron ya había retirado una caja del lugar que habían despejado para él.

—Esa cama era de Percy. La bajamos del desván. Mi madre revisó que no tuviera nada viviendo dentro.

Harry se sentó para probarla.

—¿Y tenía?

—No. Pero Fred dijo que había oído respirar el colchón y entonces hubo que revisarlo otra vez.

Sobre la cama de Ron había un tablero de ajedrez desplegado. Le faltaba una de las piezas blancas y varias de las demás se habían reunido junto al hueco, como si discutieran a quién correspondía ocuparlo.

—¿Qué les pasa?

Ron soltó el aire por la nariz.

—George usó el caballo para sostener una ventana. A Percy le molestaba que se cerrara con el viento. Ahora no aparece.

Se agachó junto a una caja y sacó una pieza con la base astillada.

—Esta era de otro juego. No quiere quedarse en su casilla.

El caballo intentó inclinarse en cuanto lo apoyó. Harry lo sostuvo mientras Ron buscaba un trozo de cartón. Probaron dos tamaños antes de encontrar uno que corrigiera la base sin levantarla demasiado. Cuando lo soltaron, la pieza se quedó erguida. Un peón se acercó, la examinó y regresó a su fila.

—Por lo menos ya lo aceptaron —dijo Harry.

Ron guardó el cartón sobrante en la caja.

—Me toca dejar el juego completo antes de que vuelva Percy. Dice que no puede estudiar si sabe que falta una pieza.

—¿Estudia aquí?

—No. Eso es lo peor.

Harry abrió el baúl mientras Ron seguía explicándole las reglas particulares de aquel ejército, entre ellas no permitir que el alfil decidiera por sí mismo cuándo alguien había tardado demasiado. Colocó los libros en un espacio del estante. Las fotografías quedaron dentro del cuaderno azul, en la mesa que compartiría con Ron. No tenía que volver a guardarlo todo antes de bajar.

Esa tarde, la señora Weasley lo encontró en la cocina ayudando a Ginny a separar sus tarjetas. La niña había decidido que no bastaba con escribir nombres de materias: quería saber qué cosas iba a necesitar el primer día sin tener que abrir todo el baúl.

—¿De verdad está tan lejos el invernadero? —preguntó.

Harry intentó describirle el camino desde el comedor. Ginny lo escuchó hasta que mencionó una escalera por segunda vez.

—¿Esa es otra o la misma?

Harry se quedó pensando.

—Otra. Creo.

Ginny tomó una hoja más grande.

—Entonces necesito dibujarlo.

La señora Weasley dejó sobre la mesa una canasta de manteles recién lavados.

—Harry, traje la respuesta de la profesora McGonagall. Quería que supieras qué ha hecho con tu carta.

Ginny levantó la cabeza. Su madre no la mandó salir, pero puso la mano sobre la hoja de Harry sin dejarla al alcance de los dos.

—Le he contado una preocupación del colegio —le explicó—. Déjanos hablar un momento. Después pueden seguir con eso.

Ginny se llevó las tarjetas al patio. Harry esperó a que cerrara la puerta.

—¿Saben qué puede pasar?

—No. La profesora habló con el director. Estarán atentos y quieren escuchar a Dobby si decide volver.

Harry miró el sobre.

—Parecía muy seguro de que yo no debía regresar.

—Por eso sería importante escucharlo a él. No voy a prometerle cosas que no sé si puedo cumplir, pero puede hablar conmigo antes de decidir qué más se atreve a contar.

La señora Weasley le dejó leer la parte de la carta que se refería a su testimonio. Harry respondió por escrito mientras ella doblaba

los manteles. Uno de los extremos intentó doblarse sobre el siguiente; ella lo sacudió y la tela se quedó quieta.

—Ese todavía no —le dijo al mantel.

Harry levantó la vista, sorprendido de haberse reído en medio de aquella conversación. La señora Weasley le acercó un sobre.

—Hiciste bien en avisar. Ahora puedes dejarnos trabajar a nosotros también.

Él firmó la hoja. La respuesta no explicaba el peligro, pero al menos sabía que no habían dejado la carta a un lado.

El viernes siguiente, Harry bajó a desayunar y encontró doce velas en un plato.

Por un momento pensó que había interrumpido los preparativos de otra cosa. Ron, que estaba intentando pegar una de las velas con un poco de mantequilla, le hizo señas para que se sentara.

—Mi madre no quiere ponerlas en el pastel hasta la tarde. Fred dice que se pueden encender en el pan, pero no pienso comérmelo después.

—Es mi cumpleaños —dijo Harry.

Ron lo miró.

—Sí. Por eso son doce.

Harry se sentó. Sobre su plato había un sobre de Hermione, llegado temprano con una lechuza que ya se había marchado. Le deseaba un buen cumpleaños y preguntaba si la casa de Ron tenía tantas cosas interesantes como él había contado. En un papel aparte había dibujado un recorrido muy sencillo para Ginny: comedor, salida al jardín e invernaderos. Al lado escribió que Harry podía corregirlo si había olvidado una puerta.

Ginny se acercó a leer por encima de su hombro.

—¿Ves? Ella sí puso cuál escalera.

—Le voy a decir que no te mande el resto —replicó Ron.

—No te lo mandó a ti.

Por la tarde jugaron en el jardín. El señor Weasley llegó a tiempo para probar un pedazo de pastel y preguntar quién había dejado las velas en el pan. Harry le contó lo que Ron había intentado hacer. Fred negó haber sugerido la mantequilla; esa parte, según él, había sido una mejora personal.

Después de cenar, Ron llevó el tablero al cuarto. Había encontrado el caballo perdido en el cobertizo, sosteniendo una caja. El sustituto aceptó quedarse junto al tablero en vez de regresar al fondo del estuche.

—Podemos seguir la partida de ayer —propuso Ron.

Harry acomodó las piezas. Su rey protestó por el sitio elegido y él lo puso de nuevo en su casilla antes de contestar.

—Pero esta vez voy con las blancas.

Ron le pasó la primera fila. Por la ventana entraba aire fresco, Hedwig dormía sobre la jaula abierta y abajo todavía discutían por el último pedazo de pastel. Harry acercó su silla a la cama para alcanzar mejor el tablero. Tenía toda la noche por delante y alguien con quien perder una partida antes de pedir otra.



CAPÍTULO 5

La respuesta que faltaba



Dracenia

Dracenia había copiado la misma indicación tres veces y seguía sin saber en qué momento se apagaba el fuego.

El ejercicio era para la próxima visita del profesor. No tenía que preparar nada: su madre no quería encontrar una olla humeando cuando llegaran las invitadas del jueves. Debía explicar el orden de una receta, señalar qué cosas podían disponerse de antemano y escribir dónde interrumpiría el trabajo si necesitaba detenerse. A Dracenia le habría parecido una tarea sencilla si el autor del libro hubiera mostrado el mismo interés en dar instrucciones completas que en describir lo útil que resultaba la preparación.

La frase de la página anterior decía que retirara del fuego la mezcla. Dos renglones más abajo tenía que conservarla caliente mientras añadía el polvo.

Había escrito una pregunta al margen. Después la tachó. El profesor podría pensar que no había leído bien.

Miró el reloj. Faltaba más de una hora para que llegara.

Abrió el cajón, sacó el diario y lo puso junto al libro. Desde la primera conversación había vuelto a consultarlo varias veces. Tom no siempre sabía responder; una tarde le había explicado una clasificación que ya no aparecía en su edición y ella había tenido que copiarle la lista actual para que entendiera la diferencia. Le

gustaba poder corregirlo sin que nadie le dijera que debía escuchar hasta el final.

Destapó la tinta y escribió en una página en blanco.

¿Cómo puedo retirar una mezcla del fuego y conservarla caliente si no me dan otro recipiente?

La tinta se hundió en el papel. La respuesta empezó a formarse cerca del margen superior.

Podrías mantenerla caliente con un encantamiento. ¿Qué preparación es?

Dracenia leyó la frase con una satisfacción breve. Esa vez él se había apresurado.

No puedo hacer encantamientos aquí. Estoy en casa y tengo doce años. Además, el ejercicio no permite añadir nada que no esté en la receta.

Tom no respondió hasta que ella terminó de copiar el nombre.

Tienes razón. He dado por hecho que ya estabas trabajando en el colegio. Copia las instrucciones anteriores, no solo las dos que parecen contradecirse.

Dracenia volvió unas páginas. Había un párrafo que describía el equipo, además de la lista de ingredientes. Lo copió porque, si él tampoco conseguía resolverlo, quería poder mostrarle que el problema estaba entero.

La siguiente pregunta apareció debajo.

¿Dónde se coloca el recipiente pequeño al empezar?

Dentro de uno más grande, con agua. Eso no dice cuándo apagar el fuego.

No todavía. ¿Cuál contiene la mezcla?

Dracenia se inclinó hacia el dibujo. El recipiente pequeño estaba apoyado en el interior del otro; lo que se calentaba directamente era el agua de afuera. Volvió a leer desde el principio. Al retirar el recipiente pequeño, la mezcla dejaba de calentarse. Podía devolverlo al agua que ya estaba caliente, sin encender otra vez la llama.

Tom había escrito otra pregunta mientras ella miraba el libro.

¿Te pide que vuelva a hervir?

No. Solo que se conserve caliente.

Entonces distingue el fuego del agua que ya calentaste. ¿En qué momento apagarías la llama?

Dracenia tomó una hoja aparte. Dibujó dos recipientes y una flecha para el traslado. Había anotado el calor como si procediera de una sola cosa. Corrigió el esquema y anotó que apagaría la llama al retirar el recipiente pequeño. Después lo devolvería al agua todavía caliente para añadir el polvo. Antes de terminar encontró otra dificultad.

Si espero demasiado, también se enfría el agua.

Sí. ¿Qué te pide preparar antes de empezar?

Buscó en la lista. El polvo debía estar medido, junto con dos cucharas secas. No tendría que dejar la mezcla sobre la mesa mientras buscaba cada cosa.

Escribió la respuesta. Esta vez Tom no añadió otra pregunta.

Eso resuelve las dos instrucciones sin cambiar la receta. Comprueba ahora si tu orden obliga a buscar algo con las manos ocupadas.

Dracenia separó las hojas y recorrió su lista nueva. Encontró una cuchara que había dejado para demasiado tarde. La adelantó,

dibujó una raya debajo y volvió a leer. El ejercicio ya no parecía una trampa inventada para hacerla perder el tiempo.

El libro podría decirlo mejor.

Podría. Tú puedes escribir un orden más claro.

Le habría gustado que el profesor le hubiera dicho eso antes de encargarlo. Pasó las instrucciones en limpio. No copió ninguna respuesta de Tom: necesitaba que la explicación tuviera sentido al leerla fuera de la página del diario.

Cuando terminó, escribió que iba a comprobarlo con alguien.

¿Con tu padre?

Con el profesor. Mi padre tiene otras cosas que hacer.

¿Fue él quien escogió estas lecciones?

Dracenia frunció un poco la boca.

Yo se las pedí. Lucius Malfoy no tiene que perseguirme para que estudie.

La respuesta tardó lo suficiente para que pensara en añadir algo sobre sus calificaciones.

No he dicho que tuviera que hacerlo. Quería saber quién había elegido el trabajo. Si tú pediste las lecciones, supongo que querías conseguir algo concreto.

Quiero saber hacer las cosas antes de que me las expliquen delante de todo el mundo.

Tom dejó aquella frase visible unos instantes antes de responder.

Entonces será útil que puedas explicar dónde estaba el error. Saber la respuesta no te servirá igual si te cambian una instrucción.

Dracenia miró el reloj. El profesor llegaría pronto y aún había dos preguntas al final del ejercicio. Le dijo a Tom que volvería después, esperó a que se retirara la tinta y guardó el diario en el cajón. Dejó sobre la mesa el libro, el cuaderno verde y su esquema corregido.

No borró la primera lista. Quería que se viera lo que había cambiado.

El profesor siguió con el dedo la flecha entre los dos recipientes.

—¿Y si el agua no conserva suficiente calor?

—No esperaría hasta que se enfríe para medir el polvo —contestó Dracenia—. Eso va antes. Si no lo tengo listo, no debo empezar.

Él miró la lista anterior.

—Aquí lo habías dejado para después.

—Por eso lo cambié.

—Bien. ¿Qué te hizo verlo?

Dracenia tuvo la respuesta preparada: había vuelto al dibujo y comparado las instrucciones. Ambas cosas eran verdad. No mencionó cuánto había escrito antes de encontrar lo que debía mirar.

El profesor giró el cuaderno para leer el resto.

—La próxima vez no taches la pregunta del margen. Si no entiendes una indicación, quiero saberlo.

Ella miró la marca que creía haber borrado. Se veía más de lo que había supuesto.

—Ya la entendí.

—Esta, sí. Te voy a dejar otra.

Dracenia lo oyó escoger la página y decidió que no le diría a Tom aquella parte. No necesitaba que los dos se pusieran de acuerdo sobre sus márgenes.

Al terminar, el profesor llevó a Narcissa una hoja con los ejercicios siguientes. Dracenia guardó las muestras secas mientras su madre los revisaba junto a la puerta.

—¿Tienes que hacer todos para el lunes? —preguntó Narcissa.

—Son cuatro —dijo el profesor—. El último puede esperar. Prefiero que los otros estén razonados.

Cuando se marchó, Narcissa pasó a mirar el esquema de su hija.

—Tu padre querrá ver este. Ayer me dijiste que las instrucciones estaban mal.

—Lo estaban.

Su madre no discutió. Se limitó a tocar con la punta del dedo la flecha que Dracenia había añadido.

—Ahora sabes seguirlas. Pansy viene a comer. Guarda lo que no quieras que se mezcle con sus cosas.

Dracenia recordó entonces las dos preguntas que había dejado al final. Si las hacía antes de la visita, podría pasar la tarde sin pensar en ellas. Sacó de nuevo el diario cuando su madre se fue y apoyó el cuaderno junto a él.

La primera pregunta se resolvió enseguida. En la segunda, Tom quiso saber por qué había escogido una respuesta distinta de la que figuraba en el ejemplo. Dracenia empezó a copiarle su razonamiento. Después tuvo que explicar una palabra que el libro usaba de otra manera.

Narcissa llamó para comer cuando Dracenia apenas terminaba. Ella contestó que iba, escribió una línea más y se quedó esperando la respuesta.

El libro no le había pedido que esperara. Eso hizo más molesto darse cuenta de que lo estaba haciendo.

Cerró antes de que apareciera la frase entera. El diario quedó dentro del cajón y el ejercicio abierto sobre la mesa.

En el comedor, Pansy ya ocupaba la silla de al lado.

—Dijiste que íbamos a salir después de comer —le recordó.

—Y vamos a salir.

—Tu madre me dijo que estabas estudiando. Creí que iba a tener que sentarme a oír otra lección.

Dracenia tomó la servilleta.

—No es una lección. Estaba acabando una cosa.

Pansy la miró un momento y luego le acercó el plato de pan. Había llevado una revista con ilustraciones de escobas y una carta doblada dentro. En la cubierta anunciaban un modelo tan brillante que Dracenia sospechó que no lo habían fotografiado con la misma luz que los demás.

—¿Vas a comprar esa? —preguntó.

—Mi hermano quiere que la pida yo. Dice que a mí me hacen más caso.

—¿Y te la va a dejar usar?

—Según él, cuando aprenda a no agarrarme tan fuerte al mango.

Dracenia se rió. Pansy arrancó una migaja del borde de su rebanada.

—Le dije que entonces tendría que aprender a pedírsela a mi padre.

Salieron al jardín después de comer. Dracenia tuvo que entornar los ojos. El sendero claro devolvía el calor de la tarde y el aire olía a hojas calientes, muy distinto del cuarto donde llevaba horas con la tinta abierta. Pansy iba por delante, con la revista sujeta contra el costado; Dracenia la alcanzó sin apresurarse. Pansy quería ver si seguía allí una planta que, la última vez, había cerrado las flores cuando ella se acercó. Dracenia aseguró que hacía lo mismo con todos. La planta dejó tres flores abiertas mientras Pansy permanecía frente a ella y cerró la cuarta cuando Dracenia se inclinó para demostrarlo.

—Esa no cuenta —dijo Dracenia.

—Es la única que miraste.

Pansy se sentó en el borde de piedra y desplegó la revista. La piedra todavía estaba tibia. Las páginas brillantes se curvaban sobre sus piernas, de modo que los mangos dibujados parecían doblarse cuando las miraban desde un lado. Dracenia se inclinó para mirar la misma ilustración, casi hombro con hombro con Pansy. Pasaron varias páginas discutiendo cuál de los anunciantes había decidido que un asiento incómodo hacía más rápida una escoba. Dracenia quería probar una de las nuevas antes del regreso al colegio. Su padre había dicho que podían preguntar; no había prometido comprarla y ella prefería no darle a Pansy ocasión de recordárselo en septiembre.

—¿Y Granger? —preguntó su amiga al guardar la revista—. ¿Crees que también está haciendo ejercicios todas las tardes?

—Seguramente. Si no, tendría que hablar de otra cosa cuando vuelva.

—Tú también llevas media comida hablando de uno.

Dracenia abrió la boca para negarlo. Había explicado lo de los recipientes al sentarse, antes de saber qué escoba quería el hermano de Pansy.

—Porque el dibujo estaba mal colocado.

—Lo que tú digas. Mañana no voy a venir a esperar a que lo coloquen mejor.

No lo dijo con enojo, pero cerró la revista con suficiente firmeza para que Dracenia recordara que había llegado tarde a su propia comida. Iba a explicar que no estaba esperando al profesor. Se detuvo antes de decir qué había esperado.

—Mañana salimos primero —propuso—. Y estudiamos después, si te quieres quedar.

Pansy aceptó con una condición: escogería ella el sendero. La última vez Dracenia había elegido uno largo porque decía que su amiga se cansaba demasiado pronto.

Caminaron hasta la fuente pequeña. En el regreso, Pansy contó una discusión familiar que llevaba toda la semana queriendo contarle, y Dracenia dejó de pensar en la pregunta a medias del diario.

Al subir por la noche, el cuaderno seguía abierto sobre el escritorio y el libro antiguo estaba dentro del cajón. Sacó únicamente el cuaderno. Terminó el ejercicio con el esquema de la mañana, revisó la respuesta y puso una marca al lado.

Para el siguiente aún necesitaría consultar una cosa. Podía esperar hasta después del paseo.

CAPÍTULO 6

Un regreso por su cuenta

Harry

Ron leyó la lista de libros de segundo hasta el final y después la volvió a poner sobre la mesa, lejos de la mantequilla.

—A lo mejor hay dos profesores —dijo—. Uno da la clase y el otro se encarga de que compremos los libros.

Hermione, que había llegado con sus padres aquella mañana, se inclinó para leer el último título.

—Es el mismo autor.

—Eso es lo que me preocupa.

Habían quedado en el Caldero Chorreante antes de empezar las compras. La señora Weasley comparaba las listas de Ron y Ginny mientras Arthur explicaba a los padres de Hermione cómo cambiar dinero. Harry guardó la suya para no acabar comparando siete veces la misma columna.

Hermione reconoció varios títulos y empezó a contar lo que había leído durante las vacaciones. Ron la dejó terminar antes de preguntar si alguno incluía instrucciones para pagar los otros. Ella se molestó, pero la señora Weasley levantó una mano.

—Vamos a buscar lo que haya usado. Y esta vez nadie compra un libro sin comprobar primero que está completo.

Fred quiso saber por qué los miraba a ellos al decirlo. Su madre siguió contando monedas.

Harry sintió el impulso de ofrecer pagar una parte. Tenía dinero en el banco y aquel problema parecía mucho más fácil de resolver que los de Privet Drive. Abrió la boca, pero Ron le estaba mostrando una anotación al margen.

—Conozco un puesto donde venden los del curso anterior. Si las páginas son las mismas, no necesitamos las cubiertas nuevas.

La señora Weasley aprobó la idea. Harry dejó que Ron terminara de explicarla y le preguntó por dónde tenían que ir.

Frente a la librería había tanta gente que no se veía la puerta. Una mujer sostenía sobre su cabeza un ejemplar de gran tamaño, intentando que lo firmaran sin perder a la niña que llevaba de la mano. Del interior salían instrucciones, risas y el destello de una cámara. Cada hueco que se abría quedaba ocupado enseguida por otra persona con un libro por delante. Las cubiertas chocaban a la altura de los codos y algunas manos sobresalían del grupo sin que Harry alcanzara a ver a sus dueños. Olía a papel nuevo y a ropa caliente. Distinguió un instante el mostrador por encima de un hombro y volvió a perderlo detrás del sombrero de una señora. Ron tenía su lista doblada en un puño. Hermione estiraba el cuello, buscando algo más allá de las cabezas, y Harry procuró seguir cerca de ellos sin pisar a la niña que la mujer llevaba de la mano.

Hermione se detuvo.

—Está aquí.

Ron miró el cartel.

—Eso ya lo había adivinado.

La fotografía mostraba a Gilderoy Lockhart apoyado en un escritorio, sonriendo mientras firmaba con una pluma que jamás parecía necesitar tinta. Debajo anunciaban una demostración y la firma de ejemplares. Hermione apretó su lista como si acabaran de ofrecerle una clase antes del comienzo del curso.

La señora Weasley preguntó al dependiente si podrían comprar sin hacer la fila de firmas. Él les indicó un paso estrecho junto a los estantes. Harry siguió a Ron, girando de lado cuando una pila de libros lo obligó a dejar pasar a una mujer.

Desde allí pudo ver al autor. Tenía una túnica de color claro, una sonrisa parecida a la de la fotografía y un montón de ejemplares abiertos ante él. Firmaba sin dejar de escuchar a quienes se acercaban; de vez en cuando levantaba la cabeza hacia la cámara.

—¿Nos enseña lo del escudo? —pidió alguien.

Lockhart mostró las manos, divertido.

—Si hiciera aquí todo lo que me piden, esta buena gente no vendería un solo libro. Aunque quizá podamos permitirnos algo más pequeño.

Un ayudante le acercó un volumen viejo cuya cubierta se había separado del lomo. Lockhart lo sostuvo de manera que se viera bien, explicó que un viajero necesitaba cuidar sus herramientas y levantó la varita. Harry miró con interés: aquella reparación sí le habría servido.

La cubierta volvió a unirse. El público aplaudió y Lockhart giró el libro para enseñarlo. Al abrirlo, tres páginas quedaron pegadas y el ayudante estiró la mano para recibirlo antes de que siguiera pasando hojas.

—La paciencia también forma parte del trabajo —dijo Lockhart, sin perder la sonrisa—. Siempre conviene dejar que un arreglo se asiente.

Hermione aplaudía. Harry no sabía cuánto debía tardar un libro en quedar bien reparado, pero le habría gustado volver a ver aquel después.

Ron alcanzó dos ejemplares del estante bajo. Tenían las esquinas dobladas y una etiqueta de segunda mano que alguien había olvidado retirar.

—Aquí hay —le dijo a su madre.

Harry se agachó para ayudarlo. Estaban comprobando las últimas páginas cuando una voz sonó sobre su cabeza.

—¿Para quién es la dedicatoria?

Lockhart había salido de detrás de la mesa. Un fotógrafo lo seguía entre los compradores. Harry se levantó con uno de los libros en las manos.

—Solo estamos viendo si tiene todas las páginas.

—Magnífico hábito. Hay que empezar por saber qué tiene uno delante.

El fotógrafo se quedó mirando la cicatriz que el cabello de Harry no alcanzaba a cubrir.

—¿Es usted…?

Harry retrocedió un paso y chocó con el borde del estante. Lo sintió a través de la ropa, duro contra la espalda. Seguía teniendo el libro abierto en las manos, con un dedo entre las últimas hojas que aún no habían terminado de revisar. Lockhart lo miró con renovado interés.

—No me diga que tenemos aquí a Harry Potter.

Varias personas se volvieron. Ron sostuvo los libros que Harry le pasó para poder apartarse.

—Sí, pero no quiero una foto.

Lockhart pareció no haber oído la última parte.

—Mis futuros alumnos deberían saber que el aprendizaje empieza mucho antes del aula. Dos palabras de ánimo pueden…

—No quiero salir —repitió Harry.

La señora Weasley se acercó por el otro lado. No lo agarró para moverlo; se colocó junto a él y miró al fotógrafo.

—Entonces no saldrá. Tenemos bastantes compras que hacer.

Hubo un silencio breve. Lockhart lo aprovechó para dirigir su sonrisa a una señora que seguía esperando con el libro abierto.

—Por supuesto. Yo también tenía muy poco tiempo cuando preparaba mis primeros viajes. ¿Cómo se llama usted?

Harry recogió su lista. Hermione no dijo nada hasta que llegaron a una esquina menos concurrida.

—Quizá solo quería saludarte.

—Me saludó —respondió Harry—. La foto no la quería.

Ella miró hacia la mesa. Después le pidió uno de los libros para revisar el índice.

No habían llegado a discutir, aunque Harry notaba que no habían visto la misma escena. Ron le mostró una página en la que faltaba un trozo del margen y preguntó si allí habría algo importante. Hermione comparó el ejemplar con otro. Entre los tres descubrieron que solo se había perdido una nota del dueño anterior.

Al salir, Harry llevaba los libros que necesitaba y ninguna dedicatoria. La multitud seguía junto a la puerta, tan interesada como antes. Le alivió comprobar que había podido marcharse sin tener que convencerla de nada.

El primero de septiembre, Ginny insistió en llevar ella misma la parte ligera de su equipaje. Ron quiso ayudarla con la jaula y ella aceptó únicamente después de que él prometiera no meter también la mano en la bolsa donde llevaba sus tarjetas.

En la estación, Harry empujó su carrito detrás del de los gemelos. Arthur les indicó que avanzaran de dos en dos cuando no hubiera nadie mirando. Harry recordó el lugar por el que habían pasado el año anterior y sintió la misma duda un instante antes de cruzar. Al otro lado lo recibió el ruido del tren, el vapor y una discusión sobre un baúl que no quería caber por una puerta.

La señora Weasley se ocupó de que Ginny tuviera el boleto a mano y después se volvió hacia Harry.

—La profesora sabe que vas a buscarla al llegar. Si no la ves en el comedor, pregunta por ella. No hace falta esperar a que aparezca Dobby otra vez.

Harry asintió. Ya habían hablado de eso, pero le gustó que lo recordara en medio de tanta gente.

Ron encontró un compartimiento con sitio para los tres. Entre él y Harry subieron el baúl de Hermione, y luego tuvieron que bajar el de Ron porque bloqueaba el paso a las jaulas. Cuando por fin consiguieron acomodar los dos baúles en el estante, Ginny estaba en la puerta con un muchacho que sostenía una cámara.

—¿Puede sentarse aquí un momento? —preguntó ella—. Está buscando dónde dejar su maleta.

El chico se presentó como Colin Creevey. Era de primero y había perdido de vista a la persona que lo había ayudado a subir. Se quedó mirando a Harry al oír cómo lo llamaba Ron, pero Ginny le señaló el hueco bajo el asiento antes de que pudiera preguntar nada.

—Ahí no se va a caer. Tienes que sacar la cámara de la correa.

Colin la acomodó sobre las rodillas.

—Mi padre dijo que no la dejara suelta. Quiero enseñarle cómo es todo. Él no pudo pasar.

Harry miró por la ventana. Molly y Arthur seguían en el andén. Ginny se asomó para despedirse y retiró la cabeza solo cuando su madre dejó de indicar que cerrara bien la puerta del compartimiento.

El tren empezó a moverse. Por unos segundos todos miraron afuera. Harry siguió a los Weasley hasta perderlos entre los otros adultos; luego tuvo que acomodarse porque Ron intentaba alcanzar la comida que habían guardado bajo su abrigo. El banco vibraba bajo sus piernas. Con los baúles ya arriba y la maleta de Colin bajo el asiento, cada uno tenía que recoger un poco los pies cuando otro quería moverse.

Colin preguntó si las fotografías se movían solas al tomarlas en Hogwarts.

—No lo sé —dijo Harry.

El chico pareció sorprendido.

—Creí que…

—Tengo fotos, pero no las tomé yo.

Hermione sugirió que preguntara cómo revelar la película. Colin recibió la idea con alivio, como si la cámara acabara de recuperar una utilidad que había estado a punto de perder. Sacó una fotografía de su familia para mostrarles qué esperaba conseguir.

Ginny había abierto el libro donde guardaba sus tarjetas.

—Podrías tomar también los letreros —le dijo—. Para acordarnos de dónde están las cosas.

Ron levantó la cabeza de la bolsa.

—No vas a necesitar fotografiar cada puerta.

—Todavía no sé cuántas hay.

Hermione pidió ver su hoja. Le había servido el recorrido que le mandó, pero Ginny quería añadir los lugares que necesitaba encontrar el primer día sin depender de que sus hermanos quisieran acompañarla.

Colin se inclinó sobre el dibujo.

—Yo tampoco sé llegar.

Ginny le hizo sitio en el asiento. Empezaron a hacer preguntas que Harry conocía por haberlas hecho él mismo: dónde comían, cómo sabían cuándo cambiar de clase, qué pasaba si uno no encontraba su cuarto. Ron respondió las dos primeras y Hermione corrigió una parte de la tercera. Harry les contó qué le había servido buscar cuando se perdió.

Al cabo de un rato, Ginny cerró el libro.

—Vamos a ver si hay un compartimiento donde estén los otros de primero —le propuso a Colin.

Su hermano señaló el asiento vacío.

—Puedes quedarte aquí.

—Ya sé.

Ginny se levantó de todos modos. Colin tomó su cámara y la siguió, después de confirmar con Harry que podía dejar la maleta debajo del banco hasta llegar.

Ron los vio marcharse.

—Luego va a decir que no la ayudé.

—La ayudaste —contestó Hermione—. Ahora quiere ir ella.

Harry alcanzó una de las empanadas que Molly les había envuelto. Todavía estaba pensando en aquella diferencia cuando Neville abrió la puerta. Traía un libro sujeto con una cinta y

preguntó si les quedaba espacio. Ron apartó el abrigo sin que Neville tuviera que repetirlo.

El resto del viaje pasó entre una partida que no lograron terminar, preguntas de vacaciones y el descubrimiento de que Hermione ya había leído parte de los libros nuevos. Ron quiso saber si al menos había dejado uno para la clase. Ella le devolvió el tablero, donde una de sus torres se había quedado a mitad de camino, y le dijo que se preocupara por algo que sí pudiera arreglar.

Harry encontró a McGonagall después de cenar. La profesora estaba hablando con un prefecto junto a la entrada cuando él se acercó. Ron y Hermione lo esperaron a unos pasos; no se había olvidado de lo que debía preguntar, aunque durante la cena le habría resultado muy fácil seguir pensando solamente en que ya estaba allí.

McGonagall despidió al prefecto y lo llevó hasta un espacio junto a la pared, fuera del paso.

—La señora Weasley me escribió que Dobby no había regresado. ¿Sigue siendo así?

—Sí, profesora.

McGonagall había leído la carta. Harry le repitió la advertencia y confirmó que Dobby no había explicado qué podía ocurrir. El director también estaba avisado.

—Si vuelve, quiero escucharlo —dijo la profesora—. No voy a pedirte que adivines lo que no quiso contar.

—Dobby creía que podían castigarlo si sabían dónde trabaja.

La expresión de McGonagall se volvió más severa.

—Si vuelve a buscarte, dile que puede hablar conmigo. No le prometas de mi parte algo que no hemos podido acordar. Sí puedes decirle que quiero escucharlo antes de sacar conclusiones.

Harry asintió.

—¿Tengo que hacer algo más?

—Avisar si ocurre algo nuevo. Y si recibes otro mensaje de ese elfo, ven a buscarme.

Harry asintió. La profesora le indicó que alcanzara a sus amigos antes de que empezaran a preguntarse dónde se había quedado.

Ron esperaba al pie de la escalera. Hermione quiso saber si McGonagall había recibido la carta. Harry confirmó que sí.

—Ojalá vuelva y diga algo más —comentó Ron—. Mi madre lleva toda la semana mirando el jardín cada vez que oye un ruido.

—También puede asustarse si cree que todos lo están esperando —dijo Hermione.

Harry miró el corredor por el que irían al dormitorio. Conocía las ventanas, el retrato que intentaba oír conversaciones ajenas y el tramo donde casi siempre tenían que dejar pasar a alguien de regreso. Le costaba imaginar un peligro nuevo entre aquellas cosas. Tampoco quería descubrirlo por no haber prestado atención.

Subió con sus amigos. Esa noche colocó el cuaderno azul sobre la mesa y dejó la escoba donde podría alcanzarla para entrenar. Le quedaban clases nuevas y una advertencia sin resolver. También tenía el horario de mañana y un sitio al que había querido regresar durante todo el verano.



CAPÍTULO 7

Lo que se puede presumir



Dracenia

Dracenia encontró a Pansy sentada sobre su baúl, incapaz de decidir qué hacer con una bolsa que no era suya.

—La dejaron aquí —explicó su amiga—. Si la bajo, van a decir que la moví yo.

—La estás moviendo con la rodilla.

Pansy se apartó. La bolsa cayó de lado y dejó escapar un zapato. Dracenia la llevó hasta la cama donde Millicent estaba vaciando otra caja. Las tapas abiertas de los baúles ocupaban tanto como su contenido. En la cama de Millicent, la ropa se mezclaba con las cosas que salían de la caja; entre un libro y una manga apenas quedaba una franja de colcha libre. Olía a tela guardada. Quería llegar a la cena con sus propias cosas guardadas y no pasar la primera noche respondiendo preguntas sobre las de todo el mundo.

Había puesto el diario entre dos libros antes de salir de casa. Lo sacó cuando Pansy se volvió para buscar su peine y lo dejó en el fondo del cajón de la mesa. El cuaderno verde quedó encima, junto al tintero. Su madre había insistido en que no guardara tinta con la ropa; Dracenia había cumplido sin discutir porque recordaba el resultado de hacerlo una vez.

Pansy regresó con el peine en la mano.

—¿Vas a bajar con ese suéter?

—No. Estoy buscando el otro.

Lo encontró en el baúl. Mientras se cambiaba, Pansy le contó que había pasado el viaje en un compartimiento junto al que alguien había abierto una caja de dulces de olor insoportable. Dracenia prometió sentarse más lejos de aquella gente cuando regresaran en Navidad.

En la cena supieron de las clases nuevas, los horarios y el profesor de Defensa. A la mañana siguiente, Snape reunió a los alumnos de su casa antes de dejarlos salir.

Dracenia lo escuchó desde el extremo de una mesa. El profesor explicó dónde debían consultar los cambios de horario y recordó que los pasillos no eran lugares para probar lo aprendido en vacaciones.

Cuando los dejó marcharse, Pansy le preguntó si había traído todas las hojas del verano. Dracenia contestó que sí y sacó el cuaderno verde para enseñárselas. El diario podía esperar hasta que estuviera sola; no pensaba compartir con todo el dormitorio algo que su padre había conseguido para ella.

En Encantamientos les pidieron que llevaran un objeto pequeño roto. Flitwick dejó una bandeja de fragmentos para quienes no tuvieran nada adecuado y les explicó que no todo lo que parecía fácil de unir había quedado bien reparado.

Dracenia había escogido una figura de cerámica con la base partida en dos. No tenía esquinas perdidas ni polvo suelto. La cerámica estaba fría en la palma. Dracenia sostuvo un momento las dos mitades a la vez, notando la diferencia entre la superficie lisa de la figura y la aspereza de la rotura. A su alrededor sonaban pequeños golpes de piezas sobre las mesas; Pansy tenía que

apartar sus cosas para que ningún fragmento quedara debajo de un libro. Al colocar los fragmentos sobre la mesa, vio que Hermione Granger llevaba una taza mucho peor: el asa estaba separada y el borde se había roto por otro lado.

—¿No encontraste algo entero? —preguntó Dracenia.

—Entonces no podría repararlo —contestó Hermione.

Potter se rió por lo bajo. Dracenia acomodó su figura para no darle el gusto de seguirlo con la mirada.

Flitwick hizo la demostración con un platito. Primero reunió las piezas y dejó que vieran sus posiciones. Después pronunció el hechizo y las grietas se cerraron. Al terminar pasó un dedo por el borde y les mostró el resultado antes de dejar que empezaran.

Dracenia había estudiado el movimiento de varita, pero no lo había probado en casa. Su primer intento hizo temblar las dos mitades sin unirlas. En el segundo se juntaron y quedaron torcidas. Pansy inclinó la cabeza.

—Ahora parece que se está cayendo.

Dracenia separó otra vez las piezas antes de que el arreglo acabara de fijarse. Las colocó siguiendo la marca que atravesaba la base, volvió a concentrarse y pronunció el hechizo. Esta vez la figura quedó derecha.

La levantó para comprobarla. No se abrió.

—Profesor.

Flitwick se acercó, la observó desde abajo y le pidió que la pusiera de nuevo sobre la mesa. La figura se sostuvo sin inclinarse.

—Así, sí. El primer resultado le mostró qué debía corregir. Anótelo antes de intentarlo con algo más difícil.

Dracenia miró hacia Hermione. La taza aún tenía el asa suelta, pero ella había unido el borde. Estaba comparando dos fragmentos pequeños junto a Longbottom.

—Eso no es de la taza —le dijo Neville, señalando uno.

—Ya sé. Estoy buscando el fragmento que falta.

Él retiró un pedazo de su propia maceta para dejarle espacio. Dracenia recordó las bandejas de muestras del curso anterior y la expresión que había puesto cuando Snape lo interrogó.

—Asegúrate de que no se te olvide qué estabas haciendo cuando llegue el profesor —le dijo.

Neville dejó el fragmento sobre su mesa y la miró.

—No necesito que me lo recuerdes tú.

Weasley levantó la cabeza. Potter había dejado de sonreír.

—Acaba de decirte que lo dejes trabajar —dijo Harry.

Dracenia sintió que Pansy se movía a su lado. No quería que pareciera que necesitaba ayuda para contestar.

—Yo también estoy trabajando.

—Entonces sigue.

Flitwick se volvió al oírlos. No les pidió que explicaran la discusión delante de todos. Señaló el espacio entre las mesas.

—Señorita Malfoy, venga a mostrarme aquí la figura. Después volverá a su lugar y se ocupará de su siguiente intento.

Dracenia llevó la pieza. El profesor le entregó una caja de fragmentos distinta y la hizo trabajar en el extremo de la mesa de demostración durante el resto del ejercicio. No le quitó el acierto que ya había conseguido. Tampoco le permitió volver para terminar la conversación con Potter.

Desde allí vio cómo Hermione encontraba el fragmento del borde y lo añadía a la taza. Longbottom había unido su maceta,

aunque aún quedaba una grieta visible a un lado. Cuando Flitwick la revisó, le indicó cómo apoyar la base para corregirla.

Dracenia terminó su segunda figura antes de que acabara la clase. Potter pasó por su mesa al recoger sus cosas.

—La primera sí quedó bien —dijo, mirando la cerámica.

Ella lo observó con desconfianza.

—Ya lo dijo el profesor.

—Sí. Yo lo oí.

Se fue con Weasley antes de que ella decidiera si se estaba burlando. Dracenia guardó la figura con demasiado cuidado. No le había gustado que Potter la mandara callar, pero tampoco había podido fingir que la pieza estaba mal reparada solo porque ella la había hecho.

Pansy esperó a que salieran al patio para hablar del asunto.

—No estabas diciendo nada tan importante como para irte a la mesa del profesor.

—Potter estaba buscando una excusa.

—Tú empezaste con Longbottom.

Dracenia se detuvo junto a un banco.

—¿Ahora lo vas a defender tú también?

—No. Pero te oí. Si luego cuentas que estábamos tranquilas y vinieron a molestarnos, no me preguntes delante de los demás.

Pansy se sentó y sacó la lista de tareas. Estaba enfadada, pero había dejado espacio a su lado. Dracenia siguió de pie un momento antes de ocuparlo.

—No iba a preguntarte.

—Mejor.

Compararon las horas de la tarde. Dracenia quería ir a la biblioteca antes de que se llevaran los ejemplares que necesitaba. Pansy prefería acabar una tarea de Historia de la Magia y propuso encontrarse allí después. Cuando acordaron la hora, el mal humor ya no bastaba para estropearles el resto del día.

En la biblioteca encontraron a Ginny Weasley y al muchacho de la cámara tratando de copiar unos horarios. Colin había puesto el codo sobre la hoja que Ginny necesitaba leer. Ella se la quitó de debajo y le señaló un espacio libre.

—Ahí no tapas nada.

Pansy bajó la voz al pasar.

—Es la hermana de Weasley. El pelo no deja mucha duda.

Dracenia miró la lista. Habían dejado fuera un cambio de aula de los viernes. Lo sabía porque aquella puerta quedaba junto al salón donde había tenido una clase el año anterior. Pudo haberlo dicho. Siguió de largo y dejó sus cosas en una mesa menos expuesta al paso.

No tenía ganas de pasar la tarde orientando Weasleys.

Durante las semanas siguientes, el cajón dejó de ser el único lugar donde guardaba el diario. En las tardes con mucho trabajo lo llevaba dentro de la bolsa, separado del cuaderno verde por un libro más grande. Si alguien se acercaba mientras escribía, cerraba antes de levantar la cabeza. Podía hacerlo sin prisa: la mayoría de sus compañeros solo querían saber si había acabado una tarea o si pensaba bajar a cenar.

Tom preguntó por el resultado de Encantamientos cuando ella lo mencionó una noche.

Dracenia estaba en su cuarto. Pansy había bajado a buscar un libro que Millicent no le había devuelto, y el diario permanecía abierto junto a las dos figuras reparadas. Escribió que había hecho mejor el ejercicio que varios alumnos a quienes Flitwick siempre parecía escuchar primero.

La respuesta apareció al retirarse la última palabra.

¿Cómo supiste que el tuyo estaba mejor?

Porque se sostenía derecho y no tenía una grieta en el borde.

¿Y el de los demás?

Dracenia describió la taza de Hermione. Mientras lo hacía tuvo que aclarar que la había terminado antes de salir, aunque había tardado más.

Entonces escogió un objeto más difícil. Tú conseguiste dos resultados. ¿Qué querías demostrar?

Ella apoyó la pluma.

No le había escrito para que escogiera la interpretación que convenía a Granger.

Que no necesito que me lo revisen todo mientras otros se equivocan y todos siguen diciendo que son muy listos.

¿Quién dijo eso en la clase?

Dracenia recordó a Potter junto a su mesa. No había dicho que la figura estuviera mal. Había sido peor que una burla fácil de devolver.

No en esa clase. Ella siempre sabe qué libro citar y luego parece que nadie más ha preparado nada.

Tom le pidió el nombre del libro y el ejercicio que estaban trabajando ahora. Dracenia se los dio. Al rato estaba explicándole una dificultad de la tarea y dejó de escribir sobre Hermione.

El diario no la había llamado extraordinaria. Le había hecho preguntas hasta obligarla a contar qué había pasado de verdad, y después había atendido la parte que todavía podía resolver. Cuando Pansy volvió, Dracenia cerró el diario, ya en blanco, y le preguntó si había recuperado su libro.

Al anochecer de un lunes de octubre se quedó en el dormitorio mientras las demás bajaban a cenar. Había prometido ayudar a Pansy a ordenar unas hojas por la mañana y quería dejar acabada su propia tarea. La había terminado hacía rato, pero Tom le había preguntado por las clases del curso anterior y la conversación había seguido hacia el castillo.

Dracenia encendió la pequeña lámpara de su mesa. El diario estaba abierto delante de ella; el cuaderno verde, cerrado a su izquierda. Había contado un recorrido que conocía y corregido una suposición de Tom sobre un aula que ya no se usaba igual.

Han cambiado más cosas de las que creía. ¿Qué camino tomas desde tu sala común?

Ella volvió a escribir el principio. No veía cómo alguien que había estudiado en Hogwarts podía confundir dos escaleras, pero Tom le recordó que no podía mirar por la ventana ni salir a comprobarlo.

Dracenia iba a decir que tampoco necesitaba hacerlo a esas horas. La tinta de su última frase se extendió ligeramente antes de retirarse. Apartó la pluma para no manchar el margen.

La nueva letra empezó a aparecer en el lugar que había quedado libre. Se inclinó para leerla, segura de que después cerraría el libro.

Vio formarse la primera palabra. Intentó seguir con la segunda, pero ya no consiguió mantener la vista en la página.

CAPÍTULO 8

Una voz detrás de la clase

Harry

La cuerda no se había soltado de la silla, pero Lockhart ya estaba explicando por qué el ejercicio había sido un éxito.

Ron sostenía el otro extremo, de pie junto a la primera fila. Había aceptado ayudar porque el profesor pidió a alguien que supiera hacer un nudo, y aquel parecía un requisito bastante sencillo. Ahora tenía que decidir si soltar cuando se lo ordenaban o impedir que la silla siguiera al profesor por el aula.

—Un momento —dijo Lockhart, sonriendo hacia los demás—. Hay una diferencia importante entre sujetar y aferrarse.

—Yo no estoy tirando —contestó Ron.

Harry miró la cuerda: un extremo rodeaba la muñeca de Lockhart, el tramo central pasaba por el respaldo de la silla y Ron sujetaba el otro cabo. El profesor había intentado mostrar cómo librarse de una sujeción sin perder la varita. El hechizo dejó flojo el tramo que sostenía Ron, pero apretó la vuelta alrededor del respaldo. Al apartarse, el profesor se llevó con él el lazo que todavía tenía en la muñeca.

Hermione levantó la mano.

—Profesor, quizá si deshace primero…

—Exactamente. Hay que resolver el problema en el orden adecuado.

Lockhart volvió a tocar el nudo con la varita. La cuerda cayó, Ron pudo soltar y la silla se quedó inclinada contra una mesa. El profesor la enderezó antes de continuar.

—El error de muchos principiantes es pensar únicamente en lo que tienen delante. En una situación real, su adversario no va a esperar a que terminen.

Harry miró a Ron, que regresaba a su asiento con un trozo de fibra en el suéter.

—Eso es lo que estaba intentando decirte —susurró su amigo.

La clase terminó con una lectura del libro. Harry buscó el apartado del ejercicio, pero la ilustración mostraba a una persona que sostenía la cuerda de otra manera. Había más de una diferencia entre la página y lo que habían visto, y no sabía cuál debía copiar.

Cuando levantó la mano, Lockhart se acercó con evidente satisfacción.

—¿Alguna dificultad, Harry?

—Si alguien me sujeta por detrás, no voy a ver dónde hizo el nudo.

—Por eso es importante conservar la serenidad. Lo explico en el capítulo siguiente.

Harry pasó una hoja. El capítulo siguiente comenzaba con un viaje y una descripción larga de lo mal que había dormido el autor. Volvió al ejercicio. Quería aprender a soltarse, no a recordar que debía estar tranquilo cuando no pudiera hacerlo.

En el almuerzo, Hermione defendió una parte de la demostración.

—La segunda vez sí lo deshizo.

—Yo también puedo deshacer un nudo la segunda vez —dijo Ron—. Sobre todo si no tengo que fingir que lo hice bien en la primera.

Neville estaba mirando sus apuntes.

—¿Ustedes pusieron la segunda palabra? No la oí.

Harry le mostró lo que había alcanzado a escribir. Hermione revisó el nombre en el índice y descubrió que habían anotado el hechizo para terminar el efecto, no el que el profesor había usado al principio.

—Entonces hay que preguntarle —concluyó.

Ron se llevó un pedazo de pan a la boca antes de responder.

—Pregúntale por el nudo. Yo ya hice mi parte.

Harry se rió. Todavía recordaba a Ron en las vacaciones, empeñado en dejar completo el juego de ajedrez de Percy. Sabía hacer más cosas útiles de las que Lockhart había necesitado que hiciera aquella mañana.

Al guardar sus apuntes encontró la figura de cerámica dibujada en el margen de otra hoja. Había intentado recordar cómo Dracenia había alineado la base en Encantamientos. Su segundo arreglo seguía abriéndose por un lado, aunque lo conseguía mantener derecho.

—Malfoy lo hizo girar antes de unirlo —dijo.

Hermione levantó la vista.

—Estaba buscando la raya de la base. Si tus piezas no quedan bien colocadas, tienes que corregir también eso.

—Lo sé. Voy a probar otra vez.

Neville señaló el dibujo.

—La mía tenía una marca adentro. Era más fácil verla por ahí.

La hoja cabía entre los platos, pero no quedaba sitio para apoyar entero el brazo. Cerca del codo de Harry había migas y una marca húmeda de vaso; Neville retiró sus apuntes del borde de la fuente antes de que alguien volviera a servirse. Por encima del papel, las manos iban y venían con pan, cubiertos y libros sin encontrar una forma de dejar todo quieto a la vez. Harry giró la hoja y dibujó el otro lado. Ron se inclinó para mirar el resultado.

—Eso parece una papa.

—Es una figura —respondió Harry.

—Entonces espero que no intentes repararla para que quede como el dibujo.

Harry le dio un codazo leve, pero al volver al dormitorio buscó el objeto y lo comparó con lo que había dibujado. El chiste de Ron no había sido del todo injusto.

Aquella semana de octubre, Wood decidió que debían entrenar con viento. Si esperaban a una tarde agradable, según él, acabarían aprendiendo únicamente a perder con buen tiempo.

Harry se ajustó las protecciones mientras Angelina discutía por dónde debía entrar la última jugada. Alicia la escuchó con la escoba apoyada contra la rodilla. Las dos tenían una opinión bastante firme y Wood no podía atenderlas al mismo tiempo que intentaba dibujar la posición de Harry.

—No voy a estar ahí —dijo Harry, señalando el papel—. Si la veo del otro lado, tengo que poder salir.

Wood lo miró.

—Ya sé que tienes que salir. Estoy diciendo dónde debes mirar antes.

Rehicieron el recorrido. Harry necesitó probarlo en el campo para entender la diferencia: al cambiar de altura demasiado pronto, perdía de vista un sector que creía tener cubierto. La segunda vez esperó hasta completar el giro. La ráfaga le pegó de costado, pero conservó la posición y pudo ver a Katie cruzar por debajo.

Wood lo llamó para que repitiera.

Harry volvió a subir. Durante un rato no hubo libros, Dobby ni un profesor que sonriera en sus propias páginas. Había que decidir cuándo inclinar la escoba y cuándo dejar que el viento pasara antes de corregirla. En uno de los intentos lo hizo tarde y perdió altura; en el siguiente anticipó demasiado. Cuando encontró el momento, tuvo ganas de repetirlo otra vez aunque Wood ya estuviera llamando a los demás.

Regresó al castillo con las manos frías y el cabello tan revuelto que no valía la pena intentar acomodarlo. Se encontró con Ron cerca de la entrada. Su amigo le había guardado algo para comer y quería saber si en el próximo entrenamiento podían probar la jugada que se le había ocurrido viendo el anterior.

—Se lo puedes decir a Wood —propuso Harry.

—A ti te escucha antes.

—A mí me dice que repita.

Ron se quedó pensando en eso mientras subían.

En el siguiente corredor tuvieron que apartarse para dejar pasar a Filch. Llevaba un cubo que había encantado alguien para que lo siguiera sin derramarse y un manojo de trapos sobre el brazo. La señora Norris caminaba cerca de la pared, evitando una franja húmeda junto al zoclo.

—Por el otro lado —les ordenó el celador—. Si dejan huellas, van a limpiarlas.

Harry miró la humedad. Habían retirado una pequeña rejilla de la pared y el agua salía despacio desde un punto más bajo, donde Filch había colocado un trapo doblado. No había inundación, pero la piedra seguía mojándose después de cada pasada.

Ron tomó a Harry del codo para que no pisara el borde.

—Vamos antes de que decida que es culpa nuestra.

Pasaron al otro lado. Al llegar a la escalera, Harry oyó que el cubo se detenía detrás de ellos.

La primera vez que escuchó la voz, Harry creyó que alguien lo había adelantado por otro camino.

Aquel lunes, antes de cenar, había salido de la biblioteca para devolver a Neville una hoja que se llevó entre sus apuntes. Ron y Hermione seguían dentro; él pensaba encontrarlos en la entrada antes de bajar a cenar. Se detuvo al oír unas palabras demasiado cercanas para venir del salón al final del corredor.

—No por ahí. Más abajo.

Harry miró hacia la escalera. No había nadie.

Esperó. Una puerta se cerró a lo lejos y la voz volvió a sonar, esta vez a su izquierda.

—Aquí. Por aquí.

No sonaba como un profesor dando indicaciones a un grupo. Era una voz baja, áspera, impaciente por algo que Harry no podía ver. Se acercó a la pared sin tocarla.

—¿Quién está ahí?

El sonido continuó unos pasos más adelante. Harry lo siguió hasta una columna, donde dejó de escucharlo. Al otro lado había piedra y un banco vacío. Se agachó para mirar debajo, aun

sabiendo que nadie habría podido esconderse allí sin que se le vieran las piernas.

Bajo el banco sólo había polvo. Harry se quedó agachado, escuchando. La túnica le tiraba sobre las rodillas. La voz había estado muy cerca; ahora podía oír sus propios movimientos de ropa cada vez que cambiaba el apoyo.

Ron apareció con Hermione antes de que Harry decidiera si debía continuar.

—Neville bajó por el otro lado —le dijo—. ¿Qué haces?

Harry levantó una mano para pedir silencio. Los tres esperaron junto al banco.

—Había alguien hablando —explicó al cabo de un rato—. Aquí, muy cerca.

Hermione miró hacia la puerta del fondo.

—Hay gente en esa aula.

—No venía de allí. Primero la oí junto a la escalera. Después se movió por la pared.

Ron se acercó a la columna. Apoyó una mano y se quedó escuchando. Harry casi deseó oírlo reír y señalar a un alumno escondido en el otro extremo.

—Yo no oigo nada —dijo su amigo.

—Ahora no está hablando.

Hermione examinó el espacio entre el banco y la pared.

—¿Pudo haber entrado alguien antes de que llegaras?

Harry repasó el recorrido. Había salido por la puerta de la biblioteca, visto la escalera vacía y oído la voz dos veces en lugares distintos. No podía estar seguro de todo lo que hubiera ocurrido antes.

—Tal vez antes. Pero después debería haberlo visto.

No le gustó tener que decirlo. La historia sonaba peor al explicarla frente a una pared que ya no hacía nada extraño.

Encontraron a Flitwick cuando iba hacia su despacho. Harry le pidió un momento y contó lo que había oído antes de que el profesor abriera la puerta.

Flitwick escuchó sin terminar las frases por él. Después quiso saber qué palabras había distinguido y si le habían hablado directamente.

—No creo —contestó Harry—. Pregunté quién era y siguió por otro lado.

El profesor fue con ellos hasta el corredor. Hermione le mostró la puerta del aula y Ron señaló la columna donde había dejado de oírse la voz. Harry tuvo que aclarar que sus amigos no la habían escuchado; Flitwick asintió y les pidió que esperaran mientras comprobaba las dos puertas cercanas.

Regresó acompañado por una profesora que había estado trabajando al final del pasillo. Ella dijo que no había salido nadie desde que empezó su clase. Tampoco había oído las palabras que Harry repitió.

—De momento no sabemos qué fue —dijo Flitwick—. Si vuelve a ocurrir, fíjate en dónde estabas y avisa. No hace falta seguirlo hasta perder de vista a tus compañeros.

Harry sintió calor en las orejas. El profesor no lo había regañado, pero él había estado a punto de continuar solo.

—¿Puede decírselo a la profesora McGonagall?

—Puedo hacerlo. ¿Tiene relación con algo que ya le contaste?

—No lo sé.

Flitwick no le pidió que escogiera una respuesta mejor. Le dijo que también hablaría con ella y los dejó ir a cenar.

En el comedor, Harry escribió al reverso de la hoja que iba a devolver a Neville las palabras que recordaba. Después las pasó a otra para no entregarle su tarea convertida en una lista de cosas extrañas.

Ron esperó a que terminara antes de acercarle la fuente.

—Si vuelve a pasar, llámame antes de irte.

—Fui a buscar a Neville.

—Ya sé. La próxima vez puedes volver a buscarnos a nosotros.

Harry guardó la hoja. La pared no les había dado una explicación, pero sus amigos seguían a su lado, discutiendo si la voz podía haber pasado desde otra habitación. Pudo escuchar las dos ideas sin tener que fingir que él ya sabía cuál era la correcta.



CAPÍTULO 9

Preguntas sobre Potter



Dracenia

Pansy tenía las hojas ordenadas y no parecía alegrarse de que Dracenia hubiera encontrado por fin la suya.

—Ya la copié —dijo, sin hacerle espacio en la mesa.

—La tenía en la bolsa.

—El martes dijiste que no sabías dónde estaba.

Dracenia apoyó la hoja junto a las demás. Dos días antes había bajado tarde a desayunar, todavía adormilada, y Pansy la había estado esperando con los apuntes que acordaron revisar. Después de la primera discusión, ninguna había vuelto a mencionar el asunto hasta aquella tarde.

—No iba a buscarla en medio de la sala común.

Pansy levantó la vista.

—Podías haberme dicho eso. Estuve esperando desde antes de que llegaran las demás.

Dracenia buscó una respuesta que no la obligara a admitir que no se acordaba de haber metido la hoja allí. Recordaba el cuaderno verde sobre el escritorio, cerrado. Había terminado la tarea y luego había seguido escribiendo en el diario. A la mañana siguiente encontró los dos guardados y una tira de papel sobresaliendo de la bolsa.

Pensó que la había dejado ella. No había nadie más que tuviera que guardar sus cosas.

—Me quedé dormida —dijo.

—Eso sí lo vi.

Pansy retiró la copia que ya había hecho. Se le había corrido una línea al pasarla y tendría que volver a empezar antes de entregar el trabajo.

Dracenia reconoció el encabezado de su propia hoja. Podía haberlo dicho de inmediato; en cambio, se quedó mirando un doblez que no recordaba.

—Esa parte es mía —señaló al fin—. La puedo copiar yo.

—Ya era tuya el martes.

Pansy se la pasó. No había perdonado la mañana perdida, pero dejó libre el lugar donde Dracenia se sentaba habitualmente. Ella sacó la pluma y empezó a trabajar sin volver a discutir la hora.

Al salir de la biblioteca, Dracenia buscó en su bolsa antes de que Pansy terminara de despedirse. El diario estaba entre los libros, con la cubierta hacia adentro. Lo había llevado esa mañana para consultar una pregunta en una mesa apartada, pero había llegado demasiada gente y no pudo abrirlo.

El verde seguía junto a él. Las hojas de la tarea encajaban donde siempre, salvo la que acababa de recuperar. Recordó por partes lo que había hecho el lunes por la noche: las voces de sus compañeras, el ruido de la puerta, la lámpara sobre la mesa. Después, el recuerdo saltaba a la mañana y a Pansy diciéndole que ya se habían ido las demás.

Había dormido. No tenía por qué acordarse de quedarse dormida.

Lo que no conseguía colocar era cuándo había guardado los libros.

Pansy le preguntó si iba a ir al campo después de cenar. Algunos de su casa querían ver el entrenamiento y discutir a quién deberían poner en el siguiente partido. Dracenia dijo que quizá los alcanzara.

Su amiga dejó de ajustar la correa de su bolsa.

—Si no vas a venir, no digas que vas a venir.

—Dije que quizá.

—Por eso estoy preguntando ahora.

Dracenia miró hacia las ventanas. Le apetecía salir. También quería terminar de ordenar lo de aquella mañana antes de que se le olvidara lo poco que recordaba.

—No me esperes. Si acabo, voy.

Pansy asintió, satisfecha de haber obtenido una respuesta que pudiera usar. Dracenia esperó a verla bajar y regresó al dormitorio.

Abrió el diario sobre la mesa y puso al lado el original que había recuperado de la bolsa y la copia equivocada que Pansy le había pasado. Las camas estaban vacías y alguien había dejado una ventana entreabierta. Dracenia la cerró antes de sentarse; no quería que se movieran los papeles mientras escribía.

Le contó a Tom que había guardado una tarea sin acordarse de hacerlo y perdido una mañana de trabajo con Pansy.

La respuesta apareció cuando se retiró su última frase.

¿Qué recuerdas haber hecho antes?

Dracenia escribió que había estado hablando con él del castillo. Después añadió que recordaba la lámpara y nada más de aquella noche.

Dejaste de escribir antes de terminar una respuesta. Pensé que habías decidido irte a dormir.

Dracenia volvió a leer. Había imaginado encontrarse con una explicación que le resultara evidente en cuanto alguien la dijera.

¿Qué respuesta?

Estabas describiendo el camino desde tu sala común. ¿Todavía tienes tus apuntes de aquella tarde?

Miró el cuaderno verde. Allí estaba la tarea terminada; la hoja que necesitaba Pansy no tenía ninguna otra marca. Había escrito demasiado tarde otras veces, pero siempre podía recordar haber cerrado el tintero o apagado la lámpara. Esta vez no sabía siquiera si se había acostado con los calcetines puestos: por la mañana los encontró hechos una bola junto al baúl.

No escribió eso último. No era una pregunta que quisiera dejar en una página, aunque las palabras acabaran desapareciendo.

Los apuntes están completos. La hoja estaba en la bolsa.

Entonces puedes comprobar el trabajo que sí hiciste. ¿Hay algo más que falte?

Dracenia examinó las dos caras del original. No faltaba nada que pudiera señalar sin añadir una suposición.

No.

Puedo ayudarte a revisar el ejercicio. No puedo decirte en qué momento lo guardaste.

La respuesta la irritó porque era cierta en la medida en que ella podía comprobarla. Él no estaba en el cuarto. Habría sido absurdo

pedirle que explicara dónde había puesto una hoja cuando tenía que describirle hasta la forma de un dibujo para que supiera de qué hablaba.

Comparó la copia de Pansy con el original y le escribió a Tom el renglón correcto, para preguntarle si cambiaba el sentido. Él pidió la indicación anterior. Al transcribirla, Dracenia se saltó una palabra y no reparó en que la frase quedaba incompleta hasta que Tom se la señaló. Volvió al original, la encontró y se molestó todavía más. La tarde se le estaba yendo en errores pequeños que no conseguía atribuirle a nadie.

Terminó la copia y apartó la hoja. Tenía ganas de contar lo ocurrido con Pansy de manera que al menos una parte sonara injusta. En vez de hacerlo, escribió otra cosa que llevaba días queriendo discutir.

> Potter también está convencido de que puede mandar a todo el mundo.

Tom no respondió con una opinión.

> *¿Potter es otro profesor?*

Dracenia soltó una risa breve.

> Harry Potter. Va en mi curso. El profesor lo deja hacer casi todo, así que a lo mejor está esperando que le den un despacho.

> *¿Es uno de los alumnos con los que trabajas?*

Ella explicó que coincidían en varias clases. No le gustó tener que empezar por ahí; había olvidado que un nombre que todos reconocían en el colegio no podía significar lo mismo para alguien de tantos años atrás.

Es famoso desde antes de llegar. La gente quiere verlo, no lo que hace. Cuando era un bebé sobrevivió al que no debe ser nombrado y desde entonces parece que le deben algo.

La tinta tardó en formar la siguiente pregunta.

¿A quién te refieres con ese nombre?

Dracenia miró hacia la puerta. No había nadie. Aun así, escribió el nombre en vez de decirlo en voz alta.

Voldemort. Mis padres hablan de aquello como si todos supieran de qué se trata.

Por primera vez en un buen rato, la página quedó en blanco más tiempo del que ella esperaba.

¿Sobrevivió a un ataque?

Sí. Eso dicen.

¿Quién te lo contó?

Dracenia apoyó el codo en la mesa.

Todo el mundo lo sabe. Potter tiene una cicatriz. ¿Por qué te interesa tanto?

Porque me estás contando algo de lo que no sé nada. ¿Conserva algún recuerdo?

No se lo he preguntado.

La respuesta de ella permaneció sola unos momentos. Tom añadió:

¿Y qué pasó en tu clase?

Dracenia sintió que le devolvían por fin la conversación, aunque ya no estaba segura de querer contarla. Escribió que Potter había intervenido cuando ella hablaba con Longbottom y que Flitwick la había cambiado de mesa.

¿Fue por hablar con él o por algo que dijiste?

Leyó la pregunta dos veces.

No necesito que repitas lo que diría Granger.

No conozco lo que diría. Estoy intentando entender qué quieres corregir para la próxima vez.

Dracenia iba a contestar que no tenía nada que corregir. Miró el reloj y se acordó del campo. Si seguía allí hasta que él escogiera la pregunta adecuada, iba a terminar explicándole una clase que llevaba días queriendo olvidar.

Quiero corregir mi tarea, no contar la vida de Potter.

Tom le pidió el siguiente ejercicio. Ella se lo copió, esta vez entero. Durante un rato las preguntas volvieron a referirse a algo que podía poner junto al libro y comprobar. No le dio más detalles sobre la cicatriz ni sobre lo ocurrido el curso anterior. Lo poco que había oído de aquello no era una explicación que quisiera someter a otra serie de preguntas.

Llegó al campo cuando el entrenamiento estaba terminando. Pansy la vio y apartó su bolso del banco sin hacer un comentario sobre la hora. Dracenia se sentó, agradecida de no tener que empezar otra discusión aunque no lo habría dicho de esa manera. El banco le resultó áspero a través de la ropa. Pansy acomodó el bolso sobre sus piernas y dejó la correa recogida entre las manos, sin dejar de mirar a los jugadores. Las voces llegaban separadas: un grito cerca de los aros, una respuesta del otro lado y luego el ruido más pequeño de quienes comentaban en las gradas. Dracenia se echó un poco hacia delante.

Desde allí se veía bien el último tramo de las gradas. Un alumno sostenía una hoja y marcaba algo después de cada vuelta. Pansy le

explicó quién estaba probando una posición nueva y cuál de los jugadores había protestado tanto que el capitán lo mandó repetir dos veces.

Dracenia siguió el siguiente recorrido con interés. Alguien corrigió demasiado tarde y dejó libre una entrada que ella habría visto desde el otro lado. Se lo señaló a Pansy, que se mostró de acuerdo hasta que intentó convertirlo en prueba de que podía haber hecho todo el entrenamiento mejor.

—La primera vuelta no la viste —le recordó.

—Vi esa.

—Entonces habla de esa.

Dracenia contuvo una respuesta. Se quedó mirando la siguiente jugada, obligada a esperar para tener algo distinto que criticar.

Cuando regresaron, terminaron las hojas juntas. Pansy comprobó que la palabra omitida estuviera en su sitio y le pidió que no volviera a guardar una parte del trabajo común sin avisar. Dracenia aceptó revisar la bolsa antes de prometer nada la próxima vez.

Puso el cuaderno verde sobre la mesa y el diario en el cajón. Esta vez se fijó en qué lado quedaba la cubierta, dónde apoyaba el tintero y si había cerrado la ventana. Se sintió un poco ridícula al comprobarlo. No tenía intención de preguntarle a Pansy si la había visto guardar sus propios libros.

Apagó la lámpara y fue a buscar una tira de tela con la que marcar la tarea terminada. Pansy le prestó una sin levantar la cabeza de su lectura.



CAPÍTULO 10

Una plaza entre siete

Dracenia

El viernes nueve de octubre, Dracenia bajó al campo con los guantes puestos y una explicación preparada por si Flint le preguntaba qué hacía allí. No llegó a usarla. El capitán estaba sacando dos pelotas de una caja y apenas levantó la cabeza cuando la vio.

—Los que vienen a mirar se quedan arriba.

Pansy, que caminaba junto a ella, empezó a subir hacia las gradas.

—No vengo a mirar —dijo Dracenia.

Flint cerró una correa antes de enderezarse. Era bastante más alto que ella y tenía una manera de esperar que hacía parecer inoportuna cualquier segunda frase.

—Quiero hacer una prueba de buscadora.

Terence Higgs dejó de acomodar el extremo de su escoba. Dracenia lo reconocía de los partidos del curso anterior. No parecía sorprendido de que alguien quisiera su puesto; parecía molesto porque le tocara enterarse cuando ya estaba listo para despegar.

—¿Has hablado con Hooch? —preguntó Flint.

—Para que me preste una escoba. Me dijo que tenía que pedirte la prueba a ti.

Era una parte de la mañana que habría preferido saltarse al contarla. La profesora no había considerado suficiente que Dracenia supiera volar. Le preguntó cuándo quería usar la escoba, comprobó el horario del campo y la hizo esperar mientras revisaba una del colegio. Dracenia llevaba diez minutos sosteniéndola como si hubiera sido su primera elección.

Flint miró hacia las gradas.

—Dijiste que podías hacerlo mejor.

Pansy se detuvo a media escalera. Dracenia no iba a preguntarle quién había repetido la conversación de la noche anterior.

—Dije que había visto un error.

—Entonces vamos a ver qué haces cuando estás aquí abajo.

Higgs tomó otra de las escobas del colegio, apoyada contra la caja. La suya quedó junto al banco. Flint señaló el espacio entre las torres de los extremos: harían dos búsquedas cortas y después una vuelta con el resto del equipo. No había una plaza vacía esperándola. Al terminar decidiría si quería volver a verla entrenar. El partido contra Gryffindor era el sábado veinticuatro; no iba a reservarle un lugar mientras ella lo pensaba.

Dracenia pasó una mano por el mango. La escoba no era nueva, pero estaba firme y no tenía ninguna rama suelta. Se apartó lo suficiente para montar sin golpear a nadie.

Al despegar olvidó por un momento la expresión de Higgs.

El aire le enfrió las mejillas. Las gradas bajaron hasta quedar a la altura de sus zapatos y, más allá del campo, vio moverse las copas de los árboles. Le gustaba aquella primera subida, cuando el suelo dejaba de decidir por dónde tenía que ir. Al llegar a la altura indicada se volvió hacia Flint. Estaba preparada.

La primera Snitch salió de su mano con un brillo breve.

Dracenia la vio antes que Higgs y aceleró. Tenía el paso libre, una ventaja de varios metros y tiempo para decidir desde qué lado iba a extender la mano. Entonces la pelota cambió de dirección. Ella inclinó la escoba para seguirla, convencida de que podía terminar el giro sin frenar.

Pasó de largo.

Tuvo que abrir la curva para recuperar altura. Cuando volvió a ver las alas, Higgs ya había colocado la mano debajo. La Snitch quedó encerrada en sus dedos.

Dracenia oyó un grito desde el banco y miró hacia allí, furiosa por haberlo hecho. Flint no estaba celebrando. La esperaba con los brazos cruzados.

—Otra.

—La vi primero.

—También yo.

Higgs le devolvió la pelota al capitán. No hizo ningún comentario. Aquello le molestó más que una sonrisa.

En la segunda búsqueda Dracenia resistió la tentación de salir detrás del primer destello. Vio a Higgs bajar y esperó a distinguir las alas antes de seguirlo. La Snitch se apartó de él, cruzó por debajo de su escoba y apareció a un lado de Dracenia. Ella corrigió, perdió un poco de velocidad y esta vez pudo acercar la mano sin tener que perseguirla después del giro.

La sintió vibrar entre los dedos.

Pansy se puso de pie. Dracenia levantó el puño antes de regresar y disfrutó todo el trayecto hasta el banco.

—Una cada uno —dijo.

—Ahora sube con los demás —contestó Flint.

Eso debía de ser una buena señal. Dracenia montó otra vez, todavía con el calor de la captura en la palma.

La tercera prueba le quitó las ganas de contar el resultado tan pronto.

Flint mandó a sus cazadores avanzar hacia los aros mientras Higgs y ella buscaban la Snitch de práctica, que había vuelto a soltar sin que ninguno viera por dónde se alejaba. Dracenia la encontró cerca de una torre y cambió de altura. Estaba a punto de llegar cuando Adrian Pucey cruzó por delante con la quaffle.

Lo vio tarde. Tiró del mango, subió para dejarlo pasar y perdió de vista lo que estaba buscando.

—¡Mira el campo! —le gritó Flint.

Dracenia quiso responder que lo estaba mirando. Una Bludger pasó a varios metros de ella, devuelta por uno de los golpeadores, y tuvo que admitir que no sabía dónde estaba el otro. Bajó un poco, buscó a Higgs y lo encontró siguiendo una línea distinta. Él no estaba volando más rápido. Había dejado espacio para cruzar sin tener que corregir dos veces.

Flint los hizo bajar antes de que ninguno atrapara la pelota de práctica.

—El martes, a la misma hora —le dijo a Dracenia—. Si vas a cambiar de altura, primero tienes que saber a quién vas a dejar de ver.

Ella abrió la boca para pedir otra vuelta. El capitán ya estaba dando instrucciones a Pucey.

Higgs recogió su escoba del banco.

—Cuando llevas la quaffle, los demás procuran no estorbarte. Cuando buscas la Snitch, no tienes todo el campo para ti.

—No necesito que me expliques qué pelota llevo.

—Entonces nos vemos el martes.

Dracenia se quedó sosteniendo la escoba prestada hasta que Pansy bajó de las gradas.

—La segunda estuvo bien —dijo su amiga.

—Las dos la vi antes.

—Pero en una la atrapó él.

Caminaron hacia el castillo sin ponerse de acuerdo sobre cuánto debía contar eso. Dracenia todavía sentía el giro que no había terminado; al mirar las torres desde el sendero, pudo reconocer el lugar por donde habría tenido que pasar. Desde abajo parecía facilísimo.

La carta a su padre empezó con la captura que sí había conseguido. Después añadió que Flint la había citado otra vez y que estaba usando una escoba del colegio. Se detuvo antes de escribir que con una mejor habría ganado las dos. Había visto a Higgs apartarse a tiempo sobre otra igual.

Le pidió que averiguara si podía probar uno de los modelos nuevos. No pensaba pasar el curso entero esperando a que alguien más decidiera que había un puesto para ella.

Lucius llegó el lunes doce, después de las clases. Snape le avisó a Dracenia dónde lo encontraría y le indicó a qué hora debía regresar. Su padre estaba esperándola cerca de la salida a los terrenos, con el abrigo cerrado y un paquete estrecho bajo el brazo.

Ella miró el paquete antes de saludarlo.

—No es una escoba —dijo él.

—Ya lo vi.

Lucius sonrió y le apartó del hombro la correa de la bolsa, que se le había torcido. Dentro del paquete había unos guantes de vuelo. Dracenia se quitó los suyos y probó uno de los nuevos; podía cerrar la mano sin que la costura le apretara entre los dedos. Le gustó el olor del cuero nuevo, más fuerte al acercarse la mano a la cara. El guante conservaba un pliegue de haber estado guardado y Dracenia pasó el pulgar por él, sin dejar de mirar cómo le quedaba. El papel abierto crujía en las manos de su padre. A ella le llegaba por momentos el aire fresco de los terrenos mientras seguía allí con un guante puesto y el otro sin probar.

—Los otros todavía servían —dijo.

—La última vez que te los vi, te quedaban los nudillos afuera.

Su padre esperó a que se pusiera el segundo. No le preguntó si le gustaban: le tomó una mano, le hizo flexionar los dedos y comprobó el tamaño con una atención que Dracenia recordaba desde antes de llegar al colegio.

—Cuéntame la prueba.

Ella empezó por la Snitch. Lucius la escuchó sin apresurarla, pero al llegar al final preguntó por Higgs.

—¿La misma escoba?

—Las dos eran del colegio.

—¿Y dónde te ganó?

Dracenia miró hacia el campo.

—Frené tarde. En la primera. La otra la atrapé yo.

Su padre asintió, como si aquella diferencia le pareciera más útil que todas las razones que ella había preparado para explicar el resultado. Bajaron hasta un punto desde el que se veían los aros. Dracenia le mostró con la mano por dónde había intentado girar.

—La escoba siguió avanzando. Yo ya estaba mirando hacia el otro lado.

—Entonces tendrás que probar el giro antes de volver a necesitarlo así.

—Eso voy a hacer.

Lucius no dijo que Higgs hubiera tenido suerte. A Dracenia le gustó que no lo necesitara, aunque había esperado un poco más de indignación de su parte.

—He encargado siete Nimbus 2001 —añadió él.

Ella dejó de mirar los aros.

—¿Siete?

—Para el equipo. Llegarán esta semana, después de la revisión correspondiente. He hablado con el capitán.

Dracenia bajó la mano.

—Todavía no me ha elegido.

—Me ha dicho que volverás a entrenar.

—Eso no es lo mismo.

Lucius la observó un momento. No parecía ofendido por la corrección; parecía encontrarla innecesaria.

—Quieres jugar de buscadora. Has demostrado que sabes volar y ahora necesitas un equipo con el que hacerlo. No voy a fingir que no puedo ayudarte.

—Puedo ganarle a Higgs.

—Entonces procura hacerlo también con una escoba que no tengas que devolver al terminar.

La respuesta la hizo sonreír antes de decidir si quería seguir discutiendo. Siete escobas no eran una prueba. También eran siete

Nimbus 2001, y su padre había venido hasta allí para verla cerrar las manos sobre los guantes que iba a usar con una de ellas.

—¿Qué le dijiste a Flint?

—Que me alegraría ver a mi hija jugando y que Slytherin debería contar con el mejor material disponible. Creo que comprendió ambas cosas.

Dracenia miró otra vez el campo. Le había gustado mucho imaginarse en el equipo cuando sólo dependía de lo que podía decir que haría en la próxima prueba. Ahora era una posibilidad lo bastante cercana para que le molestara pensar en lo que iban a decir los demás.

—Van a hablar de las escobas.

—Naturalmente. Conviene que tengan algo que envidiar.

Lucius le acomodó el borde de un guante. Después le recordó la hora que había dado Snape. Quería verla jugar el veinticuatro, pero no le prometió que podría ir. Dracenia dijo que, si iba, no llegara cuando ya hubieran terminado.

—Escribe antes para decirme cuál es tu puesto —respondió él.

Ella se guardó los guantes viejos en la bolsa. Durante el regreso se puso los nuevos otra vez, aunque ya no hacía frío suficiente para necesitarlos.

Las Nimbus llegaron el miércoles catorce. Hooch las revisó antes de permitir que el equipo las usara; cuando Dracenia llegó al campo, las siete estaban alineadas sobre una tela. La profesora había terminado de comprobarlas y le recordaba a Flint que el cambio de material no le daba derecho a ocupar un horario ajeno.

El capitán respondió con una educación que Dracenia no le había oído durante la prueba.

Bole tomó una de las escobas y la levantó para examinarla. Derrick ya estaba preguntando cuánto tiempo tenían antes de que llegaran los de Hufflepuff. Los dos golpeadores sonreían. Pucey pasó un dedo sobre el mango y le dijo a Flint que ahora tendría que inventar otra excusa si perdían una carrera.

—Podemos perderla contigo encima —contestó el capitán—. No te confíes.

Dracenia se acercó a la última escoba. No había otra para Higgs, que estaba de pie junto al banco con la suya.

—Vamos a rotarlas para probarlas —dijo Flint—. Malfoy, empieza con esa.

Ella la sujetó. Pesaba menos de lo que había esperado. Al levantarla sintió que toda la conversación se había vuelto hacia sus manos, aunque nadie hubiera dejado de hablar.

Higgs tomó prestada la de Flint para su turno. Los demás salieron a medir distancias y probar las frenadas; Dracenia subió más despacio de lo que le apetecía. No quería que la primera cosa que vieran fuera otra curva demasiado abierta.

La Nimbus respondió a una inclinación mínima. Dracenia sonrió sin poder evitarlo y aceleró hasta que el aire le hizo pegar la manga al brazo. Por un instante quiso llegar al extremo del campo sin mirar abajo. Se obligó a frenar antes y dio la vuelta.

Flint la llamó para que repitiera.

Volvió a hacerlo. Esta vez esperó a que Pucey terminara de cruzar antes de cambiar de altura y encontró la pelota de práctica sin perder de vista el hueco que necesitaba para acercarse.

No la atrapó. La rozó con dos dedos, demasiado lejos aún para cerrar la mano. Al volver a intentarlo tuvo que empezar la búsqueda desde otro sitio.

Mantuvo el vuelo mientras buscaba de nuevo las alas, sin mirar a ver quién había visto su fallo.

El viernes dieciséis, Flint anunció el equipo antes de que subieran a las escobas. No había esperado a que todos terminaran de ponerse las protecciones.

Nombró a Bletchley para los aros, a Bole y Derrick como golpeadores, y después a los tres cazadores: Pucey, Montague y él mismo. Dracenia se quedó con un guante a medio ajustar.

—Malfoy, buscadora. Higgs, quiero que sigas viniendo como suplente.

Higgs miró al capitán.

—El miércoles la encontré antes tres veces.

—Y ella la encontró antes dos. No estoy eligiendo una tabla de resultados.

Dracenia terminó de ponerse el guante. Aquella era la respuesta que había querido oír y, de pronto, le habría gustado que Flint añadiera otra cosa. Higgs se había colocado mejor cuando los cazadores les cerraron una línea; ella había tenido que rodearlos. El capitán lo había visto.

—También tiene una Nimbus esperando —dijo Higgs.

Bole dejó de hablar con Derrick. Flint se acercó un paso.

—Todo el equipo las tiene. No vamos a devolverlas para discutirlo aquí. Si quieres seguir compitiendo por el puesto, necesito que vengas a entrenar.

Higgs apretó la correa de su protección. Podía marcharse y obligar a Flint a llamarlo delante de todos. Dracenia casi deseó que lo hiciera. En vez de eso, tomó su escoba y fue a colocarse donde le habían indicado.

Ella sintió que la alegría volvía, más fuerte por haber tenido que quedarse quieta mientras hablaban.

Era buscadora de Slytherin.

Pucey le dio un golpe ligero en el hombro al pasar.

—Procura atraparla antes de que tengamos que averiguar cuánto corren los otros.

Dracenia sonrió. Después montó la Nimbus y subió con los demás, satisfecha de que la vieran desde las gradas.

Pansy la esperaba al terminar. Dracenia había intentado decidir cómo darle la noticia sin que pareciera que llevaba toda la práctica pensando en ello.

—Ya me dijeron —anunció su amiga.

—Podías esperar a que te lo contara yo.

—Podías bajar sin sonreír desde la mitad del campo.

Dracenia dejó que se riera. Le enseñó los guantes y explicó una parte de la última búsqueda. Pansy hizo dos preguntas sobre la Nimbus antes de mencionar a Higgs.

—No parecía contento.

—¿Querías que lo estuviera?

—No. Quería saber si de verdad lo habías hecho mejor.

Dracenia dejó de acomodar la escoba.

—Atrapé las que tenía que atrapar.

—Él también.

El viento les movió las capas. Dracenia se dio cuenta de que seguían paradas en medio del camino y echó a andar.

—Mi padre no puede subir a atraparla por mí.

—Ya sé.

—Y Flint no va a poner a alguien que no pueda volar.

Pansy la alcanzó.

—No te he dicho que no puedas. Te pregunté por la prueba.

Dracenia no contestó enseguida. No había una manera de contar todos los intentos que hiciera desaparecer la conversación de su padre con el capitán. Tampoco pensaba pasar el resto del día explicando por qué no debía gustarle lo que acababa de conseguir.

—Voy a jugar —dijo al fin—. El veinticuatro puedes mirar la prueba entera.

Pansy sonrió, aunque no le dio la razón sobre Higgs.

—Eso sí pienso hacerlo.

El sábado diecisiete, el primer entrenamiento con el puesto asegurado fue peor de lo que Dracenia había imaginado.

Quiso aprovechar la velocidad de la Nimbus para llegar antes a cada giro. En la segunda vuelta se encontró de frente con Montague, que venía siguiendo una quaffle demasiado larga. Los dos se apartaron y Flint los hizo repetir la jugada sin permitirles discutir de quién había sido la culpa.

Después Bole envió una Bludger a su costado. Dracenia se agachó, siguió buscando la Snitch y terminó mirando la escoba de Higgs. Cuando reparó en ello, llevaba varios segundos persiguiendo a una persona que tampoco había visto la pelota.

Higgs giró hacia ella.

—¿La tienes?

Dracenia negó, furiosa por tener que hacerlo.

Los cazadores volvieron a cruzar. Podía pasar por encima de ellos y conservar la dirección o apartarse a un lado para mirar el espacio que estaba perdiendo. Eligió subir primero. No vio nada salvo la espalda de Montague.

Al volver al banco, Flint le preguntó dónde había dejado de ver las alas. Ella señaló el sitio. El capitán la mandó repetir desde allí, con la advertencia de que acelerar por segunda vez hacia un lugar vacío no iba a llenarlo.

Dracenia perdió la siguiente búsqueda. En la otra, antes de volver a lanzarse, abrió la curva y bajó por el costado libre. Desde abajo encontró el brillo que le tapaban las escobas. Tuvo que dejarlo escapar mientras Pucey cruzaba, pero mantuvo a la vista las alas y pudo seguirlas al salir.

Cuando atrapó la Snitch de práctica, ya no recordaba quién estaba mirándola desde el banco.

Durante los días siguientes quiso volver a conseguirlo sin esperar a que Flint la mandara. Algunas veces la pelota seguía allí. Otras se había movido y tenía que buscar de nuevo. La parte difícil era soportar el instante en que parecía que estaba dejando ganar a Higgs por separarse de él.

El jueves acabó con los dedos doloridos de apretar demasiado el mango. El viernes veintitrés, Hooch la hizo aflojar las manos antes de permitirle empezar. Dracenia estuvo a punto de decir que sabía lo que hacía. La profesora le señaló los nudillos y esperó.

Tuvo que obedecer.

Los de Gryffindor llegaron mientras Slytherin recogía. Potter se quedó mirando las Nimbus alineadas junto al banco. Llevaba los lentes un poco bajos; se los subió con un dedo al volverse hacia ella. La cicatriz asomaba bajo el cabello revuelto por el viento. Detrás de él, Weasley levantó las cejas y empezó a decir algo que Dracenia no alcanzó a oír.

Ella tomó su escoba y se acercó lo suficiente para que no pudieran fingir que seguían hablando de otra cosa.

—Procura reconocerla mañana. No voy a esperar a que te expliquen cuál es.

Potter miró primero el mango y después a ella.

—Ya sé quién te la compró.

—¿Y qué?

—¿También te compró el puesto?

Pansy, que había bajado por la bolsa, se detuvo a su lado. Dracenia sintió que se le endurecía la sonrisa.

—Tú llevas una Nimbus desde primero. No recuerdo que la pagaras contando monedas.

Potter miró hacia su propio equipo.

—Wood me eligió antes de que llegara.

No había alzado la voz. Dracenia habría preferido que lo hiciera. Flint llamó a los últimos jugadores y le indicó que dejara libre el paso; los de Gryffindor tenían reservado el siguiente turno.

Ella se volvió hacia Potter antes de irse.

—Pues mañana puedes enseñarme cuánto importa eso.

Weasley respondió algo sobre los otros seis jugadores. Dracenia no regresó para discutirlo. Potter seguía allí, sosteniendo la escoba

como si el partido ya hubiera empezado y estuviera esperando a ver por dónde iba a intentar pasar.

Aquella noche escribió a su padre que jugaría de buscadora. Añadió que ya sabía cuánto tenía que frenar antes de volver a acelerar, aunque no consiguió explicarlo de una manera que le gustara y acabó tachando media frase.

Pansy le pidió que dejara sitio en la mesa. Quería terminar una carta y no pensaba escribir con la bolsa de los guantes encima de su hoja.

Dracenia apartó la bolsa. El diario permanecía en el cajón; no lo necesitaba para contar lo que había hecho en el campo. Todavía podía sentir en los dedos el tirón de las alas cuando por fin había cerrado la mano a tiempo.

Al terminar la carta, se quedó un momento mirándola antes de doblarla. Había imaginado muchas veces jugar contra Potter. Ahora conocía la hora, el lugar y la escoba que iba a llevar. Le costó acostarse sin levantarse otra vez a comprobar que los guantes nuevos estuvieran con sus cosas.

CAPÍTULO 11

La ventaja

Harry

Harry rompió la tostada al intentar untarla. Ron llevaba un rato mirando el extremo de su cuchillo sin decidir si debía decirle que lo dejara.

—No la tienes que desarmar antes de comértela.

Harry dejó los dos pedazos en el plato. Era sábado, veinticuatro de octubre, y faltaba demasiado para que los llamaran al campo. Del otro lado del comedor, los de Slytherin parecían haber terminado ya de desayunar. Dracenia estaba sentada con Pansy, sonriendo por algo que no podía oír.

—Anoche Flint no dejó que nadie se acercara a las escobas —dijo Ron—. Como si fueran a gastarse de mirarlas.

Hermione cerró la bolsa que había puesto en el banco.

—Son del equipo, ¿no?

—Son del padre de Malfoy. Bueno, eran. Ya sabes lo que quiero decir.

Harry sí lo sabía. El día anterior había visto las siete Nimbus 2001 y a Dracenia hablando de la suya como si el partido fuera una demostración que los demás tuvieran que sentarse a presenciar. También recordaba a Higgs en el aire. No lo habían apartado porque hubiera olvidado cómo jugar.

—Ella volaba bien en primero —dijo.

Ron lo miró.

—Tú también. Y te eligieron antes de la escoba.

—Eso le dije.

—Entonces no tienes que volver a decírselo desde arriba —intervino Hermione—. Mira la Snitch.

Harry sonrió. Ella le pasó el plato que aún tenía una tostada entera y empezó a preguntarle a Ron dónde iban a sentarse. Neville llegó mientras discutían si desde un extremo del campo se veían mejor las jugadas o se recibían menos codazos. Llevaba una bufanda mal enrollada que Dean terminó de acomodarle en la puerta.

Harry se levantó con los demás jugadores. Le gustaba que aquella mañana hubiera algo que podía hacer sin explicar una voz ni esperar una respuesta de un profesor. Había un campo, seis compañeros y una pelota que necesitaba encontrar antes que Malfoy.

Wood los hizo esperar dentro del cuarto del equipo hasta que todos terminaron de revisar sus correas. Harry comprobó el mango de la Nimbus 2000 y pasó una mano sobre las ramas. La escoba estaba lista. Él llevaba demasiados minutos imaginando la salida de Dracenia. El cuarto olía a cuero y a hierba pegada en las protecciones. Cuando alguien se inclinaba para comprobar una hebilla, los demás tenían que hacerle sitio con las rodillas o el mango de la escoba. Katie se apoyó un momento contra la pared para terminar con una correa. Harry tenía las manos calientes dentro de los guantes; juntó las puntas de los dedos alrededor del mango y las separó otra vez. En aquel espacio, las siete escobas parecían mucho más largas que cuando las veía en el aire.

—No vamos a ganarles una carrera larga por intentarlo más fuerte —dijo Wood—. Si reciben un pase, quiero que sepan ya dónde está el siguiente compañero.

Angelina señaló una parte del dibujo que habían preparado.

—Aquí esperamos demasiado. Si Alicia devuelve y yo sigo, Montague tiene que girar otra vez.

Harry recordó a Ron el día anterior, moviendo dos dedos sobre la mesa para explicar casi lo mismo. Se lo había contado a Wood después de verlo probar con unas fichas. El capitán había querido que las cazadoras ensayaran el cambio antes de incluirlo.

—Pero no te quedes esperando la devolución —le dijo Alicia—. El espacio no va a seguir ahí si te paras.

Katie asintió. Fred cerró la última correa de su protección y George lo ayudó a ajustar el extremo que había quedado torcido. Wood esperó a que levantaran la cabeza.

—Harry, no tienes que perseguir a Malfoy cada vez que acelere. Si la ha visto, procura verla tú también. Si no, no le prestes tus ojos.

—Lo sé.

—Quiero que lo sepas cuando estés allá arriba.

Harry tomó la escoba. El ruido de las gradas llegaba por la puerta abierta y hacía parecer mucho más pequeño el cuarto. Al salir distinguió primero una bufanda roja y después a Ron, que se había puesto de pie para que lo viera. Hermione lo hizo sentarse cuando tapó al niño que estaba detrás.

Slytherin esperaba al otro lado. Dracenia llevaba los guantes nuevos y la escoba pegada a la pierna. Una ráfaga le revolvió el cabello rubio; ella lo apartó de la cara sin soltar el mango. Higgs se había quedado junto al banco de suplentes. Harry miró las otras seis Nimbus y volvió a pensar en el dinero antes de poder evitarlo.

Hooch los reunió en el centro, dio las indicaciones y comprobó que los capitanes estuvieran listos. Madame Pomfrey estaba junto al acceso al campo, con el material que llevaba a los partidos. Harry la vio hablar con una profesora y después perdió de vista a ambas entre las túnicas.

Dracenia lo observaba desde su lugar.

—Intenta no quedarte mirando el mango —le dijo—. La pelota está más arriba.

Harry se acomodó los lentes.

—Todavía no la soltaron.

Hooch les hizo dejar de hablar. La quaffle salió de su mano y Harry despegó antes de oír el resto del ruido. Hooch montó su escoba y se elevó detrás de los jugadores para seguir la jugada.

Pucey tomó el primer pase. Alicia intentó cerrarle la línea y él se apartó con una aceleración que la obligó a perseguirlo desde otro ángulo. Harry vio a Wood moverse hacia el aro izquierdo; el pase salió antes de que el guardián terminara de colocarse y Flint lanzó por el otro lado.

Diez a cero para Slytherin.

Dracenia no lo celebró mirando a Harry. Estaba más alta, recorriendo con los ojos un sector del campo que él acababa de dejar atrás. Harry subió por el costado contrario y procuró no comprobar a cada instante si seguía allí.

La encontró de nuevo al volverse. Ella había cambiado de altura sin perder velocidad y ahora podía ver por debajo de los cazadores. No era una vuelta hecha para mostrar la escoba. Se había colocado donde alguien que mirara sólo desde arriba iba a tener que buscar dos veces.

Harry amplió su recorrido.

Abajo, Katie consiguió interceptar un pase que Flint había dado demasiado lejos de Montague. Salió con Alicia a su derecha; cuando Bletchley se inclinó para cubrir a Katie, la pelota ya estaba en la mano de su compañera. Angelina la recibió junto al tercer aro y empató.

Harry oyó a Ron incluso desde allí.

Pansy había agitado los brazos con el primer gol. Ahora estaba diciendo algo a una muchacha que se había levantado delante de ella. Dracenia pasó frente a las gradas sin mirar hacia su amiga.

Una chispa dorada apareció junto al extremo de una torre.

Harry giró.

La Snitch avanzó unos metros, cambió de altura y se perdió detrás de dos cazadores. Dracenia había salido desde el otro lado. Llegaron casi al mismo sitio; la Nimbus 2001 ganó terreno durante la aceleración, pero Harry tenía menos distancia que recorrer.

Buscó las alas al salir del cruce. No estaban allí.

Dracenia frenó antes de volver a inclinarse. Harry siguió un poco más y se dio cuenta de que ella ya estaba mirando hacia abajo.

No la encontró ninguno.

Harry retomó altura, disgustado consigo mismo. Había visto a Malfoy detenerse y todavía había avanzado hacia el lugar donde esperaba que siguiera la pelota. Abajo, Flint aprovechó un rebote para poner a Slytherin veinte a diez.

Durante los minutos siguientes, Harry tuvo que trabajar para conservar una vista del campo que no incluyera siempre una Nimbus nueva en primer término.

Dracenia se movía con rapidez, pero no acertaba en cada elección. Una vez bajó demasiado pronto y él pudo revisar un espacio que a ella le tapaban las túnicas de Pucey. Otra la vio corregir una curva antes de acercarse a Katie. No se detuvo a esperar que ella pasara; Harry distinguió cómo eligió otro camino y siguió buscando.

Una Bludger llegó hacia su rodilla. Fred la golpeó desde abajo y Harry sintió el aire que dejó al pasar, sin que la pelota llegara a tocarlo.

—¡No te quedes ahí! —le gritó su compañero.

Harry se apartó. Todavía estaba pensando en dónde se había colocado Malfoy cuando Alicia hizo el pase de regreso que habían ensayado. Angelina siguió avanzando mientras Montague giraba hacia la quaffle, recibió de nuevo y lanzó antes de que Bletchley pudiera cubrir el hueco.

Veinte iguales.

Wood levantó el puño desde los aros. Harry se dio cuenta de que no había mirado a Malfoy durante toda la jugada.

Katie marcó el siguiente. Slytherin empató en el ataque que vino después: esta vez Pucey conservó la pelota hasta obligar a Wood a salir un poco y la pasó por debajo de su brazo. El ruido de las gradas cambió de lado otra vez.

Harry había empezado a sudar dentro de los guantes. Se pasó una manga por la frente y buscó el espacio libre junto a las torres. El campo le resultaba enorme hasta que todos parecían necesitar el mismo tramo de aire.

Malfoy aceleró hacia el fondo. Él la siguió con la vista y permaneció donde estaba un instante más.

Vio la Snitch por debajo de ella.

Harry descendió. Dracenia lo descubrió al volverse y tuvo que frenar para seguirlo. Por primera vez tenía delante una oportunidad que no dependía de responder a lo que ella hiciera.

La pelota bajó hacia el césped y después subió en un arco corto. Harry cambió el peso, la mano izquierda firme sobre el mango, la derecha preparada para soltarse. Le faltó muy poco.

Una Bludger golpeada por Derrick cruzó su recorrido. Harry se echó hacia un lado antes de alcanzarla y perdió de vista las alas mientras evitaba el extremo de la escoba de Dracenia. Ella pasó a su derecha, se inclinó para buscar y tuvo que subir de nuevo con la mano vacía.

—¡Estaba ahí! —gritó Harry, sin saber a quién.

Dracenia lo miró un segundo.

—Ya la vi.

Era una respuesta tan inútil como su propio grito. Harry respiró hondo y dejó de apretar los dientes. Tenía que encontrarla otra vez.

Gryffindor llegó a cincuenta puntos con dos ataques que obligaron a los jugadores de Slytherin a volverse más de una vez. La primera vez Montague alcanzó a Alicia, pero dejó libre a Katie. En la segunda fue Angelina quien recibió el pase de regreso y lanzó sin entrar hasta los aros.

Slytherin seguía con treinta.

Las escobas nuevas respondían de inmediato. Harry lo vio cada vez que Pucey recuperaba terreno después de un pase fallido. También vio que no siempre llegaban al sitio que necesitaban: en una jugada Flint pidió una devolución y Montague ya había seguido adelante, demasiado lejos para hacerla sin mandar la quaffle hacia Fred.

El capitán le gritó algo que Harry no alcanzó a entender.

Dracenia se detuvo junto a una torre, miró hacia abajo y salió antes de que él pudiera comprobar qué había visto. Harry aceleró por el costado. La Snitch cruzó de nuevo, diminuta entre los colores de las túnicas, y desapareció al otro lado del campo.

Ninguno llegó lo bastante cerca para extender la mano.

Cuando volvieron a separarse, Slytherin ya había marcado dos veces más. Wood detuvo el siguiente lanzamiento con las dos manos y lanzó hacia Katie sin esperar a que todos recuperaran sus posiciones. Ella encontró a Angelina, que devolvió la ventaja a Gryffindor.

Sesenta a cincuenta.

Dracenia tenía una mancha de barro en el borde de la túnica. Harry no había visto cuándo se acercó tanto al suelo. Ella lo miró desde su lado del campo y levantó un poco la barbilla, como si esperara que preguntara.

Él volvió la cabeza primero.

Flint empató poco después. Harry oyó que Wood llamaba a sus cazadoras y lo vio señalar el lugar desde el que estaban permitiendo el último pase. No pareció una discusión. Alicia le respondió con un gesto y Katie fue a colocarse más afuera.

El cambio funcionó. Bletchley paró el primer tiro; el segundo entró después de que Angelina recuperara la quaffle antes que Pucey. Los dos siguientes ataques de Gryffindor acabaron también en gol, uno de Katie y otro de Alicia. Wood detuvo entre ambos un lanzamiento de Montague que hizo levantarse a toda la grada verde antes de tiempo.

Harry miró el marcador: noventa a sesenta.

No bastaba con seguir volando hasta que alguien terminara el trabajo. Slytherin podía ganar con una sola captura. También ellos.

Al levantar la vista encontró un destello delante de él.

La Snitch volaba cerca de la altura de las gradas bajas. Harry inclinó la Nimbus y salió por el espacio que Katie acababa de dejar libre. Dracenia llegó desde su derecha, todavía un poco detrás. Durante un instante él pudo ver las alas sin ninguna túnica en medio.

Derrick alzó el bate a la izquierda de la persecución. Harry vio el golpe y empezó a corregir antes de que la Bludger entrara en su recorrido. Casi al mismo tiempo, George alcanzó la otra desde el lado contrario y la devolvió por delante de Dracenia.

Las dos pelotas chocaron de costado, unos metros antes de los buscadores.

Una salió hacia arriba. La otra bajó y se apartó hacia el borde del campo. Harry levantó la escoba lo justo para dejar pasar la primera. Quería conservar el camino corto que llevaba hasta la Snitch, pero había perdido las alas detrás del cruce.

Dracenia abrió la curva hacia la derecha y bajó por fuera. Harry estuvo a punto de seguirla sin mirar. Desde su nueva altura ella se inclinó, volvió a acelerar y él alcanzó a distinguir el brillo que había encontrado: la Snitch seguía más abajo, fuera del grupo de jugadores.

Malfoy había conseguido verla otra vez sin esperar a que él le mostrara dónde.

Harry descendió para disputar el último tramo. Ella iba a su derecha y un poco por delante; la Nimbus 2001 ganaba velocidad mientras Dracenia cerraba la distancia con la pelota. Harry se acercó por dentro de su curva. Todavía podía alcanzarla.

Entonces vio volver la Bludger que había salido baja del choque.

Giraba hacia ellos desde la izquierda, del lado de Harry. Dracenia seguía mirando las alas y la pelota negra venía cruzada

hacia su costado. Él veía la línea porque estaba un poco detrás: si ella continuaba sin apartarse, la encontraría a la altura del hombro.

—¡Malfoy! ¡Apártate!

Ella no volvió la cabeza.

Harry giró hacia su derecha y se metió entre la Bludger y la escoba de Dracenia. Quería que viera la mano que levantaba y se abriera un poco más. Conservó la izquierda sobre el mango; la derecha apenas había dejado de señalar cuando el golpe le alcanzó el antebrazo.

El dolor le cortó la respiración. La mano se dobló sin que pudiera sujetarla y la escoba se inclinó hacia un lado. Harry apretó las piernas y mantuvo el mango con la izquierda.

Aún trató de seguir. Dio un último impulso, casi sin cambiar el recorrido que ya llevaba, y quiso alargar la mano hacia el brillo. El brazo no respondió; el dolor lo hizo recogerlo de inmediato.

Dracenia estaba allí, más baja, con la mano extendida. Harry vio las alas desaparecer entre sus dedos.

Sonó el silbato.

No había transcurrido tiempo para otra vuelta. Hooch, que ya había girado hacia él al verlo recibir el golpe, llegó por su izquierda y le ordenó reducir la velocidad. Harry dejó de buscar el puño de Malfoy. Tenía los dientes apretados y no sabía dónde colocar el brazo sin que le doliera.

George se interpuso con el bate cuando la Bludger quiso volver hacia los jugadores. Wood abandonó los aros y se acercó por el otro lado de Harry.

—La mano izquierda en el mango —le dijo Hooch—. No intentes bajar solo.

—La tengo.

Su voz sonó extraña. Wood se mantuvo junto a su escoba mientras la profesora marcaba un descenso lento. Harry la siguió sin tratar de mirar la lesión. Desde arriba llegó el grito de la grada de Slytherin, más fuerte y mucho más lejano de lo que debería.

Malfoy había atrapado la Snitch.

Pomfrey los esperaba cuando tocaron el césped. Hooch sujetó la Nimbus y Wood ayudó a Harry a bajar sin tirar del brazo herido. La enfermera les pidió que se apartaran y lo hizo sentarse mientras comprobaba dónde había recibido el golpe.

Harry intentó explicarlo. Le salió sólo una parte de la frase.

—Una Bludger —dijo Hooch—. En el antebrazo derecho. Ha permanecido consciente y ha podido descender con nosotros.

Pomfrey miró a Harry, no únicamente a quien hablaba.

—¿Te golpeaste también la cabeza?

Él negó.

La enfermera le inmovilizó el brazo antes de que volviera a intentar acomodárselo. El dolor no desapareció, pero dejó de aumentar con cada pequeño movimiento. Wood seguía cerca, sosteniendo las dos escobas.

—Noventa a sesenta —murmuró Harry.

Su capitán lo oyó.

—Doscientos diez a noventa. Slytherin.

Harry cerró los ojos un instante. Al abrirlos encontró a Dracenia junto a Flint, con el puño todavía levantado. Se estaba riendo. Pansy había llegado hasta la barrera y agitaba una bufanda; Bole golpeaba con la mano el hombro de su nueva buscadora.

Higgs se quedó un poco detrás. No le quitó los ojos de encima, pero tampoco se acercó para felicitarla.

—¿La atrapó antes de que...? —empezó Wood.

—Antes de mi señal —confirmó Hooch—. La captura es válida. Revisaremos lo ocurrido con las Bludgers; ahora necesitamos llevar a Potter a la enfermería.

Wood asintió. No discutió el marcador ni le pidió a Harry que explicara por qué había cambiado de dirección.

Dracenia bajó la mano al ver que la enfermera le colocaba un soporte. Harry no supo cuánto había alcanzado a distinguir durante el descenso. Ella miró la Snitch otra vez y Flint la llamó para que se reuniera con el equipo.

Ron llegó corriendo hasta el lugar donde los alumnos debían detenerse. Hermione venía detrás con Neville. Pomfrey le dijo a Harry que podría verlos cuando terminara de atenderlo. Él quiso asegurarles que estaba bien, pero Ron había visto su cara y no parecía dispuesto a creerlo sólo porque lo dijera.

Harry se dejó acompañar. El campo seguía lleno de voces; por primera vez desde que había despegado, lo único que quería era que el camino hasta el castillo no tuviera otro escalón.

La fractura estaba en el antebrazo. Pomfrey la trató en cuanto terminó de examinarlo, sin permitir que ninguno de los que entraban al cuarto se acercara con una propuesta mejor. Harry sintió presión, una punzada intensa y después un alivio que le permitió dejar de mantener rígido todo el cuerpo.

Eso no significaba que pudiera levantarse.

La enfermera le dejó el brazo sujeto y anunció que pasaría la noche allí. Por la mañana volvería a examinarlo. Podría regresar a

las clases si evolucionaba como esperaba; no volvería a entrenar hasta que ella lo revisara el viernes siguiente.

Harry miró los dedos que apenas había conseguido mover antes.

—El viernes treinta —repitió Pomfrey—. No he dicho cuando te parezca que ya no duele.

Él asintió. No quería subir a una escoba en ese momento, pero le molestaba que también tuviera razón sobre lo que iba a pensar después.

Hooch llegó con McGonagall cuando el dolor ya le permitía contestar sin interrumpirse. La profesora le preguntó por el último tramo y él explicó los dos golpes de bate, el choque y la búsqueda de la Snitch.

—Después te apartaste de la pelota dorada —dijo Hooch—. Te vi cambiar hacia Malfoy.

—La Bludger iba hacia ella. Le grité, pero no miró.

—¿Intentabas apartarla?

Harry recordó el guante blanco delante de él, la mano que había levantado sin pensar en qué iba a recibir el golpe.

—Que me viera. Que cambiara un poco de sitio.

McGonagall miró el soporte antes de volver a su cara.

—No pongas un brazo por delante de una Bludger.

—No estaba intentando pararla con la mano.

—Lo sé. La Bludger no iba a hacerte menos daño por eso.

Harry no encontró nada que discutirle. Hooch confirmó que los golpes iniciales habían sido parte del juego: había visto a ambos golpeadores, y las dos Bludgers habían cambiado de dirección al chocar. Recogerían sus trayectorias en la revisión del partido. No había una señal de que alguien hubiera intervenido con un maleficio.

—Malfoy la encontró por abajo —dijo Harry después de un momento.

La señora Hooch asintió.

—La vi.

Harry se quedó mirando la sábana. Podía recordar la curva de Dracenia antes del golpe, la manera en que volvió a acelerar hacia algo que él acababa de perder. También recordaba haberse acercado lo suficiente para seguir disputándolo. No sabía cuál de las dos cosas quería contar primero.

Ron entró con Hermione cuando Pomfrey permitió las visitas. Neville dejó junto a la cama una bolsa con las cosas que Harry había llevado al campo. Había recogido también la protección que se le soltó durante el descenso.

—Wood tiene tu escoba —le dijo—. Dijo que la guardaba con la suya.

Harry miró la bolsa. Le agradeció haberla llevado y tuvo que detenerse antes de intentar abrirla con la mano equivocada.

—No tienes que hacerlo ahora —dijo Hermione.

Ron se sentó cerca de los pies de la cama.

—Yo vi que te ibas hacia ella. Pensé que se te había cruzado.

—La Bludger venía por mi lado.

—Ya me dijo George. También me dijo que las dos chocaron después de los golpes. No sabía hacia dónde había salido cada una hasta que te vio levantar el brazo.

Harry movió un poco los dedos dentro del soporte y decidió dejarlos quietos.

—No la iba a parar así.

—No hace falta que nos lo demuestres otra vez —respondió Ron.

Hermione le acercó el vaso que estaba fuera de su alcance. No le preguntó si había valido la pena. Harry no había tenido tiempo de hacerse una pregunta parecida y no quería empezar ahora, con el brazo sujeto y la grada de Slytherin todavía sonando en su cabeza.

Wood llegó con Angelina antes de que acabara el tiempo de visita. El capitán le contó dónde había dejado la Nimbus; después lo miró sin encontrar enseguida otra cosa que decir.

—Noventa puntos —murmuró Harry.

Angelina se apoyó en el respaldo de la silla.

—Katie no piensa dejar de recordarnos el segundo pase. Dice que, si hubiéramos empezado antes con eso, habrían sido más.

—Bletchley detuvo dos —dijo Wood.

—Y tú tres. Estamos contando los que entraron.

Harry sonrió. Sus compañeros habían jugado bien. Le habría gustado volver con ellos al cuarto del equipo, discutir cada gol y seguir quejándose de las Nimbus nuevas hasta tener hambre. Ahora no podía separar el marcador del instante en que había visto desaparecer las alas entre los dedos de Malfoy.

—La buscó por otro lado —le dijo a Wood—. Después del choque. Yo intenté conservar el recorrido y ella bajó para verla.

El capitán lo escuchó.

—Lo revisaremos cuando vuelvas. No es hoy.

Pomfrey apareció para recordarles que aquello era una enfermería. Ron alcanzó a prometer que regresaría por la mañana antes de que los hiciera salir. Harry lo vio detenerse en la puerta para preguntar algo a la enfermera; esta vez su amigo aceptó la respuesta sin volverse para discutir con él.

Cuando quedó solo, Harry miró el brazo. Ya no sentía el dolor agudo del campo, pero aún tenía una molestia profunda que volvía si trataba de acomodarse demasiado rápido. Se quedó quieto, enfadado con la pelota negra, con Malfoy y con el partido que seguía intentando terminar de otra manera.

El domingo, Pomfrey lo dejó regresar a la torre después de comprobar el brazo. Le mantuvo la protección y repitió la cita del viernes antes de permitirle salir. Ron cargó su bolsa; Hermione caminaba a su otro lado, sin intentar llevarlo del codo.

Encontraron a Dracenia y Pansy junto al tablón de los equipos. El resultado ya estaba escrito. Pansy copiaba el próximo horario en una hoja y Dracenia se volvió antes de que Harry pudiera decidir si prefería usar la otra escalera.

—Doscientos diez a noventa —dijo ella.

—Lo vimos —contestó Ron.

Dracenia miró el soporte. Harry no alcanzó a decidir si se alegraba de que no preguntara cuánto le dolía cuando ella volvió a hablar.

—Hooch me preguntó si te había oído gritar. Dice que intentaste avisarme antes de cruzarte.

—Sí.

—¿Por qué te metiste por ahí?

Harry miró a Pansy. La pluma había dejado de moverse. Hermione permaneció junto a él sin responder en su lugar.

—La Bludger iba hacia ti. Estabas mirando la Snitch.

Dracenia bajó un poco la barbilla.

—Podía apartarme.

—Te grité y no giraste.

Ella abrió la boca, la cerró y se acomodó el puño de la túnica. Harry no quería repetir el golpe para que los cuatro lo imaginaran mejor.

—Fue muy rápido —añadió—. Vi que te iba a pegar.

Dracenia miró hacia el marcador. Cuando volvió a él, tenía otra vez la voz firme, pero ya no estaba sonriendo igual.

—Yo ya había cambiado de altura. La encontré antes de que tú te metieras.

—La vi —dijo Harry—. Sé lo que hiciste.

Aquello pareció irritarla más que una protesta.

—Entonces acuérdate también de que la atrapé.

Ron miró el tablón.

—No estamos pidiendo que borren el resultado.

Pansy terminó de doblar su hoja y llamó a Dracenia. Ella se quedó un instante más, con una mano cerrada alrededor del borde de la manga.

—Pues nos vemos en el próximo —le dijo a Harry.

—Cuando toque.

Malfoy se fue con Pansy sin darle las gracias. Harry todavía estaba molesto cuando Ron empezó a subir, pero no quiso ir detrás para conseguir otra respuesta. No había levantado la mano pensando en qué tendría que decirle ella después.

Hermione le preguntó si necesitaba descansar antes de continuar. Harry negó y siguió a Ron. Le habría gustado poder decir que una Nimbus mejor lo explicaba todo. La de Malfoy era más rápida; también había habido un giro que ella escogió bien y él había visto demasiado tarde.

No sabía qué habría pasado sin el golpe. Tenía ganas de otro partido y no quería pasar la semana entera fingiendo que eso le quitaba el enojo.

Al llegar a la sala común, Ron le acercó un plato que Neville les había guardado. Harry tomó un pedazo de pan con la mano izquierda. Esta vez logró llevárselo entero a la boca antes de que su amigo encontrara algo que comentar.

CAPÍTULO 12

El primer corredor cerrado

Harry

Ginny quería que alguien de segundo siguiera el recorrido sin hacer preguntas. Ron ya había hecho cuatro antes de llegar al final de la hoja.

—No dice por cuál escalera.

—La que está dibujada.

—Hay dos ahí.

Ginny tomó el lápiz que Colin le ofrecía y marcó una flecha. Estaban en una mesa cerca de la entrada al comedor, apartados de quienes llevaban los últimos adornos para Halloween. Habían conseguido que tres alumnos de primero fueran y volvieran del invernadero con las indicaciones. A Ron lo habían escogido para comprobar una versión nueva porque, según su hermana, no habría servido de nada volver a preguntarle a quien ya conocía el camino.

Harry había vuelto a la enfermería la tarde anterior. Pomfrey comprobó que el hueso hubiera sanado después del tratamiento y le permitió regresar a los entrenamientos. Al sostener una esquina del mapa con la derecha, todavía se fijó en si aparecía alguna molestia. Pudo mover los dedos sin tener que soltar el papel.

Harry observó la flecha. Él habría elegido la otra escalera.

—Puedes poner una ventana aquí —sugirió—. Desde ese lado se ve el patio.

Colin levantó su cámara.

—Le tomé una foto, pero todavía no sé si salió.

—No vamos a esperar una semana para dibujar una ventana —dijo Ginny.

El muchacho bajó la cámara, riéndose. Había descubierto cómo preguntar por la película sin que todos entendieran que necesitaba ayuda para sostenerla; ahora quería conseguir una imagen que pudiera usar en sus hojas y otra para mandar a casa. Harry le preguntó si ya había recibido respuesta de su padre. Colin le enseñó un sobre doblado y empezó a contar lo que le había escrito su hermano.

Ron aprovechó para seguir las instrucciones hasta el último renglón.

—Esto sí se entiende.

Ginny miró la hoja para comprobar que no hubiera cambiado algo por su cuenta.

—Entonces no le pongas otra marca.

La señora que coordinaba los adornos los llamó desde la puerta. Necesitaban despejar la mesa. Harry ayudó a recoger y descubrió que Ginny había guardado dos copias de cada versión, incluidas las que estaban mal.

—Para no volver a hacerlo igual —explicó ella.

Colin se llevó la bolsa con las hojas. Ginny se quedó comparando el dibujo nuevo con el anterior mientras Ron la esperaba en la entrada. Harry tuvo que llamarlo para que recordara que aún no había comido.

Durante la cena, las luces hicieron que las ventanas parecieran más oscuras de lo habitual. Una calabaza sobre la mesa de los profesores intentaba girarse para mirar a quien se acercaba por detrás, y Harry la vio completar casi una vuelta antes de que Flitwick la acomodara en su sitio.

Ron estaba defendiendo que podían haber puesto dos ventanas en el dibujo cuando Hermione llegó con un libro bajo el brazo.

—No lo voy a leer aquí —dijo al ver la mirada de su amigo—. Fui a devolverlo y ya habían cerrado el mostrador.

—No he dicho nada.

—Estabas a punto.

Harry les pasó una fuente antes de que convirtieran aquello en la discusión que ambos parecían conocer por adelantado. Neville se sentó al otro lado y contó que en el invernadero habían tenido que sujetar unas macetas que el viento volcaba siempre hacia el mismo lado. Ron quiso saber si no bastaba con cerrar la puerta.

—Entonces no habría entrado el aire que necesitaban —respondió Neville—. Les pusimos otra tabla.

Harry recordó lo difícil que había sido mantener la escoba en su sitio durante el entrenamiento con viento.

—¿Y cómo la sujetaron?

Neville puso dos tenedores sobre la mesa y dobló la servilleta entre ellos. Harry se inclinó para seguir la explicación, hasta que Hermione tuvo que apartarlo todo para dejar pasar un plato.

Cuando salieron del comedor, Colin los alcanzó para preguntarle a Ron si devolvería la última copia por la mañana. Ron buscó en sus bolsillos y descubrió que seguía doblada dentro del suéter.

—Toma. Si la guardo hasta mañana, mi hermana va a decir que no la leí.

Colin se fue hacia un grupo de primero. Harry lo vio reunirse con Ginny y siguió a sus amigos por el corredor lateral. Había menos gente por allí y podían subir sin esperar a que despejaran la escalera principal.

Al acercarse al tramo donde Filch había estado recogiendo agua, Harry oyó la voz.

Esta vez no pudo confundirla con alguien que hubiera pasado antes que él. El sonido llegó desde la pared, avanzó hacia la esquina y se detuvo un instante por debajo del nivel de las ventanas.

—Hay algo. Aquí hay algo.

Harry dejó de caminar. Hermione dio dos pasos más antes de volverse.

—¿Qué pasa?

—La voz.

Ron se colocó junto a él de inmediato. No se rio ni preguntó cuál. Los tres esperaron mientras un grupo de alumnos doblaba al fondo y desaparecía por la escalera.

—Ahora no —dijo Harry, casi en un susurro—. Iba hacia allí.

Señaló la esquina. Hermione miró alrededor, buscando a un profesor.

—Podemos volver por Flitwick.

Harry asintió, pero antes de que giraran sonó un golpe pequeño al otro lado. Ron lo oyó también: levantó la cabeza y miró en la misma dirección.

Avanzaron juntos lo suficiente para ver el corredor siguiente.

La señora Norris estaba sobre un escalón bajo, junto a un pedestal vacío. Tenía una pata levantada y el cuerpo inmóvil, como si se hubiera detenido a mitad de un salto. Sus ojos permanecían abiertos. El agua se había extendido desde el pie de la pared hasta la piedra sobre la que estaba, y Harry vio el reflejo de las ventanas cerca de las patas.

—No la toques —dijo Hermione.

Harry ya había dado un paso hacia ella. Se detuvo.

Ron sacó la varita, aunque no apuntó a nada.

—Voy a llamar a alguien.

La voz no volvió a sonar. Harry miró hacia el otro extremo del corredor y entonces vio las letras sobre la pared.

Eran grandes y oscuras. Habían escrito por encima de la zona húmeda, a una altura que obligaba a levantar la cabeza para leer el final.

La Cámara de los Secretos está abierta. Quienes no pertenecen a su escuela deben temer a su heredero.

Harry retrocedió hasta que su hombro tocó el de Hermione.

Filch apareció antes de que Ron llegara a la esquina. El celador vio primero al muchacho, después la varita y por último a su gata.

Se arrodilló junto al escalón.

—¿Qué le hicieron?

—La encontramos así —contestó Harry.

Filch acercó las manos sin llegar a levantarla. Durante unos segundos no pareció oír nada de lo que decían. Harry vio que le temblaban los dedos cuando intentó rozarle la cabeza.

—¡Un profesor! —gritó Ron hacia la escalera—. ¡Aquí!

Otros alumnos empezaban a acercarse. Hermione se puso entre el primero y la franja de agua, con el libro apretado contra el pecho.

—No pasen. Hay algo en el suelo.

Harry vio a Malfoy junto a Pansy, entre los recién llegados. Tenía los ojos fijos en la inscripción. Murmuró algo que él no alcanzó a oír. No sonreía, ni miraba alrededor para comprobar quién la escuchaba. Pansy se volvió hacia ella y le tocó la manga. Malfoy tardó en mirarla. Harry sólo alcanzó a verle aquella expresión un instante, pero no recordaba habérsela visto antes.

Harry oyó pasos más rápidos detrás. Percy abrió espacio y mandó a los pequeños que volvieran con los de su casa. McGonagall apareció poco después, seguida por Snape.

Filch se levantó a medias.

—Ellos estaban aquí. Con la varita fuera.

—Les he llamado yo —dijo Ron. Bajó la mano para que se viera que no estaba apuntando—. No sabíamos qué le había pasado.

McGonagall lo miró y luego se agachó junto a la gata. Snape se volvió hacia los alumnos que seguían entrando.

—Retrocedan. Usted, prefecto, mantenga despejada esa escalera.

Harry no consiguió apartar los ojos de las letras. Había oído palabras en la pared unos instantes antes. La gata estaba allí y alguien había escrito una amenaza que nombraba una cámara que él no conocía.

No sabía cómo unir esas cosas sin inventar la parte que faltaba.

Dumbledore llegó cuando los prefectos ya estaban sacando a los últimos curiosos. Examinó a la señora Norris sin moverla al principio y habló en voz baja con McGonagall. Después Snape extendió una tela sobre la piedra seca y entre los dos pudieron levantarla con cuidado.

Filch insistió en ir con ellos. Dumbledore se lo permitió y pidió a McGonagall que se quedara con los tres alumnos hasta que pudiera escucharlos. Harry vio alejarse la gata, sostenida de una manera que le resultaba demasiado rígida para un animal vivo.

—¿Está muerta? —preguntó.

—No —respondió McGonagall—. Pero necesita atención. No voy a darles un diagnóstico aquí.

La profesora los llevó a un aula cercana. No cerró hasta que hubo indicado a otro profesor que vigilara el corredor y que nadie limpiara todavía las letras ni el agua.

Harry contó lo ocurrido desde la salida del comedor. Ron confirmó el ruido y Hermione explicó por qué habían avanzado juntos. Cuando llegó a la voz, Harry habló más despacio.

—Fue como la otra vez. Ellos no la oyeron.

—Sí oímos el golpe —aclaró Ron—. Pero las palabras, no.

McGonagall anotó las dos cosas por separado. Le pidió a Harry que repitiera las palabras exactas y preguntó si había reconocido al hablante.

—No. Parecía venir de dentro.

—¿De dentro de qué?

Harry vaciló.

—De la pared. No sé si puede ser eso.

La profesora no cambió lo que había escrito.

—Es lo que percibiste. Eso es lo que necesito ahora.

Harry le recordó el aviso de Dobby. La señora Weasley había dicho que podía dejar trabajar a los adultos, pero ahora había una víctima y él no quería que aquella advertencia quedara olvidada.

—Lo tenemos presente —contestó McGonagall—. Aún no sabemos si se relaciona con esto. Sí vamos a comprobarlo.

Les pidió que esperaran y salió al pasillo. Hermione apoyó el libro sobre una mesa y Ron se sentó en el banco de al lado. Harry permaneció de pie, mirando una mancha clara donde habían retirado un dibujo de la pared del aula. Hermione dejó los dedos sobre su libro cerrado. El banco crujió cuando Ron cambió de sitio los pies. Harry podía oír todos aquellos ruidos pequeños sin que ninguno lo hiciera volverse.

—No debimos acercarnos —dijo.

Ron levantó la vista.

—Entonces Filch la habría encontrado solo.

—Podía habernos pasado a nosotros —replicó Hermione.

Ninguno tenía una respuesta que borrara esa posibilidad. Harry se sentó por fin y trató de recordar si había visto moverse algo después del golpe. Lo único que volvía con claridad era el agua reflejando las ventanas y la pata de la gata suspendida sobre la piedra.

Dumbledore los escuchó después de que la señora Norris quedara al cuidado de los adultos. No les hizo contar por tercera vez cada paso: leyó las notas de McGonagall, preguntó dos cosas más sobre la dirección del sonido y los dejó explicar cualquier parte que creyeran incompleta.

Al terminar, les dijo que la gata estaba petrificada. Había medios para tratarla, aunque el remedio no estaría disponible de inmediato. Harry quiso saber si a una persona podía pasarle lo mismo.

El director no le dio una respuesta tranquilizadora que no pudiera sostener.

—Vamos a tomar precauciones porque todavía no sabemos exactamente a qué nos enfrentamos. Si vuelves a oír esas palabras, avisa a un profesor. Aunque no consigas ver a nadie. Aunque creas que ya dejaron de sonar.

—Eso hice la primera vez.

—Sí. Y el profesor Flitwick nos lo contó. Ahora tenemos un segundo lugar que examinar.

Harry sintió que podía volver a respirar sin tener que encontrar enseguida otra defensa. Nadie le estaba pidiendo que demostrara una voz delante de un aula vacía.

Al salir, McGonagall los llevó con el grupo de Gryffindor. Los prefectos habían recibido instrucciones nuevas: nadie debía ir solo por el ala cerrada, y los cambios de recorrido se anunciarían antes de las clases. No podían impedir que circulara lo que los alumnos ya habían visto.

Seamus quiso saber qué decía la inscripción. Ron se lo contó sin repetir la versión de que Harry había sido encontrado apuntando a la gata. Esa parte ya había llegado a la sala común antes que ellos.

—Sacó la varita para llamar a alguien —aclaró Harry.

Ron lo miró.

—Para tenerla a mano. Llamar podía hacerlo sin ella.

Harry asintió y corrigió su explicación. Después de escuchar a Filch había estado repitiendo una defensa que tampoco era del todo exacta.

Hermione se sentó junto a Neville. Él preguntó qué era la Cámara de los Secretos. Varios alumnos respondieron a la vez, sin ponerse de acuerdo sobre cuántos años llevaba cerrada ni quién podía encontrarla.

—Mañana vamos a buscar algo que no sea lo que oyó un primo —dijo Hermione al cabo de un rato.

Harry se quedó con sus amigos mientras las versiones crecían alrededor. Ya había personas que los miraban distinto cuando creían que no se daban cuenta. Él no sabía qué había hecho aquella voz ni por qué podía oírla. Tenía las palabras escritas y un recorrido que recordar; antes de acostarse dejó ambas cosas juntas, para que al día siguiente no tuviera que escoger entre una certeza inventada y callarse lo que sí sabía.

CAPÍTULO 13

Lo que quedó en la cámara

Harry

El recorrido nuevo tenía que ser más corto, pero Ginny no encontraba cómo hacerlo sin atravesar el corredor cerrado.

Habían puesto la hoja sobre una mesa de la biblioteca. Colin sostenía el libro que impedía que se enrollara y Ron intentaba explicar por qué una escalera que subía no los dejaría más cerca de un aula situada en el mismo piso.

—Porque termina del otro lado —dijo por tercera vez.

Ginny siguió una línea del dibujo con la punta del lápiz, sin apoyarlo todavía.

—Entonces lo que sobra es esto.

Harry miró la vuelta que había marcado. Le parecía más larga porque obligaba a bajar unos escalones y volver a subir, pero evitaba por completo el tramo donde habían encontrado a la señora Norris.

—Podemos probarlo mañana —sugirió.

—Mañana tenemos clase —dijo Ginny—. Si está mal, nos enteramos llegando tarde.

Ron propuso enseñárselo a Percy. Su hermana no recibió bien la idea hasta que él aclaró que no tendría que dejarle cambiar todas las flechas.

Colin sacó de su bolsillo una lista de lo que querían comprobar.

—La profesora dijo que podía tomar una foto del aviso nuevo. Así no tenemos que copiarlo entero cada vez que cambie.

Hermione señaló un renglón.

—También necesitan poner cuándo lo revisaron. Si vuelve a cambiar, esa foto ya no servirá.

Colin anotó la fecha antes de que Ginny se lo recordara. Habían discutido por eso la semana anterior: él quería fotografiarlo todo y ella necesitaba saber qué versión estaba mirando. Harry observó que, cuando estaban trabajando, Colin no buscaba una oportunidad para preguntarle por su cicatriz. Le había costado descubrir qué otras cosas podían interesarle.

La bibliotecaria les pidió que bajaran la voz. Recogieron la hoja y se llevaron también la lista, con las preguntas que Percy podría responder sin necesitar una mesa entera.

Al salir, Harry vio las puertas cerradas al otro lado de la escalera. Hacía casi dos semanas del ataque y seguían encontrando algo que ya no podían hacer como antes. Neville tenía que salir antes para llegar al invernadero. Los entrenamientos terminaban con tiempo para volver en grupo. A algunos les molestaba más dar la vuelta que pensar en por qué la estaban dando.

Harry habría preferido cualquiera de las dos cosas a volver a escuchar la voz sin saber de dónde venía.

El lunes por la mañana, Ron se puso de pie antes de probar el desayuno.

Ginny estaba en la entrada, al lado de Percy. Harry la vio contestar algo con la cabeza y después mirar hacia la mesa. No llevaba sus tarjetas.

Ron fue a buscarla. Cuando regresaron, Ginny se sentó sin esperar a que su hermano le indicara un sitio.

—Encontraron a Colin —dijo.

Harry dejó el tenedor.

—¿Dónde?

—No me lo dijeron. Está en la enfermería.

Percy se había quedado con los profesores. Harry miró hacia allí, esperando una señal que hiciera menos grave la voz de Ginny.

Ron le acercó un vaso de agua.

—¿Está herido?

—Como la gata.

Ginny sostuvo el vaso con las dos manos. Harry no quiso decirle que eso podía arreglarse cuando no sabía cuánto tendrían que esperar. Hermione se sentó frente a ella y preguntó cuándo lo había visto por última vez.

—Después de cenar. Quería terminar la foto del aviso antes de que lo cambiaran. Estaba en el camino abierto, no en el otro. Fue con los que volvían a la torre.

—¿Se separó de ellos? —preguntó Ron.

—No sé. Yo me quedé con una niña que no encontraba su tarea. No lo vi volver.

Harry recordó la lista bajo el libro. Era muy pequeña para explicar lo que acababa de interrumpirla.

McGonagall los llamó antes de empezar las clases. Quería hablar con Ginny sobre lo que habían estado haciendo y permitió que Ron la acompañara. Harry tuvo que esperar hasta el cambio de aula para saber lo que les había dicho.

—Lo encontraron con la cámara —explicó Ron—. La profesora cree que la tenía frente a la cara. No quieren que nadie la toque hasta revisarla.

—¿Hay una foto? —preguntó Harry.

Ron negó con la cabeza.

—Han revisado la película y está dañada. No hay nada que podamos ver. Me dijo que no les pidiera a los pequeños que fueran a buscar otras. Como si pensara hacerlo.

Harry casi sonrió al oír el tono de su amigo, pero Ron no había terminado.

—Ginny cree que, si le hubiera dicho que se esperara, no le habría pasado.

Hermione cerró el libro que llevaba abierto.

—No sabía que iba a pasarle.

—Ya se lo dije.

Harry miró a través de la puerta. Había grupos de alumnos esperando para ir a clase con un prefecto. Las precauciones no habían impedido el ataque; eso no significaba que Colin hubiera escogido ponerse delante de algo que no conocía.

—Se lo podemos volver a decir —respondió.

Por la tarde encontraron a Ginny en la sala común, con las hojas extendidas pero sin leerlas. Ron se sentó a su lado y Harry se quedó frente a la mesa.

—Podemos guardarlas —dijo su hermano.

Ginny recogió una esquina.

—¿Para qué? Mañana van a seguir sin saber por dónde ir.

Ginny pasó el pulgar por el dibujo de Colin. La puerta seguía siendo más ancha que el salón del otro lado.

Harry se inclinó para verlo.

—Este tramo ya está bien. Lo probó Percy.

—Sí.

Ginny separó las copias que podían servir de las que necesitaban corregir. Le pidió a Ron que no las doblara por la mitad y continuó guardando las otras. Hermione llegó con una hoja limpia y preguntó qué faltaba poner en la versión de mañana.

Harry los dejó trabajando cuando un alumno le entregó una nota que supuestamente venía de una profesora. Decía que lo esperaban en la entrada para hablar de la señora Weasley.

Alzó la vista de inmediato.

—¿Quién te la dio?

—Un elfo. Dijo que era urgente.

Harry volvió a leerla. No tenía firma. Después de la visita de Dobby y las preguntas de McGonagall, no podía tomar una nota así y salir sin avisar.

Se la enseñó a Ron.

—Voy a buscar a la profesora. Si tu madre hubiera escrito, ella lo sabría.

Ron se levantó, pero Ginny se había quedado inmóvil.

—¿Le pasó algo?

—No lo sabemos —dijo Harry—. Voy a preguntarlo. Ahora vuelvo.

La profesora no estaba en su despacho. Tuvieron que esperar a que otro maestro les indicara dónde encontrarla. Harry iba mirando cada grupo que se acercaba; le molestaba haber dejado preocupada a Ginny sin poder decirle más.

Cuando por fin mostraron la nota, McGonagall la leyó dos veces.

—Yo no he enviado esto. Tampoco he recibido una carta de la señora Weasley hoy.

Ron apretó los labios.

—Dobby.

Harry ya había pensado lo mismo. La profesora quiso saber dónde habían visto al mensajero. El alumno solo había indicado una escalera; cuando fueron a buscarlo, no encontraron al elfo.

McGonagall les ordenó que regresaran a la sala común y pidió a un prefecto que avisara a Ginny de que no había noticia alguna de su madre. Ella misma haría las comprobaciones necesarias. Harry dio la vuelta con Ron, disgustado por el tiempo que les había quitado una hoja sin firma.

Harry se había perdido el comienzo de una reunión con Wood, que quería enseñar al equipo el recorrido de los próximos entrenamientos. Harry había quedado en explicar una parte a sus compañeros; ahora tendría que buscar al capitán y pedir que se la repitiera a él.

Al llegar a un recodo, oyó el chasquido.

Dobby estaba junto a una armadura, con la funda arrugada entre las manos. Harry se detuvo antes de que Ron pudiera hablar.

—¿Mandaste tú la nota?

El elfo miró al suelo.

—Dobby quería que Harry Potter fuera a la entrada.

—¿Para qué? ¿Está allí la señora Weasley?

—No, señor.

Ron avanzó un paso.

—Mi hermana creyó que le había pasado algo.

Dobby se encogió. Harry sintió rabia al ver que parecía esperar un golpe; no quería convertirse en la persona de la que se protegía, pero tampoco iba a dejarlo marcharse sin responder.

—Ginny acaba de enterarse de lo de Colin —dijo—. No puedes usar a su madre para hacer que salgamos corriendo.

—Dobby pensó que podría acompañar a Harry Potter a un lugar donde no hubiera ataques.

—No habría salido contigo. Fui a preguntarle a la profesora.

El elfo levantó la cabeza, sorprendido de una manera que terminó de enfadarlo.

—Se lo conté a una adulta en verano —continuó Harry—. Te lo dije. ¿Has averiguado algo que puedas explicar?

Dobby negó despacio.

—Pero ahora le pasó a un niño. Dobby oyó que lo habían encontrado.

—¿Sabes quién lo hizo?

El elfo abrió la boca y tardó en responder.

—No lo sabe, señor.

Harry quiso sentarse como en su cuarto, pero no había ninguna silla cerca. Se agachó hasta quedar a una altura parecida.

—Entonces di eso también. Quieres que me vaya, pero no sabes quién atacó a Colin.

—Dobby pensó que aquí estaría a salvo hasta que pudiera marcharse.

—Yo también tengo miedo. No me ayuda que me hagas creer que le pasó algo a la madre de Ron.

Dobby volvió a agarrar el borde de la funda. Ron lo vio llevarse una mano hacia la oreja y lo detuvo con la voz.

—No empieces con eso. Nos estás oyendo, ¿no? Es lo que queremos.

El elfo dejó la mano donde estaba. Harry respiró una vez antes de continuar.

—Ven con nosotros a hablar con McGonagall.

Dobby negó con tanta fuerza que sus orejas se movieron.

—Dobby no puede decir qué familia…

—Ya lo sabemos. Pero puede oírte a ti. Y tú puedes oír qué te ofrece, antes de decidir que no.

Ron se quedó quieto mientras el elfo miraba de uno a otro. Harry no añadió que todo iba a salir bien. No lo sabía, y Dobby parecía haber aprendido hacía mucho a no creerlo solo porque alguien se lo dijera.

—Una conversación —propuso al fin Dobby—. Sin ir a preguntar a la casa antes.

—Se lo preguntamos a ella —dijo Harry—. No puedo prometerlo por su parte.

Esta vez el elfo no desapareció.

McGonagall los recibió en un salón pequeño junto a su despacho. Pidió que Ron esperara fuera mientras avisaban a su hermana y dejó que Harry se quedara porque Dobby se lo solicitó.

El elfo repitió su advertencia. McGonagall quiso saber si conocía a quien amenazaba Hogwarts o había oído hablar de un ataque concreto. Dobby no dio un nombre. Cuando la profesora le preguntó cómo había sabido del peligro, empezó a temblar.

McGonagall dejó la pluma.

—No sé quiénes son. No voy a fingir que puedo garantizarte lo que pasará cuando lo averigüemos. Sí necesito distinguir lo que sabes de lo que temes. Y necesito que no vuelvas a enviar mensajes falsos a un alumno.

Dobby dijo que no lo haría. Miró a Harry al decirlo, como si solo entonces comprendiera que la promesa también tenía que oírla él.

La profesora le explicó que podía regresar a aquel despacho o pedir a un profesor que la buscara. Si averiguaba algo concreto, quería escucharlo. También podía pedir ayuda para él; no tenía que llegar con una respuesta a todo.

Dobby apretó las manos. No logró explicar más. Harry lo vio luchar con una respuesta que no parecía querer sacar y comprendió, con más rabia que alivio, que haberlo llevado allí no bastaba para quitarle el miedo.

Antes de marcharse, el elfo pidió que le dieran la nota falsa. McGonagall la conservó y le hizo dictar una rectificación para que Ginny supiera de quién había venido el engaño. Dobby aceptó que llevara su nombre.

Harry salió del salón con la rectificación para Ginny. Seguían sin saber qué había llevado al elfo a su cuarto aquel verano. Al menos McGonagall lo había escuchado directamente y Dobby sabía dónde volver si se atrevía a contar algo más.

Encontró a Dracenia y Pansy junto al tablón donde habían puesto las restricciones nuevas. Un muchacho aseguraba que Colin había entrado en el corredor cerrado para sacar fotografías. Harry iba a decirle que no sabía eso, pero Dracenia habló primero.

—Estaba fotografiando el aviso de afuera. Lo vi. Podrías informarte antes de repetir tonterías.

Pansy señaló con un dedo una parte del tablón y las dos siguieron leyendo. El muchacho se alejó sin contestar.

Harry se acercó para comprobar el horario antes de buscar a Wood. Dracenia lo miró de lado.

—No he dicho que sus fotos fueran interesantes.

—No te lo pregunté.

Ella volvió al aviso, irritada. Harry no sabía por qué le había aclarado aquello si podía haberse quedado callada. Tampoco tenía que agradecérselo en nombre de Colin. Tomó nota del cambio de recorrido y se fue a buscar a su capitán.

Después tendría que llevarle la rectificación a Ginny. Quería que supiera la verdad sin tener que enterarse por otra versión en el corredor.



CAPÍTULO 14

Una versión que no coincide



Dracenia

La lámpara de la mesa seguía encendida. Dracenia apartó el suéter que había dejado sobre la bolsa y empezó a meter los libros de la mañana. Pansy, sentada en el borde de su cama, acabó de ponerse un zapato.

—¿Por qué defendiste a Creevey?

—No lo defendí.

—Al del tablón le dijiste que se informara antes de hablar.

—Porque estaba diciendo una estupidez. Yo había visto dónde estaba Creevey.

—Podías haberlo dejado hablar.

Dracenia levantó la vista.

—¿Para seguir oyéndolo? Pansy, ¿siempre haces tantas preguntas por la mañana?

—Me queda otra.

Dracenia la miró por encima del hombro.

—¿Qué?

—En Halloween, delante de la gata, dijiste: «Los impuros serán los siguientes».

—¿Cómo esperas que recuerde lo que dije hace dos semanas?

Recordaba a la gata inmóvil, las letras de la pared y a los profesores apartando a todos. No recordaba haber dicho aquellas palabras. ¿Quién iba a acordarse de cada frase con semejante alboroto?

—Al principio creí que estabas asustada —dijo Pansy—. Pero luego atacaron a Creevey y te oí en el tablón…

—Ya te dije por qué lo corregí.

—Pero ¿te acuerdas de haberlo dicho?

—No.

Le salió más bajo de lo que pretendía. Dracenia esperó que Pansy volviera a discutirle algo, pero su amiga la miraba muy seria.

—Si te acuerdas, me lo dices.

—No pongas esa cara.

Pansy no se rio. Se levantó y recogió la capa.

El broche de Pansy estaba reparado y Dracenia no había tenido nada que ver con ello.

Su amiga se lo abrochó delante antes de guardar la capa. El cierre quedó sujeto a la primera. Dracenia lo miró, sorprendida, porque el domingo había dejado las dos partes separadas sobre una tela y Pansy todavía tenía que sujetarlas con un alfiler.

—¿Lo hiciste tú?

—Fui a preguntarle a Flitwick.

Dracenia se volvió hacia su cama para recoger la bolsa.

—Podías haberme esperado.

—Lo hice.

Pansy no levantó la voz. Eso volvió más difícil fingir que estaba exagerando.

Habían quedado en verlo antes de cenar. Dracenia sabía cómo debían juntarse las piezas, pero quería enseñárselo sin que pareciera que la ponían a dar una clase particular. Después había abierto el diario para consultar una parte de su tarea de Pociones y, cuando bajó, Pansy ya estaba guardando la capa.

—Te dije que lo haríamos después —respondió.

—Y yo te dije que necesitaba usarlo. El profesor me explicó cómo sostenerlo y me dejó probar. No tuve que esperar hasta después de ninguna otra cosa.

Dracenia dejó de buscar en la bolsa. No le gustó imaginar a Pansy mostrando el broche delante de una mesa donde Flitwick podía haber pensado que ella no había querido ayudarla.

—Estaba terminando mi trabajo.

—Pues dímelo antes.

Pansy guardó la capa y tomó el libro que necesitaba para la siguiente clase. Dracenia miró la hora. Faltaba poco, pero aún podían ir juntas.

Se apresuró a seguirla.

En Historia de la Magia les devolvieron los ensayos. Dracenia había recibido una observación sobre una fecha y Pansy, otra sobre la parte donde citaba una fuente sin decir de dónde la había sacado.

Durante el descanso compararon las marcas. La fecha de Dracenia estaba bien copiada de un apunte que tenía guardado; el problema era que había unido dos sucesos separados por varios años.

—Eso lo dijiste tú —observó Pansy al leer el renglón.

—No te dije que lo copiaras.

—No lo copié. Lo dejé afuera porque no lo encontré en el libro.

Dracenia se quedó mirando la corrección. Podía discutir que el profesor hubiera entendido otra cosa, pero tendría que enseñarle el apunte y explicar por qué no lo había comprobado.

Pansy deslizó su ensayo dentro de la carpeta.

—¿Vas a escribir otra vez hasta tan tarde?

—No he escrito tan tarde.

Su amiga levantó una ceja.

—El domingo no estabas cuando fui por la capa.

—Estaba en el cuarto.

—Te vi volver después. Por eso pensé que habías ido a buscar otro libro.

Dracenia sintió que se le enfriaban las manos sobre el papel.

Recordaba haber cerrado la puerta cuando se quedó sola. El diario estaba en la mesa y había puesto el ensayo a su lado. Después recordaba a Pansy con la capa guardada. No podía colocar entre las dos cosas la escalera por la que decía haberla visto subir.

—Habré bajado a buscar algo —dijo.

Pansy la miró con impaciencia.

—Entonces no digas que estabas en el cuarto.

No se quedó para discutirlo. Una de las niñas de su casa la llamó desde la puerta y Pansy fue a enseñarle la observación de su ensayo. Dracenia dobló el suyo con cuidado, incapaz de decidir si debía pedirle que volviera y repitiera exactamente lo que había visto.

No había sido una acusación. Esta vez Pansy parecía creer que estaba mintiendo para no admitir que había preferido hacer otra cosa. Era una explicación que Dracenia habría reconocido con facilidad si se tratara de alguien más.

Al salir de la última clase encontró el paso habitual cerrado por un prefecto. Tuvieron que usar otra escalera. Un grupo de alumnos empezó a quejarse hasta que alguien mencionó a Creevey; entonces bajaron la voz y continuaron caminando.

Dracenia miró hacia las ventanas de la enfermería. No podía verlas bien desde allí, pero reconoció la dirección. Habían repetido tanto el nombre del muchacho que le resultaba extraño no oír su voz por ninguna parte. Era el mismo que siempre tenía una pregunta preparada antes de que uno acabara de contestar la anterior.

Un alumno pequeño apretó el paso para alcanzar a sus compañeros y golpeó la bolsa de Pansy.

—Mira por dónde vas —le dijo ella.

Él se disculpó sin detenerse.

Dracenia notó el silencio que dejaban a su alrededor. Algunos los miraban como si llevaran una respuesta por ser de Slytherin. Otros fingían que no.

—Si lo supieran todo de verdad, no necesitarían seguirnos mirando —dijo.

Pansy acomodó la correa.

—Ni lo dirían tan bajo.

Dracenia estuvo de acuerdo. Le resultaba más cómodo enfadarse con aquellas miradas que volver a preguntar por el domingo. Al llegar a la sala común, sacó el ensayo y señaló la fecha corregida.

—Voy a comprobar esto.

Pansy se sentó en un sillón con Millicent.

—Luego me dices qué encontraste. Sin inventarte los años que no te gusten.

Dracenia habría podido devolverle una burla. Llevó la bolsa al dormitorio y cerró la puerta sin hacerlo.

El diario estaba en el cajón, bajo una hoja sin usar. Lo puso sobre el escritorio, con la corrección del profesor a la izquierda y el apunte original a la derecha. Antes de escribir comprobó el nombre impreso dentro de la cubierta. Seguía allí, como siempre.

Le preguntó a Tom por la fecha y copió las dos versiones para obligarlo a compararlas. Él reconoció haber respondido sobre el primer suceso, no sobre la consecuencia que ella había añadido al pasar el ensayo en limpio.

En la segunda has añadido una relación que no estaba en la pregunta. Yo respondí por el acuerdo inicial.

Ella buscó el pasaje en el libro. La fecha coincidía con la que Tom había dado; el otro suceso aparecía varias páginas después. No había una respuesta falsa que pudiera señalar para defender el ensayo entero.

Entonces debiste preguntarme qué quería decir antes de contestar.

Y tú puedes preguntarme si una conclusión se sigue de lo que has copiado. No he leído tu ensayo hasta ahora.

Dracenia recorrió la observación del profesor con el dedo. No quería rehacerlo todo. Al separar los sucesos, descubrió que solo necesitaba cambiar un párrafo y dos frases de la conclusión.

Tom esperó a que se lo escribiera antes de añadir:

Has encontrado dónde cambió el argumento. Eso sí puedes explicarlo sin la respuesta al lado.

La frase la alivió lo suficiente para que pensara en cerrar. En lugar de hacerlo, miró hacia la puerta y escribió lo que había estado evitando desde el descanso.

Pansy dice que salí del cuarto el domingo. Yo recuerdo haber estado aquí, hablando contigo. Había quedado en ayudarla con su broche antes de cenar, pero no llegué a tiempo.

La página absorbió las palabras despacio. Dracenia esperó con la pluma suspendida sobre el último punto.

Te despediste antes de dejar de escribir.

Dracenia se quedó inmóvil.

No me acuerdo.

Dijiste que tenías que salir. Pensé que ibas a terminar lo que habías prometido.

Ella miró el reloj. Lo había consultado al empezar la tarea del domingo, cuando aún faltaba para cenar. No recordaba una despedida. Tampoco podía enseñar la página para comprobar que no había ocurrido: no quedaba una sola línea de aquella conversación.

¿Qué más escribí?

Que Pansy te esperaba. ¿Ella no puede decirte a qué hora volviste?

La pregunta le produjo un enojo incómodo. Tom no le había dicho que Pansy mentía. La estaba mandando a preguntarle algo que habría preferido no tener que admitir.

Ya le pregunté. Sabe que volví, no qué hice antes.

Entonces hay una parte que todavía no puedes comprobar.

Dracenia cerró el puño alrededor de la pluma. Una explicación que solo terminaba donde empezaba el problema no le servía de nada.

¿Por qué no dejas lo que escribimos?

No apareció una respuesta inmediata. Cuando llegó, la letra ocupó un espacio pequeño.

Puedes copiar en tu cuaderno lo que quieras conservar. No tienes que fiarte de tu recuerdo de una conversación.

Lo leyó varias veces. Podía haberlo hecho desde el principio. Le molestó que se le ocurriera a él antes, aunque el consejo no resolvía lo que ya había desaparecido.

Abrió el cuaderno verde por una hoja nueva y escribió la fecha. Anotó las dos cosas que Pansy había dicho: no estaba cuando fue por la capa; la había visto regresar después. No escribió una explicación junto a ninguna.

Tom añadió una línea mientras ella revisaba la hoja.

Si vas a trabajar con más calma, empecemos por una sola pregunta.

Dracenia miró la tarea corregida. Había ido allí para encontrar un error y lo había encontrado. No tenía que seguir escribiendo hasta resolver también una tarde que no conseguía recordar entera.

Hoy ya terminé.

Esperó a que desapareciera su frase y cerró el diario. Esta vez dejó abierto el cuaderno en otro lado del escritorio, donde podría ver la fecha sin tener que abrir el libro antiguo.

La prefecta la llamó desde la escalera antes de que empezara la cena. Snape estaba en la sala común con Dobby, que sujetaba un paquete largo contra el pecho.

—Su madre ha enviado esto a mi despacho —dijo el profesor—. No lo deje tirado aquí.

Dentro había una bufanda que Dracenia había olvidado en casa. El elfo le ofreció el extremo del papel; ella tardó en tomarlo y se frotó un ojo con el nudillo.

—¿La señorita está durmiendo bien?

—Estaba leyendo, Dobby. No hace falta que se lo cuentes a mi madre.

El elfo no soltó el paquete.

—A veces conviene dejar las cosas hasta la mañana.

—Si no termino, también estarán ahí por la mañana.

Dobby bajó las orejas. Dracenia tiró del nudo y lo apretó más.

—¿Quiere que Dobby lo abra?

Ella le devolvió el extremo de la cuerda.

—Solo el nudo. No necesito que me pongas la bufanda.

Dobby la desenrolló con cuidado. Dracenia se la echó sobre el brazo y alisó una arruga antes de reunirse con el grupo que bajaría a cenar. Le llegaba el olor a tela limpia y a papel del paquete. La lana se apoyaba en la muñeca con un roce suave, por encima de la manga. Dobby recogió el envoltorio abierto contra el pecho, procurando que la cuerda quedara dentro. Snape salió con el elfo; todavía llevaba en la mano la nota de Narcissa.

Su madre había preguntado en la última carta por las horas de estudio. Dracenia tenía el sobre sobre la mesa desde la mañana y no podía seguir posponiendo la respuesta sin que Narcissa se fijara.

Le contó lo de Encantamientos, la figura que conservaba en la caja y el arreglo de Pansy. Al llegar al domingo escribió que había trabajado hasta tarde y se había retrasado con unas cosas que prometió hacer. No dijo que no recordaba haber salido. Durante un momento sostuvo la pluma sobre el renglón, como si todavía pudiera decidir añadirlo sin cambiar el sentido de toda la carta.

Después escribió que estaba corrigiendo una parte de Historia de la Magia.

Contó también que Flint seguía alternándola con Higgs en los entrenamientos. Bole y Derrick todavía recordaban su captura contra Gryffindor, pero eso no había hecho desaparecer al suplente ni las comparaciones del capitán. Tenían que dejar el campo a tiempo para regresar en grupo. Dracenia no pensaba desperdiciar los minutos de práctica.

De la victoria ya había escrito a casa, con el marcador completo. No había contado la conversación con Potter del día siguiente. Le seguía molestando que él no hubiera utilizado el golpe para negar que ella sabía volar. Habría sido mucho más fácil contestarle si lo hubiera hecho.

No mintió sobre la calificación. Su padre podía enterarse por el informe, y prefería poder decir que ya había corregido la falta cuando lo leyera.

Abajo, junto a la firma, preguntó cuándo irían por ella para las vacaciones. La pregunta le salió con más ganas de recibir respuesta que las anteriores.

Pansy entró mientras doblaba la hoja. Traía la capa sobre el brazo y se detuvo junto a la figura de cerámica.

—Voy a bajar. ¿Vienes o vas a copiar algo más?

Dracenia puso la carta dentro del sobre.

—Voy contigo.

Se fijó en dónde había dejado la bolsa antes de salir. El diario estaba guardado. La página fechada del cuaderno seguía sobre el escritorio y no dependía de que Tom quisiera volver a mostrarle algo.

Pansy le pidió que la ayudara a ajustar el cuello de la capa. Dracenia comprobó el broche reparado y lo cerró sin necesidad de un alfiler. Iba a decir que ella también habría podido arreglarlo. Al final se limitó a acomodar la tela que había quedado atrapada debajo.

CAPÍTULO 15

Lo que Harry había dicho

Harry

La primera vez que Ron intentó desarmarlo, la varita de Harry siguió en su mano y el libro que habían puesto a dos pasos de distancia se cerró de golpe.

—No estaba apuntando al libro —dijo Ron.

—Eso espero. Es mío.

Hermione lo recogió de la alfombra y revisó el lomo antes de devolvérselo. Habían despejado un rincón de la sala común para practicar el movimiento que Lockhart les había anunciado esa mañana. El profesor organizaría una sesión de defensa al final de la tarde, y Ron había decidido que prefería probar antes de tener público. La alfombra estaba aplastada donde habían movido los muebles. Más allá del rincón, un alumno dormitaba con la barbilla sobre el pecho y otro había dejado los zapatos debajo de un sillón. Ron ocupaba su parte del espacio con los pies separados, muy serio, y Harry veía la punta de su varita a la altura del pecho. En la sala se oían el fuego y el ruido de las plumas; el libro que acababa de cerrarse había sonado demasiado fuerte entre ambas cosas.

Harry abrió la mano. No tenía ningún dedo entumecido ni notaba que la varita intentara soltarse.

—Otra vez.

—Esta vez no muevas el brazo cuando estoy empezando.

—No voy a quedarme quieto si alguien quiere quitarme la varita.

Ron bajó la suya.

—Primero quiero saber si puedo hacerlo cuando te quedas quieto.

Hermione dejó el libro fuera del espacio que habían apartado.

—Está cambiando de dirección a la mitad. Prueba sin pronunciarlo.

Ron repitió el movimiento despacio. Harry lo imitó desde el otro lado y descubrió que tampoco estaba terminándolo donde creía. Necesitaron tres intentos más antes de que la varita saliera de su mano y cayera junto a la pata de un sillón.

Ron sonrió.

—Ahora puedes moverte.

Harry se agachó para recogerla. Al levantarse encontró a Ginny en la entrada del rincón, esperando a que dejaran de apuntarse. Llevaba una de las hojas de orientación, enrollada sin apretarla.

—Percy dice que no practiquen donde tiene que pasar la gente.

—Por eso estamos aquí —respondió Ron.

—Ya se lo dije. También dice que no se quiten puntos ustedes solos.

Hermione miró hacia el retrato. Percy no había entrado. Ginny le mostró a Harry la hoja y le preguntó si el cambio del viernes estaba bien copiado. Él la leyó, reconoció el tramo y señaló una puerta que habían dejado abierta en el dibujo aunque ya no podía usarse.

Ginny corrigió la marca. Desde que le había llevado la rectificación de Dobby, no había vuelto a preguntarle por la nota falsa. La había leído entera antes de guardarla; después quiso saber si el elfo había prometido dejar de hacerlo. Harry pudo contestar que sí, sin asegurarle que eso resolviera todo lo demás.

—Le escribí a Colin —dijo ella ahora, enrollando de nuevo el papel—. Su madre puede guardarle las cartas. Para cuando despierte.

Harry no sabía si las personas petrificadas podían oír. No quiso inventarle una respuesta.

—Le va a gustar saber que seguiste con las hojas.

Ginny miró su dibujo.

—También va a querer poner otra foto.

Ron acercó un sillón para que pudiera pasar. Su hermana salió y él esperó a que estuviera lejos antes de levantar otra vez la varita.

—Si la próxima sale, no pienso repetirlo delante de Lockhart. Va a decir que me enseñó él.

La biblioteca tenía menos mesas disponibles desde que varios profesores habían empezado a trabajar allí por turnos. Había alumnos a quienes no les gustaba estudiar con un adulto tan cerca. A Harry le molestaba más que los libros sobre Slytherin estuvieran siempre prestados.

Hermione había encontrado uno que hablaba de los fundadores sin tratar cada desacuerdo como una señal de lo que ocurriría siglos después. Lo abrió por una página marcada y les enseñó el párrafo.

—La historia de la Cámara no empezó este año. Pero que haya una historia no demuestra que todo lo que cuentan sea cierto.

Ron apoyó los codos.

—¿Y qué parte sí?

—Que Slytherin quería escoger a sus alumnos según su familia. Que se fue del colegio. Lo de un lugar oculto y una criatura aparece en relatos posteriores, y no todos dicen lo mismo.

Harry se inclinó sobre la página. Algunas palabras le resultaban conocidas por haberlas oído en los corredores, aunque allí no las gritaba nadie.

—¿Dice qué criatura?

—Este no. Por eso lo estoy buscando en más de uno.

Desde Halloween habían entregado a McGonagall lo que encontraban que parecía comprobable. Ella no les había prohibido leer. Sí les había dicho que consultar un plano no les daba permiso para entrar en las zonas cerradas, y que los profesores estaban revisando las conducciones y los huecos del castillo sin esperar a que tres alumnos descubrieran una puerta.

Harry había preguntado si habían encontrado algo. La respuesta fue que varias reparaciones antiguas no figuraban en los mismos planos. Todavía no sabían qué parte podía relacionarse con los ataques.

Al otro lado de la mesa, Neville terminó de envolver una maceta pequeña en una tela.

—¿Vas a llevarla a la sesión? —preguntó Ron.

—La voy a dejar en el invernadero antes. No voy a desarmar a una planta.

Ron hizo un gesto hacia Harry.

—Nosotros empezamos con un libro.

Neville se rio y salió con cuidado. Hermione siguió comparando dos referencias mientras Harry copiaba el título que aún les faltaba. Le gustaba poder hacer una pregunta y encontrar algo más que otra versión del mismo rumor. Lo difícil era aceptar que una

tarde de trabajo podía terminar con tres libros descartados y ninguna respuesta nueva.

Habían apartado las mesas de un aula grande y dejado dos franjas libres sobre el suelo. En una, los alumnos practicarían de dos en dos; la otra, junto al escritorio, quedaría para las demostraciones. Snape estaba allí cuando llegaron. Ron se detuvo tan bruscamente que Harry casi le pisó el talón.

—Eso no estaba en el anuncio.

Lockhart les dio la bienvenida antes de que pudiera añadir nada. Llevaba los puños de la túnica recogidos y una sonrisa que no cambió al ver que varios alumnos miraban al otro profesor.

—El profesor Snape ha tenido la amabilidad de ayudarnos. Trabajaremos primero en algo muy sencillo: impedir que nuestro adversario siga atacando.

—Y aprenderán a detenerse cuando se lo indiquemos —añadió Snape—. No son pruebas para averiguar quién puede mandar al otro contra una pared.

Harry se puso junto a Ron. Hermione dejó las bolsas detrás de un banco y preguntó desde dónde debían empezar. Lockhart indicó las marcas; Snape corrigió la distancia entre dos parejas que habían quedado demasiado cerca.

Pansy pasó con Dracenia y se detuvo al ver a Hermione.

—Flitwick dijo que les recordaran lo del trabajo del viernes.

—Ya lo anoté —contestó Hermione.

Las dos siguieron hacia las marcas del otro lado. Harry reconoció la mirada de Malfoy antes de que ella dijera nada. Si su primer intento terminaba cerrando otro libro, no iba a ser Ron quien se lo recordara el resto de la semana.

La demostración de desarme fue breve. Snape hizo salir la varita de Lockhart con un movimiento tan limpio que Harry tardó en comprender que ya había acabado. Lockhart la recogió, explicó que había ofrecido poca resistencia para que vieran el efecto y les pidió que empezaran.

Ron esperó a que Harry levantara la mano libre.

—¿Listo?

Harry asintió. Esta vez se apartó cuando su amigo empezó el movimiento. El hechizo le rozó la manga sin quitarle nada.

—Te moviste antes de que acabara —protestó Ron.

—Dijiste que ya podía.

Al intentarlo de nuevo, Ron lo siguió con la punta de la varita en vez de repetir el mismo gesto hacia un lugar vacío. Harry sintió el tirón y cerró los dedos por reflejo. La varita se le escapó, chocó contra el suelo y rodó hasta una de las marcas.

—Esa sí —admitió.

Ron no alcanzó a responder. Snape había llegado por detrás.

—Ahora permita que su compañero practique, Weasley. Haber acertado una vez no lo vuelve inmune.

Harry recuperó la varita. Le llevó más intentos conseguir que Ron soltara la suya. La segunda vez que lo logró, su amigo ya había aprendido a apartarse del sitio donde él empezaba a apuntar.

Cerca de ellos, Hermione discutía con una muchacha sobre si era justo empezar mientras la otra acomodaba los pies. Snape puso fin al desacuerdo ordenándoles que comprobaran ambas que estaban listas. No parecía una habilidad menos importante que pronunciar el hechizo.

Snape ordenó cambiar de pareja. Ron se apartó para dejar pasar a Dracenia y Harry comprobó que tuviera espacio detrás antes de colocarse frente a ella.

—Un desarme —indicó Snape—. El primero que lo consiga termina el ejercicio. No salgan de las marcas. Empiecen cuando yo lo diga.

Malfoy miró la varita de Harry.

—¿Ya puedes sujetarla bien?

Harry movió la muñeca. El brazo había sanado; no pensaba darle otro motivo para hablar de él.

—Puedes comprobarlo.

Snape dio la señal. Harry apuntó a su mano y pronunció el hechizo. Dracenia se apartó lo suficiente para que pasara junto a su manga. Harry volvió a apuntarle, girando el brazo para seguirla como había visto hacer a Ron, pero Malfoy ya había plantado los pies.

—¡Expelliarmus!

Harry sintió el tirón antes de acabar de apuntar. La varita cayó entre los dos. Dio un paso para recogerla y se detuvo al ver que Dracenia aún lo tenía en la mira.

—Baje la varita, señorita Malfoy. Ha terminado.

Ella obedeció sin dejar de mirar a Harry.

—Estabas esperando que siguiera moviéndome —le dijo.

Era verdad, y a Harry le molestó que lo hubiera notado tan pronto. Recogió su varita. La próxima vez tendría que fijarse en algo más que en el lugar al que creía que ella iba a apartarse.

Ron se acercó cuando Snape mandó dejar libre la franja.

—Te fuiste detrás de ella con todo el brazo.

—Ya lo noté.

—A mí me lo hiciste dos veces.

Harry lo miró. Ron no se estaba riendo de él. Tenía razón: ninguno de los dos había tenido que esperar a ser bueno para descubrir un error del otro.

Después Lockhart quiso mostrar cómo conservar la calma ante algo inesperado. Snape dio por terminada la práctica de desarme, los reunió frente a la otra franja y les hizo dejar un espacio libre alrededor de una estera.

Harry estaba al frente, con Ron a su derecha. Justin Finch-Fletchley se había quedado al otro extremo, junto a una mesa que no habían retirado por completo. Hermione encontró un hueco detrás de Harry. Dracenia y Pansy estaban al otro lado de Ron; desde allí podían ver la estera y la mesa.

Snape pronunció una palabra que Harry no conocía. Una serpiente cayó sobre la estera y se enrolló, levantando la cabeza hacia el profesor. Dos alumnos retrocedieron contra los que estaban detrás.

—Quédense donde están —ordenó Snape—. No se acerquen.

La serpiente permaneció frente a él. Harry alcanzó a ver el brillo de sus escamas cuando Lockhart levantó la varita.

—Podemos hacer que se retire sin necesidad de…

El hechizo golpeó la estera. Una esquina se dobló bajo el cuerpo del animal y lo lanzó hacia la mesa del fondo. Justin dio un paso atrás. La serpiente cayó cerca de sus zapatos y se volvió hacia el movimiento de su túnica.

Harry vio el hueco bajo la mesa. No había nadie allí. Justin seguía retrocediendo, pero le faltaba muy poco para quedar contra la pared.

—Por debajo —dijo Harry—. Métete debajo de la mesa. Ahí no van a pisarte.

El animal se detuvo. Giró la cabeza hacia él y después empezó a deslizarse hacia el hueco. Harry apenas había sentido alivio cuando Snape se adelantó y lo hizo desaparecer.

La estera quedó doblada junto a una pata. Justin miraba a Harry con la boca entreabierta.

—¿Qué le dijiste?

—Que se metiera ahí.

Harry señaló la mesa. Justin se apartó de su mano.

El aula estaba en silencio. Ron lo tomó de la manga antes de que intentara explicar otra vez.

—Harry. No sonó así.

Al principio creyó que sus amigos estaban repitiendo lo que habían entendido mal los demás.

—Le dije que se alejara de Justin. Ustedes estaban ahí.

Hermione sujetó una de las bolsas contra el pecho.

—Oímos un siseo. No palabras.

Ron miró hacia la puerta del aula. Snape estaba terminando de despedir a las últimas parejas y no los dejaba marcharse aún. Lockhart hablaba con Justin al otro lado, pero el muchacho seguía volviendo la cabeza hacia ellos.

Harry notaba la garganta igual que antes. No había intentado cambiar la voz, y en su recuerdo la frase tenía exactamente las palabras que acababa de repetir.

Snape se acercó.

—¿Desde cuándo sabe hablar pársel?

—No sabía que lo estaba haciendo.

—No le he preguntado si reconocía el nombre.

Harry sintió que se le endurecían los hombros.

—No sé desde cuándo. Nunca me había pasado algo así.

Snape lo observó unos segundos antes de indicarles que fueran con él. No les permitió reunirse con el grupo que esperaba en el corredor. Los llevó hasta un aula donde McGonagall estaba revisando unas hojas y le contó lo sucedido sin pedirle a Harry que demostrara nada delante de una serpiente nueva.

La profesora quiso escucharlo a él. Harry explicó dónde estaba Justin, qué espacio había visto y lo que había intentado decir. Snape confirmó que el animal había cambiado de dirección antes de desaparecer.

—¿Lo había amenazado? —preguntó McGonagall.

—No vi ningún gesto de ataque hacia Finch-Fletchley por parte de Potter —respondió Snape—. Eso no cambia lo que hemos oído.

Harry miró a sus amigos. Ron tenía el ceño fruncido; Hermione seguía sosteniendo la bolsa, aunque ya podía haberla dejado sobre la mesa.

—La voz —dijo Harry de pronto.

McGonagall dejó de escribir.

Harry se acordó de las palabras junto a la columna. Las había entendido igual que acababa de entenderse a sí mismo, sin pensar que debían sonar distintas.

—¿Y si era una serpiente? La que oí dentro de la pared.

Snape miró a McGonagall. Ella le pidió a Harry que repitiera las dos ocasiones, incluidas las palabras que había distinguido. Esta vez no estaba buscando que cambiara su relato. Quería saber si había percibido una voz o varias, y si algo le había respondido.

Harry negó lo último.

—Pero puede estar moviéndose por donde no la vemos.

—Es una posibilidad que tenemos que investigar —contestó McGonagall—. No vas a intentar llamarla. Tampoco vas a acercarte a una pared para comprobar si te contesta.

—No pensaba...

Se detuvo. Sí había pensado en lo que podría averiguar si volvía a oírla. Ron no necesitó decir nada para que recordara lo cerca que había estado de continuar solo en octubre.

La profesora dejó que sus amigos confirmaran lo ocurrido y los mandó con un prefecto de regreso a la torre. Snape se quedó para hablar con ella.

En la sala común ya sabían más de lo que Harry había tenido tiempo de contar.

Seamus quiso oír cómo sonaba. Dean le dijo que lo dejara sentarse. Desde un sillón, alguien preguntó si podía hacer que cualquier serpiente lo obedeciera.

—No lo sé —respondió Harry.

La respuesta no pareció satisfacer a nadie. Ron se sentó a su lado, ocupando parte del banco antes de que otros pudieran rodearlo.

Hermione explicó que pársel era el nombre de la lengua y que no todos los magos podían hablarla. Un muchacho mayor preguntó si Slytherin sí podía. Ella tardó lo suficiente en contestar para que Harry supiera la respuesta.

—¿Y si Potter es el heredero? —preguntó el muchacho.

—Eso no demuestra que Harry haya hecho nada —añadió Hermione.

—Se acaba de enterar de que habla pársel —dijo Ron.

Ya no estaban preguntando por un ejercicio que había salido mal. Harry recordó las letras sobre la pared, el heredero y a Justin apartándose de su mano.

—Voy a hablar con él mañana.

—No tienes que pedirle perdón por algo que no dijiste —objetó Ron.

—Quiero que sepa qué dije.

Hermione dejó las bolsas sobre la mesa. Había traído la de Harry desde el aula sin que él se acordara de pedírselo.

—Podemos ir contigo.

Harry asintió. No quería volver a explicarse delante de otro grupo, pero tampoco le gustaba imaginar a Justin pasando la noche convencido de que había hecho algo para asustarlo.

Llevaban cerca de media hora en la torre cuando Percy entró para buscar a dos alumnos que no habían regresado con los demás. Le preguntó a Ron si había visto a un muchacho de primero y le pidió a Dean que comprobara el dormitorio. Harry se puso de pie.

—¿A quién falta encontrar?

Percy lo hizo esperar mientras escuchaba una respuesta desde la escalera. El muchacho que buscaba ya estaba arriba. El otro no era de su casa.

Un grito llegó desde el corredor exterior.

Percy les ordenó quedarse dentro, pero Harry estaba junto al paso del retrato y pudo ver al alumno que había ido a buscarlos. Era Ernie Macmillan. Llevaba una mano apoyada en la pared y no lograba terminar la frase.

—Justin. Está… hay que venir.

Percy salió de inmediato y Harry lo siguió con Ron. No tuvieron que bajar mucho. Ernie los llevó hacia un corredor lateral donde había quedado una lámpara encendida. Harry reconoció el zapato antes de ver la cara.

Justin estaba tendido de lado, rígido, con un brazo levantado delante del pecho. A poca distancia, Nick Casi Decapitado permanecía suspendido sobre el suelo. Su figura había perdido la claridad con la que Harry acostumbraba verlo atravesar las paredes; ahora parecía una nube oscura que no conseguía dispersarse.

Harry se detuvo junto a Ron. Por un instante solo pudo pensar que un rato antes Justin había estado de pie delante de él, preguntándole qué le había dicho a la serpiente.

Ernie se volvió hacia Percy.

—No estaba así cuando salió de la sesión. Lo vi pasar después.

Harry notó que su amigo apretaba los dedos contra su manga.

Percy mandó a Ron a buscar al profesor más cercano y se quedó junto a la entrada para impedir que se reunieran otros alumnos. Harry no se acercó a Justin. Miró a Nick y después a la pared, esperando una palabra que no llegó.

McGonagall apareció con Ron. Se arrodilló junto al muchacho, comprobó algo sin moverle el brazo y ordenó que llamaran a Pomfrey y al director.

Ernie miró a Harry.

—Estabas hablando con eso.

—Con una serpiente —dijo Harry. Su voz le salió demasiado baja.

—¿Y ahora qué le pasó a él?

Ron abrió la boca, pero McGonagall lo interrumpió.

—Macmillan. Que usted tenga miedo no convierte esa pregunta en una prueba. Si ha visto algo, voy a escucharlo. Si no, deje que atendamos a su compañero.

Harry sintió ganas de decir que no había ido a ninguna parte, que Snape y McGonagall lo habían tenido en un aula y después había regresado con sus amigos. No sabía cuándo le había pasado aquello a Justin. Tampoco sabía si la serpiente de la estera tenía algo que ver con la voz. Parecer seguro de una explicación equivocada no iba a ayudarlo.

Dumbledore llegó con Pomfrey. La enfermera les hizo apartarse y preparó una camilla para Justin. El director observó a Nick sin atravesarlo ni intentar obligarlo a moverse.

—Yo me ocuparé de él —le dijo a McGonagall—. Lleve a los alumnos a sus casas. Quiero saber quién los vio por última vez y a qué hora, no lo que se está diciendo de ellos.

La profesora hizo volver a Ernie con un adulto que acababa de llegar y acompañó a Harry y Ron hasta el retrato. No necesitó preguntar si estaban asustados.

—Mañana hablaré con ustedes. Las clases de esa zona se suspenden y nadie va a usar esas escaleras. Vamos a revisar también lo que acabas de plantear, Potter.

Harry asintió. La idea de una serpiente escondida ya no era únicamente una pregunta que pudiera escribir al reverso de una tarea. Había personas inmóviles donde antes habían podido caminar.

Dentro, Hermione los esperaba de pie. Ron le contó lo que habían visto mientras Harry se sentaba junto a la mesa. El libro de los fundadores seguía allí, con el papel que marcaba la página.

Hermione lo cerró.

—Ahora no hace falta que sigamos leyendo.

Harry dejó que lo apartara. Quería respuestas, pero primero necesitaba estar con sus amigos sin oír otra vez la pregunta de Ernie. Ron acercó su silla. Durante un rato ninguno intentó llenar el silencio.



CAPÍTULO 16

Las preguntas que llevó a casa



Dracenia

Pansy había escrito una frase al margen de su carta y después la había rodeado para que Dracenia no volviera a contestar solo lo que le convenía.

Yo estaba mirando a Potter. No a la serpiente.

Dracenia dejó la hoja junto a la maleta abierta. En el tren habían vuelto a discutir lo ocurrido en el club; aquella carta respondía a las preguntas que le mandó al día siguiente de llegar a casa. No era el desarme lo que seguían discutiendo. Había conseguido quitarle la varita a Potter y, antes de salir del aula, todos habían dejado de hablar del ejercicio. Él hacía un ruido que ella no entendía y volvía a ser lo único que importaba.

Aquella tarde, antes de la sesión, Flitwick le había devuelto una pieza desarmada y le había pedido que explicara cómo debía quedar antes de intentar repararla. Dracenia conocía el movimiento de varita. Lo que no había sabido decir era por qué un pequeño péndulo seguía rozando la base después de unir la grieta. Flitwick le permitió revisar el dibujo, le señaló qué parte debía observar y le dejó una pregunta para terminar en vacaciones.

Después del club habían vuelto juntas a la sala común. Pansy se quedó abajo, hablando con las otras alumnas, y Dracenia subió al dormitorio. Tenía el dibujo de Flitwick en la bolsa. Quería terminar

de copiar la indicación antes de guardarlo: ya había pasado bastante tiempo oyendo hablar de Potter.

Sacó el diario del cajón y lo puso junto al dibujo. Recordaba haber empezado a copiar la pregunta del profesor en la página. También recordaba a Pansy entrando después y diciéndole que abajo seguían discutiendo si Snape debía haber dejado aparecer la serpiente. Al oírla, Dracenia había mirado el diario: apenas tenía copiada la primera línea. Entre abrir el diario y la llegada de Pansy volvía a faltarle un rato que no sabía medir. Se había quedado mirando el dibujo, pensó entonces; debía de haberse distraído o dormido sobre la mesa.

Más tarde llegaron las noticias de Finch-Fletchley y del fantasma. Pansy dejó de hablar de la serpiente. Dracenia guardó el diario sin terminar de copiar la pregunta. No volvió a abrirlo antes del viaje.

Ahora lo sacó de entre dos libros, comprobó que la cubierta no se hubiera doblado y lo dejó dentro del cajón de su escritorio. La carta de Pansy decía que Finch-Fletchley había salido de la sesión caminando. No contaba nada que explicara cómo lo encontraron después.

Su madre llamó desde la puerta.

—Si vas a vaciar la maleta entera, deja la ropa en la silla. Voy a necesitar que escojas lo que todavía te queda bien.

Dracenia miró la manga del suéter que llevaba puesto.

—Este me queda.

—Ese no es el problema. El que no quieres ponerte también tiene que salir de ahí.

Narcissa entró y recogió una bufanda que había quedado debajo de un libro. No abrió el cajón ni pidió leer la carta. Sacó el suéter que su hija intentaba dejar al fondo y lo extendió por los hombros.

Dracenia recordó por qué no lo usaba. La última vez que se lo puso, la costura de una manga le había pasado la tarde entera raspando el brazo.

—Ese tiene algo adentro.

Su madre pasó los dedos por la tela y encontró el extremo de un hilo duro.

—Tiene un arreglo mal terminado. Podrías haberlo dicho antes de decidir que no servía.

Dracenia se lo entregó sin discutir. Le habría gustado resolver las otras preguntas con la misma facilidad: mostrar un sitio concreto y esperar a que alguien encontrara qué estaba mal.

La casa olía a las ramas que habían puesto junto a la escalera. Algunas conservaban unas flores pequeñas, cerradas durante el día; al caer la luz se abrirían y dejarían un olor más dulce que Dracenia prefería desde lejos.

Lucius estaba junto a la ventana del comedor, leyendo la carta del colegio. La había recibido antes de que ella llegara. Narcissa se sentó a su lado y sirvió una bebida caliente en tres tazas.

—Han cambiado otra vez los accesos —dijo su padre—. El director confirma que los dos alumnos siguen bajo tratamiento y que han aislado las zonas que están examinando.

Dracenia tomó su taza. La noticia sobre el fantasma figuraba en otra parte de la carta. No sabía si se podía escribir que un fantasma estaba bajo tratamiento; ni siquiera los profesores habían dejado que se acercaran a verlo.

—No nos dejaron usar esas escaleras después.

—Eso dice aquí. ¿Te interrogaron?

—Me preguntaron si había visto algo de los ataques. No vi nada.

Narcissa esperó a que dejara la taza.

—En tu carta dijiste que estabas trabajando hasta tarde. ¿Cuánto es tarde?

Dracenia había pensado en aquella pregunta durante el viaje. No quería tener que empezar por la nota de Historia de la Magia, pero su madre no parecía dispuesta a olvidarla por hablar de los ataques.

—A veces termino después de que las demás se acuestan.

—¿Porque no te alcanza el día o porque sigues con otra cosa cuando acabas?

Dracenia miró a su padre. Él había doblado la carta del colegio y esperaba la misma respuesta.

—Las dos cosas. No siempre.

—¿Con el diario? —preguntó Lucius.

—También tengo libros normales.

Su padre no sonrió.

—He preguntado por ese.

Ella bajó la vista hacia su taza.

—Me ayuda. Una fecha estaba bien, pero la usé para explicar otra cosa. No me hizo el ensayo.

—No he dicho que te lo hiciera —respondió él—. Quiero saber si puedes explicar ahora el error.

Dracenia lo explicó. Al principio se trabó en el nombre del acuerdo; después consiguió separar lo que había unido en el trabajo. Lucius le hizo una pregunta más y la dejó terminar sin corregirle la frase.

—Entonces eso está resuelto.

Narcissa no dio por acabada la conversación.

—¿Te cuesta dormir?

Dracenia recordó las manos frías sobre el ensayo y a Pansy diciéndole que la había visto volver. Si lo contaba, tendrían que preguntarle cuándo había salido. No podía mostrarles una hora ni explicar adónde había ido. Era mucho más fácil que la regañaran por estudiar después de apagar las otras lámparas.

—Me quedo leyendo. Y luego me cuesta levantarme.

No era todo. Sabía que no era todo mientras lo decía.

Su madre dejó la taza sobre el plato.

—Esta semana no vas a recuperar horas de sueño para perderlas en otro escritorio. Guarda el diario hasta después de Navidad. Si quieres trabajar, revisaremos un horario. Y no vas a pasar las tardes enteras haciendo lo que dejaste pendiente.

Dracenia se enderezó.

—Flitwick nos encargó una pregunta.

—Una pregunta puede esperar al lunes. Tu padre no te dio ese libro para que no supieras cuándo dejar de usarlo.

Lucius asintió.

—Terminaremos de hablar del trabajo cuando hayas descansado.

Dracenia quería responder que sabía cerrar el diario. Lo había hecho muchas veces. Miró la carta del colegio, las manos de su madre y su taza todavía a medias. No encontró una respuesta que no sonara a pedir permiso para seguir sentada frente a una página esa misma noche.

—Está guardado —dijo.

Al salir, Narcissa le recordó que la esperaba en el salón. Habían llevado una caja de adornos viejos y necesitaban decidir cuáles podían ponerse sin que volvieran a pelearse entre sí. Dracenia se acordaba del pájaro dorado que había pasado la Navidad anterior

picoteando una estrella. Quería encontrarlo antes de que su madre escogiera únicamente los que no hacían nada.

Durante los días siguientes, el diario permaneció en el cajón.

Dracenia no recibió una frase inesperada ni tuvo que vencer el deseo de abrirlo cada vez que pasaba cerca. Dos veces pensó en una pregunta y luego se ocupó de otra cosa. Le resultó más difícil explicar a su padre que no había terminado un libro que se había llevado del colegio porque no le había gustado, y no porque le faltaran horas.

El lunes Narcissa la ayudó a separar el trabajo que debía entregar del que había decidido añadir por su cuenta. Dejó espacio para la pregunta de Flitwick después de Navidad y se negó a llamarlo un retraso.

El pájaro dorado terminó en una rama baja. Dracenia había encontrado la estrella en el fondo de la caja y la puso lejos, detrás de una esfera plateada. Durante dos noches pareció suficiente. La tercera oyó un golpecito y tuvo que ir a recoger la estrella de la alfombra. Su padre sostuvo que alguien había acercado las ramas; Narcissa señaló que el pájaro había arrancado una hoja para hacerse sitio.

Pansy llegó unos días después de Navidad con una caja que se movía bajo el brazo.

—No la abras así —le advirtió a Dracenia, que ya estaba levantando una esquina.

—¿Qué trajiste?

—Un regalo para mi hermano que no quiero llevarle roto. Mi madre dijo que podía dejarlo aquí mientras estamos juntas.

En el interior había un juego de piezas que intentaban ordenarse por sí mismas sobre una base. Si quedaban en una fila correcta se inmovilizaban; en cuanto alguien inclinaba la caja, las otras cambiaban de sitio. Dracenia sostuvo la tapa mientras Pansy colocaba una de las esquinas.

—Eso está mal —dijo.

—Entonces hazlo tú.

Pansy apartó las manos. Dracenia eligió una pieza larga, la puso junto a la que ya estaba fija y vio cómo las dos se separaban. Una tercera aprovechó el hueco para colocarse atravesada.

Su amiga sonrió.

—No parecía tan fácil cuando lo intentaba yo.

Trabajaron sobre la alfombra hasta que consiguieron dos filas. Dracenia tenía una pierna doblada debajo del cuerpo y la otra a un lado de la caja. Pansy había terminado apoyada sobre los codos, con la barbilla muy cerca del borde. Cada vez que una de las dos adelantaba la mano, la otra apartaba un poco la suya. La alfombra era suave bajo las rodillas; en el lugar donde llevaban tanto rato, el pelo había quedado peinado hacia un lado. Dracenia quería completar el borde antes de comer. Pansy cerró la caja cuando Narcissa las llamó y la sujetó con ambas manos para que no volvieran a moverse.

—No pienso llevarme piezas a la comida —dijo.

—La caja está cerrada.

—Pues díselo a la que se metió en mi manga.

Dracenia levantó la tapa lo suficiente para ver. Pansy retiró un pequeño triángulo de su puño y lo devolvió al grupo. Al final dejaron la caja apoyada entre dos libros pesados, lejos de la estrella.

Después de comer salieron a caminar. El suelo estaba húmedo y las ramas de los árboles dejaban caer gotas aunque ya no llovía. Pansy contó lo difícil que había sido explicarle a su padre que salir al patio con otras tres alumnas no equivalía a andar sola por los corredores.

—El mío cree que han cerrado muy poco —dijo Dracenia.

—El mío piensa que deberíamos tener clase en casa hasta que encuentren lo que sea.

Dracenia miró hacia las ventanas. No le había gustado que el colegio apareciera en la carta como un sitio donde podían pasar cosas antes de que ella supiera preguntar por ellas. Tampoco quería imaginar a Granger regresando a todas las clases mientras ella se quedaba en casa repasando lo que ya sabía.

—No pienso perder un curso.

—No has perdido ni una semana.

Pansy se detuvo para apartar una rama del sendero. Dracenia pasó primero y se la sostuvo desde el otro lado.

Al llegar al banco de piedra volvieron a hablar de la sesión de defensa.

—¿Ahora sí vas a creer que lo vi? —preguntó Pansy.

—Yo también estaba allí.

—Pues deja de decirme qué cara puso.

Dracenia se sentó en el borde seco del banco. Cuando la serpiente cayó junto a Justin, había seguido su movimiento hasta la mesa. Recordaba el siseo de Potter, pero no habría podido decir en qué momento se volvió para mirarlo.

—¿De verdad te pareció que no se daba cuenta?

—Se lo tuvo que explicar Weasley. Potter seguía señalando la mesa como si no entendiéramos dónde estaba.

Dracenia se acordó de Potter en Encantamientos, diciéndole que la primera figura estaba bien. Había sido claro, casi molesto de lo fácil que resultaba entenderlo. En el aula, ella había oído un ruido que no se parecía a aquello. No le salió la versión presumida que habría preferido contar.

—Después debió de gustarle que todos lo miraran.

Pansy sacudió una gota de su manga.

—Se lo llevó Snape. Si te gusta eso, la próxima vez se lo pido por ti.

Dracenia se rio a pesar de sí misma. Su amiga no la dejó volver a la explicación cómoda.

—Y Finch-Fletchley estaba asustado. Potter lo miraba como si no entendiera por qué.

—A veces no entiende cosas bastante claras.

—Esta no estaba clara para él.

Caminaron de regreso sin dar por resuelta la discusión. A Dracenia le molestaba que Pansy hubiera estado a su lado y aun así tuviera una versión distinta. Ya no podía atribuirlo a que alguien le había contado mal la historia. También quería saber por qué Potter no había esperado a que Snape quitara la serpiente. Había visto a Justin retroceder hasta la pared. Tal vez no había habido tiempo para esperar.

No pensaba escribirle para preguntárselo.

La mañana siguiente volvió al escritorio con el horario que había acordado con su madre. Había pasado más de una semana sin abrir el diario. Terminó dos preguntas del libro por su cuenta y dejó para el final la pieza de Flitwick, que seguía en el colegio. Tenía el dibujo y la indicación del profesor, pero no podía volver a mirar el péndulo.

Comparó su esquema con el grabado del manual. Durante la revisión se había concentrado en la grieta. Ahora vio que el dibujo mostraba un espacio entre la base y el peso que no aparecía en el suyo. No sabía si había copiado mal o si la pieza había quedado así después del arreglo.

Abrió el cajón. El diario seguía donde lo dejó al llegar, con la cubierta apoyada contra un paquete de hojas. Lo puso junto al manual y escribió una descripción de lo que tenía, incluidas las partes que no podía comprobar desde casa.

La tinta desapareció. Dracenia esperó sin acercar la cara al papel.

Tom preguntó:

¿El profesor vio el péndulo antes de que lo repararas?

Sí. Lo escogió él.

Entonces no necesitas decidir ahora cuál de los dibujos está bien. Puedes preparar lo que vas a comprobar cuando vuelvas. ¿Se mueve el peso o está unido a la base?

Dracenia copió la indicación. Tom le pidió que diferenciara lo que había visto de lo que había dibujado después. Ella encontró una marca que había añadido de memoria y la rodeó en el cuaderno verde.

El dibujo no dice si estaba igual antes de repararlo.

Eso es lo primero que puedes preguntar. Si escribes que faltaba una pieza sin haberla visto, ya no estarás explicando tu trabajo.

No le había resuelto la pregunta. Le había dado una forma de volver a Flitwick sin tener que entregar como respuesta una suposición. Dracenia escribió dos comprobaciones y una pregunta breve. Por primera vez desde que el profesor le devolvió el

ejercicio, pudo imaginarse enseñándolo sin empezar por una excusa.

Tom añadió:

Has separado lo que sabes de lo que todavía necesitas mirar. El primer dibujo no lo hacía.

Ella dejó la pluma sobre el tintero. En el cuaderno estaba el trabajo que podía llevar a clase; el diario, por una vez, no necesitaba otra descripción.

Podía haberlo cerrado allí.

Escribió lo de Potter antes de decidir cómo empezar. No dijo que llevara días pensando en ello. Explicó que una serpiente apareció en una sesión de defensa, que él le había hablado y que los demás oyeron algo distinto. Añadió el nombre que le habían dado a aquella lengua.

La primera respuesta de Tom fue una pregunta.

¿Tú estabas allí?

Sí. Yo oí un siseo. La serpiente cambió de dirección.

¿Qué había intentado hacer Potter?

Dracenia recordó a Justin retrocediendo hacia la pared. Ella había seguido con la mirada a la serpiente; Pansy, a Potter.

Apartarla de un alumno. Según él.

¿Lo consiguió?

Se movió hacia la mesa. Luego Snape la hizo desaparecer.

La página tardó en mostrar algo más. Dracenia miró el reloj. Tenía tiempo, pero ya no sabía qué pregunta estaba haciendo.

Tom escribió:

¿Lo has oído hablar así alguna otra vez?

No. Solo en esa sesión.

Dracenia apretó la pluma. No le gustó que Tom esperara de ella algo más que lo que había visto.

Y no voy a seguirlo para comprobarlo.

Tom no le pidió que lo hiciera.

No sería una buena manera de averiguar si puede repetirlo. ¿Qué parte te interesa?

Ella empezó a escribir que Potter seguía consiguiendo que todo el mundo hablara de él. Se detuvo después del apellido. La tinta retiró aquella palabra antes de que añadiera el resto.

Quiero saber cómo puede hacer algo así sin saber que lo está haciendo.

La respuesta llegó más despacio que las anteriores.

No siempre se reconoce una capacidad la primera vez que se usa. ¿Sabes quién le enseñó?

No lo sé. Snape se lo llevó con Weasley y Granger. No oí lo que hablaron.

Entonces, de momento, solo tienes lo que viste y lo que pudiste oír.

Dracenia esperó una explicación más satisfactoria. No apareció. Al otro lado del cuarto sonó un golpe leve: el viento había empujado una rama contra el vidrio.

Cerró el diario cuando empezaron a llamarla para salir. Guardó el libro antiguo en el cajón y dejó en el cuaderno las preguntas para Flitwick. Había escrito también el nombre del ejercicio y la fecha. No quitó la marca de lo que todavía no podía asegurar.

Antes de bajar, pasó junto a la maleta. Pansy había dejado allí la caja ya terminada, lista para que su hermano volviera a desordenarla. Dracenia la sostuvo un momento, esperando que alguna pieza se moviera. No se oyó nada. La llevó con cuidado para que su madre la enviara con las demás cosas.

CAPÍTULO 17

Lo que había entre los ojos

Harry

El péndulo de Harry rozó la base tres veces antes de quedarse quieto.

Flitwick lo oyó desde el otro lado de la mesa.

—¿Es el mismo resultado que obtuvo antes de vacaciones?

Harry sujetó la pieza sin levantarla.

—Casi. Antes también sonaba al volver.

—Entonces ya sabe qué comparar.

El profesor siguió hacia Neville. Harry miró por la ranura y vio que el peso quedaba demasiado cerca de un borde. Había reparado la grieta de la base sin comprobar si las dos mitades estaban derechas. Al soltarlo otra vez, el pequeño golpe le indicó exactamente dónde empezaba a rozar.

Ron acercó su propia pieza. La suya se movía, aunque con un ruido que no figuraba en la descripción del ejercicio.

—La mía parece que quiere irse.

Hermione levantó un dedo para que esperaran. Su péndulo completó el recorrido y regresó sin tocar nada.

—No lo empujes al soltarlo —le dijo a Ron—. Estás probando dos cosas al mismo tiempo.

Harry corrigió la base. Esta vez dejó que el peso empezara solo, escuchó y volvió a mirar por la ranura. No quedó perfecto, pero pudo enseñarle a Flitwick qué había cambiado.

Al otro lado, Dracenia hizo una pregunta sobre el dibujo del manual. El profesor le pidió que lo pusiera junto a su pieza. Ella llevaba las comprobaciones anotadas y no tuvo que empezar de nuevo cuando una de sus suposiciones resultó equivocada.

Harry la oyó discutir una diferencia entre las dos imágenes. No estaba buscando que le dijeran que la primera estaba bien. Quería saber por qué la otra indicaba un espacio mayor.

Después Neville llamó a Flitwick y Harry volvió a ocuparse de su mesa. Neville había encontrado un fragmento mal colocado en la bandeja, pero necesitaba saber si pertenecía al ejercicio antes de intentar añadirlo. Ron se acercó a mirar y descubrió el pequeño dibujo que tenía debajo.

—Ese es de la caja —dijo—. Lo están buscando desde que empezó la clase.

Neville le dio la vuelta. Era el trozo de una etiqueta de cerámica.

Harry se rio con ellos y por un momento no estuvo pendiente de quién lo miraba desde el otro extremo del salón.

Una sombra roja cruzó la ventana. Flitwick alzó la vista justo antes de que un pájaro entrara y se posara en el respaldo de su silla. Tenía las plumas de la cola tan largas que casi rozaban el suelo. Llevaba un papel enrollado entre las garras.

—Gracias, Fawkes. El director podría haber esperado a que acabara la clase.

El ave dejó el mensaje sobre el escritorio y volvió la cabeza hacia los alumnos. Harry nunca había visto un pájaro de aquel color: el rojo cambiaba a dorado al pasarle la luz por las alas. Una nota baja

recorrió el salón, y hasta el péndulo de Ron dejó de parecerle tan ruidoso.

—¿Es un fénix? —preguntó Hermione.

—El fénix de Dumbledore —confirmó Flitwick—. Puede cargar mucho más de lo que parece. Pero ustedes sí necesitan terminar esto sin ayuda suya.

Fawkes inclinó la cabeza hacia el péndulo. Ron lo cubrió con la mano.

—No estaba pidiéndosela.

El profesor abrió el mensaje, y el pájaro salió de nuevo por la ventana. Harry lo siguió hasta que el último destello de la cola desapareció junto a la torre del director. Después soltó el peso de su pieza. Había dejado de rozar.

El castillo seguía teniendo más puertas cerradas que antes de Navidad.

Al regresar, cada familia había recibido las condiciones nuevas de asistencia. Los alumnos se moverían entre las aulas habilitadas con los grupos y adultos asignados; varias actividades habían cambiado de sitio. Los profesores seguían examinando los espacios ocultos y no habían anunciado que el peligro hubiese pasado. Algunas familias mantuvieron a sus hijos en casa mientras esperaban noticias. Harry vio huecos en las mesas que antes no recordaba.

Él había vuelto con los Weasley. La casa de Ron le había gustado también en invierno, cuando todo el mundo tenía que decidir al mismo tiempo dónde secar los zapatos. Molly había leído la carta del colegio dos veces y hablado con McGonagall antes de permitir el regreso. No le pidió a Harry que prometiera dejar de oír algo que

no elegía escuchar. Le pidió que no intentara demostrar que podía resolverlo solo.

El primer sábado después del regreso, Ron consiguió que Hooch le asignara una de las escobas de práctica. Quería volver a volar sin pasarse la tarde viendo cómo lo hacían los equipos, y había llenado la solicitud antes de que Harry pudiera ofrecerse a preguntar por él.

La profesora los recibió con otros seis alumnos en la zona del campo que seguía abierta para las sesiones vigiladas. Revisó las escobas una por una. La de Ron tenía un nueve pintado debajo del mango y una reparación vieja junto a las cerdas.

—Hasta el primer fin de semana de marzo —le dijo al entregársela—. Las revisiones son los sábados. Fuera de las sesiones autorizadas, se queda guardada con tu equipo. No es un permiso para pasearte por los jardines.

Ron repitió las condiciones antes de montar. Los demás esperaban con las escobas sujetas contra el cuerpo, separándose cuando uno necesitaba darles la vuelta. Bajo las botas, el pasto quedaba aplastado y soltaba olor a tierra. El aire se colaba entre la ropa de Harry incluso estando quieto; a su lado, Ron mantenía los hombros levantados y miraba de la escoba a los aros de práctica. El número pintado parecía muy grande cuando la sostenía entre las manos. Harry, que había llevado su Nimbus con permiso, lo esperó a poca altura del suelo.

En la primera salida, su amigo levantó demasiado la punta. La escoba subió casi en el mismo sitio y giró cuando Ron intentó corregirla. Hooch lo hizo bajar antes de llegar a los aros de práctica.

—Sube y avanza al mismo tiempo. Escoge hacia dónde vas antes de despegar.

—Eso estaba intentando.

—Entonces vamos a conseguir que lo sepa también la escoba.

Ron apretó la boca para no reírse y volvió a empezar. Esta vez salió desde una altura baja, apuntó al aro más alto del armazón cercano y ganó altura mientras se alejaba de la línea. Cuando lo dejó atrás, el pasto ya quedaba muy abajo. No necesitó detenerse para enderezar el mango. Harry lo alcanzó por un costado y redujo la velocidad para acompañarlo hasta el banderín donde debían frenar.

—La próxima no me esperes tanto —dijo Ron al bajar.

—La próxima empieza por ir hacia adelante.

Ron le dio un golpe con el hombro. Tenía las orejas rojas de frío y de gusto. Repitieron la salida antes de que Hooch reuniera al grupo; a la segunda, Harry apenas tuvo que esperarlo.

Mientras regresaban, vieron a Hagrid pasar con un saco sobre el hombro y un recipiente de metal que le golpeaba la bota. Tomó el camino de servicio, más allá de la cabaña, donde una franja de pasto se abría junto al bosque. Ron levantó la mano, pero el guardabosques ya se había vuelto para rodear un montón de leña.

La escoba número nueve quedó junto a la Nimbus, en el lugar donde guardaban el equipo de Gryffindor. A Ron no le gustó tener que apuntar también el día de devolución; lo hizo de todos modos.

Harry se acordó de la petición de Molly cuando Hermione sacó el libro que había encontrado durante las vacaciones.

Estaban en la biblioteca, en una mesa próxima a la del profesor encargado de aquella tarde. Ron dejó un montón de hojas junto al codo de Harry y fue a buscar a Ginny. Tenían que comparar dos cambios del recorrido antes de devolverlos.

Hermione había puesto tres tiras de papel entre las páginas.

—No creo que debamos buscar solamente un hechizo —dijo.

Harry se acercó. El grabado mostraba una serpiente mucho mayor que la de la estera.

—Una serpiente que petrifica.

—No exactamente.

Hermione le señaló el texto. Había leído las primeras referencias después de la sesión de defensa y consultado las demás al llegar a casa. Una coincidencia la había obligado a descartar otra criatura antes de escoger aquella página.

—Un basilisco mata con la mirada —explicó—. Eso es lo que repiten estas descripciones. No hace falta que lo muerda a uno.

Harry recordó a Justin inmóvil, la pata levantada de la gata y el cuerpo oscuro del fantasma.

—No murieron.

—Por eso no quise darte solo el nombre. Aquí distingue lo que ocurre si la mirada no llega directamente.

Leyeron juntos. En uno de los relatos, una persona había visto un reflejo. La descripción no decía cuánto tardó en recuperarse ni permitía asegurar que a todos les pasara igual. Hermione había anotado esas limitaciones en una hoja aparte.

Harry pensó en las ventanas reflejadas en el agua, junto a la señora Norris.

—La gata estaba sobre la piedra. Había agua hasta las patas.

—Eso me dijiste en octubre.

—Yo también la vi —añadió Ron al sentarse—. Pero no vi a la serpiente.

Ginny dejó su bolsa en el suelo y se acercó cuando oyó el nombre de Colin.

Harry le explicó la idea sin asegurarle que ya supieran qué había pasado. Ella escuchó con una mano sobre el respaldo.

—La cámara —dijo—. Si la tenía enfrente…

—La encontraron así —confirmó Ron—. Y la película quedó dañada.

Ginny se sentó.

—Para tomar la foto tenía que mirar por ahí. Nos enseñó a Hermione y a mí cómo se veía.

Ginny levantó las manos como si sostuviera la cámara y se las acercó a la cara.

—Estaba delante —dijo Hermione—. Pero no sabemos qué llegó a ver Colin.

Ginny bajó las manos.

Harry dibujó un círculo para la gata y una línea ondulada para el agua. Hizo otro para Colin y dejó espacio para la cámara. Durante semanas había guardado las palabras de la voz junto a los lugares donde la oyó. Ahora podía preguntarse también qué había entre los ojos de cada víctima y el lugar al que miraba.

—Falta Justin —dijo Ron.

Hermione pasó una página.

—Y Nick. No podemos dejarlo fuera porque no sea una persona viva.

Harry intentó recordar el corredor. Justin estaba a poca distancia del fantasma cuando llegaron, pero habían podido encontrarlos en lugares que no fueran exactamente aquellos donde recibieron el ataque.

—Nick se puede atravesar —dijo—. Podemos ver a través de él. A lo mejor Justin estaba detrás.

Ron miró los dos círculos.

—O al otro lado. No sabemos de dónde venía.

Harry dejó la línea sin terminar y volvió a mirar los dos círculos.

Hermione puso al lado una hoja nueva. Al apartar la bolsa dejó a la vista un espejito plegable, con una cubierta de tela que Harry no le había visto antes.

—¿También lo encontraste en un libro? —preguntó Ron.

—Me lo dio mi madre. Lo llevo desde que empecé a leer esto.

Hermione lo cerró antes de que Ron pudiera verse la nariz.

—No pienso ir a buscar nada —añadió—. Pero prefiero mirar alrededor de una esquina con esto que sacar la cabeza sin saber qué hay.

Lo guardó junto al cuaderno. Harry miró el grabado otra vez; tampoco un reflejo había dejado a la gata a salvo. Era mejor que morir, pero no lo bastante bueno para sentirse protegido.

—Eso lo llevamos como pregunta. No como si Justin nos lo hubiera contado.

A Ginny no le gustó que la explicación dejara todavía tantas cosas sin responder.

—Si es eso, ¿se puede despertar a Colin?

Hermione tardó en contestar.

—Están preparando el tratamiento. Saber qué lo causó puede ayudar, pero no hace que crezca antes lo que necesitan.

Ginny miró el grabado y luego los círculos de Harry. No pidió que se lo dejara. Sacó la hoja de los recorridos para terminar la comprobación por la que había ido, aunque tardó un poco en encontrar el primer renglón.

Harry la ayudó a extenderla. Podían llevar la hipótesis a McGonagall después. Antes iban a devolverle a Ginny algo que sí pudiera usar aquella tarde.

Ginny llamó a un compañero de primero que esperaba junto al mostrador. Habían quedado en comprobar con él dos marcas del

recorrido, durante la siguiente salida del grupo. Harry iba a enseñarles dónde la copia dejaba de coincidir con el pasillo.

El niño se acercó, pero se detuvo al ver quién tenía la hoja.

—¿Vas a venir tú?

—Sí —respondió Harry—. Esa parte la dibujé yo.

El muchacho miró a Ginny y después a Ron.

—Prefiero ir con otro.

Harry dejó de alisar el papel.

—Va el profesor con nosotros.

—Ya sé.

El niño bajó los ojos. No había dicho nada de serpientes; Harry no necesitaba que lo dijera para reconocer la misma mirada del aula. Durante un instante quiso preguntarle qué imaginaba que iba a hacerle delante de un profesor.

Ron se levantó.

—Harry no le hizo nada a nadie.

—Yo no dije eso.

—Pues se está entendiendo bastante bien.

Ginny sujetó la hoja por una esquina, sin quitársela a Harry.

—Si vamos a cambiar quién va, tengo que avisar. El grupo de hoy ya está organizado.

Harry miró las dos casillas que aún faltaba marcar. Podía insistir y obligar al otro a caminar a su lado, mirando de reojo cada vez que él hablara.

—Lo comprobamos en el próximo turno —dijo al fin.

El niño asintió demasiado rápido. Dejó sobre la mesa la regla que había traído y volvió con sus compañeros.

Hermione escribió pendiente junto a las dos marcas.

—Así no se la llevan pensando que ya lo revisamos.

Harry agradeció que no le dijera que el niño acabaría cambiando de opinión. Guardó la regla con el resto. Antes de ponerse a leer habían tenido una salida acordada; ahora tendrían que pedir otra, y él seguía sin saber qué explicación habría conseguido que el muchacho se quedara.

El comentario sobre Dracenia llegó cuando estaban recogiendo.

Un alumno de Hufflepuff se detuvo junto a Ernie, cerca de la mesa de los préstamos, y dijo que Malfoy había visto a Colin después de que lo atacaran. Harry levantó la cabeza. Ron dejó de guardar las hojas.

—¿Quién dice eso? —preguntó.

El muchacho señaló a Ernie. Ernie no pareció contento de recibir la pregunta delante de ellos.

—Dijo que lo había visto allí. Lo oyeron varios.

Harry recordó a Dracenia frente al tablón, irritada porque alguien estaba inventando dónde había estado Colin.

—Dijo que estaba fotografiando el aviso de afuera. No que lo vio después del ataque.

—¿Y tú cómo sabes cuándo fue?

Harry no lo sabía. No iba a hacer lo mismo que estaban haciendo ellos para encontrar una respuesta conveniente.

Todavía le enfurecía oír a Malfoy presumir el marcador. Eso no volvía cierta una fecha que nadie había comprobado.

—Eso hay que preguntárselo.

Ernie miró a Ron.

—Es Malfoy.

—Sabemos cómo se llama —contestó su amigo—. Mi hermana quiere saber qué le pasó a Colin. Si averiguaste algo, dilo bien.

Ginny se había quedado junto a la mesa, con su hoja bajo el brazo. No parecía interesada en que siguieran discutiendo apellidos.

Ernie explicó a quién había oído contarlo. Ron le pidió que lo acompañara hasta el profesor encargado para que pudieran comprobar la primera versión. Se fueron con Ginny antes de que Harry tuviera que decidir si podía pedirle a ella que escuchara otro relato sobre Colin.

Hermione cerró el libro con cuidado.

—Podría haberlo visto otro día.

—O saber algo que no dijo —respondió Harry.

Harry recordó a Malfoy mirando la inscripción. No había alcanzado a oír lo que murmuró aquella noche.

Ella asintió. Ninguno de los dos tenía que escoger aún la respuesta.

Encontraron a Dracenia al terminar el trabajo de biblioteca, en el grupo que esperaba para volver con el profesor. Pansy estaba a su lado, mostrándole una esquina rota de una carpeta. Harry se acercó antes de que los hicieran salir.

—¿Cuándo viste a Colin fotografiando el aviso?

Dracenia levantó la cabeza.

—¿Otra vez sus fotos?

—Dijiste que lo habías visto. Queremos saber qué día.

Ella miró a Hermione y después a él.

—¿Ahora tengo que acordarme de cuándo pasa cada niño de primero?

—De este dijiste que te acordabas.

Pansy dejó de mover la carpeta. Dracenia parecía a punto de mandarlo a preguntarle a alguien más cuando su amiga intervino.

—Fue el viernes. Íbamos a devolver el libro que me faltaba.

Dracenia se volvió hacia ella.

—Ya lo sé.

—Entonces díselo. Estaba fuera del corredor cerrado, junto al tablón. No en la escalera de la enfermería ni donde lo encontraron después.

Harry anotó el día. El viernes anterior al ataque no permitía explicar el domingo, pero sí separar una observación del rumor que habían hecho crecer a partir de ella.

—¿Por qué querías saberlo? —preguntó Dracenia.

Hermione empezó a contarle la versión de la biblioteca. Harry añadió que Ron estaba pidiendo que la comprobaran con un profesor.

Dracenia lo miró con más atención.

—Qué raro que no te sirva.

—¿Qué cosa?

—Que estén buscando a otro para mirarlo como te miran a ti.

Harry sintió el golpe de la frase antes de encontrar cómo contestarla. Dracenia no había necesitado preguntarle si la sospecha le molestaba: se le notaba lo suficiente para que ella pudiera usarla.

—Que repitan algo mal no lo vuelve verdad.

—No siempre te preocupa lo que repiten.

—Si sabes algo, pueden preguntártelo. Si no sabes, no les ayuda inventarlo.

Pansy deslizó la carpeta en su bolsa. Hermione se quedó junto a Harry sin intentar arreglar la conversación por él.

Dracenia bajó la vista hasta la hoja donde él había apuntado el viernes.

—El agua tampoco empezó esa noche —dijo al cabo de un momento.

Harry tardó en seguirla.

—¿Qué agua?

—La del corredor de la gata. He oído que están preguntando por una inundación como si alguien hubiera salido de ella. Filch llevaba días recogiendo. La mitad de los que pasaban por ahí tenían que quitarse para dejarlo trabajar.

—Ya la habíamos visto —contestó Ron desde atrás.

Había vuelto con Ginny. Ernie se había quedado hablando con el profesor de la biblioteca. Ron se puso del otro lado de Harry y miró a Dracenia con la misma desconfianza de siempre.

—Entonces no sé por qué siguen diciendo que todo empezó en ese sitio —replicó ella.

Harry pensó en la voz que había oído antes, en octubre. No tenían una entrada porque hubieran encontrado una víctima junto a la pared. El agua podía explicar lo que la gata vio sin explicar de dónde había salido aquello que la atacó.

—No hemos dicho que empezara ahí.

—Pues díselo a los que están tan seguros.

Dracenia miró al profesor, que ya les indicaba que se reunieran. La conversación había terminado para ella. Pansy se acomodó la bolsa y salió a su lado.

Harry guardó la hoja. A Malfoy le había bastado mirarlo para encontrar dónde dolía. Ahora tenía que llevarle a McGonagall un dato que ella había añadido, y ni siquiera podía decir que era mentira.

Hermione le pidió que no doblara el papel por donde acababa de escribir. Harry lo acomodó dentro del libro y fue con sus amigos a buscar a McGonagall.

La profesora los recibió cuando el grupo llegó al aula habilitada para las consultas de aquella tarde. Ron y Ginny habían entregado los nombres de quienes repetían el rumor. McGonagall anotó por separado lo que Pansy había confirmado y les dijo que hablaría con las dos alumnas antes de dar por verificado el día.

Harry puso sobre la mesa los círculos, las notas y el libro abierto.

No empezó por el nombre de la criatura. Le contó el agua que había visto, lo que sabían de la cámara y la posición en que encontraron a Nick y Justin. Hermione explicó qué parte del libro les había permitido relacionarlo. Ron corrigió una flecha que Harry había dibujado hacia la pared: no recordaban que el muchacho estuviera mirando en esa dirección.

McGonagall siguió las referencias antes de hablar.

—La posibilidad de una serpiente nos llevó a examinar también esta criatura después de la sesión de defensa. No podemos descartarla. Tampoco podemos afirmar que estuviera frente a cada víctima como ustedes han supuesto aquí.

Hermione señaló la línea sin terminar.

—Eso lo dejamos pendiente. Nadie nos ha dicho dónde estaba Justin antes de caer.

—Está bien que lo distingan.

Harry miró a la profesora.

—¿Entonces es un basilisco?

—Es una hipótesis seria. Sigue faltando comprobar cómo se mueve, de dónde sale y qué lo hace atacar. Los profesores están trabajando con el director para encontrarlo y proteger las zonas que aún usamos. Esta información va a ir también a quienes examinan a las víctimas.

Ginny se sentó un poco más derecha al oír lo último. McGonagall le dijo que le avisarían de cualquier cambio en Colin antes de que tuviera que buscarlo en un corredor. No prometió que fuera a despertar aquella noche.

Harry acercó su hoja de octubre.

—La primera vez no había pasado nada que supiéramos. La voz ya se movía. No empezó cuando encontramos a la gata.

—Lo tengo en tu relato.

—Y decía que había algo allí, antes de que la viéramos. No estaba hablando de mí ni respondiéndome.

McGonagall lo dejó terminar.

Harry había repasado tantas veces las palabras que durante un rato olvidó por qué las estaba diciendo ahora. Miró el dibujo y encontró la diferencia.

—Si se estaba moviendo sola, buscar solo dónde apareció la inscripción no basta. A lo mejor alguien la deja salir antes. No tiene que estar con ella cuando la encontramos.

La profesora juntó las notas.

—No vamos a tratar el lugar del hallazgo como si fuera necesariamente la entrada. Tampoco el momento. Eso incluye a las personas de las que están hablando tus compañeros.

Harry sintió que no lo decía únicamente por Dracenia.

—¿Puedo hacer algo si la vuelvo a oír?

—Decir dónde estás, qué has oído y en qué dirección. Alejarte con tu grupo y avisar al adulto más cercano. No buscar una respuesta mirando dentro de un hueco. Entenderla no significa que puedas detenerla.

Harry se acordó de la serpiente debajo de la mesa. Había conseguido apartarla de Justin. No sabía cuánto de eso había sido una orden y cuánto un animal buscando dónde no lo pisaran.

—Lo sé.

McGonagall le sostuvo la mirada.

—Necesito que lo recuerdes también cuando parezca que tienes unos segundos para averiguarlo.

Ron hizo un ruido breve que podía haber sido una tos. Harry no lo miró hasta que la profesora les permitió recoger sus cosas.

Mientras el profesor de guardia reunía al grupo para volver, Ginny preguntó si podían corregir el dibujo de la gata. No le gustaba que la flecha pareciera decir que habían visto salir algo del agua cuando solo habían visto el agua.

Harry apoyó el libro en un banco y sacó la hoja. Hermione sujetó un borde mientras él quitaba la flecha. Ron escribió al lado la palabra reflejo y luego se apartó para que Ginny pudiera comparar el dibujo con el resto.

—Eso sí —dijo ella.

Harry guardó la hoja. Tenían una posible explicación; Colin seguía inmóvil.

El grupo tuvo que esperar en el siguiente corredor a que pasaran los de otra aula. Harry dejó el libro y las hojas en una ventana mientras ajustaba la correa de la bolsa.

—Ahí no.

Una niña de lentes había atravesado la pared junto al marco. Harry alcanzó a sujetar el libro antes de que ella se sentara en el sitio que ocupaba. Era transparente; el borde de piedra se veía a través de su falda.

—Siempre dejan cosas aquí —dijo ella—. Luego se van y ni siquiera regresan por ellas.

Harry recogió también los papeles.

—¿La bolsa te estorba?

—Si la dejas, vendrán por ella. Y se quedarán hablando.

Harry se la colgó del hombro. La niña acomodó las piernas sobre el borde y miró hacia afuera con una expresión que daba por terminada la conversación.

Ron se acercó a Harry.

—Es Myrtle —le dijo en voz baja.

—También lo oigo cuando no gritan —contestó ella.

Ron se puso rojo.

—No estaba gritando.

—Pues procura no empezar. Ayer vinieron dos a comprobar cuánto se escuchaba desde el otro extremo.

Harry había oído que el fantasma del baño no dejaba de llorar. Myrtle parecía más bien furiosa, y él no encontró una razón para discutirle que la broma no tuviera gracia.

—¿Los profesores no les dijeron nada?

—No gritan cuando hay profesores.

En la esquina, el encargado les indicó que podían seguir. Harry recogió la regla que se había deslizado debajo del libro.

—Nos vemos, Myrtle.

Ella miró la ventana ya libre y después la bolsa que él llevaba.

—Si vuelves, no me dejes eso.

—Me lo llevo.

Myrtle volvió la cara hacia los jardines. No les pidió que se quedaran ni les agradeció haber recogido sus propias cosas. Harry alcanzó a Ron antes de la escalera, cuidando que las hojas no volvieran a salirse del libro.

Al llegar a la escalera vieron a Dracenia y Pansy esperar al grupo de Slytherin. Malfoy estaba hablando, pero se quedó un instante callada cuando los vio. Harry no supo si miraba el libro o el papel que aún llevaba en la mano.

Ron le preguntó qué quería cenar. Harry tuvo que pedirle que repitiera antes de contestar.

—Lo que no haya cocinado Lockhart —dijo.

Hermione soltó una risa que intentó convertir en protesta. Ginny se adelantó para alcanzar a los de primero y Neville los llamó desde el siguiente descanso. Harry subió con sus amigos, todavía con ganas de terminar el dibujo cuando encontraran una mesa.

Ahora tenían una idea de qué estaban buscando. Les faltaba averiguar qué lo dejaba salir.

CAPÍTULO 18

Con la cara de otro

Harry

Ron tuvo la idea el domingo, mientras trataba de convencer a su torre de que la partida había terminado.

La pieza se había acostado sobre el tablero. Harry la levantó, recibió un golpe diminuto en el pulgar y decidió que podía quedarse allí.

—A nosotros no nos lo van a contar —dijo Ron.

Harry miró hacia la puerta de la sala común. Dos alumnos habían bajado la voz al verlo entrar. Desde el club pasaba bastante: conversaciones que terminaban, preguntas que alguien decidía hacerle a Hermione cuando él estaba al lado.

—Malfoy nos dijo lo del agua.

—Sí. Y luego te dio ganas de discutir con ella. No digo que todos sepan quién es. Digo que entre ellos hablan distinto.

Hermione siguió un momento con la pluma sobre su tarea.

—También aquí hablan distinto cuando creen que no estamos escuchando. Eso no significa que tengan un secreto sobre los ataques.

—Por eso quiero oírlos. Sin que se queden mirando la frente de Harry.

Ron dejó el tablero y se inclinó sobre la mesa.

—Podríamos usar multijugos.

Hermione alzó la cabeza.

—¿Sabes prepararla?

—No. Mi padre nos contó de alguien que intentó hacerse pasar por otra persona en el Ministerio. Lo descubrieron porque no sabía ni a qué despacho tenía que ir. Pero no por la cara.

Harry había oído el nombre de la poción. Hasta entonces le había parecido una de esas cosas de las que se hablaba en libros que no necesitaba para las clases.

—¿Nos verían como alumnos de Slytherin?

—Si consiguieran hacerla bien —respondió Hermione—. No basta con cambiarse la corbata.

Ron miró el montón de libros de su amiga.

—Por eso te lo estoy diciendo antes de beber nada.

Ella no sonrió enseguida. Harry pensó en Dobby retorciendo la funda, en Colin y en el niño que había preferido esperar otra salida antes que caminar a su lado. Quería averiguar algo que pudiera llevar a McGonagall. También quería pasar unos minutos sin que nadie pensara que ya sabía la respuesta por hablar con serpientes.

—Yo quiero intentarlo —dijo—. Pero no para salir de ahí diciendo que todos son culpables.

Hermione cerró el tintero.

—Primero voy a buscar qué requiere. Y si averiguamos algo que pueda poner a alguien en peligro, no vamos a guardárnoslo para seguir jugando a ser otros.

Ron abrió la boca.

—No es un juego.

La torre se incorporó, le dio otro golpe a Harry y huyó hacia el borde de la mesa.

—Pues empieza por sujetar eso —le pidió él.

La receta estaba en un libro que la bibliotecaria no les permitió sacar sin autorización.

Hermione consiguió la firma de Lockhart presentándole una pregunta sobre las transformaciones de sus relatos. El profesor les explicó durante varios minutos que el aspecto era un detalle secundario para un explorador experimentado. Después firmó la solicitud sin pedir el nombre de la poción. Hermione tuvo que recordarle que lo escribiera en el renglón destinado a la autorización y no encima de su pregunta.

Cuando por fin pudieron abrir el volumen, Ron dejó de sonreír.

—Esto no lo tendremos para el sábado.

—No —dijo Hermione—. Ni para el siguiente.

Había ingredientes que necesitaban más tiempo del que ellos podían fingir haber empleado. Los crisopos debían cocerse durante veintiún días. Harry miró el dibujo del caldero y luego el horario que llevaba dentro de su libro.

—No podemos dejarlo encendido en un dormitorio.

Hermione buscó en el catálogo del boticario al que habían comprado materiales para el curso. Escribió para preguntar por ingredientes preparados. La respuesta llegó dos días después: podían encargar los crisopos con aquella cocción, pero tendrían que esperar. El hombre no podía acortar tres semanas porque unos alumnos quisieran terminar antes.

Harry pagó el pedido. Ron comprobó las cantidades con Hermione, que lo hizo empezar de nuevo al encontrar un renglón saltado. Pidieron también los materiales menos corrientes; Harry

tuvo que escribir una segunda nota para aclarar que necesitaban porciones pequeñas, no suministros para una clase entera.

—Si manda un barril, lo subes tú —le advirtió Ron.

El encargo salió el doce de enero. Mientras esperaban, Hermione preparó las fases que podían hacer y los dos aprendieron qué no debían mezclar todavía. Trabajaron en la sala común de Gryffindor, sobre una mesa pequeña junto al hogar, con su propio caldero sobre un soporte firme. El calor se regulaba acercándolo o apartándolo de las brasas. Cuando acababan una sesión, dejaban que se enfriara, guardaban lo que indicaba la receta y limpiaban. Nadie se quedaba dormido con una llama encendida debajo del baúl.

Harry descubrió que pesar algo mientras Ron intentaba leerle una cantidad era más difícil que hacerlo solo. Ron descubrió que Hermione no consideraba una respuesta suficiente decir que el polvo tenía buen aspecto. Una tarde tuvieron que retirar una parte antes de incorporarla al caldero: Harry había confundido el frasco recién abierto con el que estaban utilizando. No habían echado nada aún, pero Hermione los hizo separar los recipientes y poner las etiquetas de frente.

Ella había encontrado la receta. Aquello no significaba que sus amigos pudieran dejarle también las tardes enteras de trabajo. Ron se ocupó de los paquetes y las medidas; Harry llevó el control de lo que faltaba y aprendió a sostener el calor sin pegar el caldero al fuego para acabar más rápido.

Los crisopos llegaron el tres de febrero, en un frasco con la fecha de preparación. Todavía quedaban pasos por hacer. Durante los días siguientes aprovecharon los ratos libres y el fin de semana, unas veces los tres juntos, otras relevándose mientras uno terminaba una tarea. Hermione no quiso añadir la última parte hasta haber comprobado las notas con ellos.

También necesitaban elegir a quiénes iban a parecerse.

Harry pensó primero en los alumnos a quienes veía alrededor de Malfoy. No habría sabido imitar a Pansy durante dos preguntas. Hermione descartó esa idea antes de que Ron terminara de decirla.

—Saben cosas de la otra que nosotros no sabemos. Y no vamos a entrar en su dormitorio.

Pucey e Higgs eran compañeros de equipo de Dracenia. Los habían visto discutir con ella, entrenar y recoger las cosas después. Higgs seguía siendo suplente; no había desaparecido del campo porque las Nimbus nuevas tuvieran otra buscadora. Harry podía reconocer la manera en que Pucey llamaba a sus compañeros durante un partido. Ron tenía bastantes opiniones sobre cómo caminaba Higgs cuando creía que iban a dejarle otra práctica corta.

Conseguir unas pocas puntas de su cabello les llevó varios intentos y días distintos. Lo hicieron en la zona de devolución del material, mientras otros alumnos esperaban turno. Harry se acercó a Pucey cuando se agachó por una correa, con las tijeras pequeñas ocultas en la mano. Pucey se enderezó demasiado pronto.

—¿Qué haces?

Harry escondió la mano detrás de la bolsa.

—Se te había enganchado un hilo.

Pucey se pasó los dedos por la nuca, desconfiado. No había sido una buena mentira, pero la correa seguía en el suelo y Hooch lo estaba llamando. Harry se alejó con el corazón golpeándole las costillas.

Ron consiguió la muestra de Higgs otra tarde, mientras Hermione observaba desde el banco para no perder de vista de quién procedía. No recogieron pelos sueltos ni mezclaron los recipientes. Al guardarlos, Harry recordó la mano de Pucey sobre

la nuca y se alegró de que no le hubiera pedido ver aquel supuesto hilo.

Compraron por correo dos túnicas usadas, prendas amplias y calzado de las tallas que habían calculado. El ensayo les demostró que habían calculado mal una. También les enseñó por qué debían quitarse primero los zapatos y la ropa ajustada, y tener a mano lo que usarían después. Harry no olvidaría fácilmente la voz que salió de su boca al pedir las tijeras para abrir un dobladillo.

La transformación no les prestó los recuerdos de nadie. Ron tenía la cara de Higgs y seguía sin saber qué había desayunado. Harry veía bien sin sus lentes, pero no había aprendido de pronto los pases de un cazador de Slytherin.

Se sentaron juntos bajo la capa para probar cuánto podían moverse. De pie, Ron dejaba fuera un zapato. Recogidos sobre las sillas, con las rodillas hacia dentro, cupieron; Harry tuvo que sujetar un borde cada vez que su amigo intentaba acomodarse.

—No vamos a estar así toda la tarde —dijo Ron.

Hermione miró el reloj.

—Si tarda en acabarse, sí.

Esperaron. Ron recuperó primero su cara. Harry tardó bastante más y tuvo que pedir sus lentes cuando la página que estaba mirando empezó a desdibujarse. Hermione anotó los tiempos, sin prometerles que la segunda vez serían idénticos.

El sábado trece de febrero tenían permiso para pasar de dos a cinco en la biblioteca. Era una de las sesiones de estudio a las que podían acudir con sus grupos. El profesor encargado se quedaría cerca de las mesas; no necesitaban salir del espacio habilitado para hablar con otros alumnos.

Hooch se llevó a Pucey e Higgs poco antes de que entraran. Los dos iban a ayudarla a revisar y ordenar el material después de la sesión de principiantes. Harry los oyó discutir sobre cuál de las cajas habían dejado lista el sábado anterior. Ninguno parecía camino de una aventura.

No necesitaban que siguieran allí toda la tarde. Solo que no aparecieran al lado de sus propias caras mientras ellos las estuvieran usando.

Dracenia estaba en una mesa próxima a las ventanas, con un manual abierto y dos hojas. Pansy llevaba otro montón hacia el mostrador; al pasar le señaló algo del libro y recibió una respuesta impaciente. Después se reunió con Millicent para buscar un volumen. Harry esperó hasta que las vio doblar hacia los estantes.

La biblioteca tenía un pequeño guardarropa junto a la entrada, con un banco y una separación de madera detrás de la que los alumnos se quitaban abrigos mojados. Ya lo habían comprobado el día del ensayo. No conducía a otro corredor. Desde el banco podían ver quién entraba sin quedar a la vista del mostrador.

Hermione se quedó con sus libros y la bolsa donde guardarían la ropa. Harry y Ron entraron por turnos. Bebieron separados por varios minutos; así no tuvieron que intentar cambiarse los dos a la vez en el espacio estrecho.

Harry sintió las manos agrandarse antes de reconocer el tirón en la cara. Apoyó una palma sobre el banco y esperó a que dejara de cambiar. Cuando se miró en el espejo que habían llevado, Pucey lo estaba mirando con una expresión que no le había visto nunca: la suya.

Se quitó los lentes y los guardó. La túnica usada le quedaba bien, aunque uno de los hombros tenía una arruga difícil de acomodar. La tela le rozaba la piel en sitios distintos y el cuello se cerraba más cerca de la garganta de lo que esperaba. Bajó la vista a los zapatos

que habían comprado: junto al banco parecían enormes, pero eran los que correspondían a aquellos pies. Al dar un paso, los zapatos sonaron más fuerte de lo que esperaba. Todavía tenía el impulso de subirse unos lentes que ya no llevaba. En el espejo había una mandíbula ajena que se movía a su orden; Harry apretó los labios y vio a Pucey hacer lo mismo. Al salir, Ron lo esperaba con los brazos cruzados.

—No pongas esa cara —le dijo con la voz de Higgs.

—Es la que traje.

Ron apretó la boca. Hermione apareció al otro lado de la puerta y le indicó que no lo hiciera tan fuerte: desde allí se veía que estaba aguantándose la risa.

No les pidió que esperaran a la hora exacta del ensayo. Les recordó dónde estaba la ropa y que, si pasaba algo serio, irían por el profesor aunque los encontrara con aquellas caras.

Harry asintió y salió detrás de Ron.

Dracenia levantó los ojos cuando se acercaron.

—¿Ya los dejó Hooch?

—Un rato —respondió Harry.

—Terminamos —dijo Ron al mismo tiempo.

Malfoy pasó la mirada de uno al otro.

—Entonces pueden ponerse de acuerdo sobre qué hicieron.

Ron tiró de la manga antes de sentarse. Harry tomó la silla de enfrente y procuró no mirar las hojas como si estuviera esperando encontrar allí una confesión.

—¿Flint ha dicho algo más de los ataques? —preguntó.

—Flint quiere saber cuándo puede usar el campo sin devolverlo antes de que oscurezca. Ya lo oíste.

Harry no lo había oído. Se encogió de hombros y dejó que Ron continuara.

—Me refiero a si sabe algo. De quién puede estar haciéndolo.

Dracenia bajó la vista al manual.

—Si lo supiera, ya habría intentado que le adelantaran las prácticas.

Ron apoyó las manos en la mesa.

—Tu padre recibe cartas del colegio.

La pluma de Dracenia se detuvo.

—También el tuyo.

Harry vio a Ron buscar una respuesta que pudiera servirle a Higgs.

—Pero él conoce a más gente.

—Y quiere saber por qué seguimos cambiando de escalera en vez de saber qué hay dentro de las paredes. No es una respuesta extraordinaria.

Ella volvió al libro. Durante unos segundos pareció que los había olvidado. Harry miró la página: un dibujo, varias indicaciones y una nota al margen, sin nombres de alumnos ni relatos de ataques.

—¿Tú has visto algo? —insistió Ron.

Dracenia no contestó enseguida.

—Veo a muchos dando por hecho que aquí sabemos más que ellos. No parece que les moleste demasiado seguir preguntándolo.

Había dejado la punta de la pluma en el mismo lugar. Una gota oscura creció hasta tocar la palabra de abajo. Dracenia apartó la

mano de golpe, tomó un trozo de papel y lo puso sobre la mancha antes de que se extendiera.

Harry creyó que iba a mandar a Ron a otra mesa. Ella se quedó mirando el libro, con un dedo debajo de una línea.

—¿En qué renglón iba?

Lo preguntó sin levantar la cabeza. Harry miró su dedo.

—En ese. El tercero.

Dracenia parpadeó y volvió a leerlo. La mano no se había movido.

—Ya lo vi.

Le salió más bajo que las otras respuestas. Se frotó el puente de la nariz y enderezó la espalda al advertir que Harry seguía mirándola.

—No necesito que leas por mí, Pucey.

—No estaba…

Harry se detuvo. Estaba a punto de contestarle como siempre, y ella no lo sabía. A unos pasos, alguien dejó caer un libro sobre la mesa del profesor. Dracenia cerró los ojos un instante y después pasó la hoja con demasiado cuidado, para no manchar la siguiente.

Ron también la había visto tardar. Se inclinó un poco.

—¿Y entre nosotros? ¿Alguien ha dicho algo de verdad?

—¿No acabas de decir que terminaron con Hooch? Vayan a preguntárselo a los que estaban allí. Yo estaba aquí.

Ron miró a Harry. Dracenia había encontrado otra forma de no responder; Harry no sabía si la primera pregunta había quedado sin contestar por lo mismo.

Ella sacó una hoja limpia y puso la manchada debajo.

—¿Cuándo volvemos al campo? —preguntó Ron.

Malfoy lo miró por fin de frente.

—Tú estuviste cuando Flint lo dijo.

—Quería decir si lo había cambiado.

—Entonces pregunta eso.

Harry sintió que su amigo le rozaba el zapato bajo la mesa. No parecía una buena idea quedarse hasta que Higgs tuviera que explicar qué otras cosas no recordaba de su propio equipo.

Pansy apareció con dos libros contra el pecho. Millicent había regresado al mostrador a recoger el tercero.

—Encontramos la edición que faltaba —le dijo a Dracenia—. Te guardé el lugar, si vas a venir.

Dracenia cerró el manual, dejando dentro la hoja que estaba copiando.

—Voy.

Pansy miró la mancha y después el pedazo de papel que su amiga seguía sujetando.

—Eso ya lo puedes soltar.

Dracenia lo dejó sobre la mesa, irritada, y reunió sus cosas. Al pasar junto a Ron se detuvo.

—Están muy raros. Si no hicieron lo que les pidió Hooch, no pienso recogerlo por ustedes.

No esperó una explicación. Se fue con Pansy y tomó el libro que esta le ofrecía antes de llegar a la otra mesa. Harry las vio discutir dónde debían sentarse. Malfoy quería la ventana. Pansy le señaló el brillo que daba en las páginas; Dracenia miró el reflejo, hizo un gesto de fastidio y eligió la otra silla.

Harry se quedó un segundo más con las manos sobre la mesa vacía.

Ron lo llamó muy bajo.

—Vamos.

No habían conseguido un nombre. Tampoco una amenaza que pudieran llevar al profesor. En el guardarropa, Ron parecía más enfadado por eso que por tener que recoger las rodillas bajo la capa.

—Se detenía cada vez que le preguntábamos algo —susurró.

Harry sujetó el borde para que no se vieran los zapatos.

—También se detuvo con el libro.

—Puede estar nerviosa. O pensando qué decirnos. No nos contó nada.

Harry no podía negarlo. Había oído a Malfoy esconder respuestas demasiadas veces para decidir que aquella tarde no lo había hecho. Pero seguía viendo su dedo inmóvil debajo de la línea.

Hermione se acercó con un libro cerrado contra el pecho. Los oyó cambiar de postura y esperó a que Harry abriera un hueco diminuto en la tela.

Le contaron lo ocurrido en voz baja. Ella quiso saber si Dracenia había dicho cuándo había visto algo o mencionado a una persona concreta. Ron negó. Harry explicó lo de la página, y Hermione miró hacia la sala de lectura antes de responder.

—Puede estar cansada. No sabemos por qué.

—No he dicho que lo sepamos —respondió Harry.

Su amiga asintió. No lo hizo sentirse mejor ni trató de terminar la discusión por ellos. Les dejó el reloj a la vista y volvió a su mesa. Tenían que esperar allí, con toda la incomodidad que los cuerpos ajenos añadían al banco. Lo rodeaba el olor a tela húmeda de los abrigos. Con los pies recogidos y los hombros demasiado cerca de Ron, el aire bajo la capa parecía tardar más en renovarse. Le daban

ganas de estirar una pierna entera, apoyar las dos plantas y sentarse sin pensar en la tela. Tenía las manos quietas sobre las rodillas para no rozar a su amigo; cada dedo ocupaba más sitio del que esperaba. Desde la sala de lectura llegaba el ruido de las páginas, tan cerca que distinguía cuando alguien pasaba varias de golpe.

Pucey e Higgs regresaron antes de que Harry recuperara su cara. Los vio por el hueco de la puerta, siguiendo a otro grupo con cajas vacías. Higgs se detuvo para arreglar una correa. Ron dejó de moverse hasta que pasó de largo.

No estaban buscándolos. Eso no volvió agradable oír sus voces tan cerca.

Un rato después, Ron se llevó una mano a la cara. Harry notó que su hombro quedaba más abajo y tuvo que sujetar la capa antes de que se deslizara entre los dos.

—Ya —murmuró su amigo.

Él seguía viendo unas manos que no eran las suyas.

Ron esperó hasta que Hermione se acercó otra vez. Ella comprobó que el guardarropa estuviera vacío; Harry le entregó la capa por un borde mientras su amigo pasaba detrás de la separación para cambiarse. Cuando salió con su propia túnica, no hizo ningún comentario. Guardó la ropa prestada, tomó sus cosas y se quedó cerca.

Harry esperó más.

Había entrado en la conversación creyendo que podría distinguir una mentira si Malfoy no estaba ocupada en insultarlo. Ahora no conseguía distinguir dos cosas que había visto con sus propios ojos. Pensó en preguntárselo directamente al volver a clase. No imaginó una forma de hacerlo sin que ella quisiera saber por qué la estaba mirando así.

El libro que Hermione había dejado sobre el banco empezó a perder nitidez. Harry acercó la mano y reconoció sus dedos antes de comprobar la cicatriz. Buscó los lentes en la bolsa.

Eran poco más de las tres y media. Todavía faltaba bastante para que su grupo se marchara.

Se cambió detrás de la separación, con prisa por ponerse algo que le quedara bien. Al volver a la biblioteca encontró a Ron y a Hermione en su mesa. Habían dejado libre su silla y abierto la tarea por donde él la había dejado.

Desde allí vio a Dracenia corregir algo en la hoja de Pansy. Su amiga se la quitó, comparó ambas respuestas y le devolvió una pregunta. Malfoy contestó enseguida, con el gesto impaciente que Harry conocía.

No parecía una persona distinta de la que había visto un rato antes.

Eso era lo que no conseguía sacarse de la cabeza.



CAPÍTULO 19

El testigo que escogía sus recuerdos



Dracenia

La segunda carta de Narcissa incluía una pregunta sobre el horario y otra sobre un suéter. Dracenia había contestado la del horario el lunes. La del suéter seguía esperando porque no había encontrado una manera digna de explicar que lo llevaba puesto.

Pansy se dio cuenta cuando le pidió prestada una hoja.

—Tu madre arregló la manga.

—Para eso se lo dejé.

—Dijiste que no ibas a volver a usarlo.

Dracenia tiró de la tela hasta cubrir el extremo de la costura. El tejido se le reunió sobre la muñeca; por dentro, el arreglo quedaba liso contra la piel.

—Dije que raspaba.

Dracenia le pasó una hoja en blanco. Pansy la dejó junto a su tarea, sin seguir mirando la carta que estaba abierta sobre la mesa. Estaban en una mesa de la sala común, al final de una tarde de febrero. Las túnicas que habían traído mojadas colgaban de los respaldos, abultadas sobre bolsas y libros que nadie quería dejar en el suelo. Cerca de la chimenea, varios alumnos estiraban los pies; los de las mesas seguían inclinados sobre tareas, con codos que

invadían hojas ajenas y plumas detenidas mientras escuchaban lo que se decía junto al fuego. A Dracenia le llegaba el calor por un lado de la cara y por el otro el olor de la lana húmeda. Afuera llovía; adentro alguien intentaba secar unos guantes demasiado cerca del fuego y los dedos de lana se encogían cada vez que la llama crecía.

Pansy observó el resultado.

—Si siguen ahí, van a poder prestárselos a una muñeca.

La muchacha del sillón se incorporó, ofendida, y los retiró. Dracenia aprovechó que varias personas se reían para guardar la carta en su libro de Historia. Había recibido el informe de la última tarea y quería enviarlo antes de que su padre tuviera que pedirlo. La conclusión estaba corregida; prefería que se fijara en eso.

Pansy miró el libro abierto.

—¿Vas a terminar ahora?

—Solo quiero comprobar una fecha.

—Eso dijiste la última vez.

Dracenia levantó la cabeza.

—También puedo hacerlo sin que me estés esperando.

—Eso quiero saber. Si vas a quedarte aquí, me voy con Millicent.

Habían pensado comparar las respuestas de Encantamientos antes de cenar. No era algo que no pudieran hacer al día siguiente, pero Dracenia había aceptado la hora y ahora llevaba dos páginas fingiendo que no veía el reloj.

Cerró el libro de Historia.

—Vamos a hacer lo de Encantamientos primero.

Pansy acomodó sus hojas. No le dio las gracias por cumplir lo que habían acordado. Empezó por la pregunta que no había podido resolver y, durante un rato, Dracenia pudo corregir una respuesta ajena sin tener que explicar de dónde había sacado la suya.

Cuando terminaron, su amiga se fue con las demás y Dracenia volvió a leer la carta. Después sacó una hoja para responder. Escribió que el suéter ya no le molestaba. Añadió que llevaba el horario al día y que no había vuelto a quedarse despierta hasta que todos se acostaran.

No habló del rato que seguía faltándole en el recuerdo de diciembre. Había pasado varias tardes buenas desde entonces. Le resultaba fácil pensar que, si algo estuviera de verdad mal, no habría podido olvidarse de ello mientras trabajaba con Pansy.

El nombre de Hagrid apareció antes de que pudiera terminar de guardar las cosas.

Dos alumnos mayores discutían cerca de la chimenea sobre los recorridos nuevos. Uno quería saber por qué no cerraban los jardines, si nadie podía asegurar que la criatura siguiera dentro del castillo. El otro dijo que el guardabosques seguramente tendría alguna opinión que el director preferiría escuchar antes que a sus familias.

Dracenia dejó de ajustar la bolsa.

—Hagrid siempre tiene alguna opinión sobre lo que debería poder vivir cerca de nosotros.

El mayor la miró.

—¿Te ha pasado algo con él?

—Me basta con ver qué considera normal.

No necesitó decir más para conseguir una risa. Se la habría ganado igual sin el diario. Recordó las manos enormes de Hagrid, sus botas en los pasillos y a Potter acercándose a él como si el colegio no tuviera suficientes personas a quienes hacer preguntas.

Alguien mencionó que el guardabosques también había sido alumno. Otro preguntó si había acabado el curso. Ninguno parecía saberlo.

Dracenia dijo que podían buscarlo en un libro en vez de adivinar. Lo dijo con la seguridad que habría querido tener al abrir el suyo. Subió al dormitorio, dejó la bolsa sobre la cama y sacó el diario del cajón.

Había llevado la fecha que quería comprobar anotada en el cuaderno verde. La resolvió primero. Tom le pidió la referencia completa y ella tuvo que buscarla entre dos páginas antes de recibir una respuesta que le sirviera.

Después escribió sobre la conversación de abajo.

> Hay un guardabosques que estudió aquí, pero nadie sabe decirme por qué dejó de ser alumno. Se llama Hagrid.

Tom tardó más que de costumbre.

> *Rubeus Hagrid.*

Dracenia se acercó al papel.

> ¿Lo conociste?

> *Estaba en Hogwarts cuando yo estudiaba. ¿Sigue trabajando allí?*

> Sí. El director lo mantiene. Potter cree que siempre tiene razón.

La siguiente frase apareció despacio.

> *Me sorprende que no te hayan contado por qué lo apartaron de las clases.*

Dracenia dejó de mirar la puerta.

> Entonces cuéntamelo tú.

Tom escribió que había muerto una alumna durante su época en Hogwarts y que la escuela había estado a punto de cerrar. Dracenia leyó aquella parte dos veces. Hasta entonces había oído hablar de la Cámara como algo que llevaba tanto tiempo oculto que nadie sabía distinguirlo de una historia para asustar a los de primero.

¿Fue por la Cámara?

Así se hablaba de lo que estaba ocurriendo. Yo comuniqué al director lo que había encontrado.

¿Encontraste la entrada?

Encontré a Hagrid ocultando una criatura que no debía tener en el colegio.

Dracenia sintió que por fin le estaban contestando una pregunta que los mayores no habían sabido responder. Apoyó el cuaderno verde más cerca, pero no empezó a copiar aún.

¿Cómo sé que no estás contando lo que otro dijo después?

La tinta se retiró. Quedó una frase breve.

Puedes ver una parte de lo que recuerdo.

Dracenia no apoyó la mano de inmediato.

Tom había explicado que el diario conservaba una memoria; su padre también. Ninguno le había dicho que pudiera entrar en una. Miró las camas, el tintero y el cuaderno abierto. No había nadie esperando para burlarse si decidía que prefería una explicación por escrito.

¿Voy a dejar de estar aquí?

No. No vas a cambiar lo que ocurrió. Estarás mirando un recuerdo mío, no hablando con esas personas.

Podía cerrar. Tenía la respuesta sobre Hagrid a medias, el cuaderno a un lado y tiempo antes de cenar. Quería saber qué parte había visto Tom, y no pensaba volver a la sala común diciendo que no había podido comprobarlo porque le dio miedo una página.

Escribió que sí.

La superficie blanca se oscureció alrededor de la tinta. Dracenia mantuvo los dedos sobre el borde de la cubierta mientras el escritorio parecía alejarse; por un instante sintió el movimiento en el estómago, como cuando una escoba descendía antes de que hubiera terminado de acomodarse.

El cuarto desapareció de su vista.

Estaba junto a una ventana de un despacho que no reconoció al principio. Después distinguió la forma de la torre que se veía al otro lado. Había menos árboles en una parte del terreno. Sobre el escritorio descansaban dos hojas y una caja de tinta cerrada.

Un muchacho con uniforme de Slytherin esperaba frente a la mesa. Era mayor que ella y tenía las manos quietas a los costados. Dracenia supo que era Tom cuando el hombre del escritorio pronunció su apellido.

—Su declaración quedará junto al informe, Riddle.

El director parecía cansado. Había apartado los lentes para leer una de las hojas y sujetaba la otra con dos dedos. Dracenia intentó acercarse para distinguir el encabezado. No logró elegir otro lugar desde el que mirar: la escena la mantenía junto a la ventana, como si solo le hubieran abierto un espacio desde allí.

—Yo temía que no se me escuchara —respondió el muchacho.

—Se le ha escuchado. Eso no quiere decir que pueda comentar cada detalle con sus compañeros.

El director dejó la hoja. Dracenia alcanzó a leer el apellido Hagrid en una línea, pero no el resto.

Tom dijo que no buscaría problemas. Quería que el colegio permaneciera abierto y le preocupaba lo que podía ocurrir si volvían a permitir que aquella criatura se escondiera en el castillo.

El hombre se levantó con una lentitud que hizo a Dracenia mirar sus manos antes que la expresión.

—No va a seguir estudiando aquí. Las decisiones sobre el muchacho ya están tomadas. Usted debe volver a sus clases.

—Sí, profesor Dippet.

Dippet recogió otra hoja, más pequeña.

—Y la escuela dejará constancia de su ayuda. Cuando el reconocimiento esté dispuesto, se lo comunicarán. No quiero que esta conversación se convierta en otro motivo de alarma.

La puerta estaba a espaldas de Dracenia. Oyó abrirse el picaporte sin que ella pudiera volverse. El joven Riddle dio las gracias y la luz de la ventana se estiró sobre el escritorio.

Dracenia volvió a ver su propio tintero.

No se había levantado de la silla. El borde de su mesa volvía a quedarle cerca de la cintura, con el cuaderno verde al alcance de la mano. Los dedos seguían sobre la cubierta, pero había apretado tanto el borde que le dolía una uña. Los soltó y comprobó el reloj. Habían pasado unos minutos, no la tarde entera.

Sobre la página apareció una frase de Tom.

No fue un rumor entre alumnos. El director me escuchó.

Dracenia no respondió hasta que hubo mirado otra vez el cajón abierto, la ventana y sus hojas. Recordaba todo lo que acababa de ver. No se parecía al salto del domingo ni a encontrarse con una tarea guardada sin saber cuándo.

Tom había escogido un despacho, una decisión y el agradecimiento de un director. No le había mostrado la muerte de la alumna.

Tomó la pluma.

Dippet no vio el ataque en lo que me enseñaste.

Vio los informes. Yo le dije lo que había encontrado.

Tampoco vi la criatura.

Me preguntaste por qué Hagrid dejó de estudiar allí. Acabas de oír la respuesta.

Dracenia leyó de nuevo. Eso sí lo había oído. Podía decir el nombre del director y la decisión que tomó, sin tener que adivinar por qué el guardabosques no había terminado sus estudios.

No era lo mismo que saber qué había ocurrido en el pasillo donde murió una alumna. Tom no había contestado esa parte.

¿Y crees que tiene algo que ver con lo que pasa ahora?

Tom preguntó qué había ocurrido. Dracenia le escribió lo de la gata, los dos alumnos y el fantasma. No había contado antes aquella lista entera; una cosa era que el colegio estuviera hablando de Potter y otra que él pudiera saber todo lo que había pasado entre una consulta y la siguiente.

La respuesta apareció después de que terminara.

No he visto esos ataques. Sí sé que en mi época Hagrid ocultó algo peligroso y que lo encontraron responsable de tenerlo en el colegio.

Podría no ser lo mismo.

Podría. ¿Has averiguado qué guarda ahora?

Dracenia miró hacia la ventana. No conocía el interior de la cabaña. Había visto a Hagrid cargando cosas que no quería tocar y a Potter hablar de él con una confianza que le molestaba aun cuando no había nadie comparándolos.

No escribió una respuesta.

Tom añadió:

Si vas a preguntar por lo ocurrido entonces, encontrarás que hubo un reconocimiento a mi ayuda. Eso no depende de lo que te diga esta página.

Ella copió la fecha que él le dio y el apellido del antiguo director. Escribió también Hagrid. Dejó el nombre de Riddle fuera del cuaderno y se dio cuenta de que lo estaba haciendo antes de cerrar.

No quería que nadie encontrara una pregunta que la obligara a explicar quién le había enseñado aquel despacho.

Guardó el diario en el cajón. El cuaderno verde quedó abierto por la fecha antigua, con la carta de su madre debajo para no mezclarla con las tareas. Cuando Pansy entró, Dracenia ya estaba recogiendo el tintero.

—¿Terminaste lo que estabas mirando?

Dracenia sostuvo un instante la pluma sobre la caja.

—Sé por qué echaron a Hagrid del colegio.

Pansy la escuchó de pie junto a su cama. Se había quitado el suéter mojado y estaba buscando otro antes de bajar. Dracenia le contó que hubo una muerte, que Dippet recibió una declaración y que Hagrid había tenido que abandonar las clases por ocultar una criatura.

No mencionó el diario ni la manera en que había visto la escena. Dijo que había estado averiguándolo.

Pansy dejó de buscar.

—¿Eso de cuándo es?

Dracenia le dio el año.

—No de ahora, entonces.

—No he dicho que sea de ahora.

—Dijiste que ya sabías algo que los de abajo no sabían. Van a pensar que estás hablando de los ataques.

Dracenia apoyó la pluma sobre la tapa.

—Que entiendan lo que quieran. Dippet no lo echó porque llegara tarde a una clase.

Pansy encontró el suéter y lo extendió para comprobar que estuviera seco.

—¿Dónde lo leíste?

Dracenia miró el cuaderno. Habría podido enseñarle lo que acababa de anotar, pero solo habría cambiado la pregunta: Pansy querría saber de dónde había salido eso.

—Se puede comprobar en los registros de entonces.

—No te pregunté dónde se puede comprobar.

Dracenia sintió que se le calentaba la cara.

—No necesito que me revises cada cosa que te digo.

Pansy se puso el suéter sin pedirle más. Aquello fue peor que una discusión. Tomó su bolsa y esperó junto a la puerta hasta que Dracenia guardó el cuaderno.

Al salir le dijo:

—Si vas a contarlo abajo, contesta tú. Yo no he leído nada de eso.

Dracenia pudo haber dejado la noticia donde estaba. Había un año concreto que comprobar y una diferencia que ella misma le había señalado a Tom. Durante los primeros escalones pensó que sería mejor ir a la biblioteca al día siguiente.

En la sala común seguían hablando de los jardines. Uno de los mayores dijo que el director escucharía antes al guardabosques que a un Malfoy.

Dracenia se detuvo detrás de su sillón.

—Un director anterior decidió que Hagrid no debía seguir estudiando aquí. A lo mejor este podría empezar por averiguar por qué.

El muchacho se volvió. Dos personas dejaron de hablar junto a la chimenea.

—¿De dónde sacaste eso?

—De una decisión de Dippet, cuando hubo problemas en el colegio. Hagrid ocultaba una criatura peligrosa.

—¿Qué problemas?

Dracenia vio que Pansy se quedaba junto al paso. Podía limitarse a decir que eran antiguos. También podía dejar que el mayor siguiera hablando como si ella hubiera inventado el nombre del director para no perder una discusión.

—Murió una alumna.

El silencio duró lo suficiente para que la frase pesara más de lo que había pesado en la página. Dracenia tuvo una satisfacción breve, incómoda solo cuando uno de los muchachos se volvió hacia el grupo del fuego.

—¿Y lo siguen dejando entrar aquí?

Ella sabía que faltaba una parte. No había visto a Hagrid atacar a nadie. Tom había admitido que no conocía los ataques actuales. Aun así, se quedó donde estaba mientras el otro repetía la noticia.

Una alumna mayor le pidió el libro.

—No lo traje abajo —contestó Dracenia.

La mentira le salió sin dificultad. Podía ser un libro de biblioteca, un registro o algo que había leído en vacaciones. Mientras no escogiera una explicación, los demás no podían señalar qué parte debía enseñarles.

—Pues tráelo después.

Dracenia levantó el mentón.

—Puedes buscar la expulsión tú misma. No la vas a borrar porque no te guste quién te la cuenta.

No todos parecieron convencidos. Tampoco necesitaba convencerlos a todos. Los primeros ya discutían si aquello explicaba que el director confiara tanto en Hagrid o que no quisiera hablar del pasado.

Pansy fue hacia la puerta. Dracenia salió detrás de ella antes de que le hicieran otra pregunta.

En el camino al comedor, Pansy se reunió con Millicent. No le guardó a Dracenia el lugar del medio. Ella tuvo que caminar por el lado de la pared mientras las otras comparaban una respuesta de Pociones que no había oído desde el principio. Llevaba la bolsa de ese lado y sentía el roce de la tela contra la cadera. La voz de Millicent le llegaba por encima del hombro de Pansy; cuando se cruzaban con alumnos que iban más despacio, perdía una frase y las encontraba ya discutiendo la siguiente. Hacia el comedor se juntaban los pasos y el olor del pan. Pansy y Millicent seguían dejando entre las dos el espacio justo para hablar sin alzar la voz.

No la habían dejado sola. Era demasiado evidente que habían empezado una conversación sin contar con que ella la completara.

Al sentarse, Dracenia encontró un espacio junto a Pansy y apoyó la bolsa bajo el banco. Su amiga siguió hablando con Millicent hasta que llegó la primera fuente. Después le pasó un plato.

—Me vas a manchar la manga —dijo Dracenia cuando el borde rozó su brazo.

Pansy lo apartó.

—Ya está.

Dracenia tomó el pan. Miró hacia la mesa de Gryffindor sin habérselo propuesto. Potter estaba con Weasley y Granger; Longbottom les enseñaba algo en una hoja y los cuatro se habían inclinado para verlo. Nadie había ido todavía a contarles la noticia.

Por primera vez desde el despacho, deseó tener delante el informe entero. No para retirar lo que había dicho: quería encontrar una línea que hiciera innecesarias las preguntas de Pansy.

Aquella noche no volvió al diario. Abrió el cuaderno verde y rodeó el año. Debajo escribió que debía buscar la resolución y el reconocimiento. No anotó la muerte de la alumna como algo que hubiese visto.

Al apagar la lámpara, podía recordar cada frase que había dicho en la sala común. Ninguna pertenecía a un rato perdido.

CAPÍTULO 20

La criatura de la que hablaban

Harry

A Harry no le hizo falta buscar a Dracenia para enterarse. Al bajar a desayunar, Seamus le preguntó por qué nunca había dicho que habían expulsado a Hagrid.

Harry se detuvo junto al banco.

—¿Quién te dijo eso?

—Lo están diciendo los de Slytherin.

Ron dejó sitio para que se sentara. Había que dejar pasar platos y apartar los codos para que los de al lado alcanzaran las fuentes; Seamus seguía medio vuelto hacia él, demasiado cerca para que pudiera fingir que no había oído. Hermione tenía una tostada a medio comer y un libro que todavía no había abierto. Los dos miraron a Harry como si esperaran que pudiera explicar una parte que a ellos también les faltaba.

Él había hablado muchas veces con Hagrid. Sabía cómo preparaba un té demasiado fuerte, cómo se emocionaba al enseñarle algo y cuánto espacio ocupaban sus botas junto al fuego. No sabía por qué había dejado de ser alumno.

—Voy a preguntárselo.

Seamus miró hacia la mesa de los profesores.

—Dicen que fue la otra vez que hubo ataques.

Harry apretó la bolsa contra la rodilla. En la mesa de Slytherin, Dracenia estaba hablando con Pansy y no parecía pendiente de él. Quiso levantarse de inmediato, cruzar el comedor y preguntarle por qué había decidido meterse con alguien que no estaba allí para responder.

Ron le puso una rebanada de pan en el plato.

—Come algo antes de ir a gritarle. Si no, vas a acabar creyendo que lo que te conteste es una explicación.

Harry dejó la bolsa en el suelo. Hermione apartó por fin el libro.

—Yo quiero saber de dónde salió el nombre.

—De Malfoy —dijo Seamus.

—Antes de que ella lo dijera.

Harry miró a Hagrid en la otra mesa. El guardabosques estaba escuchando a la profesora Sprout. Tenía un plato delante y no parecía haberse enterado aún de lo que decían los alumnos.

No le gustó imaginarlo entrando en un corredor y descubriendo las miradas antes de saber por qué lo estaban mirando.

La profesora McGonagall no los mandó a clase sin escucharlos. Les pidió que esperaran a que terminara de hablar con un prefecto y después los llevó a un extremo del comedor, donde podían conversar sin que otra mesa oyera cada frase.

Harry explicó lo que había dicho Seamus. Ron precisó que no habían oído aún a Dracenia y que no sabían si todos repetían lo mismo.

—¿Podemos hablar con Hagrid? —preguntó Harry.

—Voy a preguntarle si quiere hacerlo. No tienen que ir por los jardines buscándolo entre clases.

—Pero es mentira, ¿no?

La profesora lo observó. Harry se dio cuenta de que había hecho la pregunta antes de decidir cuál de todas aquellas afirmaciones necesitaba negar.

McGonagall no le dio una respuesta breve para que pudiera volver a la mesa y ganar la discusión.

—Hagrid dejó de estudiar aquí por una resolución antigua. Eso no convierte las versiones que están circulando hoy en una explicación de los ataques. El director conoce aquel asunto.

Harry miró hacia el sitio donde lo había visto desayunar.

—¿Lo van a echar otra vez?

—No vamos a tomar esa decisión por algo que se repite en un desayuno. Vayan a clase. Hablaré con él y les diré dónde pueden encontrarse esta tarde.

Harry habría preferido que le prometiera que no pasaría nada. Se quedó con lo que sí había dicho. La profesora ya estaba llamando a uno de los prefectos para averiguar cómo se había extendido la noticia.

Al salir, Hermione preguntó por los registros públicos de aquellos años. McGonagall le indicó dos referencias que podían pedir a la bibliotecaria; los expedientes de los alumnos no estaban disponibles para que cualquiera los repartiera entre las mesas.

Ron esperó a que Harry terminara de anotarlas.

—No necesitas leer una caja entera para ir a verlo.

—Quiero saber qué van a decirle los demás.

Su amigo asintió. Eso sí lo entendía.

Antes del almuerzo, la bibliotecaria puso frente a ellos un volumen de noticias escolares y otro con los reconocimientos del colegio. Les señaló dónde debían apoyarlos y retiró una botella de tinta que Ron había dejado demasiado cerca.

—Con lápiz. Y sin doblar las hojas para marcar un nombre.

Hermione buscó el año. Harry se ocupó del índice del segundo volumen mientras Ron anotaba las fechas en una hoja suelta. El canto de las hojas le rozaba la muñeca al recorrer la columna; a su lado, la punta del lápiz de Ron raspaba el papel entre una fecha y la siguiente. La mayor parte eran premios de materias y servicios que no parecían tener ninguna relación con una criatura oculta: una reparación, una colección entregada, varios nombres de alumnos a los que nadie de la mesa conocía.

Harry encontró a Tom Riddle por la referencia que se repetía en las noticias de aquel verano.

El reconocimiento no incluía un relato del ataque. Agradecía su ayuda durante una situación que había puesto en peligro a la comunidad escolar. El registro fijaba año y nombre; nada en aquellas líneas describía ojos, agua o el lugar donde murió la alumna.

En el otro libro, Hermione halló un aviso breve sobre el cierre de una investigación y la separación de un estudiante. No aparecía el nombre completo de la víctima ni una declaración suya. La bibliotecaria confirmó que aquel volumen reunía avisos para circulación escolar, no el archivo de los testimonios.

Ron deslizó su hoja hacia Harry.

—Lo del premio existe.

Harry lo leyó. Había esperado encontrar una equivocación evidente, un año distinto o un nombre que alguien hubiera cambiado al contarlo. El renglón no le concedía ninguna de esas cosas.

Hermione mantuvo el volumen abierto.

—No dice qué criatura era.

Harry miró el espacio entre dos noticias. Durante unos segundos le pareció insultante que algo tan importante para Hagrid cupiera allí, junto a una donación de libros.

Copió el nombre de Riddle y el texto del reconocimiento. Después cerró el volumen sin golpearlo. La bibliotecaria seguía mirándolos desde el mostrador.

Dracenia salió de Pociones con Pansy unos pasos delante de ellos. Harry llevaba la bolsa tan apretada contra el costado que Ron tuvo que tocarle el codo para que aflojara antes de llamarla.

—Malfoy.

Ella se volvió. Pansy siguió hasta el grupo que esperaba al profesor encargado de acompañarlos, pero permaneció lo bastante cerca para oír.

—¿Qué?

Harry sacó la hoja.

—¿Este es el reconocimiento del que hablaste?

Dracenia la leyó sin tomarla. Su expresión cambió apenas al ver el nombre.

—Entonces sí supieron buscarlo.

—Te estoy preguntando si es ese.

—Sí.

Hermione se puso junto a Harry.

—¿De ahí sacaste lo de Hagrid?

—No es el único lugar donde figura que lo apartaron.

—¿Qué otro leíste?

Dracenia miró hacia Snape, que estaba terminando de cerrar el aula. Al hablar de nuevo, bajó un poco la voz.

—Puedes pedir los registros de entonces. Ya lo hiciste para esto.

Harry sintió que la conversación se le iba entre los dedos. Tenía el nombre, el premio y a Dracenia, satisfecha de que una parte fuera cierta. Lo que no tenía era el motivo para que ella hubiese escogido esa parte precisamente ahora.

—Dijiste que había muerto una alumna.

—¿Y no la hubo?

Pansy se acercó un paso.

—No estuvimos cuando pasó, Dracenia.

Ella giró la cabeza.

—Ya lo sé.

Harry se acordó de lo que McGonagall había dicho en el comedor. No quería seguir hablando de Hagrid delante de quien quisiera detenerse a escuchar.

—Lo que estás consiguiendo es que digan que lo ha vuelto a hacer.

Dracenia volvió a mirarlo.

—Tú estás consiguiendo que parezca que no se puede preguntar nada de él.

Harry guardó la hoja antes de arrugarla. Aquello no era una respuesta fácil de devolver. Había ido a buscar una manera de desmentirla y estaba enfadado porque no la había encontrado en dos libros.

—Sí se puede preguntar. Eso voy a hacer.

Snape les indicó que se reunieran con el grupo. Harry siguió a Ron sin despedirse. Hermione caminó a su lado un trecho antes de hablar.

—No quiso decir qué otra cosa consultó.

—Ya la oí.

—Se lo voy a contar a McGonagall cuando entreguemos las notas.

Harry asintió. No tenía que volver a Dracenia para obligarla a decir algo en medio del corredor. Todavía quedaba alguien a quien no habían escuchado.

Hagrid los esperaba en el aula que McGonagall había apartado. Habían quitado una silla baja y puesto un banco junto a la pared para que pudiera sentarse sin quedar con las rodillas pegadas al escritorio. La profesora estaba ordenando unas carpetas cuando llegaron.

Hagrid se levantó al verlos. Harry tuvo ganas de decirle que no había creído nada, pero la frase le pareció falsa antes de abrir la boca. Había pasado la mañana buscando una respuesta porque lo que oyó sí lo había asustado.

—Nos dijeron…

—Ya sé qué les dijeron.

Hagrid se sentó otra vez. Tenía el abrigo húmedo sobre el banco y un hilo de agua le caía de un puño. Aun sentado, ocupaba una parte de la pared que Harry habría llenado con varias sillas. Mantenía las rodillas separadas; bajo la mesa, sus botas seguían pareciendo demasiado grandes para aquella aula de alumnos. McGonagall le acercó una toalla sin interrumpirlo. Harry había

visto aquellas manos levantar teteras y sujetar animales con un entusiasmo que a veces obligaba a todos a apartarse.

Harry dejó la hoja sobre la mesa.

—Buscamos lo del reconocimiento. Aparece un alumno que se llama Tom Riddle.

Hagrid miró el nombre. Tardó tanto en hablar que Harry levantó la vista de la página.

—Fue él quien me denunció.

Ron se sentó del otro lado. Hermione permaneció de pie hasta que McGonagall le indicó una silla.

—¿Por tener una criatura? —preguntó Harry.

Hagrid pasó la toalla por el borde de la manga.

—Por tenerla, sí. Eso era verdad. Lo demás, no.

Le costó continuar. Harry conocía el entusiasmo con que hablaba de cosas que los otros preferían mirar desde lejos; nunca le había oído usar una voz tan contenida para nombrar una.

—Era una araña. Ya sé que no debía guardarla aquí. No era una de esas que sacas con un vaso. Era una acromántula.

Hermione se inclinó hacia la mesa.

—Pero…

Se interrumpió y miró a McGonagall. La profesora asintió.

—Precisamente. Hagrid nos ha contado de nuevo lo que tenía entonces. La especie no coincide con la criatura que estamos investigando ahora.

Harry sintió un alivio tan brusco que estuvo a punto de perder la pregunta siguiente.

—¿Una araña no puede hacer lo que le pasó a Colin?

—Una acromántula puede hacer mucho daño —respondió Hagrid—. No voy a decirles que es un animal para tener en el dormitorio. Pero no petrifica mirando. Y la mía no mató a aquella niña.

Ron apoyó las manos sobre sus rodillas.

—¿Cómo lo sabes?

Harry se volvió hacia él por impulso. Ron no estaba acusando a Hagrid; estaba esperando la respuesta. Hagrid pareció agradecer que no lo preguntara en un susurro al salir del aula.

—Porque estaba conmigo. Y porque me lo dijo. Pueden hablar. No son todas iguales ni quieren todas las mismas cosas.

—Eso no significa que siempre digan la verdad —señaló Hermione.

—No. Igual que nosotros.

Hagrid no se rio. Escurrió la parte mojada del puño sobre la toalla y la dejó en sus manos.

—Yo escondí a Aragog. Tenía miedo de que lo mataran si lo encontraban. Después murió una niña y a mí me había visto Riddle con la caja. Todo lo que había hecho para ocultarlo empezó a parecer otra cosa.

Harry miró el nombre que él mismo había copiado. En el registro no se veía ninguna caja. Tampoco el miedo de Hagrid ni la criatura que había intentado esconder.

—¿Aragog se quedó aquí?

Hagrid negó.

—Escapó del castillo. No lo tengo guardado debajo de la cama, Harry.

Su voz recuperó una aspereza familiar, suficiente para que Ron levantara la cabeza y Harry sintiera que podía acercar la silla sin estar interrogándolo desde el otro lado.

—¿Sigue vivo?

Hagrid miró a McGonagall antes de contestar.

—Sí. Y no van a ir a buscarlo. Ya estamos viendo cómo hablar con él sin llevar a nadie a un sitio del que no sepa salir.

La profesora cerró una de las carpetas.

—El director está revisando los testimonios antiguos con los hechos actuales. Eso incluye escuchar a quien pueda aportar algo distinto. No se va a sustituir una acusación repetida por otra excursión de alumnos.

Harry no había pensado aún en una excursión. Al oírlo, comprendió que a Ron también acababan de quitarle una idea que parecía a punto de tener.

Hagrid sostuvo la mirada de los dos.

—Quiero que me crean, pero no quiero ir a sacarlos del bosque porque pensaron que necesitaban demostrarlo ustedes.

Harry bajó la vista. Después levantó la hoja.

—Quería encontrar algo que pudiera enseñar cuando lo dijeran.

—Lo sé.

Hagrid le dio una palmada en el hombro. Fue tan cuidadosa que le dolió más que si lo hubiera hecho sin pensar. Harry supo de pronto que el guardabosques también había estado preocupado por lo que él pudiera haber creído.

—No me lo habías contado —dijo.

Hagrid miró la toalla.

—Hay cosas que no dan ganas de empezar a contar mientras uno está tomando té.

Harry asintió. No le pidió que se disculpara por eso.

Hermione sacó las notas del basilisco cuando Hagrid hubo terminado de explicar lo que recordaba. No se las puso delante como una respuesta que debía aprender: le preguntó si una criatura así podía esconderse en los terrenos sin que él lo notara.

Hagrid examinó el grabado. Quiso saber qué habían visto de verdad y qué venía del libro. Harry le describió la voz y McGonagall confirmó lo que ya se estaba investigando. Una serpiente de aquel tamaño no podía pasearse por el césped sin dejar rastro. Las conducciones del castillo eran otra cosa; varios tramos habían cambiado de dirección mucho antes de que él empezara a trabajar allí.

—En los jardines me daría cuenta de que algo grande está pasando por donde no debe —dijo—. Entre esas paredes, no puedo prometerlo.

Hagrid había recorrido los terrenos, revisado los animales y comunicado las cosas extrañas que encontró. Ahora seguía una de las rutas del plano con un dedo. McGonagall le preguntó por el tramo cerrado; Harry tuvo que apartar sus notas para que los dos pudieran señalarlo mientras acordaban quién lo comprobaría al día siguiente. Las hojas se le juntaron contra el pecho y dejó de ver una parte del dibujo detrás de la manga de Hagrid.

Hagrid recogió la toalla mientras McGonagall comprobaba otro de los pasos del plano.

—Esta noche llevaré la comida por el de servicio —dijo—. Si Aragog sale al pasto como otras veces, podremos hablarle desde ahí. No hace falta llevar a nadie entre los árboles.

—Sin alumnos en ese sector —precisó la profesora—. Avise al encargado del paso antes de salir.

Hagrid asintió. Harry reconoció el camino que habían visto desde el campo de práctica.

Harry miró el dibujo de la serpiente.

—La alumna que murió, ¿estaba en uno de esos corredores?

Hagrid dejó de señalar el plano.

—La encontraron en un baño. Se llamaba Myrtle.

Hermione levantó la cabeza. Harry recordó a Myrtle en la ventana, apartando sus libros con una mirada. Habían hablado de los alumnos que la molestaban. Nunca le había preguntado por qué estaba allí.

McGonagall no esperó a que la pregunta se convirtiera en una decisión de ir solo.

—Se ha hablado con ella. Ese cuarto forma parte de los lugares que estamos examinando desde que aparecieron los primeros ataques. Su recuerdo es importante, pero todavía no nos ha dado una entrada que podamos abrir.

Harry se volvió hacia la profesora.

—¿Podemos escucharla?

—Podemos preparar una visita supervisada. Antes quiero que sepan qué se le ha preguntado. No vamos a rodearla para que repita una historia cada vez que alguien oye un rumor.

Harry aceptó. El nombre del baño no borraba todo lo que los adultos llevaban semanas revisando. Tampoco le parecía una razón para descartar que él pudiera comprender algo distinto, como había ocurrido con la voz.

Al terminar, Hermione entregó las notas de la biblioteca y contó que Dracenia había confirmado el reconocimiento, pero no la otra fuente. McGonagall anotó la conversación y levantó la pluma.

—Hablaré con el profesor Snape. Si la señorita Malfoy ha consultado algo que no tenemos, necesitaremos verlo.

Hagrid se levantó para ir con ella. Harry se quedó un instante junto al banco.

—¿Puedo ir a tomar té otro día?

El guardabosques lo miró y por primera vez desde que entraron sonrió de verdad.

—Puedes. Pero no hace falta que vengas con dos libros para preguntarme cómo estoy.

Ron prometió llevar algo que no necesitara una traducción antes de comerse. Hagrid le dijo que sus pasteles estaban perfectamente bien si uno no intentaba partirlos por la mitad con los dientes. Hermione recogió los papeles mientras los otros discutían qué parte de esa explicación los obligaba a seguir llamándolos pasteles.

En el comedor, Harry contó lo de la acromántula cuando Seamus volvió a preguntar. Lo dijo sin fingir que ya había podido mostrarle a nadie el ataque antiguo, pero también sin dejar que la palabra criatura hiciera pasar por iguales una araña y una serpiente.

Ron repitió dónde estaba la diferencia antes de que la conversación se llenara de detalles nuevos. Hermione conservó las notas: iban a entregarlas donde correspondía, no a dejarlas sobre una mesa para que alguien añadiera una víctima que no existía.

Neville escuchó hasta el final.

—Entonces Hagrid sí hizo algo que no debía —dijo—. Pero eso no es lo que están diciendo que hizo.

Harry asintió. Le habría resultado más cómodo contestar que no había hecho nada malo. Hagrid no le había pedido que lo dijera.

Ginny llegó con una carta de la madre de Colin. No había una noticia nueva de la enfermería, pero sí una petición: quería ver uno de los dibujos que su hijo había ayudado a hacer. Ginny había escogido la primera versión que pudieron usar otros alumnos, con las correcciones de ambos todavía visibles.

Ron quiso buscar una copia más limpia. Su hermana negó.

—Quiere ver la de él.

Harry la ayudó a acomodarla para que cupiera sin doblar la ventana que Colin había dibujado. Al sostenerla por debajo notó en el reverso el relieve leve de los trazos más apretados. Era una cosa pequeña que podían terminar aquella noche. La pusieron junto al sobre y Neville fue por otra hoja para protegerla.

Antes de subir, Harry vio a Dracenia salir con Pansy. Quiso preguntarle qué pensaba ahora que sabía lo de la araña. No había hablado aún con ella y no podía suponer que alguien le hubiera llevado la explicación. Dejó que se fuera.

Al día siguiente tendrían que escuchar a Myrtle. Esa noche terminó de ayudar a Ginny y después buscó a Ron para acabar la partida que habían dejado pendiente. El nombre de Riddle seguía escrito en sus notas, entre el año del reconocimiento y las preguntas que aún quería hacer.



CAPÍTULO 21

El nombre que Pansy no prestó

Dracenia

Snape la mandó llamar antes de la cena, después de hablar con la profesora McGonagall. Dracenia llegó al aula con Pansy y el grupo que las había acompañado desde la biblioteca. El profesor le pidió que se quedara mientras los demás continuaban hacia el comedor.

Dracenia tenía el cuaderno verde en la bolsa. El diario estaba en el dormitorio, dentro del cajón, y durante un instante sintió alivio sin saber qué habría dicho si se lo hubieran encontrado allí. Después recordó que el profesor no había visto su mesa ni tenía por qué preguntar por ella.

—La señorita Parkinson puede esperar afuera —añadió Snape.

Pansy se detuvo junto a la puerta. No había pedido quedarse. Dracenia la vio salir con la carpeta contra el pecho y deseó que no pensara que la había metido en otra conversación sobre Hagrid.

Snape terminó de cerrar el último armario. Sobre el escritorio había un frasco envuelto en un trapo y las tareas que no había devuelto aún. No le ofreció asiento.

—Me han comunicado que usted conoce otra fuente sobre el incidente de Hagrid.

Dracenia ajustó la correa de su bolsa.

—No dije que fuera otro incidente.

—No le he preguntado eso.

El profesor se volvió hacia ella. Dracenia había conseguido hablar delante de los mayores sin levantar la voz; ahora le resultaba difícil no contestar cada pregunta como si ya tuviera que defender una nota.

—He comprobado que lo expulsaron —dijo.

—Eso no era un secreto que el colegio necesitara que usted descubriera. ¿Qué más consultó?

Dracenia miró las tareas apiladas. Podía mencionar un libro de casa. Podía decir que no recordaba cuál. Ninguna de las dos respuestas le permitiría volver al dormitorio y dejar de pensar en la siguiente pregunta.

—Una referencia que tenía Pansy.

Snape dejó de mover el frasco.

—¿Un libro?

—Unas notas. Después busqué la fecha.

La mentira era pequeña y concreta. Pansy había visto el año en su cuaderno; si solo le preguntaban por eso, podría confirmarlo sin tener que inventar una página. Dracenia se dio cuenta de lo que estaba intentando pedirle en su ausencia y sintió un impulso tardío de cambiar la respuesta.

Snape llamó a Pansy.

Su amiga entró sin mirar primero a Dracenia. El profesor le preguntó qué referencia le había mostrado sobre la expulsión.

—No le mostré ninguna, profesor.

Dracenia notó la correa clavándose en su hombro.

—Te enseñé la fecha ayer.

Pansy se volvió hacia ella.

—Tú me la enseñaste a mí.

El aula quedó en silencio. Dracenia podría haber dicho que habían entendido mal a quién pertenecían las notas. Pansy estaba allí, mirando la misma bolsa donde las había guardado, y no parecía dispuesta a permitirle terminar esa explicación por ella.

—Señorita Parkinson, espere afuera —dijo Snape.

Pansy obedeció. Esta vez cerró la puerta con cuidado.

Snape apoyó ambas manos en el borde del escritorio.

—No use el nombre de otra alumna para responder una pregunta que le he hecho a usted.

Dracenia bajó la vista. No quería que pareciera que estaba a punto de llorar; no lo estaba. Tenía tanta rabia que le costaba decidir contra quién dirigirla.

—La fecha está bien.

—La fecha no me ha mentido. Usted, sí.

Ella dejó de apretar la bolsa.

El profesor le pidió el cuaderno. Dracenia lo sacó y buscó la página antes de entregárselo; al tener ambas manos ocupadas en las esquinas, la bolsa le quedó tirando de la correa. Había un año rodeado, los apellidos Hagrid y Dippet, y la búsqueda del reconocimiento. No había escrito Tom Riddle allí.

Snape leyó hasta el final sin pasar las páginas anteriores.

—Esto es una lista de cosas que quiere comprobar. No es una referencia.

Dracenia no contestó.

—La profesora McGonagall quiere conocer el origen de una acusación que ya está circulando entre alumnos. Si se ha limitado a unir lo que oyó con lo que encontró después, va a decirlo. Si ha

consultado otro texto, va a dar su título. No va a seguir inventando propietarios para las hojas.

Él devolvió el cuaderno abierto.

—Mañana, antes de la primera clase, traerá una respuesta escrita. Si no tiene una referencia que pueda enseñar, lo indicará. Y hoy va a aclarar ante quienes la oyeron que no ha presentado una prueba de los ataques actuales.

Dracenia levantó la cabeza.

—Yo no dije que hubiera visto un ataque.

—Entonces no le costará evitar que los demás lo cuenten como si lo hubiera visto.

Snape apartó el frasco y dio por acabada la conversación. No le quitó el cuaderno ni revisó una bolsa de la que no sabía nada. Dracenia lo guardó con la sensación desagradable de que se lo devolvían porque sus anotaciones no valían lo que había querido hacerles valer.

Pansy la esperaba junto a la pared. Los grupos de alumnos ya habían salido con sus profesores y Snape les indicó que se quedaran cerca mientras recogía lo que necesitaba para acompañarlas.

Dracenia se puso a su lado.

—Solo estaba diciendo de dónde salió la fecha.

—La fecha salió de tu cuaderno.

—Eso acabas de decirlo delante de él.

Pansy la miró.

—Sí.

No había nadie más a quien pudiera hablarle para fingir que la respuesta no la afectaba. Dracenia sostuvo la bolsa delante de sí.

—Podrías haber dejado que lo explicara.

—Podrías haberlo explicado sin decir que te presté algo que no tengo.

Snape salió y las dos se enderezaron. Caminaron detrás de él hasta reunirse con los alumnos que quedaban cerca del comedor. Pansy se apartó para sentarse junto a Millicent y no movió su bolsa cuando Dracenia llegó al banco.

Había sitio un poco más allá. Dracenia lo ocupó sin pedir que le hicieran espacio. Le pareció una tontería enfadarse por un lugar cuando había otros cinco vacíos. Se quedó mirando el plato hasta que alguien le pidió que pasara la fuente.

Entonces oyó la palabra araña.

Un muchacho había vuelto de Gryffindor con la explicación que Harry estaba dando. Hagrid tenía una acromántula, no una serpiente. Algunos empezaron a discutir cuál de las dos sería peor; otros querían saber desde cuándo una araña gigante había dejado de contar como una criatura peligrosa.

Dracenia sintió el alivio de encontrar una respuesta que podía dar.

—No ha dejado de serlo.

El muchacho levantó la cabeza.

—Entonces sí era eso.

Dracenia recordó las manos de Snape sobre el escritorio. Miró a Pansy, que seguía comiendo con Millicent y no la estaba ayudando a salir de aquella frase.

—No sé qué ha atacado ahora —dijo al fin—. La expulsión es antigua. Eso es lo que he averiguado.

Le salió más seca de lo que quería. El otro la miró, decepcionado de que retirara la parte que permitía seguir discutiendo.

—Ayer parecías saber más.

Dracenia se sirvió agua para no responder de inmediato. Pansy no la miró, pero tampoco pudo fingir que no la había oído.

Esperó a que el dormitorio quedara vacío para sacar el diario. Las camas conservaban las marcas de quienes habían estado sentadas un momento antes de bajar: un libro abierto boca abajo, una capa sin recoger, zapatos que sobresalían por debajo de una bolsa. La mesa de Dracenia era el único sitio donde había separado una hoja limpia de las tareas. Desde allí podía oír a las demás alejarse.

Había dejado el cuaderno verde abierto junto a una hoja nueva. Escribió primero el título de la respuesta que le habían pedido: fuentes consultadas. Debajo no había nada que pudiera entregar sin hacer aparecer otro problema.

Puso el diario a la derecha y escribió lo que acababa de oír.

> Dicen que lo que Hagrid tenía era una acromántula. Potter habló con él y ahora está contándolo.

La tinta desapareció antes de que formara otra pregunta.

Tom respondió:

> *¿Eso te lo dijo Hagrid?*

> No estuve. Lo han dicho en el comedor.

> *Entonces todavía no sabes qué le dijo a Potter.*

Dracenia apoyó la pluma sobre el borde del tintero. Una parte de ella había querido recibir una negación, algo que pudiera copiar para no tener que volver a empezar.

¿Lo que tú encontraste era una araña?

La página permaneció en blanco unos instantes.

Tenía demasiadas patas para ser un animal que debiera estar en una habitación del colegio. Hagrid intentó impedir que la vieran.

No te pregunté si debía tenerla.

Tom no retiró enseguida la respuesta. Cuando apareció la siguiente, era más breve.

Sí. Una acromántula.

Dracenia se quedó mirando las dos palabras. No necesitaba discutir el peligro de una araña gigante para saber que le había dejado contar lo demás sin dárselas antes.

¿Por qué no lo dijiste?

Me preguntaste por su expulsión. Una criatura peligrosa fue motivo suficiente para expulsarlo.

No es lo mismo que matara a la alumna.

No te he dicho que yo viera cómo la mataba.

Dracenia apartó el tintero antes de golpearlo con la mano. Allí no había nadie esperando que reconociera un error. Tampoco había una cara en la que pudiera comprobar si se estaban burlando de ella.

Tom seguía teniendo razón en la parte que había escogido responder.

Dracenia volvió a tomar la pluma.

Snape quiere que mañana le diga qué consulté. Le dije que las notas eran de Pansy y ella dijo que no. Ahora cree que inventé lo de Hagrid.

La página absorbió cada palabra.

¿Pansy había visto tus notas?

Sí. Pero no eran suyas.

Entonces no puede confirmar de dónde salieron. Tendrías que haberlo contado de otra manera.

Dracenia sintió el impulso de cerrar de golpe. Había ido allí para encontrar algo con qué responder al profesor, no para repetir el momento en que Pansy entró en el aula.

No voy a volver a decir que me prestó nada.

No necesitas hacerlo. El reconocimiento existe. La expulsión también. Puedes entregar esas referencias.

Me preguntó qué otra cosa vi antes.

Esta vez la respuesta no apareció enseguida.

Dracenia miró la hoja que había preparado. No le había puesto el nombre de Tom. Había dejado fuera también el hecho de que podía escribirle preguntas. Una lista de libros no explicaría el despacho de Dippet si el profesor seguía preguntando hasta llegar a lo que ella sabía de verdad.

Tom escribió:

Puedes decir que comparaste un recuerdo con un registro. Es lo que hiciste.

Y me va a preguntar qué recuerdo.

Puedes mostrarle el registro primero. No tienes que entregar algo antes de saber qué van a hacer con ello.

Dracenia sostuvo la pluma inmóvil.

Aquello se parecía a lo que ella había pensado al decidir que no hablaría del diario en el colegio. Su padre había comprobado las

respuestas. No quería que alguien guardara el regalo en un despacho mientras Granger seguía trabajando con todos sus libros. Lo había decidido ella, antes de necesitar que Tom le dijera cómo explicarlo.

Me lo dio mi padre. No es algo que encontré tirado.

Entonces él podrá explicar qué quiso darte. No necesitas inventar una historia de Pansy para defender una decisión suya.

Dracenia releyó la respuesta. Tom no le había dicho que su padre estuviera equivocado. Tampoco le había dado una referencia nueva que pudiera llevar a clase.

Voy a preguntárselo.

La frase permaneció sola unos momentos.

Hazlo. Cuando quieras comprobar lo que recuerdas, podrás volver.

Ella iba a pedir otra vez la escena de Dippet. Se detuvo antes de escribir. La había visto entera y aun así había tenido que volver para preguntar si la criatura era una araña. Verla una vez más no iba a hacer aparecer la parte que faltaba.

Cerró el diario, lo guardó y dejó la hoja de fuentes sobre el cuaderno verde. Sacó otra para su madre.

Empezó contando lo de Historia y el informe, aunque ya se lo había mandado. Lo tachó sin terminar el párrafo. La pluma dejó una línea más gruesa al cruzar la tinta todavía fresca, y Dracenia tuvo que continuar debajo de aquel espacio ocupado. Narcissa iba a saber que no había usado una hoja nueva solo para repetir una calificación.

Dracenia escribió que Snape le había pedido las referencias de lo que contó sobre Hagrid. Dijo que había consultado la memoria del diario y que esta podía mostrar un episodio antiguo, además de contestar. Quería saber si su padre había visto lo mismo al probarlo y si podía explicarle al profesor por qué se lo había dado.

Le habría gustado terminar allí. Una carta así permitía hablar de un malentendido con un maestro y de un regalo que su familia tenía derecho a decidir. Casi podía oír a su padre preguntar por qué Snape no había acudido a él antes de interrogar a su hija.

Miró el cuaderno verde. La página fechada de noviembre seguía guardada detrás del ejercicio corregido. No tenía una explicación junto a las dos cosas que Pansy había dicho.

Dracenia la buscó y leyó sus propias palabras: no estaba cuando fue por la capa; la vio regresar después.

Eso no había ocurrido dentro de una memoria de Tom. Pansy no había abierto el diario para verlo. Era algo de su propia tarde que otra persona recordaba y ella no.

Escribió que una vez Pansy la había visto volver al dormitorio cuando ella creía no haber salido. Añadió que había estado usando el diario antes y que no conseguía recordar el trayecto. No contó la mentira sobre las notas; no quería que su madre mezclara las dos cosas y decidiera que estaba buscando otra excusa.

Al llegar a la firma, tuvo que apoyar la mano libre sobre la hoja. No había escrito una confesión de algo que supiera que había hecho. Estaba pidiendo a sus padres que le dijeran qué le habían dado.

La frase le produjo un malestar que no esperaba. No quería que el libro fuera un error de Lucius. Le costaba más imaginar su cara al recibir esa pregunta que la de Snape al leer una referencia insuficiente.

Dobló la carta antes de cambiarla.

Pansy entró cuando estaba escribiendo el nombre de Narcissa en el sobre. Se detuvo para dejar la bolsa en su cama y después fue a buscar el cepillo.

—¿Vas a escribir toda la noche?

—Ya terminé.

Dracenia puso el sobre encima de la hoja de fuentes. Su amiga miró el destinatario, que había quedado a la vista, pero no preguntó nada.

—Le voy a pedir al prefecto que la mande hoy —añadió Dracenia.

Pansy asintió. Empezó a desenredarse una parte del cabello sin ayudarla a decidir cómo continuar. Cada tirón le hacía fruncir la boca. Dracenia tenía delante el sobre, con el nombre de su madre que acababa de escribir. Podía oír las cerdas enganchándose y soltándose mientras esperaba una pregunta que no llegaba.

Dracenia se volvió hacia ella.

—No debí decir que las notas eran tuyas.

El cepillo dejó de moverse.

—Ya sé que no.

—No voy a decirlo otra vez.

Pansy la miró a través del espejo pequeño que sostenía en la mano.

—No me pidas que después explique que no lo dijiste.

Dracenia abrió la boca. Lo primero que quiso responder habría convertido la conversación en otra discusión sobre una palabra. Miró el sobre.

—No te lo voy a pedir.

Su amiga volvió al cepillo. No la perdonó en voz alta ni le acercó la bolsa para hacerle sitio en su cama. Dracenia recogió la carta y salió a buscar al prefecto que todavía no había terminado su ronda.

Se quedó esperando mientras él revisaba el destinatario. No leyó el interior. Le preguntó si necesitaba enviarla de inmediato y ella dijo que sí.

El prefecto la dejó junto a otros dos sobres que llevarían esa noche por el servicio acordado del colegio. Le indicó que regresara al dormitorio antes de que cerraran el paso. Dracenia pudo haberle pedido la carta para corregir algo. No lo hizo.

Al volver, la página de fuentes seguía sobre la mesa. Anotó únicamente el reconocimiento que Potter le había enseñado y, debajo, que faltaba explicar la consulta anterior. Snape no iba a confundir aquella frase con una respuesta completa. Ella tampoco.

Dejó el cuaderno y la hoja juntos para llevarlos por la mañana. No sacó el diario del cajón. Su madre no podía contestar antes de recibir la carta, por mucho que ella mirara el reloj.

Pansy pidió que apagara la lámpara cuando acabara. Dracenia guardó la pluma, comprobó que la tinta estuviera tapada y apagó la luz.



CAPÍTULO 22

Lo que Hagrid no podía prometer



Harry

Ron puso un dedo sobre el caballo que Harry estaba a punto de mover.

—Si haces eso, pierdes la reina.

Harry miró el tablero. Había estado pensando en una caja que no aparecía en ninguno de los libros de la biblioteca.

—Hagrid dijo que estaba con él.

—Sí.

—Cuando murió la niña.

Ron retiró la mano del caballo.

—Dijo que Aragog estaba con él. No nos contó qué pasó cuando llegó Riddle.

Hermione levantó la vista de las hojas que estaba ordenando junto a ellos. Había separado las preguntas que querían hacerle a Myrtle de las que podían responder los profesores. La profesora McGonagall había preparado un resumen de lo que Myrtle ya había contado. Hermione iba a recogerlo con el grupo de la última consulta, para que no llegaran al baño repitiendo las mismas preguntas.

—Podemos preguntar eso mañana.

Harry pasó la uña por una mancha de tinta en su hoja. El nombre de Riddle seguía perfectamente legible.

—Podemos preguntárselo a Hagrid.

—Y luego él puede preguntarle a Aragog —dijo Ron—. Eso es lo que no me gusta.

Hermione dejó de mover los papeles.

—¿Qué estás proponiendo?

—Nada todavía —respondió Harry.

Había hablado demasiado rápido. Vio el instante en que su amiga dejó de pensar en las hojas para pensar en ellos.

—Nos dijo que no fuéramos —recordó Hermione—. No porque le moleste que hagamos preguntas.

—Ya lo oí.

—Entonces no hagas como si no supieras por qué lo dijo.

El profesor encargado llamó desde el retrato al grupo que iba a la consulta. Hermione recogió su bolsa, todavía mirándolos. Harry pudo haberle dicho que esperara. No había decidido salir, pero la idea ya tenía un camino, una hora y un saco de comida sobre el hombro de Hagrid.

—Vuelvo enseguida —dijo ella.

Ron esperó a que se cerrara el retrato.

—Tiene razón.

Harry miró el caballo que había dejado bajo el dedo.

—Ya sé.

Durante unos segundos solo se oyó el ruido de Neville doblando la hoja que protegería el dibujo de Colin. Harry había visto a Ginny guardar el sobre con más cuidado que cualquiera de sus libros.

Quería poder llevarle a alguien una respuesta así: algo que existiera fuera de lo que uno deseaba creer.

—Riddle vio la caja —dijo—. ¿La vio abierta? ¿Vio salir a Aragog? En el premio no dice que lo encontrara atacando a nadie.

Ron se inclinó sobre el tablero.

—También pudo encontrarlo antes.

—Por eso quiero preguntarle.

Su amigo miró hacia las escaleras. Harry conocía demasiado bien aquella mirada como para seguir fingiendo que hablaban de una pregunta para la mañana siguiente.

—Si no sale al pasto, nos volvemos —dijo Ron—. No voy a seguirlo entre los árboles.

Harry sintió miedo antes que alivio. Hasta entonces había podido abandonar la idea sin levantarse de la silla.

—Llevamos las escobas.

—Las dos. Y no las dejamos tiradas para ir a mirar algo.

Harry asintió. Apartó la reina del borde antes de ponerse de pie, aunque ya no importaba dónde la dejara.

La escoba número nueve tenía el mismo cordón rojo que Hooch le había atado al revisar la reparación del mango. Ron lo comprobó mientras Harry buscaba la capa en su baúl. No necesitaron bajar a un almacén ni convencer a nadie de que les prestara equipo.

Neville los vio salir del dormitorio con las escobas.

—¿Ahora?

—Vamos a bajar un momento —respondió Harry.

La frase no era una explicación. Lo supo por la cara de Neville, y aun así siguió hasta el descanso sin añadir nada.

Allí se cubrieron con la capa. Ron tuvo que recoger más las cerdas contra el abrigo y Harry inclinó el mango de la Nimbus por dentro de la tela. Las puntas rígidas raspaban la manga de Ron, y a Harry le quedó una mano encerrada entre la madera y los pliegues de su propio abrigo. Bajo la capa el aire se calentaba enseguida; cada vez que uno acomodaba el hombro, la tela tiraba del otro lado y los obligaba a juntar los pies. En el espejo desaparecieron sus cabezas y sus cuerpos, pero quedó visible una franja de zapato cuando intentaron caminar separados.

—Más cerca —susurró Ron.

Harry lo hizo. Pudieron cruzar el marco de la puerta sin que aparecieran las escobas. Para girar tuvieron que detenerse, y el extremo de la Nimbus le tocó a Ron detrás de la oreja.

—Como hagas eso en la escalera, grito.

Harry bajó el mango. Ya no podía olvidar que llevaban dos cosas largas debajo de una tela que solo ocultaba lo que alcanzaba a cubrir.

Atravesaron el retrato cuando salía otro grupo. Después bajaron por el recorrido de servicio, deteniéndose una vez para dejar pasar a una profesora. Ella miró hacia el ruido de una suela en el peldaño. Ron dejó de respirar junto a Harry y la profesora esperó unos segundos antes de continuar.

Al llegar al último corredor oyeron la voz de Hagrid.

—Ya avisé. Vuelvo por aquí.

Filch sostenía la puerta exterior. Hagrid llevaba un saco al hombro, el recipiente de metal en una mano y su propio farol en la otra. Tardó un poco en acomodarse para pasar sin golpear el marco.

Harry y Ron avanzaron detrás de él. La puerta empezó a cerrarse cuando aún tenían una escoba en el umbral; Ron la levantó contra

su pecho y Harry sostuvo el borde un instante con el hombro. Filch frunció la cara al sentir resistencia. Desde afuera, Hagrid giró el recipiente para que no rozara la piedra, y el celador acabó de empujar.

El golpe de la puerta los dejó en el frío.

Ninguno habló. Harry esperó que Filch volviera a abrir, que una voz los llamara por sus nombres o que Hagrid se detuviera a preguntar qué estaba pisando detrás de él. El guardabosques siguió por el camino con el farol bajo, cuidando dónde ponía las botas.

La lluvia había dejado agua en las hendiduras. Más allá de la cabaña, las nubes se habían abierto y la luz de la luna caía sobre una extensión de pasto que Harry solo recordaba de día. Vio el desvío del camino de servicio y, después, la piedra baja junto a la que Hagrid dejaba a veces la leña. La cabaña quedó a sus espaldas, oculta al doblar.

Hagrid tomó el ramal del bosque. Harry sintió que Ron se detenía y tiró de la capa para dejarle ver. El sendero no entraba entre los troncos: llegaba a un terreno abierto, ancho, con los árboles amontonados al fondo. No había nadie en el pasto.

Entonces algo levantó una pata.

Harry no entendió al principio de dónde salía. Vio el extremo apoyarse junto al recipiente de Hagrid y siguió la articulación hacia arriba, esperando encontrar el resto de un animal mucho más pequeño. Había otras patas, un cuerpo enorme y una cabeza que se inclinaba sobre el alimento. Hagrid parecía estar sirviéndole la cena a una parte del bosque.

Ron se pegó tanto a él que la Nimbus le presionó las costillas.

La acromántula tenía el cuerpo cubierto de pelos largos y la boca en movimiento. Cada vez que acercaba el alimento, las patas cambiaban de apoyo sin que el resto pareciera necesitarlo. Harry

oyó el ruido húmedo de algo al partirse y deseó no haberlo reconocido como una mandíbula.

Hagrid levantó la mano hacia el bosque.

—Los demás se quedan ahí. Lo que te he dicho es para hablar contigo.

Hubo un chasquido. Algo se movió entre los árboles, pero no salió al campo. Harry había creído que la oscuridad del fondo era toda del mismo color. Ahora distinguía partes que se cerraban sobre otras y dejaban de parecer troncos al separarse.

—No voy a traer alumnos —añadió Hagrid—. Primero tenemos que acordar cómo venir. Te avisaré.

Una voz baja respondió algo que Harry no pudo distinguir. No sonó como una persona haciendo una voz grave. El aire parecía encontrar pequeños obstáculos antes de formar cada palabra.

Hagrid recogió el recipiente vacío. La acromántula permaneció junto al alimento mientras él regresaba por el sendero. Harry y Ron se hicieron a un lado, apretados contra la piedra. El saco de Hagrid pasó cerca y dejó un olor agrio a cuero mojado.

Esperaron hasta que el farol dobló hacia la cabaña y dejó de alumbrar el camino. Harry tenía frío en la frente, aunque el resto del cuerpo le sudaba debajo de la capa.

—Podemos volver —murmuró Ron.

Harry miró la distancia hasta la criatura. Había salido al pasto. Seguía allí.

—Desde aquí. No nos acercamos más.

Ron no dijo que aquello le pareciera suficiente. Sujetó su escoba con las dos manos cuando Harry retiró la capa.

El aire le enfrió de golpe la cara.

Harry dobló la tela, la metió dentro de la mochila pequeña que llevaba bajo el abrigo y comprobó el cierre con unos dedos que no querían obedecerlo. Alumbró con la varita el terreno junto a la piedra. Ron encontró un apoyo firme y montó. Dejó que la escoba lo sostuviera a poca altura, con los pies apartados del pasto y el mango dirigido hacia el camino de regreso.

Harry montó también. Su primera intención fue girar la Nimbus para quedar frente a la acromántula.

—Así no —susurró Ron—. Que apunte para salir.

Harry la dejó orientada hacia el castillo y se volvió de lado para mirar por encima del hombro. Podían hablar sin avanzar. Hasta la línea de árboles había unos noventa metros de pasto; a ambos lados, el terreno seguía abierto. No tendrían que pasar bajo ninguna rama para ganar altura.

Harry apagó la luz de su varita y la guardó. Ron ya tenía las manos libres sobre el mango. La luna bastaba para distinguir la franja de terreno por la que habían llegado. Lo que había entre los troncos quedaba mucho más oscuro.

La criatura alzó la cabeza.

—Hagrid ya se fue.

La voz llegaba desde la cabeza que Harry había estado mirando. No de una persona oculta detrás de ella.

—Somos amigos suyos.

La acromántula se desplazó hacia ellos. Las patas parecían llegar antes de que el cuerpo hubiese decidido moverse. Harry apretó el mango. La criatura se detuvo a unos veinte metros, pero su boca

quedaba demasiado visible para que aquella distancia le pareciera grande.

—No han venido con él.

Harry sintió que Ron movía la cabeza a su lado.

—No. Queremos preguntarte algo.

—Él ha preguntado.

—Sobre lo que pasó en el colegio. Cuando te escondía.

Las partes de la boca rozaron entre sí. Harry tuvo que esforzarse por no mirar solo aquello.

—Hace mucho tiempo.

—A Hagrid lo echaron —dijo—. Ahora están contando que tú mataste a una niña.

—También lo contaban entonces.

Ron se acomodó en la escoba. No avanzó.

—¿Tú viste a quien fue a buscarlo?

La cabeza cambió de posición hacia su voz.

—Llegó otro de ustedes.

—¿A la habitación?

—Al lugar de la caja.

Harry pensó en las hojas de la biblioteca y en todo el espacio que no había dentro de un renglón para guardar aquella voz.

—¿La caja estaba abierta?

La acromántula dejó de mover una de las patas.

—Hagrid estaba dándome comida. No cabía su mano si dejaba la tapa puesta.

Ron miró a Harry un instante y volvió a mirar al animal.

—¿El otro alumno te vio salir?

—Entró mientras Hagrid tenía la tapa levantada. Traía una varita. Hagrid quiso ponerse delante.

Algo crujió al fondo. Harry levantó los ojos hacia el bosque, pero la criatura seguía hablando.

—Salí por donde había entrado la comida.

—¿Antes de que llegara el muchacho? —preguntó Ron.

—Cuando llegó. ¿Cuántas veces quieren que lo diga?

La última palabra acabó en un ruido seco. Harry no necesitó que Ron contestara. Había entendido la diferencia.

Aragog hablaba de una caja ya entreabierta y de su propia huida. Aquello no era lo mismo que encontrarlo andando por el colegio, ni atacando. Harry había estado imaginando una persecución que nadie les había descrito.

—¿Y qué hizo después?

La acromántula se quedó quieta.

—Yo me fui.

Harry sintió una decepción tan brusca que casi le hizo olvidar lo que acababa de oír.

—¿No viste si…?

—Estaba huyendo.

Ron le rozó el brazo con el codo. Harry volvió la cabeza hacia él. Su amigo no tenía la cara de quien hubiera encontrado una respuesta con la que regresar satisfecho a la torre.

—¿Cómo sabes que era el que denunció a Hagrid? —le preguntó al animal.

—Sé quién estaba delante cuando escapé. Hagrid conocía sus nombres.

Harry no había oído a Aragog decir Riddle. Lo había puesto él en aquella escena porque era el nombre que tenían.

—Hagrid dice que no mataste a la niña.

—No lo hice.

—Pero tú…

El ruido del bosque volvió a interrumpirlo. Esta vez no era un crujido aislado. Sonaron golpes en lugares distintos, cada uno demasiado separado del siguiente para pertenecer al mismo animal.

Ron había dejado de mirar a Aragog.

En el borde de los árboles, una forma se apartó de otra. La luz alcanzó unas patas largas que se doblaron hacia un lado. Más atrás se levantaban otras. Harry trató de distinguir cuántas criaturas había y perdió la cuenta antes de llegar al extremo de la franja oscura.

—¿Son tuyas? —preguntó.

Aragog levantó la cabeza hacia el ruido.

—Han esperado a que Hagrid se fuera.

Harry sintió que la ropa le quedaba demasiado estrecha sobre el pecho.

—Somos amigos suyos —repitió.

La acromántula volvió hacia ellos una parte de su cuerpo.

—Por eso han podido hablar conmigo.

Ron alzó un poco la punta de su escoba.

—Harry.

La criatura más cercana seguía junto a los árboles. Otras empezaron a moverse a lo largo del borde, separándose hacia

ambos lados. Ron las había visto antes que él. No estaban buscando un lugar desde el que escuchar.

Harry aún quería preguntar qué había dicho el muchacho al ver la caja. Si había hablado de la niña. Si había algo que permitiera distinguir lo que sabía de lo que contó después.

—Nos vamos —dijo Ron.

La escoba número nueve ya estaba subiendo.

Harry giró la cara hacia el camino y empujó la Nimbus en la misma dirección. Dejó la pregunta sin hacer.

Las primeras arañas salieron de los árboles cuando ellos ya se alejaban del suelo.

Harry oyó un golpe seco detrás, después otro, y miró apenas por encima del hombro. La línea oscura se había roto. Los cuerpos corrían sobre el pasto con una rapidez que no había visto mientras escuchaba a Aragog. No avanzaban como la criatura que se había detenido a hablarles: las patas delanteras encontraban apoyo y las de atrás empujaban antes de que Harry pudiera separar un movimiento del siguiente.

Ron iba a su lado. El mango de su escoba temblaba, pero seguía apuntando hacia el campo abierto.

Harry quiso tirar de la Nimbus hacia arriba con toda su fuerza. Si lo hacía, dejaría a Ron más abajo. Se obligó a conservar la diagonal, a ganar altura sin perder de vista el cordón rojo junto a las manos de su amigo.

El ruido llenó el espacio que acababan de abandonar.

Una sombra los alcanzó por debajo. Harry recogió los pies por puro impulso y vio cómo la araña levantaba las patas delanteras hacia el aire. Todavía los separaba altura, pero desde arriba el cuerpo parecía enorme y las patas se abrían mucho más de lo que él había imaginado cuando estaban en los árboles.

La escoba de Ron siguió subiendo. Harry vio el pasto alejarse entre las cerdas y, detrás, otra criatura que llegaba demasiado rápido para que hubiera servido correr por el sendero.

Aragog permanecía donde habían hablado. No había avanzado tras ellos. Tampoco se había puesto delante de los demás.

Ron soltó un sonido que Harry no había oído nunca en él.

—¡Sigue! —gritó Harry.

No hacía falta que le dijera cómo. Su amigo mantenía los brazos en la misma posición que en las prácticas, aunque tenía la cara vuelta hacia adelante y los ojos muy abiertos. Harry se quedó a su lado. El aire le entraba helado por la boca y no conseguía cerrar los dientes.

Las patas dejaron de parecer largas cuando hubo suficiente pasto alrededor para compararlas. Seguían moviéndose debajo, pero las escobas ganaban altura y terreno. Harry no se atrevió a enderezar el vuelo hasta que el borde del bosque quedó más bajo que ellos. Entonces encontró la curva del sendero y, más allá, las luces del castillo.

Ron no miró atrás.

Harry lo hizo una vez más. Algunas criaturas se habían detenido; otras cambiaban de dirección hacia el ruido que llegaba del camino de servicio. No vio a qué respondían. No iba a bajar para averiguarlo.

Al otro lado del campo apareció una luz en el aire.

Durante un instante creyó que era otro animal. Después distinguió una escoba y una persona con un abrigo que se abría al viento. La profesora Sinistra levantó el brazo para que la vieran.

—¡Hacia el patio! ¡Conmigo!

Harry ya podía respirar, pero al oír una voz humana sintió que se le aflojaba el estómago. La profesora no los hizo descender en el

pasto. Se colocó junto a ellos y los guio por encima del muro, hasta el patio interior iluminado. Ron necesitó dar una vuelta más antes de bajar; Harry lo siguió sin intentar ayudarlo a girar.

Cuando sus zapatos tocaron la piedra, la Nimbus perdió el peso de golpe. Harry tuvo que sujetarla para que no se le fuera de las manos.

Ron permaneció sentado en su escoba.

—Weasley —dijo Sinistra, acercándose—. Ya puedes bajar.

Su amigo la miró como si la frase hubiera tardado en llegarle. Puso un pie en el suelo y después el otro. Harry quiso preguntarle si estaba bien, pero le salió una respiración corta, inútil.

La profesora los hizo entrar. En el pasillo había un adulto junto a la puerta y alguien que llevaba una manta doblada. Nadie les preguntó si habían conseguido lo que buscaban.

Harry empezó a temblar cuando Pomfrey le puso una taza entre las manos.

Hasta entonces había podido obedecer: quitarse el abrigo, enseñar los brazos, explicar que no lo había mordido nada. Bajo la manta tenía las rodillas juntas. Le habían apartado el pelo de la frente y la tela seca le cubría los hombros, pero la taza seguía siendo una cosa difícil de sostener con las dos manos. Tenía que mirar el borde para acercársela a la boca. En el cuarto sonaban pasos, una silla arrastrada y preguntas que no siempre comprendía a la primera. La taza chocó contra su pulgar y derramó un poco sobre la manta. Pomfrey se la sostuvo sin hacer ningún comentario.

Ron estaba en la silla de al lado. Tenía barro en el borde del pantalón, una hoja pegada a la suela y la escoba apoyada lejos de

sus manos. Harry miró el cordón rojo para asegurarse de que seguía entera.

—No hay mordeduras —dijo la enfermera a McGonagall—. Ni golpes que expliquen el temblor. Necesitan calentarse y dejar de contestar todos al mismo tiempo.

La profesora asintió. Se quedó frente a ellos hasta que Harry pudo beber sin que Pomfrey tuviera que ayudarlo.

Hermione estaba junto a la puerta, con sus hojas apretadas contra el pecho. Harry había pasado todo el vuelo pensando en llegar al castillo. No había pensado en la cara que ella tendría cuando llegaran.

—Neville me dijo que habían bajado con las escobas —explicó—. No estaban en la sala común. Tampoco habían ido a practicar: Hooch no tenía ningún grupo afuera.

Harry bajó la taza.

—¿Tú avisaste?

Hermione lo miró con tanto enfado que él deseó haber empezado por otra cosa.

—¿Qué querías que hiciera?

—No quería decir eso.

—¿Qué querías decir?

Harry no encontró una respuesta que no volviera a sonar como la primera pregunta.

McGonagall dejó que el silencio durara.

—La señorita Granger nos indicó el paso de servicio —dijo al fin—. No estábamos buscando en cualquier lugar. Hagrid confirmó por dónde había ido. La profesora Sinistra salió hacia ese sector y los vio cuando ya estaban en el aire.

Hermione se sentó en el borde de una silla, sin dejar las hojas.

—Yo también quería preguntarle cosas.

Harry levantó la cabeza.

—Pensé que volverías a decir que no.

—Ya lo había dicho. No tenías que esconderte para averiguarlo.

Ron se pasó una mano por la cara.

—Lo decidimos los dos, Hermione.

Ella lo miró también a él. No pareció aliviarla que hubiera dos personas dispuestas a hacerse responsables.

Harry apoyó la taza en la mesa.

—No sabía cómo decirte que íbamos a hacerlo igual.

Hermione tragó saliva y bajó por primera vez los papeles.

—Cuando me di cuenta, no sabía si los iba a encontrar para discutirlo.

Harry miró hacia la puerta. Había recorrido casi todo el camino junto a Ron, demasiado pegado a él debajo de la capa. En el bosque lo había tenido a menos de un brazo. No había imaginado el espacio vacío que dejaban dos personas cuando alguien las buscaba dentro del castillo.

—No debimos irnos así —dijo.

—No debieron irse —corrigió McGonagall—. Eso no depende de lo que hayan averiguado.

Harry asintió. La profesora señaló el equipo apoyado junto al escritorio.

—Las escobas quedan bajo custodia. La capa también. Después de lo que han hecho, no voy a confiar la siguiente salida a que ustedes decidan si merece una excepción. Mañana se presentarán conmigo antes de reunirse con su grupo, y volverán a hacerlo al terminar.

Ron miró su escoba.

—Tengo que entregarla para la revisión del sábado.

—Yo informaré a la señora Hooch de por qué no la va a recibir de tus manos. El préstamo de práctica termina hoy.

Ron apartó la vista. No objetó que la hubieran devuelto entera.

Harry sacó la capa de la mochila y la dejó sobre la mesa.

—Ahora —dijo ella—, cuenten qué ocurrió. Desde que salieron de la torre.

Ron fue el primero en interrumpir una respuesta de Harry.

—No dijo Riddle. Nosotros creemos que era él, pero Aragog no dio un nombre.

Harry borró el apellido de la frase que estaba escribiendo. Le costó hacerlo después de haber ido hasta allí porque quería una respuesta que pudiera enseñar.

McGonagall leyó el relato y le pidió a Ron que lo contara con sus palabras antes de enseñarle lo que Harry había anotado.

—Voy a comprobar por separado lo que recuerda Hagrid —explicó—. Esto puede ayudarnos a distinguir qué se vio y qué se supuso después. No nos da por sí solo todas las horas de aquella tarde.

Harry miró su hoja. La pregunta que no había podido hacer seguía sin respuesta. Por un momento volvió a sentir la tentación de completarla con algo que encajara.

Ron se inclinó para señalar el final.

—Nos fuimos cuando empezaron a salir de los árboles. No cuando nos alcanzaron.

Harry lo añadió. Recordaba a su amigo levantando el mango antes de que él terminara de entender lo que se movía al fondo.

Cuando McGonagall terminó, les dijo que la visita de la mañana seguía prevista. Irían con ella, dentro del grupo y de las condiciones que ya habían acordado. Harry no tendría que salir por una puerta a escondidas para hacer su pregunta.

Hagrid llegó cuando Pomfrey estaba recogiendo las tazas. Llevaba el saco vacío doblado en una mano. En la otra se le habían quedado unas marcas de barro seco.

Harry se levantó.

—Hagrid…

El guardabosques miró las dos escobas y después a Ron, que también había intentado ponerse de pie.

—Los he visto salir de entre aquello.

Harry tardó un momento en entender que hablaba de verlos desde el camino, mientras volvían al castillo.

—Ya estábamos arriba —dijo.

—Sí.

Hagrid se pasó el saco a la otra mano. Harry había querido contarle lo que Aragog dijo en cuanto entrara. Ahora le pareció horrible empezar por eso.

—No sabíamos que iba a dejar…

Se detuvo. Hagrid sí les había dicho que no fueran. Lo recordaba demasiado bien para convertirlo en otra cosa.

—Yo podía acercarme —dijo el guardabosques—. Ustedes no venían conmigo.

Ron miró hacia la mesa. Harry pensó en la comida y en Hagrid hablando junto a aquellas patas enormes. Habían visto el trato de dos seres que se conocían desde hacía muchos años y habían creído que bastaría con llevar un nombre.

—Lo siento —dijo.

Hagrid dejó el saco sobre el respaldo, pero no se sentó.

—Me lo dirás otra vez cuando no estés con una manta porque casi te quedas ahí.

Harry bajó la cabeza. Hagrid le tocó el hombro, apenas, y fue con McGonagall al otro extremo del cuarto. No lo llamó para que contara la parte que podía hacerlo sentir orgulloso.

Hermione se quedó con ellos hasta que les permitieron volver. Ron le ofreció llevarle las hojas y ella se las entregó después de comprobar que ninguna quedara debajo de la silla. No había dado por terminada la discusión. Harry tampoco sabía cómo continuarla sin repetir que lo sentía.

Regresaron a la torre con el grupo y el profesor de guardia. La partida de ajedrez seguía sobre la mesa, junto al lugar donde habían preparado el dibujo de Colin. Harry vio su reina y el caballo que no había movido.

Ron pasó de largo.

En el dormitorio, Harry tardó en desatarse un zapato. El cordón estaba húmedo y le resbalaba entre los dedos. Cuando por fin lo sacó, encontró una tira de pasto pegada a la suela.

La dejó junto al otro zapato y se metió en la cama.

Un rato después crujió la madera del pasillo. Harry abrió los ojos antes de entender dónde estaba. En la otra cama, Ron se incorporó también.

Los dos escucharon los pasos del profesor que hacía la última comprobación. No se acostaron hasta que lo oyeron detenerse frente a su puerta.

CAPÍTULO 23

La puerta que no se abría con una llave

Harry

Harry tardó en recordar por qué tenía los zapatos junto a la cama, todavía manchados de pasto.

Después oyó a Ron moverse al otro lado del dormitorio y recordó las patas que salían de entre los árboles. Se sentó antes de acabar de despertarse.

No habían recuperado la capa ni las escobas. McGonagall los esperaba antes de la visita a Myrtle y Harry llevaba el dibujo de las víctimas, doblado por el mismo sitio que Hermione le había pedido que no doblara. Lo alisó sobre el baúl. Una esquina conservaba la marca de su pulgar mojado.

—¿Bajó ya? —preguntó al llegar a la sala común.

Neville estaba recogiendo unos apuntes.

—Hermione fue con el primer grupo. Quería recoger un libro antes de reunirse con ustedes.

McGonagall había pedido que llevaran un biombo y cuerda al baño para la revisión. Todo estaba preparado desde antes del desayuno.

Ron miró el reloj.

—Claro. Por si al baño le faltaba algo que leer.

Harry habría podido reírse otro día. Aún recordaba a su amiga junto a la puerta de la enfermería, diciendo que no sabía si volvería a encontrarlos para discutir. Quería hablar con ella sin una profesora delante. No se le ocurría cómo empezar y, por una vez, la visita de la mañana le pareció una buena razón para ir juntos a alguna parte.

Los llamaron desde el retrato. Harry guardó el papel y salió con Ron.

El grupo se detuvo antes de llegar a la escalera principal.

Una puerta golpeó contra la pared al otro extremo. Harry vio pasar a Sinistra con la varita levantada y a dos alumnos mayores que retrocedían hacia un aula. Nadie estaba gritando. Aquello lo asustó antes de saber por qué.

—Todos adentro —ordenó el profesor que los acompañaba.

Ron le tocó el brazo.

En el suelo, más allá del hueco entre dos personas, había una bolsa abierta. Harry reconoció el broche y el libro que asomaba por un costado. Lo había levantado de la alfombra antes del club de duelo.

Se adelantó un paso.

—Es de Hermione.

McGonagall apareció por la otra puerta. Lo vio y extendió una mano para detenerlo.

—No siga por ese corredor.

Harry dejó de mirar a la profesora. Desde allí alcanzaba a ver un zapato, una manga y los dedos de Hermione, inmóviles alrededor

de algo pequeño. Las túnicas de los adultos le tapaban el resto; entre las espaldas y los codos sólo quedaba aquel trozo de suelo donde el zapato apuntaba hacia un lado. Harry conocía la bolsa abierta, la mano y hasta la manera en que la manga le cubría parte de los dedos. Todo estaba allí abajo, demasiado cerca para que pareciera una noticia que alguien iba a contarles. No parecía que se hubiera sentado ni que estuviera esperando ayuda para levantarse.

Ron dijo su nombre.

No hubo respuesta.

Pomfrey se arrodilló al otro lado, ocultándoles la cara. McGonagall hizo que los dos entraran al aula. Harry obedeció porque todavía podía ver la bolsa desde la puerta. Cuando alguien la recogió, dio un paso para seguirla y la profesora volvió a detenerlo.

—La llevan a la enfermería. No está muerta.

Harry la miró por fin.

—¿Como Colin?

—Está petrificada.

Ron se apoyó en la mesa más cercana. La palabra había tenido durante meses caras a las que podían ir a visitar. Harry había visto aquella mano sujetar un papel la noche anterior, quitarle una pluma antes de que hiciera una mancha. Conocía la manera en que Hermione esperaba a que él acabara una frase antes de explicarle por qué estaba equivocado.

Había estado hablando con ella la noche anterior.

—Íbamos a ir juntos —dijo.

McGonagall acercó una silla, pero Harry no se sentó.

Sinistra llevaba a seis alumnos desde la biblioteca cuando ocurrió.

Harry la oyó contárselo a Dumbledore desde el aula. La profesora había enviado a los de delante hacia la escalera; Hermione, al final de la fila, se detuvo al oír un ruido en un paso lateral. No se apartó para entrar. Levantó el espejo que llevaba en la mano y alcanzó a decir que esperaran.

El espejo golpeó la piedra.

Sinistra se volvió al oírlo, vio a Hermione rígida junto al arco y mandó al grupo detrás de una puerta antes de acercarse. Del paso lateral llegó un arrastre pesado, después el golpe de una tapa contra la pared. No había visto unos ojos. No intentó asomarse para encontrarlos.

—La abertura de servicio estaba abierta cuando regresé con la pantalla —añadió—. Había agua y marcas en el borde. No las habíamos encontrado en la revisión de ayer.

Dumbledore le pidió que señalara el tramo en el plano. Flitwick extendió una hoja sobre un banco. Harry se puso de puntas para ver y McGonagall lo hizo bajar sin apartarlo de la puerta.

—Ya tienen lo que necesitan para ir —dijo ella a los otros profesores.

El director se acercó a Harry.

—¿Has oído palabras esta mañana?

Harry negó. Se quedó escuchando, con tanta fuerza que el paso de alguien detrás de él le hizo volver la cabeza.

—No tienes que encontrar una voz que no está —añadió Dumbledore.

—Pero si hubiera oído antes…

El director no terminó la frase por él.

Harry miró hacia donde habían recogido la bolsa. Hermione había llevado un espejo. Había intentado hacer algo con el ruido mientras él iba bajando otra escalera.

—Vamos a comprobar esa conducción desde el acceso inferior del ala occidental —le explicó Dumbledore a McGonagall—. Filius viene conmigo. Mantenga a los alumnos en las aulas interiores y avísenos de cualquier hallazgo por el puesto de esa escalera. No hagan pasar a nadie por aquí.

Flitwick ya estaba reuniendo material con Sinistra. No llevaban a Harry con ellos ni le pedían que dirigiera la búsqueda. Había un rastro nuevo y una persona a la que atender. El director se marchó hacia el tramo inferior mientras McGonagall ordenaba cerrar dos pasos más.

Harry los vio doblar al fondo. Le molestó que sus pies siguieran queriendo moverse detrás de alguien que pudiera arreglar lo ocurrido.

La enfermería no olía diferente.

Eso fue lo primero que Harry notó al entrar: las mismas sábanas, los frascos ordenados, una taza vacía cerca de la cama de Colin. El borde de una cortina estaba recogido con los pliegues tan juntos como la víspera. Al fondo se oía el pequeño choque de vidrio contra vidrio. Ron caminaba a su lado sin hacer ruido con los zapatos. Lockhart los seguía, encargado de llevarlos de regreso con el grupo en cuanto Pomfrey terminara de hablarles.

McGonagall había autorizado una visita corta antes de volver a recibir los avisos de las aulas. Harry habría preferido que los acompañara ella; se alegró de poder ver a Hermione de cualquier manera.

Hermione estaba en una cama junto a la ventana.

Pomfrey le había acomodado el brazo sin obligar a los dedos a abrirse. El pequeño espejo, con una grieta en la cubierta, descansaba en una bandeja. Harry miró su superficie desde un costado y lo apartó de su vista enseguida.

Ron se quedó junto a los pies de la cama.

—Ella lo había leído —dijo—. Sabía lo del reflejo.

—La protegió de una mirada directa —respondió Pomfrey—. No evitó la petrificación.

Harry se acercó. Hermione tenía la cara vuelta apenas hacia un lado, con la boca entreabierta. Estaba a punto de decir algo. El pensamiento le llegó tan claro que esperó un instante, incapaz de quitárselo de encima.

—¿Cuándo...?

No pudo acabar.

—Seguimos preparando el tratamiento —dijo la enfermera—. No va a despertar porque le hablemos más fuerte. Pueden hacerlo con su voz de siempre.

Les contó que habían avisado a sus padres. Una profesora los recibiría y les explicaría lo que sabían; no tendrían que llegar buscando una noticia entre los alumnos. Harry asintió aunque Pomfrey ya estaba comprobando el lugar donde apoyaba la muñeca.

—Le diré que viniste —murmuró Ron, sin mirar a nadie.

Harry no sabía a quién se lo prometía. Se quedó a su lado.

Lockhart carraspeó cerca de la cortina.

—En situaciones como ésta, conservar la confianza es muy importante. He visto recuperaciones extraordinarias.

Ron levantó la cabeza.

—¿Puede hacer algo?

La sonrisa del profesor tardó un poco en volver.

—Por supuesto, la señora Pomfrey tiene aquí todo lo necesario. No conviene interferir en un tratamiento.

Pomfrey lo miró.

—En eso estamos de acuerdo.

Lockhart se apartó hacia la puerta. Harry habría querido que aquella respuesta le resultara graciosa.

La bolsa de Hermione quedó sobre la silla al lado de la cama.

Habían recogido el libro que llevaba abierto, el cuaderno y una hoja enrollada que no parecía de biblioteca. Ron reconoció la copia de las reparaciones del baño que ella había pedido para preparar la visita. La noche anterior todavía tenía espacios en blanco.

Junto a las reparaciones estaba el resumen que Hermione había recogido de McGonagall: Myrtle oyó una voz que no entendía antes de ver unos ojos cerca de los lavamanos. Harry lo leyó dos veces. No decía que hubiera visto una serpiente, pero la voz estaba donde él había esperado encontrarla.

En la copia de las piezas del baño había un dibujo pequeño añadido junto a una de ellas.

Harry vio la cabeza de una serpiente enroscada alrededor de una curva de metal. Una flecha indicaba la parte que no cabía en la reproducción. Hermione había completado el contorno con lápiz, comparando dos vistas de la misma pieza.

Debajo había una pregunta: ¿Marca del fabricante o señal para quien sabe reconocerla?

—Estaba mirando esto —dijo Ron.

Harry volvió la hoja. Su amiga había anotado el año de una reparación que no incluía aquel grifo, mucho más antiguo que los otros. Era un trabajo a medio acabar. No decía que hubiera encontrado una puerta ni adónde llevaba algo que pudiera abrirse.

—Tenemos que enseñárselo a McGonagall.

Ron asintió y buscó a Pomfrey con la mirada. Ella le permitió conservar la copia para entregarla; el libro y el espejo se quedarían junto a la cama. Harry dobló la hoja por las marcas que Hermione ya había hecho; el papel cedía allí con facilidad. No quiso añadirle otra.

Antes de salir, Ron regresó un paso.

—No hemos ido a ninguna parte —le dijo a su amiga—. Esta vez no.

Harry lo esperó en la puerta.

Encontraron a McGonagall frente a un aula del corredor interior. Había terminado de contar al grupo que acababa de llegar y estaba preguntándole a Snape por una alumna de Slytherin.

Harry no oyó el nombre al principio. Vio la carta que el profesor llevaba abierta y después a Pansy, más lejos, con una carpeta apretada contra el pecho.

—No estaba en la primera clase —decía Snape—. Hemos comprobado el dormitorio y los lugares donde debía encontrarse.

Ron se detuvo junto a Harry.

McGonagall los vio acercarse y le pidió a Lockhart que esperara con ellos. No les dijo que algo no tenía importancia para que dejaran de mirar.

—¿A quién buscan? —preguntó Harry.

Snape bajó la carta.

—A la señorita Malfoy.

Harry miró la hoja que él llevaba doblada. Hacía unas horas habían tenido una visita acordada, preguntas escritas y una amiga que podía corregir el dibujo. Ahora había una cama inmóvil y alguien que no había llegado a la suya.

McGonagall abrió la puerta del aula.

—Entren. Necesito escuchar lo que han encontrado.



CAPÍTULO 24

El nombre que iba a escribir



Dracenia

Dracenia había despertado aquella misma mañana antes de que llamaran para el desayuno.

Durante un momento creyó que seguía esperando a que el prefecto tomara la carta. Después reconoció el techo del dormitorio, la ropa doblada sobre la silla y la respiración de las otras niñas. Una de ellas se volvió bajo las mantas y el colchón respondió con un crujido; cerca de la silla asomaba la punta de un zapato que nadie había enderezado. Todo seguía dispuesto para levantarse a la hora de siempre. No había una respuesta junto a su cama. Su madre todavía tenía que recibir el sobre, leerlo y decidir qué preguntar.

Se quedó mirando la ventana. Una parte del vidrio empezaba a aclararse y oyó lluvia contra la piedra de afuera. Le molestó haber dormido tan poco después de escribir que no volvía a quedarse despierta hasta tarde.

No había vuelto al diario. Eso era verdad.

Se levantó sin encender la lámpara grande. Sobre el escritorio estaban el cuaderno verde y la hoja que debía entregar a Snape. El reconocimiento que Potter le había mostrado no explicaba de dónde había sacado la noticia antes de buscarlo. La frase que dejó debajo seguía diciendo que faltaba otra consulta.

Dracenia se sentó. Tuvo ganas de tacharla y copiar el nombre del volumen de premios como si hubiese empezado por allí. No sabía el título completo. Tendría que preguntárselo a Granger, que iba a recordárselo precisamente cuando menos quisiera oírlo.

Tom Riddle sí era un nombre que podía escribir sin pedirlo otra vez.

Lo puso en el renglón siguiente.

La tinta quedó sobre el papel, más brillante en el trazo donde acababa de levantar la pluma. No se retiró ni le devolvió una pregunta. Dracenia esperó un instante, molesta consigo misma por haberse detenido a comprobarlo en una hoja corriente.

Podía decir que la memoria de un antiguo alumno le había dado la fecha y que ella había hablado antes de consultar los registros. Aquello iba a hacer que Snape pidiera ver el diario. Ya lo había pedido indirectamente al exigir una referencia que pudiera examinar, aunque ella llevara toda la noche pensando en otra manera de llamar a la fuente.

Miró el cajón.

No quería que el libro desapareciera en un despacho. Le había servido para cosas que sí sabía explicar y el nombre de su padre iba a aparecer cuando le preguntaran cómo lo consiguió. Pero Pansy no tenía por qué volver a entrar en el aula para desmentir otra frase.

Dracenia escribió debajo del nombre: memoria consultada en un diario.

Se quedó con la pluma sobre la última palabra. Le habría gustado que su padre estuviera allí para decirle que no tenía que dar más explicaciones a nadie. También quería que le dijera por qué una tarde suya parecía empezar y terminar sin un trayecto entre las dos partes.

No podía seguir buscando ambas respuestas en una frase que solo mencionara la fecha de una expulsión.

Pansy se levantó cuando Dracenia ya se había vestido. Buscó el suéter que había dejado junto a la cama y lo sostuvo unos segundos antes de decidir que todavía estaba húmedo.

—No lo acerques al fuego —dijo Dracenia.

Su amiga la miró.

—Ya vi lo que hicieron con los guantes.

Lo dejó sobre el respaldo y sacó otro. Dracenia dejó abierta la bolsa. El cuaderno y la hoja de fuentes seguían sobre la mesa; el diario, dentro del cajón.

Pansy fue a lavarse con las otras niñas y volvió por el libro que había olvidado. Al pasar junto al escritorio vio el nombre escrito.

—¿Es el del premio?

—Sí.

—¿Vas a llevarle eso a Snape?

Dracenia cubrió la hoja con el cuaderno, aunque su amiga ya la había visto.

—Le voy a decir de dónde saqué la fecha.

Pansy no preguntó si pensaba usar otra vez su nombre. Dejó sitio para que Dracenia pudiera guardar los papeles y se abrochó la capa.

—Voy con las de abajo. No quiero llegar cuando ya estén recogiendo.

—Yo bajaré con el siguiente grupo.

Su amiga miró hacia la puerta, donde Millicent la estaba llamando. Antes de salir le pidió que dejara la ventana cerrada; la

lluvia había mojado una esquina de su libro el día anterior. Dracenia dijo que sí y fue a comprobar el pestillo cuando las demás bajaron.

El dormitorio quedó en silencio.

Podía ir a la sala común sin abrir el cajón. Tenía la hoja, la bolsa y lo necesario para contestar. Lo que no tenía era una manera de avisarle a Tom de que alguien iba a leer su nombre sin sentir que estaba denunciando a quien la había ayudado.

Se enfadó con la idea antes de poder apartarla. No era una denuncia. Había sido él quien le dijo que podía comprobar el reconocimiento fuera del diario.

Sacó el libro y lo puso sobre la mesa. Dejó la bolsa abierta junto a la silla.

La primera página no conservaba nada de la noche anterior.

Dracenia había aprendido a esperar la pregunta de Tom sin acercarse demasiado al papel. Esa mañana escribió antes de decidir cómo quería que sonara.

> Voy a darle tu nombre a Snape. No voy a decir otra vez que lo leí en unas notas de Pansy.

La respuesta tardó.

> *¿Qué vas a decirle de mí?*
>
> Que fuiste alumno. Que este diario conserva tu memoria y que me dijiste por qué expulsaron a Hagrid.

La última línea de ella permaneció más tiempo que las otras. Dracenia miró la hoja de fuentes, donde el nombre seguía fijo bajo la referencia incompleta.

Tom escribió:

¿Vas a enseñarle el libro?

Si me lo pide, sí. No puedo llevarle una página que no se queda.

No había querido formularlo con tanta claridad antes. Después de escribirlo, la alternativa de fingir que solo tenía una fecha parecía aún más pequeña.

¿Quién dirige el colegio ahora?

Dracenia frunció la boca.

Dumbledore. ¿Qué tiene que ver?

Albus Dumbledore.

Sí.

La letra dejó de aparecer. Dracenia esperó con la pluma entre los dedos. No le había dicho a Tom qué agregó en la carta a su madre. Había esperado que le diera una referencia, no otro motivo para demorarse.

Al fin llegó otra frase.

Fue profesor cuando yo estudiaba allí. Si va a examinar mi nombre, querrá saber qué has contado antes de mostrárselo.

Dracenia apoyó el extremo de la pluma en el margen.

Lo de Hagrid. Ya te lo dije.

Dijiste más de lo que habías comprobado.

Lo voy a aclarar.

¿Y después?

Ella no contestó de inmediato. Había pensado en la cara de Snape y en la de su padre. No había decidido qué iba a hacer si le retiraban el diario para estudiarlo. No le gustaba imaginar al profesor pasando por todas las preguntas que había preferido hacer allí, aunque ya no quedaran escritas.

Después haré el trabajo que me pongan. Como siempre.

Tom dejó la respuesta de ella visible.

¿Por qué dijiste que lo habías leído en las notas de Pansy?

Dracenia sintió que se le calentaban las orejas.

Porque no quería enseñárselo. Mi padre ya había probado este.

Entonces también preguntará por qué mentiste. Que tu padre lo hubiera probado no va a explicar lo que tú elegiste callar después.

Dracenia soltó una vez el aire por la nariz.

No necesito que me repitas lo que va a decir Snape.

Estás preparando lo que vas a contarle. Conviene que recuerdes toda tu parte.

Miró hacia la ventana. Le había dicho a Pansy que iba a bajar con el siguiente grupo. No iba a quedarse hasta que Tom encontrara una pregunta que la hiciera parecer todavía peor.

No voy a negar lo que dije. Pero tú tampoco me contaste que era una araña.

La frase se hundió en el papel.

Esta vez la respuesta apareció casi enseguida.

Querías tener algo que decirles. Lo tuviste.

Dracenia volvió a leer la frase. Había querido hacer callar a los mayores. Había querido que alguien más tuviera que dar explicaciones y que Potter dejara de mirar a Hagrid como si no hubiera una pregunta incómoda que hacerle. No necesitaba que Tom le inventara eso.

Pero él había decidido qué parte mostrar.

Quería saber qué pasó. Me enseñaste a Dippet dando por terminado el asunto.

Eso ocurrió.

No vi lo que le contaste antes.

La tinta se retiró sin prisa. Dracenia miró la bolsa abierta. El siguiente grupo bajaría pronto y ella todavía tenía que guardar la pluma. Había una manera muy sencilla de terminar aquella conversación: cerrar el libro y llevarlo con lo demás.

Tom escribió:

Podemos revisar lo que falta. No tienes que ir a defender una historia a medias.

Dracenia negó con la cabeza, aunque él no pudiera verla.

Ya la conté a medias. La voy a corregir.

Al apartar la pluma rozó el borde del cuaderno. El papel se movió y quedó visible el nombre de Riddle, escrito por ella. No era todavía una respuesta que le gustara entregar. Era la primera que no necesitaba que Pansy mintiera para sostenerla.

La nueva frase de Tom apareció cerca del margen.

Y si te preguntan qué esperabas que les pasara a quienes te estorbaban, ¿vas a responder también?

Dracenia se quedó mirando la página.

No he pedido que le pase nada a nadie.

No necesitas pedirlo con esas palabras para desear que alguien deje de ocupar tu lugar.

Apretó la pluma. Le había hablado de Granger, de lo fácil que le resultaba conseguir que la escucharan y de Potter interrumpiéndola. No había escrito que quisiera encontrar a una persona inmóvil en un corredor.

Quería hacer mejor el trabajo que Granger. Eso no es lo mismo.

Entonces quédate hasta poder explicar la diferencia.

Dracenia sintió el primer impulso de contestar con todo lo que estaba pensando. Tenía ejemplos, frases que él había dejado fuera y la voz de Pansy diciéndole que no usara su nombre. Podía pasarse otra mañana entera intentando que Tom aceptara una explicación.

No tenía que hacerlo.

Dejó la pluma en la mesa y apoyó la mano en la cubierta.

Algo cambió antes de que pudiera levantarla.

Al principio creyó que se había mareado por ponerse de pie demasiado rápido. La silla seguía debajo de ella. No se había levantado aún. El borde del escritorio parecía estar más lejos, aunque tenía los dedos sobre la misma esquina.

Dracenia intentó retirar la mano.

Los dedos se cerraron sobre la cubierta.

Miró hacia la puerta. Nadie había vuelto. La hoja de fuentes seguía a un lado, con el nombre que tenía que llevarle al profesor. Trató de alcanzarla con la otra mano y notó que el brazo no seguía el movimiento que había querido hacer.

—No —dijo.

La palabra salió en voz alta, demasiado pequeña para llegar al pasillo.

Intentó repetirla. Tenía que levantarse, salir a la escalera y llamar a alguien. La tarea, el reconocimiento y la cara que pondría Snape podían esperar.

Su mano cerró el diario.

Dracenia sintió que la silla se apartaba. No era así como había decidido levantarse. Buscó el borde del cuaderno y alcanzó a ver que la hoja de fuentes quedaba debajo, fuera de la bolsa.

Quiso agarrarla. La vista dejó de enfocar el renglón.

Lo último que pudo reconocer fue su propia letra, todavía sobre un papel que no desaparecía.

CAPÍTULO 25

Lo que había quedado sobre la mesa

Harry

McGonagall dejó la copia de Hermione junto a la carta abierta de Narcissa.

Harry miró los dos papeles. Uno llevaba el dibujo de un grifo. El otro había hecho que Snape empezara a buscar a Dracenia antes de saber que tampoco estaba en clase. Parecían cosas de mañanas distintas.

—Su familia ha pedido que retiremos un diario —explicó McGonagall—. La señorita Malfoy les ha contado una pérdida de memoria relacionada con su uso. Su padre se lo dio para estudiar. Dicen que responde por escrito.

Harry miró la carta. No había pensado que algo así pudiera estar dentro del baúl de Malfoy mientras todos buscaban una criatura por el castillo.

—Han venido en cuanto recibieron el sobre —continuó la profesora—. Snape estaba reuniendo esta información cuando supimos que no había llegado a clase. No vamos a esperar a que se presente a la siguiente.

Harry buscó la cara de Pansy. La muchacha seguía junto a la puerta, con una profesora que llevaba el cuaderno verde y dos hojas sueltas. Snape las hizo pasar.

La profesora puso los papeles sobre el escritorio.

—Estaban debajo del cuaderno. La bolsa seguía abierta junto a la silla. El cajón estaba vacío.

Harry distinguió el nombre antes que el resto.

Tom Riddle.

Debajo, con la misma letra: memoria consultada en un diario.

Ron se acercó a él. Habían copiado aquel nombre de un registro de premios, buscando una manera de hablar de Hagrid sin que los demás completaran la historia por su cuenta. No habían imaginado a Malfoy sentada frente a alguien que pudiera contestarle.

—Eso lo escribió esta mañana —dijo Pansy—. Lo vi antes de bajar.

Snape le pidió que contara qué le había dicho.

—Que iba a explicarle de dónde había sacado la fecha. Le pregunté si era el del reconocimiento. Dijo que sí.

—¿Le mostró el diario?

—No. No sabía que pudiera…

Pansy miró las dos líneas y volvió a empezar.

—Ella no me contó que contestaba preguntas.

—Lo de Halloween tampoco lo recordaba —dijo Pansy—. Pensé que había sido por el susto.

Harry recordó a Dracenia negándose a darles la otra referencia. Había querido arrancarle una respuesta. Ahora la tenía delante y la silla de Malfoy estaba vacía.

McGonagall juntó la carta y una copia de las notas.

—Lleve esto al puesto de la escalera occidental —le indicó a la profesora—. Que lo entreguen al director. Que vuelva en cuanto reciba el aviso; el profesor Snape está buscando a la alumna y el diario, no sólo una fuente de biblioteca.

La mujer salió inmediatamente. Harry la vio tomar el corredor que llevaba al tramo donde habían entrado Dumbledore y Flitwick. No era el camino del baño.

Snape guardó la hoja original.

—Voy a hablar con sus padres. Después comprobaré con los prefectos el trayecto desde Slytherin.

Pansy se adelantó un poco.

—Yo la dejé preparándose. Dijo que bajaría con el siguiente grupo.

—Cuente eso también cuando le pregunten. No lo que supone que ocurrió después.

Él salió con la profesora que lo esperaba afuera. McGonagall se quedó para recibir a otro grupo antes de enviarlo al salón interior.

Ron acercó a Pansy un vaso de la bandeja del aula. Ella lo miró como si no supiera qué responderle.

—Es agua —dijo él.

Pansy lo tomó. El vidrio transparente dejaba ver sus dedos apretados al otro lado. No bebió todavía.

Dobby llegó mientras McGonagall indicaba por dónde debían circular los alumnos.

El chasquido hizo que Harry se volviera de golpe. El elfo llevaba un papel doblado y tenía la funda torcida sobre un hombro. Miró el cuaderno verde antes de acercarse a la profesora.

—La señora Malfoy pidió que entregara esto y que les contara lo que recordara del libro. Está con el señor Malfoy y el profesor Snape.

McGonagall leyó la nota. Dobby reconoció la cubierta que ahora describía la familia y una señal en una esquina. La había visto en casa de los Malfoy.

Harry se quedó mirando al elfo.

—¿Era esto lo que te daba miedo?

Dobby asintió, con los ojos fijos en el papel.

—Dobby quería que no llegara a hacer daño. No sabía lo que podía hacer.

No había abierto el libro ni sabía dónde lo había llevado Dracenia.

—¿Has estado debajo de ese baño? —le preguntó Harry.

El elfo negó.

—Dobby no conoce el lugar, señor. No sabe dónde encontrarla.

Harry sintió vergüenza por el alivio que se le había adelantado al verlo. Dobby sabía entrar en su cuarto; eso no significaba que pudiera llevarlo a cualquier sitio que necesitara.

—Si recuerdas otra cosa del libro, díselo a la profesora. No intentes llevártela tú.

Dobby apretó la funda.

—No lo hará.

McGonagall le pidió que se quedara localizable con la familia. Había que comparar lo que sabían del objeto, y sus amos acababan de confirmar que ella lo tenía. El elfo asintió y desapareció. Pansy no dio un salto esta vez; miró el espacio vacío y dejó por fin el vaso sobre la mesa.

Harry tomó la copia de Hermione.

—La serpiente está en un grifo —dijo—. Ella lo encontró en las reparaciones. Lo completó con el otro dibujo.

McGonagall examinó el contorno.

—La marca no nos había permitido mover la pieza. Harry, no te estoy pidiendo que vayas a probarlo. Primero tienen que encontrar a la señorita Malfoy y volver los profesores que están en la conducción.

Él iba a responder que no había dicho que pudiera abrir nada. Al mirar a Ron descubrió que su amigo había seguido el cuerpo dibujado alrededor de la curva, hasta la cabeza.

—Pero Myrtle oyó una lengua que no entendía —insistió Harry—. No una llave.

McGonagall lo dejó terminar. Añadió esa observación al aviso y se la entregó al prefecto que esperaba para llevar las últimas novedades al puesto. No guardó la hoja en una carpeta para el día siguiente.

Después miró a Lockhart.

—Acompáñelos al salón interior. No quiero alumnos buscando a sus compañeros por las escaleras. La señorita Parkinson irá con su casa.

Lockhart se alisó un puño.

—Por supuesto. Pueden contar conmigo.

Harry recogió su dibujo de las víctimas. Había dos sitios donde quería estar: junto a Hermione y donde pudieran encontrar a Malfoy. No parecía que ninguno quedara en el salón al que iban a llevarlo.

Lockhart se detuvo junto a su despacho.

—Un momento. Necesitaré unas cosas si vamos a ocuparnos de esto.

Harry miró el corredor que debían seguir.

—McGonagall dijo que…

—Lo he oído, Harry. No te preocupes, conozco el camino.

Abrió la puerta y entró sin esperar respuesta. Ron se quedó en el umbral. Harry lo vio mirar hacia adentro y luego apartarse para dejarle sitio.

Había una maleta sobre dos sillas. Otra, cerrada, esperaba junto a la chimenea. Una manga sobresalía de la maleta abierta, aplastada entre la tapa y el borde; Harry alcanzó a ver cuellos y puños amontonados, prendas dobladas a medias que en clase nunca aparecían así. Unas fotografías de Lockhart se movían dentro de una caja, molestas porque nadie las había colocado de frente. En una de ellas apenas cabía ya la cara detrás de otra fotografía, y las manos del retrato se agitaban contra el borde. El profesor intentó cerrar una hebilla antes de que pudieran preguntar; al apretar la tapa, arrugó todavía más la tela que había quedado fuera.

—¿Se va? —dijo Ron.

—Tengo compromisos que atender. Mi trabajo no se limita al colegio.

Harry miró la pluma preparada sobre el escritorio. Junto a ella había una hoja que empezaba con el nombre del profesor y una explicación de su decisiva intervención durante la crisis de Hogwarts. No describía cómo rescatar a Dracenia. Reservaba un sitio para el desenlace, más abajo.

—Todavía no ha pasado —dijo Harry.

Lockhart se volvió.

—¿Qué cosa?

Harry señaló la hoja.

—Aquí ya se está poniendo lo que hizo.

El profesor la recogió demasiado deprisa para fingir que iba a enseñársela. Ron seguía junto a la puerta.

—Puede volver a guardar las túnicas después. Hay una niña que no encuentran.

Lockhart dejó de sonreír.

El cambio fue tan brusco que Harry recordó la manera en que Snape le había quitado la varita durante la demostración. Había esperado el chiste con que iba a arreglarlo; ahora también lo esperó.

—No voy a bajar detrás de una criatura que puede matarme por mirarla —dijo el profesor.

—Usted escribe que hace cosas peores —respondió Ron.

Lockhart miró la maleta y después a los dos.

—Escribo para que la gente quiera leer. Alguien tiene que contar esas historias como es debido.

—¿Alguien se las cuenta antes? —preguntó Harry.

El profesor hizo un movimiento impaciente con el papel.

—Un buen relato necesita más de una experiencia. No van a entenderlo en un corredor.

Harry recordó las páginas pegadas en la librería, la silla arrastrándose tras él y a Hermione buscando el movimiento que faltaba en un libro. Ella había querido aprender aquello de verdad.

—Entonces dígaselo a McGonagall. Nosotros vamos con usted.

Lockhart puso la hoja junto a la maleta.

—Me parece que lo más sensato sería que olvidaran esta conversación.

Ron sacó la varita cuando el profesor fue por la suya.

—¡Expelliarmus!

La varita de Lockhart golpeó el borde del escritorio y cayó dentro de la maleta abierta. Harry la recogió antes de que él pudiera acercarse. La guardó en el bolsillo interior, separada de la propia.

Tenía el corazón latiéndole en la garganta.

Lockhart levantó las manos.

—No había necesidad de hacer eso.

—Estaba sacándola —dijo Ron.

No parecía contento de haber vuelto a acertar. Se quedó donde podía ver al profesor y la puerta al mismo tiempo.

Harry tomó la hoja del escritorio. La dobló sin leerla otra vez.

—Va a venir a explicarlo. No vamos a quedarnos aquí mientras los demás creen que nos está acompañando.

Lockhart miró hacia el corredor, buscando quizá a un alumno que lo viera a él en vez de mirar la varita de Ron.

—Si me permiten hablar…

Harry abrió la puerta del todo.

—Puede hablar mientras caminamos.

Salieron los tres. Harry guardó el papel junto al dibujo de Hermione y se colocó al otro lado del profesor. No había encontrado a una persona capaz de resolver lo que estaba pasando. Había encontrado otra mentira, y esta vez tenían que impedir que se llevara las respuestas en una maleta.

CAPÍTULO 26

Fuera de la página

Dracenia

Dracenia abrió los ojos porque tenía frío en la mejilla.

No había una almohada debajo. La piedra olía a humedad y le devolvía el aire tibio cada vez que respiraba. Intentó acomodarse, todavía esperando encontrar la cama, hasta que el tirón en un hombro la obligó a quedarse quieta.

Estaba sentada en el suelo. Una banca de piedra le sostenía la espalda y tenía las rodillas dobladas hacia un lado. La tela del uniforme se le había amontonado bajo la cadera; el brazo apoyado más arriba le tensaba la manga a lo largo del hombro. El diario abierto descansaba sobre el asiento, junto a su brazo. Dos dedos de su mano derecha seguían apoyados en la cubierta.

Los retiró. O creyó hacerlo. Sintió el esfuerzo en la muñeca, pero vio los dedos quedarse donde estaban.

El dormitorio no apareció al levantar la cabeza.

Más allá de la banca había una extensión de losas húmedas, columnas y agua inmóvil a los lados. Una luz verdosa permitía distinguir los bordes, sin llegar a ningún techo que Dracenia pudiera ver. A su izquierda, al fondo de un paso estrecho entre dos paredes, estaba el único sitio que se parecía a una salida.

Quiso llamar a Pansy. La primera tentativa fue apenas aire.

—Necesitas quedarte quieta.

La voz no había salido del libro.

Un muchacho estaba al otro lado de la banca. Tenía el uniforme que Dracenia había visto en el despacho de Dippet y una mano apoyada cerca del diario. Lo reconoció antes de entender qué tenía de extraño. Sus zapatos parecían verse peor que las losas sobre las que estaban.

Tom miraba su mano.

—¿Dónde estoy? —preguntó ella.

Le salió una voz ronca. Se aclaró la garganta y se arrepintió: el sonido recorrió el espacio vacío como si hubiera hablado demasiado fuerte.

Tom alzó los ojos.

—Debajo del colegio.

Dracenia volvió a mirar el paso de la izquierda. Le costaba fijarse en los detalles; una columna parecía acercarse cuando intentaba distinguir la siguiente.

—Llévame arriba.

—Todavía no.

Estuvo a punto de repetirlo con el tono que usaba cuando Dobby tardaba en dejar algo donde se lo pedía. Después miró los dedos inmóviles sobre la cubierta y la frase se le quedó en la boca.

La última mañana que recordaba tenía una ventana, lluvia y una hoja que no había logrado recoger.

Dracenia buscó su bolsa con la mirada. No estaba debajo de la banca ni junto a sus pies. Tampoco el cuaderno verde. Llevaba el

uniforme de aquella mañana, sin capa; el puño derecho estaba mojado y había una mancha oscura en el borde de la falda.

No sabía cómo había llegado allí.

Durante un instante esperó que el muchacho y las columnas desaparecieran como el despacho de Dippet. Le habría bastado encontrarse sentada frente al cajón, incluso con Pansy diciéndole que habían recogido ya el desayuno.

El hombro volvió a dolerle cuando intentó levantarse. La banca era demasiado alta para impulsarse sin apoyar las manos, y una no se apartaba del libro.

Tom la observaba.

—Esto no es el recuerdo —dijo ella.

—No.

La respuesta fue tan sencilla que Dracenia sintió más miedo que antes.

—Yo no he venido.

—Has llegado hasta aquí.

—No dije eso.

Se aferró con la mano izquierda al borde del asiento. Notó la aspereza de la piedra bajo los dedos al hacer fuerza. Consiguió incorporarse un poco; el diario se movió sobre la piedra y Tom se inclinó hacia él.

El tirón en la muñeca derecha la dejó sin fuerza.

—Suéltame.

Tom no la estaba tocando.

Dracenia miró la distancia entre los dos. Era poca, pero suficiente para ver el espacio vacío. Le habría gustado que hubiera una cuerda, una mano apretándole el brazo, algo que pudiera golpear sin preguntarse por qué su propio cuerpo no la obedecía.

—Ibas a llevarme a Snape —dijo él.

Ella recordó haberlo escrito. No recordó haber retirado esa decisión.

—Sí.

—Con Dumbledore a unos pasos.

Dracenia no sabía dónde estaba el director. Tom había preguntado su nombre antes de que ella intentara cerrar el diario.

—No tenía que preguntarte.

—No. Pero me lo dijiste.

El muchacho se volvió hacia el pasillo estrecho. Dracenia quiso ver qué miraba. Solo distinguió la esquina de una pared y un borde de agua que reflejaba la luz de arriba.

Entonces oyó un roce largo detrás de las columnas.

Tom levantó la mano. Su voz cambió al pronunciar algo que ella no entendió: un siseo bajo, continuo, que hizo que la respiración le pareciera demasiado ruidosa dentro del pecho.

El roce se alejó.

Dracenia dejó de intentar incorporarse. Lo que había detrás de las columnas era mucho mayor que los animales que Hagrid llevaba en cajas.

Tom volvió a mirarla.

—Ya puedes dejar de buscar quién lo hacía.

Se le ocurrió su padre antes que cualquier profesor.

Lucius estaría recibiendo la carta o tendría la hoja delante, con la pregunta que ella había tardado tanto en escribir. Iba a leer lo de Pansy viéndola volver. Iba a saber que aquello no era simplemente una tarea mal terminada.

Dracenia se concentró en esa imagen. Su padre le había llevado siete escobas a un campo de Quidditch porque ella quería jugar. No iba a dejarla debajo del colegio cuando supiera dónde estaba.

—Mi padre vendrá a buscarme.

Tom la miró como si estuviera decidiendo si aquella frase merecía respuesta.

—El que te dio el diario.

—Sí.

No iba a explicarle lo que Lucius podía hacer. Quería que pareciera una advertencia, no una petición.

—Pensaba que iba a ayudarte —dijo Tom.

Dracenia apretó la mano izquierda.

—Tú también lo dijiste.

El muchacho bajó la vista al libro.

—Aprendiste cosas.

Ella recordó el ejercicio de los frascos, las fechas, la pregunta de Flitwick. Nada de eso dejaba de haber ocurrido. La rabia le llegó antes que una respuesta útil: había trabajado de verdad, había comparado los dibujos, había conseguido explicar una corrección. Odiaba que él pudiera nombrarlo ahora como si le hubiera comprado con eso la mano que seguía atrapada.

—Podías haber contestado sin hacerme esto.

—Y tú podías haber vuelto antes.

Dracenia levantó los ojos.

—El libro se quedó guardado en Navidad.

—Durante días.

Tom lo dijo sin perder la calma. Ella vio por primera vez algo que no había podido ver en la página: el fastidio de quien había

tenido que esperar. No había una presencia siguiéndola por los salones de su casa. Estaba dentro de un cajón mientras ella encontraba la estrella y salía con Pansy.

Dracenia miró el diario. Tenía la misma cubierta gastada de siempre. Cabía entre dos manuales.

El muchacho dejó de parecerle tan fácil de entender.

La mano izquierda sí se movía.

Dracenia la deslizó por su falda hasta el bolsillo donde guardaba la varita. No llegó a tocar madera. La tela estaba vacía.

Tom siguió el movimiento.

Sobre el extremo de la banca, al otro lado del diario, había una varita y la pluma que ella había usado en el dormitorio. Reconoció la suya por la forma del mango. Había estado viendo ambas sin poder reunirlas en una idea que sirviera.

No intentó alcanzarlas todavía.

—Dijiste que Hagrid…

Se detuvo para tomar aire. El nombre había salido porque necesitaba que él la mirara a la cara, lejos de la mano que podía mover.

Tom levantó el mentón.

—¿Ahora quieres hablar de Hagrid?

—Me dejaste contarlo como si la araña hubiera matado a la alumna.

—Yo te enseñé lo que ocurrió con Dippet.

—Lo que te convenía.

Él sonrió apenas. No fue la sonrisa de alguien que aceptara una corrección.

—A ti también te convenía. ¿O ibas a ir a tu sala común a explicar las dudas?

Dracenia sintió calor en la cara pese al frío del suelo. Pansy había estado junto al paso. Le había dicho que los otros pensarían que hablaba de los ataques. Ella había visto cómo la noticia cambiaba de boca y no la detuvo.

No necesitaba que Tom se lo recordara. Quería que dejara de utilizar algo que sí había hecho para borrar todo lo que no había elegido.

—Eso lo voy a responder yo —dijo—. Tú no puedes…

La voz se le debilitó y tuvo que parar. Tom miró el libro, y el borde de sus zapatos se volvió un poco más nítido.

Dracenia sintió que el esfuerzo de sostener la cabeza era mayor que antes.

Había algo que él estaba ganando mientras ella dejaba de poder moverse.

La idea le produjo un miedo limpio, sin lugar para discutir palabras. Volvió a tirar de la mano derecha. La uña de un dedo raspó la cubierta, pero no consiguió levantarlo.

—No quiero seguir aquí.

Tom apoyó la palma en el asiento.

—Lo sé.

El agua se movió junto a la hilera de columnas.

Dracenia no miró de frente. Había visto antes lo suficiente: algo oscuro que no cabía entre dos piedras sin rozarlas, una curva prolongándose mucho más allá de lo que esperaba. Se quedó mirando sus rodillas hasta que Tom volvió a sisear.

Una parte del cuerpo de la criatura pasó al otro lado de la banca. Él seguía el movimiento con una atención que Dracenia reconoció del campo: alguien que calcula qué hará otro antes de decidir por dónde moverse.

Su mano derecha aflojó un poco.

No recuperó el brazo de golpe. Consiguió doblar un dedo, después otro. La fuerza volvía a trozos y no sabía cuánto iba a durarle.

La varita estaba demasiado lejos. Para llegar a ella tendría que estirarse por encima del diario, y Tom la vería antes de que alcanzara el mango.

El libro estaba más cerca.

Dracenia dejó de tirar hacia arriba. Empujó la cubierta hacia el borde del asiento, junto a su hombro. Si lograba hacerlo caer, podría apartar la mano. No sabía qué pasaría después. Le bastaba con que dejara de tenerla apoyada donde él quería.

El diario avanzó unos centímetros. Una esquina quedó fuera de la piedra.

Tom se volvió.

Dracenia empujó con el brazo entero. Durante un instante vio el libro inclinarse, las páginas separándose como las de cualquier manual a punto de caer.

Él lo sujetó por el otro borde.

La mano de Tom no atravesó la cubierta. La sostuvo.

Dracenia alcanzó a ver eso antes de que el brazo derecho se le endureciera. Sus dedos se cerraron sobre el lado que todavía estaba a su alcance. Tom dejó el libro de nuevo sobre la banca; esta vez lo puso más cerca del centro, con el antebrazo de ella apoyado en la piedra.

La pluma rodó hasta el suelo. Dracenia oyó el pequeño golpe y tuvo ganas de gritar, más por aquel ruido corriente que por la criatura. La pluma no había tenido que pedir permiso para caer.

—No —consiguió decir.

Tom se quedó mirándola. Ya no intentaba parecer un muchacho que esperaba otra pregunta.

—Vas a conservar la mano ahí.

Dracenia quiso escupirle una respuesta. No le salió ninguna. El frío subía por la espalda y el diario estaba demasiado lejos de la mano que aún podía mover.

Se agarró de la banca con la izquierda. La piedra tenía un borde roto. Se concentró en él, en la aspereza que podía sentir de verdad, mientras el muchacho cogía su varita.

Había intentado apartar el libro. Él había tenido que detenerla.

No sabía si aquello le serviría de algo. Lo sostuvo en la cabeza porque era distinto de quedarse esperando a que la página decidiera cuándo podía terminar.

Tom escuchó algo que ella no había oído.

No fue una voz dentro de su cabeza. Lo vio volverse hacia el paso estrecho y quedarse quieto. Después llegó un sonido lejano de piedra contra piedra, muy distinto del roce que hacía la criatura.

Dracenia intentó levantar el rostro.

—¿Hay alguien?

El muchacho no contestó. Miró la varita que acababa de recoger y luego el diario. No parecía satisfecho con ninguna de las dos cosas.

Volvió a hablar en aquel siseo. El cuerpo oscuro cambió de dirección detrás de las columnas.

Dracenia quiso llamar más fuerte. El aire no le alcanzó para hacer llegar el nombre de su padre al pasillo. Sintió que la cabeza se le apoyaba de nuevo contra la banca.

Tom tenía que quedarse cerca del libro. Lo vio dar un paso hacia el sonido y detenerse para volver a mirarlo. La sombra que proyectaba en la piedra no terminaba de hacerse oscura.

Dracenia pensó en la hoja de fuentes. Había quedado en la mesa, debajo del cuaderno. Pansy había visto el nombre. Snape iba a pedirlo aunque ella no se presentara.

Por primera vez desde que abrió los ojos, no deseó haber escrito otra cosa.

El ruido se repitió, más cerca.

Intentó conservarlo mientras las columnas dejaban de distinguirse unas de otras. No sabía quién estaba al otro lado. Quiso que no se fuera sin haberla oído.

—Aquí —dijo.

La palabra apenas salió de su boca. Dracenia sintió la piedra bajo la mano izquierda y siguió apretándola, aunque ya no pudo ver si los dedos se movían.

CAPÍTULO 27

El camino de regreso

Harry

Lockhart caminaba con las manos separadas del cuerpo, como si temiera que la túnica pudiera delatar otro movimiento. Ron iba detrás de él. Harry llevaba su propia varita en la mano y notaba la del profesor contra el pecho cada vez que respiraba.

No habían llegado a la escalera cuando oyó la voz.

Se detuvo. Las palabras parecían salir de la pared, arrastradas con el ruido del agua.

—¿Qué pasa? —preguntó Ron.

Harry alzó una mano. La voz volvió, más baja. No distinguió una frase entera; sí entendió matar y una orden de quedarse abajo. El roce que la acompañaba le hizo pensar en el ruido que había oído antes del primer ataque.

Al otro lado del corredor estaba la puerta del baño de Myrtle.

—Está aquí —dijo.

Ron siguió su mirada.

—¿La serpiente?

Harry asintió. Lockhart retrocedió un paso.

—Entonces nos alejamos. Eso es precisamente lo que les diría cualquier persona con experiencia.

Harry miró hacia la escalera. Podían volver con McGonagall. Debían volver con ella. Pero Malfoy no estaba en su clase ni en el dormitorio, y el único objeto que podía explicar lo ocurrido había desaparecido con ella. Hermione había dejado un dibujo de aquella puerta sin saber qué había detrás.

—Vamos a avisar —dijo Ron—. No podemos bajar sin que sepan dónde estamos.

Harry empujó la puerta del baño.

Myrtle asomó por encima de un cubículo.

—Pensé que ya no venían.

La queja habría sido corriente cualquier otra mañana. Harry sintió un nudo en la garganta al recordar quién había pedido acompañarlos.

—Han atacado a Hermione.

Myrtle bajó hasta quedar frente a él. No hizo una broma.

—¿Está muerta?

—Petrificada —dijo Ron, demasiado rápido.

Harry puso el dibujo sobre un lavamanos seco. El biombo y el rollo de cuerda seguían junto a la puerta, donde los habían dejado para la revisión de aquella mañana.

—Necesitamos que busques a McGonagall —le dijo a Myrtle—. Está en el aula donde reunieron a los alumnos. Que venga al baño. Hemos oído la serpiente.

Myrtle miró la hoja.

—Ése es el que no da agua.

Señaló un grifo al fondo de la hilera. Harry lo reconoció por la curva que Hermione había completado entre los dos dibujos: una serpiente rodeaba la base, con la cabeza escondida detrás del caño.

Ron se inclinó sin tocarlo.

—Desde aquí sólo se le ve la cola.

Harry rodeó el lavamanos. La cabeza era diminuta. Tuvo que acercarse para distinguir la boca abierta y la línea de los ojos.

—Abre —dijo.

No ocurrió nada.

Lockhart soltó el aire de golpe. Harry casi había olvidado que seguía junto a la puerta.

La serpiente de metal tampoco parecía una serpiente. Era una raya alrededor de un grifo. Harry se obligó a seguirla hasta la cabeza, a imaginar el cuerpo entero enroscándose allí, esperando que le hablaran.

Volvió a pedirle que abriera.

Esta vez oyó el siseo al mismo tiempo que Ron se apartaba de él.

El lavamanos empezó a girar. Harry retrocedió; los otros se deslizaron hacia los lados y dejaron al descubierto un hueco redondo. Del fondo subió aire húmedo. La piedra siguió moviéndose hasta detenerse con un golpe que resonó muy lejos debajo de sus pies.

Myrtle se había quedado suspendida sobre la abertura.

—Eso no lo había visto.

Harry se arrodilló a una distancia prudente. Una repisa estrecha rodeaba el comienzo de un conducto inclinado. Más abajo se curvaba y desaparecía en la oscuridad.

—Myrtle, ahora —dijo Ron—. Diles que se ha abierto. Que estamos los dos y Lockhart.

Ella lo miró, ofendida por el tono, pero Harry no tuvo que pedirlo otra vez. Atravesó la pared antes de que él acabara de darle las gracias.

La voz llegó de nuevo por el conducto. Harry no vio ningún movimiento abajo. Entendió una palabra que lo hizo levantarse: esperar.

Tom Riddle había esperado cincuenta años dentro de un libro. Harry no sabía cuánto le quedaba a Malfoy.

—No sabemos si está ahí —dijo Ron.

Harry lo miró. Su amigo no había dicho que se fueran; tampoco parecía dispuesto a fingir que aquello era una excursión con una salida comprobada.

—Lo sé.

—Y no tenemos las escobas.

La Nimbus estaba guardada con la capa. La número nueve había vuelto al armario de Hooch. Harry recordó el claro lleno de arañas y la manera en que Ron había dicho que tenían que irse. No podía contar con que esta vez encontraran aire libre al levantar la cabeza.

Volvió a mirar el hueco.

—Si esperamos y ella está abajo…

No terminó. Ron se pasó una mano por la cara y recogió la cuerda.

La sujetaron alrededor del pilar de piedra que separaba los dos últimos lavamanos. Ron tiró antes de acercarla al borde; Harry sostuvo el extremo, con la fibra áspera apretada contra las palmas y los codos cerca del cuerpo, mientras su amigo bajaba a la repisa. El conducto no caía a plomo. La cuerda podía ayudarlos a salvar la primera pendiente, no llevarlos por toda la curva.

Ron apoyó los pies y miró hacia arriba.

—Aquí cabe uno de pie. Después no veo.

Lockhart se acercó a la puerta.

Harry se volvió hacia él.

—No va a dejarnos aquí.

—Harry, si buscas a alguien capacitado…

—Se lo acabamos de pedir.

Decirlo no le produjo alivio. El profesor estaba asustado, había intentado sacar la varita contra ellos y probablemente era la peor persona con quien bajar. También era el único adulto que tenían delante. Podía ayudar a levantar a una niña. Podía hacer algo que no consistiera en contar después lo que otros habían hecho.

Lockhart miró la abertura y luego la varita de Harry.

—Van a lamentar esto.

Harry no encontró una respuesta que le sonara cierta. Le indicó dónde poner los pies.

El profesor bajó hasta la repisa, protestando por el agua. Harry lo siguió. Desde allí aún veía la cuerda y una franja del techo del baño. Oyó a Ron probar un Lumos y vio encenderse su varita antes de empezar a avanzar por el conducto.

La curva los obligó a agacharse. Había barro sobre la piedra y el ruido del colegio desapareció a sus espaldas.

El descenso terminó antes de que Harry quisiera.

Ron resbaló donde el conducto se abría sobre un túnel. Consiguió apoyar una rodilla en el borde, pero el resto del cuerpo siguió hacia delante. Harry lo oyó golpearse abajo y se apresuró hasta la salida.

—¡Ron!

—Estoy aquí. No saltes.

Harry se dejó caer sentado y buscó con los pies el saliente que su amigo le indicaba. La luz de Ron se había apagado. Lockhart estaba agachado junto a la pared, respirando por la boca.

Cuando Harry encendió su propia varita, vio el brazo de Ron apoyado en una piedra. No estaba roto. La madera que tenía en la mano sí.

Una grieta abría casi por completo la varita, a unos dedos del mango. Las fibras interiores sobresalían por un lado. Ron la sostuvo con las dos manos, como si pudiera impedir que terminara de separarse.

—La traía así —dijo, mostrando el puño cerrado con que había intentado detener la caída—. Le pegué con todo el peso.

Harry recordó el desarme en el despacho, la luz que había funcionado unos instantes antes. La varita no había fallado: se había quebrado al chocar contra el borde.

—No la uses —dijo.

Ron ni siquiera intentó hacerlo.

El túnel continuaba en ambas direcciones. Hacia atrás, la pendiente por donde habían llegado terminaba demasiado arriba para alcanzarla desde el centro; junto a la pared había salientes que podían ayudarlos a subir de nuevo. Hacia delante, el suelo bajaba entre raíces finas y pedazos de piedra desprendida.

Un objeto claro cruzaba el paso.

Harry acercó la luz. Tardó un momento en reconocer una piel abandonada. La curva seguía más allá de lo que alcanzaba a iluminar.

Lockhart se tapó la boca.

Ron guardó un extremo de la varita en el puño y se agachó junto a una raíz para quitarse barro del zapato. Harry avanzó unos pasos, buscando dónde terminaba aquella piel. No quería pasar por encima sin saber si podía moverse.

Detrás de él, Ron soltó una exclamación.

Harry se volvió.

Lockhart había agarrado a su amigo por el hombro. En la otra mano tenía la varita rota, arrancada antes de que Ron pudiera guardarla.

—La suya, Harry —dijo—. Al suelo.

La punta le temblaba. Ron intentó girarse, pero el profesor le apretó el brazo contra el cuerpo.

—No funciona —alcanzó a decir Ron—. Se ha…

—Silencio.

Harry levantó despacio la mano que sostenía su varita. La luz se movió sobre el techo, donde faltaban piedras alrededor de una raíz gruesa. No podía apuntar sin hacerlo también hacia Ron.

—Myrtle ya fue a buscarlos —dijo—. Van a venir.

Lockhart tragó saliva.

—Y los encontrarán confundidos. A veces ocurre después de un susto. Dos niños que bajaron donde no debían…

Ron volvió a advertirle. El profesor le dio un empujón para apartarlo de la línea de su brazo.

—¡Obliviate!

La luz reventó en la grieta.

Harry se agachó por instinto. El golpe lo arrojó contra la curva del túnel; algo le rozó el hombro y la oscuridad se llenó de polvo. Oyó a Ron gritar su nombre. Después cayó una piedra, y otra, y el techo dejó de ser una cosa quieta encima de ellos.

Harry se cubrió la cabeza hasta que el estruendo terminó.

La luz de su varita apenas atravesaba el polvo.

Había una pared donde antes estaba Ron.

Harry se incorporó sobre las rodillas, con arenilla entre los dientes y un dolor que le corría desde el hombro hasta la espalda. El cuello de la túnica le rozaba la piel, cargado de polvo. Iluminó las piedras. No ocupaban todo el túnel, pero las que habían quedado encajadas arriba eran mayores que él.

—¡Ron!

Una tos le contestó por el otro lado.

—Estoy bien.

Harry esperó, pegado a la roca.

—¿Te ha dado?

—No. Lockhart… Espera.

Oyó moverse grava, un gruñido y luego la voz del profesor, extrañamente tranquila.

—¿Hay alguien que pueda decirme dónde estamos?

Ron no respondió enseguida.

—Me está preguntando quién soy —dijo al fin.

Harry apoyó la mano libre sobre una piedra pequeña. Se movió, pero la de encima también. La soltó y retrocedió cuando cayó un puñado de tierra.

—No tires de ésas —le advirtió Ron—. Vi cómo quedaron las grandes. Tengo un hueco por este lado, cerca del suelo.

Harry bajó la luz. Entre dos bloques distinguió los dedos de su amigo.

Pudieron tocarse. No cabía una cabeza por allí.

Ron retiró la mano.

—Voy a apartar las pequeñas. Lockhart se ha sentado. Respira bien, pero no sabe lo de antes. No quiere acercarse al conducto.

Harry miró hacia la oscuridad que lo esperaba. Había querido bajar con un adulto; ahora tenía a Ron atrapado con alguien que no podía ni explicarse por qué llevaba una túnica llena de barro.

—No te quedes debajo de lo suelto.

—Tú tampoco. ¿Ves algo hacia delante?

La voz llegó mientras Harry se volvía. Un siseo nítido, mucho más próximo que en el baño. La criatura estaba al otro lado de aquel túnel.

Y Malfoy no había vuelto.

Harry no pensó que supiera cómo detenerla. Pensó en la cama de Hermione, en la mano que no se había movido cuando Ron dijo su nombre, y en Pansy con una hoja que su amiga no había llevado a clase.

—Voy a buscarla.

Ron permaneció callado un instante.

—Si la encuentras, tráela hacia aquí. Yo sigo abriendo.

Harry habría querido verlo al decirle que sí. Acercó la varita al hueco, hasta que la luz alcanzó los nudillos llenos de tierra.

—Myrtle sabe dónde estamos —añadió Ron—. No van a tardar en llegar al baño.

Harry se levantó. No podía llevarse aquella seguridad consigo ni esperar a que bastara.

El túnel se estrechaba antes de terminar en una puerta de piedra.

Harry siguió el agua con la mirada para no buscar ojos donde no debía. Una hilera de serpientes talladas se cruzaba sobre la junta. No tenía una cerradura ni el contorno de un grifo. Ahora sí reconoció de inmediato a qué debía hablarle.

Pidió que lo dejara pasar.

Las cabezas se apartaron unas de otras. La puerta se abrió con un roce pesado; Harry esperó detrás del borde, escuchando.

Alguien respiraba al otro lado.

Entró sin levantar la vista por encima de la altura de sus rodillas. Vio losas húmedas, una banca y una mano que caía desde el asiento. La reconoció por la manga del uniforme de Slytherin.

Malfoy estaba en el suelo, apoyada contra la piedra. Tenía una mano sobre un libro y la otra cerrada en el borde de la banca. Harry dijo su apellido. Ella no se movió.

Entonces vio los zapatos.

No eran los de Malfoy. Se detuvo al otro lado del diario y sostuvo la varita sin saber todavía a quién estaba apuntando.

—Puedes mirarme, Harry —dijo un muchacho—. No soy lo que vive detrás de las columnas.

CAPÍTULO 28

Lo que sostenía al muchacho

Harry

Harry levantó los ojos lo suficiente para verle la cara.

El muchacho llevaba un uniforme antiguo. Tenía el pelo oscuro, la expresión atenta de alguien que acaba de oír una pregunta interesante y, en la mano, una varita que no parecía suya. Harry distinguía la junta de las losas a través de uno de sus zapatos.

Miró el diario.

—Tom Riddle.

—Por fin.

Harry se agachó junto a Malfoy sin bajar la varita. Le apartó el pelo de la mejilla. Estaba helada, pero respiraba.

—Malfoy. Soy Harry.

Esperó un gesto de fastidio. Hasta eso le habría servido de respuesta. Ella no abrió los ojos.

Harry le tomó la muñeca que seguía sobre la cubierta. La mano cedió con una resistencia extraña; al retirarla, los dedos quedaron doblados hacia el libro. La apoyó sobre la falda de Dracenia.

Tom no intentó detenerlo.

—Ya no hace falta.

Harry lo miró.

Los zapatos del muchacho se veían mejor que antes.

Había una salida detrás de Harry y una serpiente que no podía mirar en algún lugar de la sala. Levantó a Dracenia por los hombros, intentando sentarla mejor para pasarle un brazo alrededor del cuello. La túnica se le reunió en pliegues gruesos bajo los pulgares; el peso de ella le tiraba de las manos hacia el suelo.

Ella soltó un quejido. El resto del cuerpo no la siguió.

—No vas a sacarla andando —dijo Tom.

Harry volvió a apoyarla contra la banca. Desde allí tendría que arrastrarla hasta el túnel y pasarla por una abertura que Ron aún no había conseguido hacer.

—¿Qué le hiciste?

—Me contó muchas cosas. Le gustaba tener a alguien que entendiera lo que los profesores no sabían apreciar.

El muchacho miró la mano que Harry había retirado.

—No todo lo que has visto en ella es obra mía. Tenía ganas de ganar antes de abrirme.

Harry recordó a Malfoy junto a las escobas nuevas, apartándolo del paso en un corredor, buscando la Snitch bajo la lluvia. Nada de eso se parecía a la muchacha que no podía levantar la cabeza.

—No te pregunté eso.

Tom sonrió apenas.

—Al principio necesitaba que escribiera. Después pude utilizar lo que me había dado. Sus manos, su voz, el tiempo que no iba a recordar.

Harry sintió que se le enfriaban los dedos alrededor de la varita.

—Ella abrió la entrada.

—Esta mañana y las otras veces. Resulta más fácil atravesar el colegio cuando todos reconocen a quien ven pasar.

Tom no dijo aquello con la voz de Dracenia ni pretendió que ella lo hubiera querido. Lo dijo como si explicara para qué le había servido una llave.

Harry miró hacia las columnas sin alzar los ojos. La serpiente podía circular por las conducciones desde allí. Hermione había visto algo que le dio tiempo de advertir a los demás, pero no de cerrar los ojos.

—La vas a matar.

—Cuando termine, no necesitaré el diario.

El borde de su mano se volvió nítido contra la manga oscura. Harry volvió a mirar a Dracenia. Hasta ese momento, una parte de él había esperado que bastara con encontrarla.

Tom señaló con la varita la banca y el libro.

—No lo apartes.

Harry había visto aquel movimiento en clase. Apenas empezó a girar el brazo hacia él, se echó a un lado.

—¡Expelliarmus!

La varita salió de la mano de Tom, golpeó una columna y cayó cerca de la puerta. Harry corrió a recogerla. Al levantarla, esperaba oír un hechizo detrás de él.

Oyó una risa.

—Eso sí se lo debes a un profesor.

Harry guardó la varita de Dracenia junto a la de Lockhart y volvió hacia la banca. Ya no tenía que apuntar con una mano mientras intentaba ayudarla con la otra.

Tom se había interpuesto entre él y el diario.

—¿Qué profesor te enseñó a salir de aquí?

Harry no respondió.

Podía oír agua, su propia respiración y un roce que había dejado de moverse cuando volaron las chispas del desarme. Detrás, en el túnel, Ron seguía trabajando entre piedras. Myrtle había ido a pedir ayuda.

Dumbledore no sabía aún qué había encontrado abajo.

Tom lo observaba con una curiosidad desagradable.

—Ella me habló de ti. Del muchacho al que perdonaban cosas. Del que podía hablar con serpientes. Eso último se lo guardó hasta después de Navidad.

Harry recordó la voz que había atravesado los muros en octubre. Malfoy había estado en el colegio sin saber qué llevaba con ella.

—Tú también puedes —dijo.

—Sí.

—Y estabas aquí cuando murió Myrtle.

Por primera vez el rostro de Tom dejó de parecer atento.

—La oí gritar. A Hagrid lo vieron con su araña. No fue difícil conseguir que recordaran eso.

Harry sintió deseos de pegarle. Pensó en Hagrid junto a la ventana, diciendo que una respuesta no justificaba lo que habían hecho en el bosque.

—Hermione averiguó lo de la criatura. Hagrid no la mató.

—¿Y dónde está? —preguntó Tom.

Harry avanzó un paso. Tom miró el libro y él se detuvo.

—Y Dumbledore no creyó tu historia —dijo Harry.

El muchacho volvió la cabeza.

Harry siguió hablando, sin saber si quería enfurecerlo o impedir que mirara otra vez a Dracenia.

—Por eso tuviste que esperar. Por eso no quieres que ella vaya con Snape.

—Dumbledore no está aquí.

—Lo están buscando. Nos van a buscar a nosotros.

—Mientras tanto, puedes seguir confiando en él.

Harry pensó en la luz encendida en el despacho del director y en la manera en que lo había dejado acabar una frase cuando todos querían saber qué había dicho a una serpiente. No podía prometer que llegaría a tiempo. Tampoco iba a concederle a Tom que aquello hubiera sido una tontería.

—Sí —dijo.

Algo cantó cerca de la puerta.

El sonido llegó por el túnel, distinto de cualquier voz que Harry hubiera oído bajo tierra. Le hizo tomar aire sin darse cuenta de que lo estaba conteniendo.

Tom se volvió.

Fawkes cruzó la entrada con las alas extendidas. Llevaba un bulto gastado entre las garras y lo dejó caer junto a Harry antes de posarse sobre la banca. Las plumas rojas encendieron un reflejo en el agua.

Harry reconoció el sombrero por el doblez de la punta.

La vez que lo había llevado puesto no había una criatura moviéndose detrás de las columnas ni una niña que dejaba de respirar a su lado. Lo recogió, sin entender qué podía hacer con él.

Tom contempló al fénix.

—¿Eso es todo?

Fawkes inclinó la cabeza hacia Dracenia. No la despertó.

—Tú no eres sólo un alumno —dijo Harry.

El muchacho lo miró de nuevo. Pareció gustarle que hubiera tardado en preguntarlo.

—Tampoco era sólo un alumno cuando llenaban esos registros que tanto les interesan.

—Tom Marvolo Riddle era un nombre que figuraba en las listas de clase —dijo—. Después elegí otro. Voldemort.

Harry no necesitó que le explicara el resto. La cara joven no se convirtió en otra ni aparecieron las manos que recordaba alrededor de una piedra roja. Eso lo hizo peor: había estado hablando con él sin reconocerlo.

—No sabes cómo ocurrió —dijo Tom, mirándole la frente—. Ella tampoco pudo explicarme eso.

Harry dio un paso hacia Dracenia.

Tom volvió la mirada hacia las columnas.

—Vamos a ver qué queda de ti sin alguien que se ponga delante.

Volvió la cabeza y siseó.

Harry cerró los ojos antes de que el agua estallara.

El cuerpo de la serpiente golpeó una columna. No era el ruido de algo que pasaba junto a un mueble: la vibración le subió por las suelas y la sintió en los dientes. Se arrojó detrás de la banca, a un lado de Dracenia, apretando el sombrero contra el pecho.

Intentó hablarle.

Pidió que se detuviera. Entendió el siseo con que Tom respondió y supo que la criatura había seguido aquella otra voz. El roce cambió de dirección hacia él.

Un ala lo golpeó al pasar.

Fawkes lanzó un grito. Harry abrió apenas los ojos, mirando al suelo. Vio la sombra roja subir, un movimiento oscuro que se alzaba tras ella y luego una salpicadura negra sobre las losas.

La serpiente golpeó de nuevo. Fawkes no cayó.

—¡Quítate de ahí! —gritó Tom.

El fénix volvió a lanzarse. Harry mantuvo la cara detrás de la piedra hasta que un chillido más áspero que los anteriores le hizo apretar los hombros. Algo se retorció al otro lado. El agua pasó por debajo de la banca y le mojó las rodillas.

—Ya no puede verte —dijo Tom—. Todavía puede encontrarte.

Harry miró por un extremo del asiento.

Vio la parte baja de la cabeza y las cavidades oscuras donde habían estado los ojos. Apartó la vista de todos modos; le costaba creer que mirar pudiera haber dejado de matarlo.

El basilisco seguía vivo.

Probó un hechizo de desarme por puro miedo. Las chispas se perdieron contra una escama y la cabeza se volvió hacia el lugar donde había hablado.

Harry se echó al suelo. La mandíbula chocó con el asiento y arrancó un pedazo de piedra. Al otro lado, Dracenia se deslizó sobre las losas sin despertarse.

Harry se metió su varita en el bolsillo del pantalón y la agarró de la túnica. Tiró hasta dejarla detrás del extremo de la banca, protegida por una columna. No podía seguir arrastrándola mientras aquello los buscaba.

El sombrero había caído sobre su mano. Harry hundió los dedos en la tela para quitárselo de encima y tocó algo que no había estado allí cuando lo recogió: metal frío, duro, con un borde que le raspó un nudillo.

Tiró del mango.

La espada salió con una facilidad imposible de aquel espacio pequeño. La hoja tenía manchas de luz verde y el nombre de Godric Gryffindor cerca de la empuñadura.

Harry la sostuvo con ambas manos. Pesaba. No sabía usarla.

Del otro lado de la columna, la serpiente rozó el suelo al girar.

Tom le indicó dónde estaba.

Harry se movió antes de que terminara la orden. El basilisco no necesitaba verlo si alguien le decía en qué lado de la banca iba a encontrarlo.

Corrió hacia la siguiente columna. La cola barrió el suelo detrás de él; una piedra desprendida le pegó en la pantorrilla y lo hizo caer sobre una rodilla. Sujetó la espada para no clavársela al tropezar.

El roce volvió.

Harry no podía correr más rápido que la serpiente. Tampoco podía quedarse junto a Dracenia hasta que los encontrara a los dos.

Fawkes pasó bajo, junto al agua, y la cabeza siguió el golpe de las alas. Harry aprovechó para ponerse de pie. Tenía una columna a la derecha, la banca a su espalda y delante un espacio de losas sin nada donde cubrirse.

Miró la piedra rota en el asiento.

La criatura se había lanzado hacia el ruido. No había podido atravesar la banca.

Harry retrocedió hasta el otro extremo, lejos de donde había dejado a Dracenia. Golpeó con el zapato un fragmento de losa. El ruido lo hizo arrepentirse de inmediato.

El basilisco giró la cabeza.

Harry sostuvo la espada sobre el borde del asiento. Los brazos le temblaban tanto que apoyó los puños en la piedra. No iba a poder detener aquel peso. Sólo podía dejar de estar enfrente cuando llegara.

La cabeza se lanzó hacia él.

Harry se apartó detrás del saliente de la columna. La mandíbula chocó con el extremo roto de la banca y resbaló hacia un lado; la boca se abrió al buscarlo. Vio la piel más clara bajo la quijada, fuera de la piedra, y empujó la espada con las dos manos.

La hoja entró de costado, detrás de la mandíbula.

El golpe le arrancó los pies del suelo. Harry no supo si había gritado hasta que se encontró contra la columna, todavía agarrado a la empuñadura. La cabeza caía sobre la espada y la hundía más. Algo le atravesó la manga izquierda, quemándole el brazo.

La soltó.

Se arrastró fuera del alcance de la boca. El cuerpo se retorció en el agua; una vuelta golpeó la banca y otra pasó tan cerca que Harry sintió el aire húmedo contra la cara. Se quedó encogido entre la columna y el borde del canal, esperando que la piedra aguantara.

El siguiente golpe fue más débil.

Luego sólo se movió el agua.

Harry no pudo levantarse enseguida. Miró la cabeza contra el asiento roto, la espada hundida y la boca abierta que no volvió a cerrarse.

Había dejado de buscarlo.

El dolor lo hizo mirarse el brazo.

Un trozo grueso de colmillo sobresalía de la manga izquierda. Se había quebrado al chocar con la columna, después de alcanzarlo. Harry vio dos manchas rojas extenderse en la tela y una gota transparente correr hacia el puño.

Se lo arrancó con la mano derecha.

El alivio duró menos que el movimiento. La herida ardió por dentro. Harry intentó volver con Dracenia; llegó hasta el centro de la banca apoyándose en la piedra, con el colmillo en la mano derecha. Al doblársele las rodillas lo soltó sobre el asiento y se sujetó del borde para no irse al suelo.

Tom estaba cerca del diario.

Parecía mucho más real que cuando Harry había entrado. Su rostro no mostró miedo por la serpiente; miraba la sangre que goteaba de la manga.

—No necesitabas llegar hasta aquí.

Harry intentó responder. Sólo consiguió tomar aire.

Fawkes aterrizó a su lado. Se inclinó sobre el brazo herido y Harry sintió algo tibio, inesperadamente suave entre el ardor y la tela mojada.

El fénix lloraba.

Harry se quedó mirando una lágrima perderse junto a la herida. Le habría parecido absurdo fijarse en eso mientras el suelo se inclinaba bajo sus pies. Entonces pudo volver a sentir los dedos.

La quemadura empezó a ceder.

Tom alzó la cabeza.

Harry siguió su mirada. El muchacho ya no estaba mirándolo a él, sino a la lágrima que Fawkes acababa de dejar caer.

Después miró hacia el diario.

Harry también lo hizo.

El libro seguía abierto en el centro de la banca. Una gota del colmillo había caído sobre el borde: la cubierta se ennegrecía alrededor de un agujero minúsculo. Las páginas se movieron sin viento.

Tom dio un paso hacia él.

Harry agarró el colmillo con la mano derecha y se lanzó sobre el asiento.

El muchacho llegó a sujetarle la túnica. La tela tiró hacia atrás; Harry apoyó el brazo dolorido sobre la piedra y acercó el diario con los dedos. No intentó golpear a Tom. Empujó la punta del colmillo contra la cubierta.

Algo gritó al atravesarla.

Harry apretó los dientes y volvió a hundirla, atravesando las páginas. Una tinta espesa salió entre sus nudillos. Tom lo soltó.

Harry no levantó la mano hasta que el muchacho dejó de ser una figura sobre la piedra y el grito se deshizo en un ruido sin voz.

El diario quedó inmóvil bajo el colmillo.

Harry esperó una palabra, un golpe, el roce de algo que se acercara por detrás. Sólo oyó su propia respiración y el canto bajo de Fawkes junto a él.

—Malfoy.

Harry se arrodilló a su lado. Le temblaban las dos manos. Tenía sangre seca en la izquierda y tinta negra en la otra.

Dracenia tardó en abrir los ojos.

—No… —dijo.

Harry miró su brazo. Sus dedos se habían cerrado sobre una arruga de la falda.

—No tienes el libro. Mira.

Ella levantó apenas la mano y se quedó viéndola. Después reconoció su cara.

—¿Potter?

Harry asintió. Le habría gustado que dijera algo más fuerte, aunque fuera que se apartara.

—Tenemos que salir.

Dracenia buscó con la mirada detrás de él.

—Tom…

—Ya no está.

Ella intentó incorporarse de golpe. Harry la sostuvo antes de que volviera a caer, y Dracenia dejó de mirarlo para fijarse en la banca rota.

Él no le pidió que siguiera viendo.

Recogió el sombrero. La espada se desprendió cuando la cabeza muerta terminó de asentarse; Harry la levantó por la empuñadura, sin tocar la hoja, y la envolvió en la tela gruesa del sombrero para llevarla sin acercársela a Dracenia. Dejó el diario atravesado donde estaba. No iba a ponérselo otra vez en la mano ni sabía cómo transportarlo sin tocar el veneno.

Se metió el brazo derecho de Dracenia sobre los hombros. Ella podía apoyar los pies, aunque no conseguía sostenerse sola. Avanzaron hasta la puerta, deteniéndose donde Harry tenía que cambiar la espada de mano; el brazo de Dracenia le tensaba el cuello de la túnica a cada paso.

Fawkes los siguió. El roce de sus alas fue el único ruido que Harry toleró sin volverse.

Ron los oyó antes de verlos.

—¿Harry?

La luz llegaba ahora desde el otro lado de las piedras. Había una abertura más ancha junto al suelo y una voz adulta le pedía a Ron que se retirara antes de levantar algo.

Harry se dejó caer sobre una rodilla con Dracenia apoyada en él.

—Estamos aquí.

—¡Están los dos! —gritó Ron hacia atrás.

No había quitado los bloques de arriba. Había abierto espacio bajo el más grande y retirado las piedras sueltas hasta donde podía trabajar sin meterse debajo. Al otro lado, Flitwick sostenía un tramo del techo mientras McGonagall aseguraba el borde del paso.

Harry vio el rostro lleno de polvo de Ron cuando la última piedra pequeña se apartó de la abertura.

—No entraba antes —dijo su amigo—. No podía sacarla sin mover la de encima.

McGonagall le indicó cómo pasar primero la espada y el sombrero. Después ayudaron a Dracenia a cruzar de lado, con Harry sosteniéndole la cabeza hasta que Ron pudo recibirla. Él pasó detrás, arrastrándose sin apoyar el brazo izquierdo.

La profesora miró la sangre. Harry dijo que la serpiente había muerto y que el libro seguía en la banca. No supo explicar nada más de una vez.

McGonagall le puso una mano en el hombro.

—Primero salimos.

Lockhart estaba sentado junto al conducto de entrada, con la túnica doblada bajo la cabeza. Preguntó si aquel pájaro era de alguno de ellos.

Ron recogió los pedazos de su varita de una repisa donde los había dejado. Los entregó a Flitwick sin intentar juntarlos.

El profesor los guardó. A Harry le pidió la varita de Lockhart; la de Dracenia quedó bajo la custodia de McGonagall.

Fawkes se acercó cuando intentaron levantar a Dracenia para llevarla al primer saliente. McGonagall desenrolló una cuerda que habían traído los profesores, anudó un apoyo alrededor de la muchacha y la hizo sujetarse a Harry. No la dejó colgando de sus dedos débiles.

El fénix tomó la línea por encima del nudo. Al batir las alas, el peso dejó de tirar de la espalda de Harry.

La profesora subió primero por los salientes hasta el comienzo de la pendiente. Harry y Dracenia la siguieron despacio por la curva del conducto, con Flitwick guiándolos desde abajo y McGonagall esperando en la repisa del baño. Harry había visto al pájaro llevar un mensaje en clase. Ahora notaba a Dracenia apoyada contra él y no sentía el peso de ninguno de los dos en las manos.

En el baño había una camilla y dos profesores. La puerta estaba despejada. No vio a ningún alumno esperando que le contaran qué había encontrado.

Pomfrey apartó a Harry lo justo para recibir a Dracenia. Lo sentaron en una silla junto a la ventana mientras Ron terminaba de subir. Oyó a McGonagall pedir atención también para Lockhart y después explicar a Dumbledore dónde estaba el diario. El director acababa de llegar al baño; tenía el borde de la túnica mojado por encima de los tobillos.

Harry habría querido decirle que el sombrero no estaba limpio.

En vez de eso, cuando Ron se quedó junto a él, apoyó la cabeza en la pared y miró sus zapatos hasta estar seguro de que la piedra había dejado de moverse.



CAPÍTULO 29

Las preguntas podían esperar



Dracenia

Su madre estaba sentada junto a la cama y tenía la mano apoyada sobre la suya.

Dracenia lo comprobó antes de mirar el resto del cuarto. La mano de su madre le cubría parte de la muñeca, pero dejaba las yemas libres sobre la sábana. Movió un dedo, después los otros. Narcissa levantó la cabeza al sentirlo y acercó la silla sin soltarla.

—Aquí estoy.

Dracenia quiso preguntarle cuánto tiempo llevaba allí. Al abrir la boca, la garganta le dolió y terminó tosiendo. Su madre tomó un vaso de la mesa, pero esperó a que Pomfrey se acercara antes de ayudarla a beber.

El agua estaba fresca. Dracenia habría querido terminarla de un trago; la enfermera le retiró el vaso después del segundo.

—Despacio. Va a poder pedir más dentro de un momento.

No le gustó que hablaran de darle agua como si fuera una prueba. Tampoco encontró fuerza para discutirlo. Al acomodarse contra la almohada vio la luz gris de las ventanas, las cortinas alrededor de la cama y el extremo del bastón de su padre junto a una silla.

Lucius se levantó.

Tenía el cabello sujeto como siempre y el abrigo todavía puesto. Dracenia buscó una expresión que reconociera: el fastidio de esperar, una pregunta sobre la tarea, la sonrisa que había visto cuando miró por primera vez las escobas nuevas.

Él le apartó del rostro un mechón que se había pegado a la sien.

—¿Puedes oírnos bien?

Dracenia asintió. Le molestó darse cuenta de que le temblaba la barbilla.

Su padre se sentó en el borde de la silla. No empezó por preguntarle qué había hecho.

Pomfrey comprobó las manos, la respiración y el hombro que le había dolido contra la banca. Le hizo seguir la punta de su varita con los ojos y responder su nombre. Dracenia lo dijo completo, más por dignidad que porque le pareciera necesario.

La enfermera no se burló.

—Bien. Ahora quiero que me diga si le duele algo que no me haya señalado todavía.

Dracenia miró a sus padres. Narcissa seguía al lado; Lucius tenía las manos juntas sobre las rodillas.

—No puedo acordarme de cómo bajé.

Pomfrey dejó de mover la varita.

—No voy a pedirle que lo intente esta noche.

—Estaba en el dormitorio.

La frase le salió con una urgencia que no había previsto. No quería que la piedra volviera a estar debajo de ella cuando cerrara los ojos.

—Después estaba allí. Pero yo no…

Narcissa la sujetó de nuevo, con cuidado de no inmovilizarle los dedos.

—Recibimos tu carta. Lo de la otra tarde también lo sabemos.

Dracenia se quedó mirando la mano de su madre. La carta había llegado. No había pasado la mañana esperando otra pregunta de Tom mientras todo lo demás permanecía igual.

Lucius se inclinó hacia ella.

—El colegio nos avisó que no te encontraban cuando ya veníamos. Hablamos con Snape y con el director. Les dimos la información del libro.

—¿Bajaste?

—Nos hicieron esperar aquí mientras terminaban de sacarte.

Dracenia miró su abrigo. No llevaba barro. Le habría gustado que dijera que había abierto la puerta él, que había encontrado una manera de llegar antes que todos. No le salió el reproche: su padre estaba delante y le parecía imposible que hubiera pasado tantas horas sin verlo.

—No lo encuentro —dijo, mirando hacia la mesa.

Narcissa siguió su mirada.

—El diario no está aquí.

Dracenia tardó en respirar.

—¿Dónde está?

—Ya no puede hacerte lo que hizo —respondió su madre—. El director lo ha retirado.

Pomfrey acercó de nuevo el vaso.

Dracenia no quiso beber hasta que le permitieron mirar debajo de la almohada. No había un libro pequeño esperando a que ella volviera a tocar la cubierta.

Dumbledore llegó cuando la enfermera hubo terminado la primera revisión. No pidió hablar a solas con Dracenia ni se sentó a los pies de la cama. Esperó a que Pomfrey dijera cuánto tiempo podía quedarse.

Lucius se levantó junto a la cortina.

—Necesito saber qué se ha hecho con ese objeto.

—Está aislado y conservado —respondió Dumbledore—. No volverá a utilizarse. Tendremos que documentar cómo llegó a sus manos.

Dracenia vio tensarse los dedos de su padre alrededor del bastón.

—Mi hija necesita descansar.

—Sí. La conversación sobre la procedencia será con ustedes. No hace falta que ella responda por su regalo.

Lucius miró a Narcissa. Su madre no apartó los ojos del director.

—Ya hemos dicho que estaba entre los objetos que conservábamos —dijo—. Explicaremos lo que falte. Ahora queremos saber si puede volver a hacerle daño.

Dumbledore se acercó lo suficiente para que Dracenia no tuviera que alzar la voz.

—La memoria que había en el diario ha sido destruida. No puede contestarte ni darte órdenes desde ese recipiente.

Dracenia recordó los zapatos volviéndose más claros, el libro sostenido por una mano que antes no habría podido salir de una página.

—Estaba fuera.

—Harry nos ha contado lo que vio. Vamos a comparar ese relato con lo que tú quieras decirnos cuando estés descansada.

Ella miró a su madre.

—¿Potter?

Narcissa asintió.

Dracenia volvió al director.

—Tom tenía una varita. La mía.

—Harry la recuperó. La profesora McGonagall la tiene guardada para devolvértela.

No le preguntó cómo había llegado la varita hasta la banca. Dracenia habría tenido que contestar que no lo sabía, y no soportaba la idea de repetirlo delante de su padre.

La memoria que había en el diario. Dumbledore había usado las palabras con una claridad que la obligó a seguir pensando.

—Mi padre dijo que era un alumno.

El director miró a Lucius antes de responder.

—Tom Riddle estudió aquí. Después utilizó otro nombre. Voldemort.

Dracenia sintió que la cama se inclinaba. No se había movido; vio la línea derecha de la mesa y se aferró a ella con los ojos.

Su madre le tomó el vaso antes de que se le resbalara.

—No sabía que eran el mismo —dijo Lucius.

Dracenia lo miró. Quería poder quedarse con aquella frase.

—¿Sabías de dónde venía?

Su padre no respondió de inmediato.

Narcissa habló desde la silla.

—Los dos lo sabíamos. Creímos que una memoria guardada no podía hacer lo que te hizo.

Dracenia buscó la cara de Lucius. Él había dejado el bastón apoyado contra la pared y tenía una mano sobre el respaldo.

—Comprobé respuestas —dijo—. Debí hacerlo examinar antes de dártelo.

No sonó como cuando admitía que un proveedor había llevado algo distinto de lo encargado. Dracenia recordó su dedo acomodando la esquina de la cubierta en el despacho. Había confiado en aquella mano antes de saber qué preguntarle al libro.

—Tú lo probaste.

Lucius asintió.

Dracenia no encontró la frase siguiente. Quería defenderlo de Dumbledore y estaba enfadada con él. Las dos cosas le dolían, y ninguna hacía que dejara de querer que se quedara junto a la cama.

Pomfrey apartó un poco más la cortina.

—Es suficiente por ahora.

Dumbledore no añadió una última pregunta. Les dijo que hablarían fuera y se retiró con Lucius. Narcissa permaneció sentada, sosteniendo la mano que Dracenia había dejado de intentar esconder debajo de la manta.

Cuando volvió a despertarse, olía a caldo.

La bandeja estaba sobre la mesa y su madre había puesto una servilleta debajo del plato para que no se deslizara. Al otro lado de la cortina estaban retirando otras bandejas; una cuchara cayó dentro de un plato y Dracenia oyó a Pomfrey seguir con su trabajo, sin bajar la voz por ella. Dracenia probó levantarse sola. Llegó hasta la mitad y descubrió que las almohadas habían quedado demasiado lejos para apoyarse.

—Puedo —dijo, antes de que Narcissa se moviera.

—Entonces termina de acomodarte. Yo sostendré esto.

Su madre levantó el vaso. Dracenia consiguió sentarse un poco más y tuvo que dejar que le pusieran otra almohada detrás. El relleno cedió bajo su espalda y la tela limpia le sostuvo la nuca. No le gustó necesitarla. El caldo le gustó lo suficiente para no decir nada durante las primeras cucharadas.

Al otro lado de la cortina sonó la voz de Ron Weasley.

—No está caliente.

—Ya sé que no está caliente —respondió Potter.

—Pues llevas un rato mirándolo.

Dracenia levantó los ojos del plato. Narcissa se acercó al borde de la cortina para hablar con Pomfrey. Por el hueco pudo ver a Potter sentado en otra cama, con una camisa limpia y Weasley a su lado, sosteniendo un vaso que no parecía pensar devolverle hasta que bebiera.

Potter tenía el cabello peor de lo acostumbrado. Una venda le cubría el antebrazo izquierdo; sostenía el vaso con la derecha, la que se había lastimado durante el partido. Dracenia no supo cuánto significaba aquella venda. Verlo sentado y capaz de discutir con Weasley le produjo un alivio que convirtió enseguida en otra cosa: no quería tener que oír que además había estropeado otro partido por culpa suya.

Él la vio antes de que Narcissa terminara de preguntar por su revisión.

Durante un instante ninguno supo qué decir.

—¿Se ha roto? —preguntó Dracenia.

Potter tardó en seguirla.

—¿Qué?

—El libro.

Su cara cambió. Weasley dejó de insistir con el vaso.

—Sí —dijo Harry—. Ya no queda nadie ahí.

Dracenia bajó la vista a su mano. Recordaba los dedos sobre la cubierta, el esfuerzo que no había conseguido moverlos. Potter no le pidió que explicara por qué seguía mirando.

—Mi varita…

—Se la di a McGonagall.

—Ya me lo dijeron.

La respuesta le salió más áspera de lo que había querido. Alzó la barbilla antes de que alguien pudiera pensar que iba a retirarla.

Harry la observó un momento.

—Entonces no se la pidas a Ron. No la tiene.

Weasley hizo un ruido breve, casi una risa, y lo disimuló mirando el vaso. Dracenia sintió que podía enfadarse con ellos sin que la piedra volviera a aparecer debajo de la cama.

—No estaba preguntándosela a él.

—Ya veo —dijo Harry.

Pomfrey llegó con otra taza y terminó la conversación antes de que Dracenia encontrara una respuesta mejor. Le indicó a Narcissa que volviera a cerrar la cortina. El señor Potter terminaría su revisión con su amigo; la señorita Malfoy tenía que acabar el caldo.

Dracenia hundió la cuchara demasiado deprisa y manchó la servilleta.

Su madre la cambió sin comentar nada.

Pansy pudo entrar cuando ya estaban encendiendo las lámparas.

Traía el cuaderno verde y la bolsa que Dracenia había dejado en el dormitorio. McGonagall las acompañó hasta la cama y explicó

que la hoja de fuentes se quedaría con las notas de la investigación. Lo demás podía estar con ella.

Dracenia esperó a que la profesora se retirara para preguntar:

—¿Lo abrieron todo?

Pansy dejó la bolsa en la silla.

—Sacaron la hoja de debajo del cuaderno. Yo les dije lo que vi esta mañana. No les conté cosas que no sabía.

La frase no fue especialmente amable. Dracenia la oyó con una gratitud incómoda que no le salió por la boca.

Abrió el cuaderno por la página del ejercicio. Seguía allí su dibujo del péndulo, la marca de la parte que no había comprobado y una corrección que sí sabía explicar. Nada desapareció al pasar un dedo por el margen.

Pansy miró la venda ligera que le habían puesto sobre un roce en la muñeca.

—¿Te duele?

—Menos que todas las preguntas.

Su amiga se sentó en la silla que Narcissa había dejado libre. No sonrió, pero dejó de tener las manos apretadas sobre la bolsa.

Dracenia buscó la página de Hagrid. Allí estaban el año, los apellidos y lo que decidió copiar sin el nombre de quien se lo había contado.

—No era como dije.

Pansy la miró.

—Ya lo sé.

Dracenia quiso explicarle que Tom escogió la escena. También quiso decir que ella misma había señalado lo que faltaba antes de bajar a la sala común.

—Cuando me preguntó, dije tu nombre para que dejara de preguntarme.

Pansy tardó en contestar.

—No funcionó.

—Lo noté.

El silencio entre ambas no era el del dormitorio de esa mañana. Pansy estaba allí porque había querido ir, aunque no se había acercado para que Dracenia le dijera qué debía contar después.

—¿Vas a corregir lo de Hagrid? —preguntó.

Dracenia miró la hoja. Le desagradó imaginar al guardabosques oyéndola explicar que había hablado de una criatura sin haberla visto. Le desagradó más imaginar que Potter tendría que decirlo por ella.

—Cuando pueda salir de aquí.

Pansy asintió. No lo convirtió en una promesa que debiera aplaudirle.

Dracenia cerró el cuaderno.

—No sabía lo que hacía con… lo de los corredores.

Le costó terminar. Había partes que no podía recordar y una que sí: la mano cerrando el libro cuando ella quería levantarse.

Pansy miró hacia la mesa vacía antes de contestar.

—No voy a decir que lo sabías.

Dracenia se quedó con el cuaderno sobre las piernas.

Narcissa volvió con el suéter que Dracenia había llevado al colegio después de Navidad.

Pansy lo reconoció al instante.

—Ése no se encogió —dijo.

—Porque no lo puse encima del fuego.

Su amiga rozó la manga, sin llegar a tirar de ella.

—Millicent pregunta si puede usar tu copia de Pociones mañana.

Dracenia alzó la cabeza.

—Tiene la suya.

—Tiene una mancha donde están las cantidades. Y no piensa preparar lo que le parece que dice.

La objeción era tan corriente que Dracenia tardó en encontrar cómo responder. Las clases iban a seguir de alguna manera. Alguien iba a necesitar un libro que no fuera aquel que habían sacado de abajo.

—Que no me lo devuelva igual que el suyo.

Pansy dijo que se lo advertiría. Después Pomfrey llegó a recordar que la visita se había terminado cinco minutos antes. Su amiga se levantó, dejó la bolsa al alcance de Narcissa y le dijo que volvería cuando se lo permitieran.

Dracenia no le pidió que prometiera nada más.

Lucius regresó cuando ella había terminado de ponerse el suéter con ayuda de su madre.

Traía una hoja doblada. No la dejó sobre la cama; la guardó dentro del abrigo y acercó la silla que había estado ocupando Pansy.

Dracenia miró hacia la puerta.

Había visto a Dobby allí un momento, mientras retiraban una bandeja de otra mesa. Reconoció su funda antes de que el elfo se apartara para dejar pasar a la enfermera.

Recordó el diario recién recibido, las dos cosas contra su pecho y la voz que había intentado detenerla en el pasillo de su casa.

Mi padre sabe lo que me da.

Dracenia bajó los ojos. No había querido escucharlo. No le gustaba que ese recuerdo estuviera ahora junto a todos los demás, ni iba a resolverlo llamando al elfo delante de sus padres para que le dijera que sí, que lo había advertido.

Lucius le preguntó si había podido comer.

—Un poco.

—Volveremos a casa cuando Pomfrey diga que puedes viajar —dijo Narcissa—. Esta noche nos quedamos.

Dracenia levantó la vista hacia el cuaderno. Tenía un informe que dar, una tarea que no había entregado y la idea insoportable de que el resto de los alumnos discutiría lo ocurrido antes de que ella pudiera salir de la cama.

—¿Van a contarles todo?

Su madre entendió que no preguntaba por las clases.

—Tendrán que explicar lo necesario para que los demás estén seguros. Tus preguntas privadas no son una conversación para el comedor.

—Y lo de mi padre…

Lucius se inclinó hacia ella.

—Lo del libro lo hablaré yo.

Dracenia quería que eso bastara. La respuesta no le devolvió aquella mañana ni hizo que dejara de sentir miedo cuando miraba una cubierta cerrada. Sí le permitió apoyar el cuaderno verde sobre la mesa sin esconderlo debajo de la manta.

Narcissa comprobó que pudiera alcanzar el agua. Lucius dejó el bastón al otro lado de la silla, fuera de donde ella iba a bajar los pies.

Dracenia se acomodó contra las almohadas. Le pesaban los párpados y todavía no quería cerrar los ojos.

—Si te llamo… —empezó.

Su madre le acercó la silla hasta que pudo tomarle la mano sin estirar el brazo.

—Te voy a oír.

Dracenia dejó de buscar con la mirada el espacio debajo de la mesa. Su padre seguía sentado junto a la cama. El cuaderno no se había movido. Cuando volvió a abrir los ojos, un momento después, los dos estaban allí.

CAPÍTULO 30

Después del ruido

Harry

Harry despertó porque alguien estaba intentando abrir una tostada.

Al menos, eso le pareció antes de ponerse los lentes. Ron tenía un cuchillo en la mano y estaba separando dos rebanadas que la mermelada había unido durante el camino hasta la enfermería. La corteza raspaba contra el metal y un hilo brillante de mermelada se estiraba entre las dos caras del pan. Había migas sobre el borde de la túnica de Ron y una mancha pegajosa en el pulgar con que sujetaba el plato. El plato se inclinaba peligrosamente sobre sus rodillas.

—Traje desayuno —dijo—. No parecía tan complicado abajo.

Harry se incorporó y lo sostuvo con la mano derecha. Tenía una venda limpia en la izquierda. Pomfrey había comprobado que no quedara veneno, pero no parecía compartir la opinión de Fawkes sobre cuánto descanso necesitaba un brazo recién curado.

Su bolsa estaba en una silla. La varita, sobre la mesa. Del otro lado de las cortinas se oía a la enfermera pedirle a alguien que dejara de discutir con un termómetro.

—¿Malfoy?

—Sigue aquí. Su madre preguntó si habías dormido.

Harry no supo qué hacer con aquello. Ron le ofreció una tostada.

—Ésa es la que no se cayó.

Harry la miró.

—El plato —añadió Ron—. Se cayó el plato. La tostada se quedó en mi mano.

Se rieron. Después Ron miró hacia la fila de camas del fondo y Harry dejó de hacerlo antes de que su amigo se volviera otra vez.

Había dormido a ratos. Una vez se despertó buscando el paso entre las piedras; otra, porque una bandeja golpeó el suelo y durante un segundo estuvo seguro de que la banca volvía a moverse. Pomfrey no le preguntó por qué estaba sentado. Le dio agua y esperó a que se acostara.

—¿Te han dejado verla?

Ron asintió.

—Sus padres estuvieron ayer. Volverán. Le cambiaron el agua de las flores.

Harry se quedó mirando la tostada. Habían sacado a Malfoy de debajo del colegio. Eso no había hecho que Hermione se levantara.

Al terminar el desayuno fueron hasta su cama. Ron le contó que su varita estaba partida. Harry habría querido oírla decir que ya les había advertido algo, cualquier cosa. Le dejaron cerca la copia del dibujo, sin apoyar objetos sobre sus manos inmóviles.

McGonagall fue por ellos después de que Pomfrey autorizara a Harry a levantarse. La enfermera lo hizo caminar hasta la puerta y regresar antes de dar por terminada la revisión. Ron lo esperó con una paciencia tan exagerada que Harry acabó pidiéndole que dejara de mirarle los pies.

En el despacho del director había dos sillas frente al escritorio, una jarra de agua y menos dulces de los que Harry esperaba. Fawkes dormía en su percha. El sombrero estaba de nuevo en el estante.

Dumbledore no sacó el diario. Cuando Harry miró hacia el armario, le dijo que habían recogido el libro y el colmillo después de sacarlos a ellos. Los guardaban donde ningún alumno podía acceder.

—Tampoco necesitarás tocarlos para explicar lo ocurrido.

Harry se sentó junto a Ron. Contó la entrada, el muchacho y la mano de Malfoy que no se apartaba del libro. Mientras lo contaba volvió a ver su dedo inmóvil bajo el tercer renglón del manual, en la biblioteca. Aquella tarde no había sabido qué pensar. Al llegar a la serpiente tuvo que parar. Recordaba el ruido de las escamas con más facilidad que el orden de algunas cosas.

El director esperó a que bebiera.

—Si hay algo que no viste, lo dejamos así.

Harry explicó que intentó hablarle a la criatura. No había obedecido. Decirlo delante de Ron le produjo una vergüenza que le pareció injusta: jamás había prometido que pudiera hacerlo.

—Obedecía a Riddle —dijo Ron—. No tenías cómo saber que iba a pararse.

Harry asintió sin mirarlo. Al hablar de la espada volvió a sentir la empuñadura escapándosele entre las manos.

—No sabía usarla.

Dumbledore no le dijo que en realidad había sabido todo lo necesario. La espada descansaba ahora bajo su custodia, lejos de las bolsas que los alumnos llevaban a clase.

—Pudiste pedir ayuda con lo que tenías a tu alcance. Eso no vuelve menos peligroso lo que ocurrió.

Harry miró a Fawkes.

—Llegó solo.

—Puede elegir a quién ayudar, Harry. No es un mensaje que yo haya enviado para dirigir lo que hiciste abajo.

El niño se quedó un momento observando la cabeza escondida bajo el ala. Las plumas rojas se levantaban apenas con la respiración; una punta del ala descansaba contra el cuerpo, recogida sobre la percha. Le costaba relacionar aquel pájaro dormido con el peso de Dracenia que había dejado de tirarle de los hombros.

Dumbledore le preguntó por el libro.

—Vi que el veneno lo quemaba. Tom también lo vio. No quería que lo tocara.

Abrió la mano sobre la rodilla. No quedaba tinta entre sus dedos.

Cuando Harry terminó de contar lo del colmillo, Dumbledore se volvió hacia Ron.

Su amigo contó la rotura, la advertencia que Lockhart no quiso escuchar y las piedras. Había apartado al profesor de la zona donde seguía cayendo tierra. Después trabajó desde abajo del bloque grande, quitando lo que podía sin mover el apoyo.

—Creí que iba a oírlo volver —dijo, mirando a Harry—. Y no oía nada.

Harry bajó los ojos a la venda. Había pensado en el otro lado del túnel como en el lugar al que tenía que llegar. Ron había tenido que quedarse allí sin saber si lo vería regresar.

—Myrtle nos encontró —explicó McGonagall—. El profesor Flitwick ya volvía del ala occidental. Bajamos en cuanto despejaron la entrada del baño. La bóveda cedía si tirábamos de las piedras grandes; había que sostenerla sin hacerla caer sobre ustedes.

Dumbledore había recibido los avisos mientras aseguraban el último tramo de la conducción. No pudo salir dejando a los otros profesores dentro. Harry recordó la ropa mojada con que había llegado al baño.

McGonagall no convirtió aquello en una excusa para Lockhart.

—Tenía que acompañarlos a un lugar seguro. También vamos a establecer lo que hizo después.

Harry sacó la hoja doblada que le habían devuelto con el uniforme. Todavía tenía en un borde una marca oscura del túnel.

—Esto lo escribió antes —dijo—. Antes de que abriéramos el baño.

El director la tomó sin pedirle que leyera en voz alta su propio nombre.

McGonagall no los llevó directamente a la torre.

Se detuvo con ellos en un aula vacía. Harry reconoció la Nimbus apoyada junto al escritorio y la bolsa donde habían guardado la capa. La escoba de Ron ya no estaba allí.

Su amigo miró el mismo espacio.

—La número nueve volvió al armario de la profesora Hooch —explicó McGonagall—. El préstamo ha terminado.

Ron asintió sin discutir.

La profesora esperó a que se sentaran. Su expresión no era la del despacho de Dumbledore.

—Ayer hicieron cosas difíciles y necesarias. Anteanoche decidieron ocultar sus planes, salir del castillo y entrar en una zona prohibida. Vamos a hablar de las dos cosas por separado.

Harry miró la capa. Una parte de él había esperado que todo lo ocurrido abajo volviera menos importante lo del bosque. No lo había pensado con esas palabras hasta que oyó a McGonagall.

—Sí, profesora.

El trabajo empezaría cuando Pomfrey autorizara a Harry a hacerlo. McGonagall les asignó cuatro sábados de trabajo con el material de prácticas de Hooch, bajo supervisión. Nada de escobas en el aire: revisarían correas, limpiarían piezas y aprenderían a distinguir un daño que impedía usar un equipo de una marca que sólo lo hacía verse viejo. Hasta terminar, la Nimbus y la capa seguirían guardadas. Cualquier salida fuera de las clases debía comunicarse de antemano a su jefe de casa.

—No se trata de que devuelvan con trabajo el riesgo que corrieron. Eso no puede deshacerse. Necesito poder confiar en que una autorización significa lo que dice.

Ron se removió en la silla.

—El préstamo decía que no podía usarla para eso.

—Lo sé, Weasley.

—Quiero decírselo yo a la profesora Hooch.

McGonagall lo observó un momento y asintió.

Harry se acordó de Hermione fuera de la enfermería la noche de la salida al bosque, con la voz más firme de lo que había tenido la cara. Tendría que esperar para decirle lo que debía haberle dicho aquella mañana. No quería que, cuando despertara, alguien le contara primero una versión en la que los dos siempre habían tenido razón.

Hagrid los esperaba cerca de la escalera. Había ido a preguntar por las dos niñas y llevaba un paquete envuelto que, por el olor, probablemente contenía algo que Pomfrey no iba a dejar entrar.

—Le dije que era para cuando pudieran comer de todo —explicó, viendo que Harry lo miraba—. No dijo que no. Dijo que todavía no, que es distinto.

Ninguno de los dos pareció dispuesto a poner en duda aquella diferencia.

Harry le preguntó si podían hablar un momento. Hagrid los condujo hasta una ventana apartada, sin llevarlos a su cabaña. Los grupos seguían pasando acompañados de profesores; el castillo no había cambiado todas sus reglas durante la noche.

—Nos vio Sinistra después de salir —empezó Harry—. Pero fuimos nosotros. Usted no sabía que estábamos ahí.

—Ya lo he contado.

Hagrid no alzó la voz. A Harry le habría resultado más fácil que lo hiciera.

—Queríamos preguntarle lo del otro muchacho.

—Y les respondió una cosa. Después estuvieron a punto de devorarlos.

Ron miró las botas de Hagrid.

—Por eso nos fuimos cuando vimos que se acercaban.

—Menos mal que uno de los dos lo vio a tiempo.

Harry notó que Ron se ponía rojo. No sonó como un reproche a su miedo. Hagrid dejó el paquete sobre el alféizar y se frotó la barba.

—Hermione avisó en cuanto se dio cuenta. Ésa hizo bien. No me vayan a contar lo de después como si hubiera estado equivocada por no ir con ustedes.

—No lo pensamos —dijo Harry.

Pensó en la hoja de los grifos junto a su cama. Había cosas que Hermione había averiguado sin que ninguno de los dos estuviera con ella.

—Vamos a cumplir el castigo.

—Pues cúmplanlo. Y la próxima vez que quieran saber qué llevo en un cubo, pueden empezar preguntándome.

Hagrid recogió el paquete. Antes de despedirse le puso a Harry una mano en el hombro; no lo apretó como otras veces, pero la dejó allí el tiempo suficiente para que pudiera mirarlo a la cara.

Esa tarde Ron recibió permiso para usar una varita prestada en las clases. Flitwick había guardado los pedazos de la suya para examinarlos; no podía convertirlos de nuevo en la madera que había llevado al túnel. La señora Weasley ya estaba avisada.

Ron hizo girar despacio la prestada entre los dedos.

—No es la misma.

—Ya sé.

—No digo que no sirva.

Harry lo acompañó hasta la enfermería antes de cenar. Ron no tenía un cuento nuevo que llevarle a Hermione. Le habló de la varita y de un ejercicio que tendría que repetir. Harry se sentó al otro lado, dejando libre el espacio por donde pasaba Pomfrey.

La copia del dibujo seguía en la mesa.

—Lo encontramos —le dijo.

Después se quedaron un rato, aunque ella no pudiera contestarles todavía.



CAPÍTULO 31

Lo que sí había dicho



Dracenia

La primera noche que su madre salió de la enfermería, Dracenia dejó caer el vaso.

No se rompió. Narcissa todavía no había llegado a la puerta y Pomfrey había puesto una jarra sobre la mesa de al lado; la enfermera lo detuvo con la varita antes de que golpeara el suelo. El agua se extendió por las sábanas de todas maneras.

Dracenia se quedó mirando su mano vacía.

—Me resbaló.

Nadie había preguntado.

Pomfrey secó la cama y le dio otro vaso. Narcissa regresó por el pasillo entre las cortinas, sin el apuro visible que habría vuelto todo peor.

—Voy a comer —dijo—. Regresaré antes de que apaguen esas dos lámparas.

Señaló las del fondo. Dracenia las miró como si pudiera comprobar cuánto aceite les quedaba desde allí.

—Puedes irte.

Su madre le rozó el cabello. Dracenia esperó a que la cortina dejara de moverse para volver a tomar agua.

Al cuarto día consiguió quedarse sola el tiempo suficiente para terminar una página del cuaderno verde. No era una tarea atrasada. Había copiado el ejercicio del péndulo y se estaba obligando a dibujar también la parte que no sabía arreglar.

Le salió mal dos veces.

La tercera encontró el error antes de intentar corregirlo con magia. Dracenia sostuvo el lápiz sobre el dibujo, irritada porque algo tan pequeño le hubiera costado toda la mañana. Luego escribió lo que había visto. Nadie añadió una respuesta debajo.

Su padre entró después del almuerzo con dos sobres que no dejó sobre la cama.

Dracenia había aprendido a reconocer aquel gesto. Las cartas del colegio, las notas para Pomfrey y el mensaje de Pansy sí podían quedarse allí. Las otras iban del bolsillo de Lucius a la mano de su madre, y después ambos hablaban fuera.

—¿Otra vez?

Lucius siguió su mirada.

—Tenemos una cita mañana.

—Ya les dijiste que me lo regalaste.

—Y tendré que explicar lo que hice antes de regalártelo.

Narcissa se sentó junto a la mesa. El sobre que tenía llevaba un sello del Ministerio. Dracenia no alcanzó a leer el resto.

—¿Por qué tiene que preguntarlo alguien que no estaba aquí?

Su padre se quitó los guantes, tirando de un dedo a la vez.

—Porque el director ha enviado el informe del objeto y de los ataques. La investigación no pertenece solamente al colegio.

—Pero tú viniste.

Lucius dejó los guantes sobre el respaldo de la silla.

—Sí.

Dracenia esperó algo más. Que haber venido resolviera al menos una parte de aquello. Que su padre le explicara por qué las personas capaces de devolver una serpiente enorme a un informe necesitaban preguntarle otra vez por un regalo.

Narcissa abrió el sobre. En vez de leerlo entero, buscó una parte y se la mostró a Lucius.

—Mi declaración también está pedida por escrito. Voy a explicar lo que sabía.

—No hace falta que respondas por mis pruebas.

—Voy a responder por lo que acepté, Lucius.

No estaban discutiendo como cuando ninguno quería recibir a un invitado. Dracenia reconoció la diferencia en que su padre no tenía preparada una frase divertida para terminar.

—¿Tú sabías que estaba entre sus cosas? —le preguntó a su madre.

Narcissa dobló la carta sin cubrir el sello.

—Sí.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Creí que bastaba con que tu padre lo hubiera usado. No bastaba.

Dracenia miró el dibujo del péndulo. Había esperado que uno de ellos dijera que la procedencia era una cosa y el contenido otra, o que ningún profesor se había dado cuenta tampoco. Su madre no lo hizo.

Lucius acercó la silla.

—No sabíamos que podía hacerte perder la conciencia. Ni utilizarte.

—Yo tampoco.

La frase salió con más fuerza de la que esperaba. Su padre se quedó inmóvil y Dracenia sintió ganas de retirarla, aunque era cierta.

Narcissa dejó el sobre sobre la mesa de la visita, lejos del cuaderno.

—No tenías que averiguarlo tú sola.

Dracenia apretó la esquina de la manta. Le desagradó que su madre pudiera decirlo sin convertir al mismo tiempo a Lucius en un desconocido. Él seguía allí, con los guantes a medio doblar; había preguntado por el hombro antes de hablar de las cartas.

—¿Van a llevárselo? —preguntó.

Su padre entendió de quién hablaba.

—Mañana voy a una entrevista. Después habrá otras decisiones. No voy a prometerte que ya están tomadas.

Dracenia nunca lo había oído decir aquello sobre una persona a la que pudiera mandar una carta.

Pomfrey le permitió bajar a la sala común dos días después, acompañada por Snape. Su madre la esperaría junto a la salida para llevarla a casa a descansar unos días. Dracenia había insistido en recoger ella misma los apuntes; no iba a permitir que Millicent eligiera qué parte de su bolsa parecía importante.

El corredor estaba demasiado lleno.

No había más gente de la habitual. Ése era el problema: alumnos pasando, mochilas, una puerta que alguien abría sin esperar a que ella terminara de mirar. Los que venían de clase llevaban los libros apretados contra el pecho o sujetos de cualquier manera bajo el brazo; una bolsa rozaba otra y nadie se detenía a comprobar qué había sonado. Dracenia tenía que seguir la espalda de Snape entre

hombros que se cruzaban. El aire cambiaba al pasar junto a cada aula abierta, más tibio donde acababan de salir alumnos, con olor a pergamino y al polvo que levantaban los zapatos. Dracenia se detuvo cuando un libro golpeó la cadera de un muchacho al cerrarse su bolsa.

Snape no le preguntó delante de los otros si se encontraba bien. Esperó a que volviera a caminar.

—Parkinson sabe que va a llegar —dijo.

La sala común olía a tinta, lana húmeda y una poción que no debía haber salido del aula. Pansy la vio desde la mesa del fondo, pero no corrió a abrazarla. Se levantó y retiró una silla.

—Tu libro de Pociones sigue entero.

—¿Lo comprobaste?

—Millicent me lo enseñó antes de devolvértelo. No quería que se lo preguntaras tres veces.

Dracenia encontró el libro encima de la bolsa. Lo abrió sin pensar y el movimiento de la cubierta le produjo un tirón en el estómago. Había notas en los márgenes. Una mancha vieja en la página ciento doce. Nada más.

Pansy fingió interesarse por el broche de la bolsa mientras ella lo cerraba.

Snape permanecía cerca de la chimenea. Algunos alumnos se acercaron a preguntarle por las clases; otros miraban a Dracenia con un cuidado que le resultó más molesto que un comentario directo.

Un muchacho mayor mencionó a Hagrid. No le hablaba a ella. Le decía a otro que al final habían tenido que abrir el sitio de donde había venido la criatura y que las historias del guardabosques siempre terminaban costándole algo al colegio.

Dracenia supo que podía guardar el libro, llevarse la bolsa y dejarlo para cuando volviera. Su madre no iba a pedirle que se quedara más tiempo.

Pansy se sentó de nuevo. No la estaba mirando.

—Lo que conté de Hagrid no demostraba que su araña hubiera atacado a nadie —dijo Dracenia.

El muchacho volvió la cabeza.

No se había imaginado tantas caras cuando decidió empezar.

—Yo vi una memoria escogida por la persona que lo acusó. No vi a la araña matar a esa alumna. Tampoco tenía una prueba de que estuviera detrás de los ataques de este año.

Alguien movió una silla. Dracenia sostuvo el asa de la bolsa para no cruzarse de brazos.

—Dijiste que había sido expulsado —objetó el muchacho.

—Eso sí ocurrió. Lo otro lo estaban contando como si fuera la misma cosa.

La frase estuvo a punto de dejarla allí, cómoda y casi cierta.

Pansy levantó los ojos.

—Yo también lo conté así —añadió Dracenia—. No tenía que haberlo hecho.

El muchacho miró hacia Snape. El profesor se había quedado donde podía oírla, sin acercarse a completar su explicación.

—Entonces no sabías tanto.

Dracenia sintió el impulso de preguntarle cuánto sabía él. Le habría salido bien. Notó el comienzo de la respuesta en la lengua y lo dejó pasar con un esfuerzo que no tenía nada de elegante.

—Sobre eso, no.

Tomó la bolsa de la mesa. Le pesaba más de lo que esperaba. Pansy se levantó para sostener la otra asa y Dracenia permitió que la ayudara hasta la puerta.

En el dormitorio había una cama sin tender.

Era la suya. Las otras tenían los cubrecamas lisos y pertenencias distribuidas con una falta de sentido que Dracenia habría podido corregir en menos de cinco minutos. Encontrar su almohada arrugada le produjo una rabia pequeña y útil.

—Dejaron que entraran a revisar y ni siquiera…

—Yo le dije que no la arreglaran —interrumpió Pansy—. No sabía qué ibas a querer tocar.

Dracenia dejó de mirar la almohada. En la mesa, el espacio donde había estado el diario quedaba debajo de la ventana.

—Ah.

Pansy abrió el armario para sacar el suéter que le faltaba.

—Tu madre dijo que volverías cuando pudieras seguir el horario.

—No pienso perderme el resto del curso.

—Pues no vuelvas para desmayarte en Pociones. Voy a estar con Millicent y no pienso cargar con las dos bolsas.

Dracenia le quitó el suéter antes de que lo doblara de aquella forma.

Trabajaron sin hablar durante un rato. El suéter ocupaba menos sitio cuando Dracenia metía las mangas hacia dentro; Pansy sostenía abierta la bolsa y apartaba con la muñeca una hoja que se le venía encima de la cama. Dracenia había convivido con aquel desorden todo el curso. Ahora podía decidir qué parte del suyo se

llevaba. Pansy tenía prisa por entregar un ejercicio, pero no se fue hasta que la bolsa quedó cerrada.

Dracenia apoyó una mano encima.

—Lo que dije a Snape de tus notas no era cierto.

—Ya se lo dije yo.

—Lo sé. Voy a corregirlo cuando me pregunte.

Pansy ladeó la cabeza.

—No hace falta que espere a preguntarte.

Dracenia abrió la boca. La cerró de nuevo.

—No —admitió.

Su amiga tomó los apuntes de Millicent. Antes de salir le dio una hoja con las tareas que ya tenían fecha de entrega.

No había escrito las respuestas.

Snape recibió la corrección sin sorpresa ni felicitaciones. Le pidió que repitiera con claridad qué había hecho Parkinson y qué había dicho ella. Dracenia lo hizo de pie, frente al sillón, deseando que el suelo estuviera un poco más alto para no tener que levantar tanto la cara.

Al salir encontró a Narcissa junto a una ventana del corredor. Dobby estaba con ella, sosteniendo una caja pequeña de comida para el camino.

El elfo bajó la cabeza al verla. Dracenia recordó su propia voz, meses atrás, ordenándole que retirara el plato porque no tenía ganas de contestarle.

Narcissa preguntó a Snape por una de las tareas. Se apartaron unos pasos, todavía a la vista.

—Ya no lo tengo —le dijo Dracenia a Dobby.

Él miró la bolsa.

—Dobby lo sabe, señorita.

—Me advertiste.

El elfo apretó la caja contra su funda. Ella esperó que dijera que no había podido saber lo que iba a pasar. Habría sido verdad; también habría hecho aquella conversación mucho más corta.

—Dobby tenía miedo del libro.

Dracenia bajó los ojos a sus pies desnudos.

—Ahora sabes que no va a volver.

—Sí, señorita.

No parecía aliviado de la manera en que ella había esperado. Dracenia miró hacia su madre, comprobó que seguía hablando y volvió al elfo.

—¿Qué pasa?

Dobby se quedó tan quieto que la caja dejó de crujir.

—Nada que la señorita tenga que mandar arreglar.

Dracenia se irguió. Era una manera extraña de responderle a alguien que podía estar intentando ayudar. Estuvo a punto de decírselo.

Detrás de Dobby, en el vidrio de la ventana, vio el reflejo de su propia bolsa: el cuaderno verde junto a una esquina del manual, ningún libro oscuro entre los dos.

—Te pregunté qué pasa. No te he dado una orden.

Dobby la miró a los ojos por un instante. Después volvió a bajar la cara.

—Dobby no quiere tener que pedir permiso para decir que tiene miedo.

Narcissa regresó antes de que Dracenia encontrara qué responder. Dobby se volvió hacia su ama y esperó a que le indicara dónde llevar la caja.

Dracenia no dijo que todavía estaba hablando con él. Lo vio recoger la otra bolsa y comprendió, con fastidio, que ni siquiera sabía adónde iba cuando no lo necesitaban.

CAPÍTULO 32

La versión del profesor

Harry

McGonagall puso sobre el escritorio una copia de la hoja que Harry había sacado del despacho de Lockhart.

Ron acercó la silla. El original se había quedado con el director, junto a sus declaraciones. Allí podían leerlo sin que el profesor apareciera para señalarles qué parte debían confirmar.

La narración terminaba a mitad de la página. Había un espacio reservado para el desenlace y, antes, varias frases sobre la preparación de los alumnos y la intervención decisiva de Gilderoy Lockhart.

Harry reconoció su nombre. Lo había leído en el despacho antes de saber cómo iban a entrar al baño.

—Esto no pasó —dijo.

McGonagall lo dejó recorrer la línea con el dedo.

—Necesito que distingan lo que oyeron de lo que creen que pudo hacer otras veces.

Ron se enderezó.

—Nos dijo que alguien tenía que contar bien las historias.

—Y que usaba más de una experiencia —añadió Harry—. No nos dijo de quién eran todas.

La profesora anotó la respuesta. Harry pensó en los siete libros del estante. Le habría gustado dejárselos todos encima de la mesa y que bastara con eso.

—En el túnel dijo que nos encontrarían confundidos. Antes del hechizo.

Ron tenía la varita prestada dentro de la bolsa. No la sacó para mostrar cómo lo había sujetado Lockhart. Se tocó el brazo y explicó dónde estaba cada uno, qué pudo decirle y cuándo vio salir la luz por la grieta.

McGonagall escribió sin interrumpirlo.

—¿Se va a acordar? —preguntó Ron cuando terminó.

La profesora dejó la pluma.

—Todavía no pueden decirnos cuánto recuperará. Está recibiendo atención especializada. No vamos a sentarlo aquí para exigirle que responda algo que no puede recordar.

Harry miró la hoja. No quería a Lockhart delante para hacerle otra pregunta. Quería que no hubiera alzado la varita contra Ron, que los hubiera llevado al salón como le pidieron o que les hubiera dicho desde el principio que no sabía qué hacer.

—Eso no cambia lo que intentó —dijo.

—No, Potter. Cuidarlo ahora tampoco lo cambia.

Las clases de Defensa se distribuyeron entre otros profesores mientras Hogwarts informaba a las familias de que Lockhart no volvería a enseñarles.

El aviso informaba de la investigación sobre su conducta y rechazaba su relato de intervención. Nadie había autorizado que usara los nombres de los niños.

Harry leyó la última frase dos veces.

—Al menos no va a salir eso con mi nombre abajo.

Ron estaba revisando la correa de su bolsa. La hebilla había quedado torcida cuando Lockhart lo agarró, y llevaba un rato intentando arreglarla sin romper otra cosa.

—Ni con el de Hermione.

Harry alzó los ojos.

Su amiga había buscado en uno de aquellos libros una explicación que no encontraba. Había llegado a pensar que le faltaba anotar mejor el movimiento. Cuando despertara, tendrían que contarle por qué ya no iba a tener aquellas clases.

Harry fue a la biblioteca después de comer. El libro de la silla seguía en el estante. No tenía por qué dejar de querer aprender lo que no les habían enseñado.

Pidió una hoja y apuntó el número de la página para preguntárselo a Flitwick.

Una semana después del rescate, McGonagall les confirmó que habían contrastado sus declaraciones con lo encontrado en el despacho y el túnel.

Harry preguntó si volverían a recoger su testimonio.

—Si hace falta, se lo diremos. No tienen que seguir esperando una pregunta cada vez que alguien entra al aula.

Él asintió. Había otras cosas que quería hacer aquella tarde. Quedarse junto a Hermione era una de ellas, aunque le costara hablar sin esperar que lo corrigiera.

Dobby pidió verlo esa misma tarde.

Había regresado a Hogwarts para explicar ante la funcionaria del Ministerio la advertencia que hizo en verano. McGonagall mandó buscar a Harry cuando el elfo preguntó si podía hablarle antes de volver a casa.

No estaba temblando como la primera vez. Aun así, eligió una silla desde la que veía la puerta. La silla era de tamaño corriente y le sobraba asiento alrededor del cuerpo; Dobby se había acomodado cerca del borde, con los pies recogidos. Desde enfrente, Harry veía el pasillo por encima de una de sus orejas.

Harry se sentó frente a él. La profesora les dijo que estaría en su despacho, al otro lado del pasillo. Dobby había pedido aquella conversación sin más personas delante.

—¿Pudiste contarlo?

El elfo asintió.

—Lo que Dobby oyó. No lo que no sabía.

—Eso está bien.

Dobby miró la mesa. Había un tintero, hojas limpias y un pequeño recipiente con caramelos que nadie le había ofrecido todavía. Harry lo acercó sin pensar. El elfo tomó uno y lo sostuvo envuelto. El papel tenía los extremos retorcidos y brillaba en las arrugas. Dobby lo hacía girar con los dedos, todavía entero; la funda le quedaba arrugada sobre las rodillas, donde había apoyado las manos antes de escoger. Harry dejó el recipiente entre los dos.

—La señorita está en casa —dijo.

Harry supuso que hablaba de Dracenia.

—¿Está mejor?

—Puede levantarse. Se enoja si la señora le dice que vuelva a acostarse.

Harry no tuvo problemas para imaginarlo.

—En verano ya sabías que había un libro —dijo—. ¿Sabías de dónde venía?

Dobby apretó el caramelo sin desenvolverlo.

—Oyó que lo guardaban con las cosas del que no debe ser nombrado. No sabía lo que podía hacerle a la señorita.

—Pudiste decírmelo.

—Dobby tenía miedo de que lo supieran en casa.

Harry miró la puerta que el elfo había querido dejar a la vista.

—También intentabas ayudarla a ella.

Dobby asintió.

El elfo se quedó mirando el caramelo. Harry esperó a que terminara, pero el elfo parecía haber perdido el modo de empezar.

—¿Necesitas otra cosa?

—Dobby habló porque quiso evitar que ocurriera. Hizo cosas que no debía. La nota a Harry Potter…

—Ginny ya sabe quién la mandó.

—Lo sabe, señor.

El elfo levantó la vista.

—Dobby no quiere seguir perteneciendo a esa casa.

Harry sintió que una respuesta se le adelantaba al pensamiento. Pudo detenerla antes de decir que no tenía que volver. McGonagall estaba al otro lado del pasillo y había adultos que podían escucharlo; ninguna de las dos cosas había cambiado lo que le impedía hablar durante el otoño.

—¿Quieres irte de ahí?

—Libre —precisó Dobby.

Harry miró la funda de almohada.

—¿Qué hace falta?

Dobby le explicó despacio. Sus amos no le daban ropa. La funda que llevaba no era una prenda entregada como tal; si uno de sus amos le daba una, el vínculo terminaba y podía marcharse.

Harry pensó en el suéter que había recibido de la señora Weasley. Durante un instante le pareció una solución tan fácil que buscó el error por sí mismo.

—Si yo te diera uno, no serviría.

Dobby negó.

—Harry Potter no es el amo de Dobby.

—Y no quieres otro.

El elfo levantó la cabeza. Las orejas se le separaron de la cara.

—No, señor.

Harry no supo cuánto tiempo llevaba esperando que alguien le preguntara aquello de una manera que pudiera responder.

—Podemos decírselo al director. O a McGonagall. Si tú quieres. Para que no tengas que pedirlo a solas.

Dobby desenvolvió por fin el caramelo. No se lo metió en la boca.

—El señor Malfoy va a oírlo.

—Sí —dijo Harry—. No puedo prometerte que no se enfade.

El elfo observó la puerta abierta. Cuando volvió a hablar, su voz fue casi un susurro, pero Harry no tuvo que acercarse para entenderla.

—Dobby quiere pedirlo.

McGonagall lo escuchó sin llamar primero a los Malfoy.

Harry se quedó a su lado porque el elfo se lo pidió. La profesora preguntó si alguien le había prometido algo por declarar. Dobby dijo que no. Lo habían oído antes de aquella conversación y él había contado lo que sabía porque había una niña herida.

Harry miró a la profesora.

—¿Puede venir sin que tenga que irse antes de terminar de hablar?

—Puedo pedir una reunión y dejar claro que Dobby quiere terminar de hablar.

Dobby asintió.

La profesora añadió que, si obtenía su libertad, no tendría que decidir esa misma tarde dónde vivir ni para quién trabajar. Podrían darle alojamiento temporal en el colegio mientras lo resolvía. Era una oferta, no otra obligación.

Dobby apretó el papel vacío del caramelo.

—Le gustaría dormir una noche sin que alguien lo llamara.

Harry miró sus pies sobre el borde de la silla. No había tenido que decir una casa enorme ni un montón de monedas. Le molestó descubrir lo poco que hacía falta para que el deseo de Dobby pareciera una cosa extraordinaria.

McGonagall acercó una hoja.

—Empecemos por pedir que lo escuchen.

Harry esperó mientras Dobby elegía qué quería que escribiera. Esta vez no intentó terminarle las frases.



CAPÍTULO 33

Lo que Dobby quería

Dracenia

Dracenia había decidido que la casa no estaba demasiado silenciosa. La habían acostumbrado a dormir con cinco personas moviéndose alrededor, eso era todo.

A media mañana se oyó la voz de su padre desde el despacho. No alcanzó a entender las palabras, pero reconoció el tono que usaba cuando alguien le decía por segunda vez una cosa que ya había rechazado. Apoyó el cuaderno contra las rodillas y esperó a que terminara. En Hogwarts habría habido pasos cerca de la cama, alguien reclamando un libro o el ruido de una bolsa al caer. Allí alcanzaba a oír el roce de una página cuando la movía con el pulgar. La voz de Lucius seguía llegando apagada, sin palabras suficientes para que pudiera contestarse lo que quería saber.

La puerta no se abrió.

Narcissa apareció poco después. Llevaba una carta de Hogwarts y no pareció sorprenderse al encontrar a su hija sentada fuera de la cama.

—Si puedes trabajar aquí, mañana podrás bajar a desayunar con nosotros.

Dracenia miró el sobre.

—¿Qué quieren ahora?

Su madre se sentó junto a la ventana.

—McGonagall ha escrito por Dobby.

Dracenia conocía las visitas del elfo al colegio. Su padre las había mencionado delante de ella, más molesto por no haberse enterado a tiempo que por el miedo que había hecho ir al elfo. La voz del pasillo volvió a su memoria: no quería pedir permiso para decir que tenía miedo.

—¿Le pasó algo?

—Ha pedido que lo dejemos libre.

Narcissa lo dijo sin bajar la voz. Dracenia miró la puerta, esperando descubrir que Dobby estaba allí para explicar aquella frase tan inconveniente.

—¿Para irse adónde?

—Eso lo tendrá que decidir él.

Dracenia cerró el cuaderno. Le resultaba fácil imaginar que alguien abandonara un empleo. Los profesores cambiaban, su padre había despedido a personas y una institutriz dejó de ir porque iba a casarse. Dobby no pertenecía a esa parte de la casa. Había estado allí antes de que Dracenia supiera bajar sola las escaleras.

—¿Papá lo sabe?

Narcissa asintió.

—Está leyendo la carta.

Lo encontraron de pie junto al escritorio.

Lucius había dejado una hoja abierta debajo de la de Hogwarts. Dracenia vio el sello del Ministerio antes de que él la apartara. No la escondió en un cajón; la colocó junto a otras con el mismo borde.

—No vas a volver al colegio para que te hagan preguntas sobre esto —le dijo.

—Voy a volver al colegio cuando pueda. Eso ya lo hablamos.

Su padre la miró un momento. Narcissa no intervino.

—Todavía necesitas descansar.

—Puedo descansar después de preguntar qué vas a hacer con Dobby.

Lucius se sentó. No le señaló la silla como una orden, pero Dracenia la tomó porque las rodillas empezaban a cansársele.

—Quiere marcharse de la casa. La profesora McGonagall ofrece escuchar la petición en Hogwarts. Potter ha estado ayudándolo a presentarla.

Dracenia sintió una irritación inmediata. Potter tenía una habilidad extraordinaria para aparecer en conversaciones que deberían pertenecer a otras personas.

—¿Por qué él?

—Supongo que tendrías que preguntárselo.

Su padre no había sonreído. Dracenia bajó la vista a la carta.

—¿Vas a dejarlo?

—No veo que esta familia tenga que responder a cada solicitud de tu compañero.

—Te pregunté por Dobby.

Lucius dejó de tocar el borde del sobre.

Narcissa se acercó a la ventana. Dracenia sabía que no estaba mirando el jardín, pero le agradeció que no permaneciera detrás de la silla de su padre.

—Podríamos apartarlo de las tareas que le resulten difíciles —dijo él—. Ni siquiera ha explicado qué pretende hacer después.

Dracenia imaginó la bandeja en el pasillo, una caja apretada contra la funda y a Dobby apareciendo cada vez que alguien lo necesitaba. Había oído decir que los elfos se alegraban de servir. Le pareció de pronto una afirmación extraordinariamente fácil de comprobar mal: bastaba con preguntar delante de su padre.

—¿Le preguntaste?

Lucius miró la carta.

—Lo ha puesto aquí.

—Entonces ya explicó lo que quiere.

Su padre se recargó en el respaldo. Dracenia tuvo miedo de que terminara la conversación diciéndole que regresara a su cuarto. No quería llorar para quedarse; le enfurecía que el cansancio le acercara las lágrimas antes de que pudiera escoger las palabras.

—Cuando me dijo lo del diario, le contesté que tú sabías lo que me dabas.

Narcissa se volvió.

Dracenia miró el estuche de plumas sobre el escritorio. Conocía el sonido que hacía su padre al cerrarlo.

—No se lo pregunté después. Ni por qué lo decía. Quise que dejara de hablar.

Lucius apoyó las manos en los brazos del sillón.

—No podía saber lo que iba a pasar.

—Yo tampoco. Pero intentó advertirme y yo le dije que se callara.

Se había equivocado en un detalle: no había usado exactamente esas palabras. Se acordaba de las que sí usó, del desprecio con que había vuelto hacia la escalera. No necesitó repetirlas para que su madre entendiera.

Lucius observó su cara.

—Esto no tiene que pagarse regalándole nada.

Dracenia se irguió.

—No quiero pagárselo. Quiero que pueda irse si no quiere estar aquí.

La última parte le costó más. Dobby ya no prepararía su habitación ni le encontraría lo que dejara debajo de una silla. Otros lo harían, seguramente; era una renuncia demasiado cómoda para presentarla como un sacrificio. Lo difícil estaba delante, esperando que retirara una petición que no le convenía a su padre.

—No sé si le va a gustar —añadió—. Puede irle mal. Pero quedarse porque nosotros queremos no es lo mismo.

Narcissa se acercó a Lucius.

—Yo acepté que entrara la funcionaria a preguntar por el diario. No voy a pedirle a Dobby que hable con libertad allí y que después finjamos que aquí no ha pedido nada.

Lucius levantó la vista hacia ella.

—Sabes que esto no depende de un papel del Ministerio.

—Sí. Depende de lo que hagamos nosotros.

Dracenia esperó. Su padre miró la carta una vez más, pero no volvió a leerla.

—Quiero oírlo de él —dijo al fin.

No era un sí. Dracenia lo reconoció con la misma precisión con que reconocía una puerta que todavía no estaba cerrada.

Regresó a Hogwarts tres días después, con permiso de Pomfrey y un horario reducido durante la primera semana. Pansy le había advertido por carta que su lugar en Pociones no se conservaría vacío por dignidad familiar. Dracenia pensaba discutir esa frase en cuanto la viera.

Antes tuvo que esperar con sus padres frente al despacho de McGonagall.

Lucius había firmado al llegar. Una nota del colegio establecía que sus visitas se acordarían con la dirección mientras terminaban de investigar el objeto. Su padre leyó las condiciones con el bastón quieto entre las manos.

—Mi hija sigue estudiando aquí.

—Y puede recibirlo —respondió McGonagall—. Concertando la visita. La entrega de un objeto de esa procedencia no se resuelve con que lo hayamos retirado.

Lucius guardó la hoja. No fingió que había ganado la discusión.

Dentro estaban Potter y Dobby. El elfo ocupaba una silla baja; Potter tenía las manos entre las rodillas y no pareció encontrar una manera apropiada de saludar a ninguno de los Malfoy.

Dracenia se sentó frente a él y se quitó los guantes. Los dejó sobre las rodillas. Uno conservaba la forma curvada de sus dedos y el otro quedó aplanado contra la falda. Al otro lado, Potter se movió sobre la silla y sus lentes recogieron por un instante el reflejo del escritorio. Tenía las manos todavía entre las rodillas; Dracenia había visto a alumnos esperar así fuera de un despacho después de hacer algo que no podían explicar. Se había preparado para que la mirara con la satisfacción de quien acaba de hacer lo que debía haber hecho otra familia. Potter, en cambio, miró al elfo.

—¿Quieres que me quede?

—Sí, por favor, Harry Potter.

A Dracenia le molestó que la pregunta no hubiera sido para ella. También le dejó sin una objeción útil.

McGonagall recordó que estaban allí a petición de Dobby.

Dracenia miró la funda de almohada que llevaba el elfo.

—¿Qué hace falta para que seas libre? —le preguntó.

—Que uno de sus amos le dé ropa a Dobby.

—¿También podría dártela yo?

—Sí, señorita. Dobby sirve a su familia. También a la señorita.

Lucius se volvió hacia el elfo.

—Has pedido abandonar la casa.

Dobby sostuvo el borde de su silla.

—Dobby ha pedido ser libre.

Su padre entrecerró los ojos. Dracenia reconoció la diferencia entre que un empleado corrigiera una cantidad y que Dobby corrigiera aquella frase.

—¿Aunque no tengas otro lugar?

—Dobby tiene dónde pasar las primeras noches. Después buscará.

—No he preguntado qué te han ofrecido.

Harry se movió. Dracenia lo vio cerrar una mano y abrirla de nuevo; no habló por el elfo.

Dobby tomó aire.

—Dobby quiere poder elegir dónde se queda. Aunque tarde en encontrarlo.

Narcissa dejó el bolso junto a su silla. El sonido de la hebilla fue diminuto y aun así Dracenia lo oyó con claridad.

Lucius preguntó si alguien lo había amenazado o le había dicho qué debía pedir. Dobby negó ambas cosas. Había temido volver después de sus visitas y seguía deseando marcharse ahora que el diario ya no podía hacer daño.

Dracenia sintió el impulso de explicar que ella no pensaba castigarlo. Había estado a punto de ofrecerle eso como si resolviera su petición.

—Yo no quería escucharte —dijo.

El elfo volvió la cara hacia ella.

—Con el libro. No porque no hubieras explicado todo. Porque eras tú quien lo decía.

Le ardieron las orejas. Potter seguía allí. Dracenia no lo miró.

Dobby asintió una vez, sin apresurarse a disculparla.

Lucius apartó la vista de su hija.

—Ya has dicho lo que querías —le dijo a Dobby—. Volverás a casa con nosotros.

Dobby se puso de pie.

—Dobby no quiere volver, señor.

Dracenia alzó la cabeza.

—Dijo que quiere irse.

—Lo he oído, Dracenia. Y he dicho que no.

Ella tomó uno de los guantes que tenía sobre las rodillas y se lo ofreció a Dobby. El elfo miró la prenda y después la cara de Lucius.

—¿La señorita se lo da a Dobby?

—Deja el guante, Dracenia —dijo su padre.

Le tembló la mano. La mantuvo extendida.

—Es tuyo —le dijo al elfo.

Dobby se acercó y recibió la prenda entre las dos manos.

—Devuélveselo —ordenó Lucius.

El elfo dio un paso atrás, con el guante apretado contra el pecho.

—Dobby es libre.

Harry dejó escapar el aire. Dracenia se dio cuenta de que no había sonreído hasta oírlo en voz del elfo.

Su padre la miró.

—De esto vamos a hablar en casa.

Dracenia bajó la mano vacía hasta el otro guante.

Lucius se levantó para marcharse. Tenía que acudir a otra reunión antes de volver a casa; Narcissa acompañaría a su hija a la enfermería.

Dracenia lo siguió hasta la puerta con el guante que le quedaba apretado en una mano.

—Papá.

Él se detuvo.

Dracenia no sabía cómo decirle que seguía queriendo que la abrazara sin hacer que pareciera una disculpa por haber contradicho algo suyo. Dio un paso hacia él.

Lucius le puso una mano detrás de la cabeza y la acercó a su abrigo. Ella apoyó la frente un instante, más cansada de lo que quería admitir. La tela del abrigo estaba lisa bajo su piel, firme donde la sostenía el cuerpo de su padre. En la mano que le quedaba abajo tenía el otro guante, apretado por los dedos hasta formar un bulto pequeño.

—Te dije que no, Dracenia —murmuró él.

Ella se quedó con la frente apoyada en su abrigo.

—Te oí.

Su padre se separó lo suficiente para mirarla.

—Ve con tu madre. Pomfrey tiene que revisarte antes de que busques a Parkinson.

Dracenia se apartó, todavía con el guante en la mano.

Cuando Lucius se fue, Dobby continuaba dentro con Harry y la profesora.

—¿Dónde dormirás? —preguntó Dracenia desde la puerta.

El elfo volvió la cara.

—Aquí esta noche. Después Dobby quiere preguntar por trabajo.

—Podrías…

Se detuvo. Iba a decirle que se encargara de que no lo engañaran, como si no acabara de verlo pedir algo mucho más difícil que una paga.

Dobby esperaba.

—Podrías avisar si encuentras —terminó.

No sonó tan bien como ella habría querido. El elfo no prometió hacerlo de inmediato.

—Si Dobby escribe, la señorita tendrá que darle una dirección.

Harry bajó la vista con una sonrisa que Dracenia decidió no discutir. Dracenia sacó de su bolsa la hoja de las tareas de Pansy, escribió al dorso la dirección del colegio y se la ofreció a Dobby por el lado limpio.

El elfo guardó el papel dentro del guante.

Narcissa llamó a Dracenia desde el corredor. Ella salió con su madre, llevando su propia bolsa.

CAPÍTULO 34

Los que volvían

Harry

La última correa tenía una grieta debajo de la hebilla.

Harry la descubrió cuando ya había terminado de limpiar. Le habría gustado no verla: era el cuarto sábado, Ron estaba guardando los cepillos y por la ventana del cuarto de material se veía un pedazo de cielo que no tenía intención de ponerse a llover.

Deslizó un dedo por el borde del cuero. La grieta se abría al doblarlo. El cuero estaba limpio y todavía olía al producto con que lo habían frotado. Ron ya había juntado los cepillos; había cerdas oscuras pegadas a la mesa y una marca húmeda donde habían estado dejando las piezas.

—Profesora.

Hooch dejó lo que estaba revisando y se acercó. Harry le mostró la marca. No era muy grande, pero atravesaba casi todo el espesor.

—Ésta no vuelve al estante —dijo ella.

La colocó en una caja distinta y le pidió que revisara las dos del mismo juego. Ron soltó un suspiro que intentó convertir en tos.

Hooch lo oyó.

—Si piensa subirse a algo que han preparado ustedes, Weasley, le conviene que acabemos.

Ron volvió a sacar el cepillo.

Cuando terminaron, la profesora los llevó al armario donde guardaba las escobas de prácticas. La número nueve estaba en su sitio, con el mango limpio y una marca vieja cerca de la unión con las ramas. Ron se detuvo frente a ella.

—No debí sacarla para ir al bosque.

—Ya me lo ha dicho.

—Quería decirlo también ahora que no me está preguntando.

Hooch lo miró con sus ojos amarillos. Harry sostuvo la caja para no parecer que estaba escuchando demasiado.

—El préstamo terminó. Cuando quiera volar de nuevo con material del colegio, tendrá que solicitar una sesión autorizada como los demás. No voy a castigarlo fingiendo que es incapaz de aprender.

Ron asintió. No intentó tomar el mango.

La Nimbus esperaba en el despacho de McGonagall. La profesora les devolvió también la capa y dio por terminado el trabajo de los sábados. Las normas del bosque seguían siendo las mismas; la desobediencia no se borraba del registro porque Harry hubiera hecho después algo valiente.

Harry guardó la capa. Era tan ligera que durante un instante le costó relacionarla con todo el tiempo que había pasado lejos de él.

—Gracias, profesora.

—Úsela con más juicio del que mostró al sacarla la última vez.

No sonó como un permiso para encontrar una excepción.

Aquel mes el castillo fue abriendo puertas por etapas.

Primero pudieron regresar a un aula sin esperar a que otro grupo terminara de cruzar el corredor. Después retiraron dos de las filas de bancos que obligaban a rodear la escalera. El baño de

Myrtle no volvió a tener una entrada abierta debajo del lavabo: Flitwick explicó en clase que el acceso estaba cerrado y protegido, y que las revisiones continuarían a cargo de los profesores.

Harry pasó por allí una tarde con Ron. No iban a comprobar un mecanismo. Habían preguntado a McGonagall si podían visitar a Myrtle cuando terminaran los trabajos, y la profesora se quedó cerca de la puerta mientras entraban.

Myrtle estaba sentada junto a la ventana. Habían quitado los libros que antes la molestaban; ahora se quejaba de que nadie los hubiera consultado con ella antes de decidir dónde poner una silla.

—Ésa es la tuya —le dijo a Harry.

Él miró la silla donde se había sentado después de subir.

—No tengo que quedarme tanto hoy.

—Pues mejor. Respirabas de una manera espantosa.

Ron se interesó de pronto por una grieta del techo. Harry no intentó explicarle a Myrtle que había sido un día difícil.

Harry se acercó a la ventana.

—Nos dijeron que están corrigiendo lo que escribieron sobre tu muerte.

Myrtle dejó de mover los pies a través de la pared.

—¿Van a escribir mi nombre?

—Sí. La profesora dice que ya está en el informe del colegio. Con lo que tú contaste.

El fantasma miró hacia el lavabo y luego a Harry.

—Más les vale no poner que me escondí por una tontería.

Harry recordó el resumen de McGonagall y a Myrtle apartando sus libros de la ventana. Le costó reunir a la niña que no había vuelto a salir del baño con aquella voz capaz de quejarse de una

bolsa. No quiso decir que ahora todo estaba bien. Myrtle seguía siendo un fantasma en un baño.

—No voy a decir eso.

Ella se acomodó el cabello húmedo.

—No te he pedido que lo digas tú todo.

Harry pudo sonreír.

Al irse, Harry enderezó la silla. Myrtle le indicó que la dejara un poco más cerca de la ventana. Ron esperó a que salieran para comentar que había personas capaces de quejarse de su asiento aunque pudieran atravesarlo.

Harry se rió. Se volvió una vez desde la puerta: Myrtle seguía allí, mirando el trozo de cielo que le habían dejado libre.

Las mandrágoras no maduraron antes porque el castillo hubiera dejado de escuchar una serpiente.

Sprout siguió trabajando en los invernaderos y Pomfrey preparó lo que podía mientras esperaba los ingredientes. Ginny continuó escribiéndole a Colin. A veces no tenía una noticia importante y se enfadaba con el papel; otras llenaba una página describiendo una discusión sobre el dibujo de un corredor que él ya no tendría que usar de aquella manera.

Una mañana de mayo, Ginny salió del desayuno antes de que Percy terminara de preguntarle qué había olvidado.

La habían llamado desde la enfermería.

Harry se levantó, pero McGonagall lo detuvo con una mano breve en el hombro.

—Primero su madre. Después podrán visitarlo.

No necesitó decirle a quién. Harry se sentó de nuevo. Ron acercó la jarra sin intentar llenar de conversación la espera.

Esa tarde, cuando Pomfrey les permitió entrar, Hermione tenía los ojos abiertos.

Harry se detuvo en el borde de la cortina. Se había acostumbrado tanto a buscar un movimiento que, al verla acomodarse contra las almohadas, tardó en acercarse. La señora Granger estaba sentada junto a ella. Su padre sostenía el pequeño espejo por la cubierta, sin abrirlo. La cama tenía otra vez pliegues donde Hermione se había movido. La niña apartaba la sábana de las rodillas para sentarse mejor; la almohada se le hundía detrás de un hombro y ella seguía buscando sitio, ocupada en algo tan corriente que él se quedó mirándola antes de decir nada.

Hermione miró la cara de Ron y después la de Harry.

—¿De verdad es mayo?

Ron asintió. Se quedó con las manos en los bolsillos hasta que ella le pidió que sacara la varita prestada.

—Me contaron lo que le pasó a la otra.

La miró sin intentar hacer un hechizo. Harry reconoció aquella atención, la misma con que Hermione había seguido el contorno del péndulo. No había vuelto de golpe todo lo que faltó mientras estuvo inmóvil. Ella estaba allí, pensando otra vez.

El señor Granger dejó el espejo sobre la mesa. Harry le dijo que su hija les había advertido a los otros alumnos antes de que la vieran caer. El hombre miró a Hermione y le acomodó un mechón detrás de la oreja. Ella lo dejó hacerlo, aunque alzó la barbilla cuando Ron empezó a contar lo de la serpiente grabada.

—No sabía que abriera nada —dijo—. No me coincidían las reparaciones.

Harry sacó la copia. Le enseñó dónde habían encontrado la cabeza del dibujo y cómo lo interpretaron después.

Hermione pasó el dedo por el margen, sin tocar el grifo dibujado.

—Pensé que con el espejo tendría tiempo de avisar. Oí algo muy cerca.

Su madre le tomó la mano. Nadie le dijo que, de haber sido más lista, no habría tenido miedo.

Cuando los padres fueron a hablar con Pomfrey, Harry acercó la silla de Ron y se sentaron a los dos lados de la cama.

—Lo del bosque —empezó.

Hermione lo miró con una expresión que él había esperado durante semanas.

—Eso sí me acuerdo.

—No te lo dijimos porque sabíamos que ibas a tratar de detenernos. No porque no nos diera tiempo.

Ron se acomodó a su lado.

—Yo pensé que si íbamos por arriba, luego podríamos explicarlo. Como si supiéramos cuánto espacio había antes de verlo.

Hermione dejó la copia del dibujo sobre sus piernas.

—Yo también quería preguntarle cosas a esa araña. No me quedé porque no tuviera curiosidad.

Harry asintió. No tenía una buena respuesta que no convirtiera lo que ella acababa de decir en una excusa para ellos.

—Lo siento.

Ron lo dijo también, menos fuerte.

—Si no están de acuerdo conmigo, díganmelo —respondió Hermione—. No me dejen esperando que vuelvan de recoger una cosa.

No prometieron que jamás volverían a discutir. Harry le preguntó si quería ver lo que todavía recordaba del pasaje. Ella dijo que después. Le faltaban días enteros de los que no sabía nada y no todos tenían que ser sobre lo ocurrido bajo el colegio.

Ron empezó por una partida que perdió contra Ginny. Harry no recordaba haberlo oído contar esa parte con tanto detalle.

Hermione encontró el libro de Lockhart entre las cosas que sus padres habían recogido.

Lo tuvo cerrado un buen rato. Harry le contó lo que podían probar, sin repetir como hechos los rumores que ya circulaban sobre otras aventuras. No le mostró la varita de Ron como si fuera un trofeo.

—Sigue en tratamiento —añadió—. No sabe lo que pasó.

Hermione miró la dedicatoria.

—Yo quería que pudiera enseñarnos lo que contaba.

Ron dejó de dar vueltas a una pieza de ajedrez.

—Podemos querer aprenderlo igual.

Harry le enseñó la página que había anotado para Flitwick. Hermione reconoció el ejercicio de la silla y guardó el papel con el libro. No le arrancó la dedicatoria ni fingió que ya no le importaba.

Al día siguiente preguntó a los profesores qué trabajos tendría que recuperar y cuándo podría volver a clase. Pomfrey acabó aquella conversación antes de que Hermione pudiera convertir la bandeja del desayuno en un escritorio. Harry se fue con Ron, todavía oyéndola protestar porque preguntar no era cansarse.

Colin tenía las cartas abiertas sobre la cama cuando les permitieron entrar al día siguiente.

No parecía una estatua que hubiera conseguido sentarse. Se movía demasiado para alguien que acababa de pasar meses inmóvil: tocaba un sobre, acomodaba otro, levantaba la vista a cada ruido. Su madre estaba junto a la ventana, con la cámara en las manos y una expresión que hizo que Harry bajara la voz al saludar.

Ginny les enseñó el sitio libre sobre la mesa. Había llevado el dibujo en el que Colin había trabajado con ella antes del ataque; ahora él discutía con ella una parte.

—La escalera no se ve así.

—Tú la dibujaste.

—Antes de subir otra vez.

Ginny le tendió un lápiz. No le dijo que todo el mundo había estado preocupado para que dejara de corregirla.

Colin levantó los ojos hacia Harry.

—Me contaron lo de la Cámara.

Harry miró a su madre. Ella había dejado la cámara y lo observaba sin pedirle nada.

—Supongo que te contaron partes.

—Unas cuantas. ¿Es verdad que…?

Colin se detuvo. Tenía los dedos alrededor del lápiz con tanta fuerza que Harry recordó los suyos sobre el mango de un colmillo.

—¿Voy a poder volver por ese corredor?

No era la pregunta que había esperado.

—Los profesores lo están revisando —respondió—. La criatura ya no está viva.

Colin miró su cámara.

—Entonces quiero verla por dentro. La cámara —aclaró antes de que su madre se volviera del todo—. Me dijeron lo que había en la película.

La señora Creevey le pasó una mano por el cabello. Harry no se quedó más de lo que Pomfrey permitió. Antes de salir, Colin le enseñó una parte del dibujo que todavía quería terminar. No le pidió una fotografía.

Justin los encontró tres días después en un patio.

Llevaba el abrigo cerrado aunque hacía sol. Ernie caminaba a su lado y se quedó un poco atrás cuando su amigo se acercó a Harry.

Ron dejó de mover una pieza de ajedrez que había llevado hasta la mesa. Hermione cerró el libro sólo hasta la mitad.

—No sé bien qué pasó después del club —dijo Justin—. Me han dicho varias cosas.

Harry apoyó los codos en las rodillas. Podía explicarle lo que dijo la serpiente. Lo había intentado antes y no había podido llegar a aquella conversación.

—Quería que se apartara. No que fuera hacia ti.

Justin miró a Ron y volvió a Harry.

—Sí. El profesor Snape me lo explicó también.

Ernie avanzó un paso.

—Yo dije que… lo de que habías hablado y luego lo encontraron.

Harry lo recordaba. No había perdido aquella parte con el resto del invierno.

—Lo oí.

—No tenía que haberlo dicho como si supiera.

El sol le daba en la mitad de la cara. Harry no supo si Ernie estaba rojo por eso.

—No —respondió.

Justin miró la mesa y preguntó si estaban jugando. Ron explicó que aquella partida aún no había empezado porque una torre se negaba a aceptar que le faltaba una esquina. Justin se inclinó para verla; la pieza se volvió hacia él con evidente ofensa.

Harry corrió la mochila para dejar sitio. No se convirtió en una amistad resuelta durante una tarde. Ernie seguía escogiendo demasiado las palabras y Justin no quería oír todos los detalles de su propio ataque. Pudieron sentarse, que era más de lo que Harry había conseguido aquel día junto a la escalera.

Nick apareció en el comedor antes del fin de semana. Tenía otra vez su brillo habitual y una lista muy larga de molestias que nadie vivo habría sabido anticipar. En su primer intento de explicar el tratamiento atravesó el puré de Neville.

Neville esperó a que terminara.

—Me alegra que se encuentre mejor. Pero me gustaría comer eso.

A la señora Norris la vieron después, completamente despierta, siguiendo a Filch con una atención renovada hacia las manos de los alumnos. Ron dijo que al menos una parte del castillo nunca había estado más segura de sus sospechas.

El aviso sobre Hagrid llegó a las casas antes de que él supiera qué hacer con la copia que le entregaron.

Harry lo encontró al final de una visita autorizada a su cabaña, después de clase. El papel estaba encima de la mesa, lejos de las

tazas y protegido de Fang por una olla vacía. Fang estaba de pie junto a la mesa y acercaba la cabeza por debajo del tablero, dejando a los visitantes el espacio que no ocupaba su cuerpo. Olía a té y al calor de la cocina; los amigos habían tenido que acercar las tazas para que cupieran también sus brazos al inclinarse sobre el aviso. Hagrid estaba sentado con ellos, demasiado cerca para que Harry tuviera que alzar la voz.

La revisión del colegio retiraba la atribución de aquella muerte a la criatura que Hagrid había ocultado. Habían añadido el testimonio de Myrtle, los hallazgos de la Cámara y la identidad del dueño del diario. El informe se había enviado también al Ministerio para corregir el antecedente que procedía del colegio.

No decía que criar una acromántula a escondidas hubiera estado bien. Tampoco podía devolverle los cursos que perdió.

Hagrid pasó un dedo por una línea.

—Tardaron bastante en preguntar a la persona que estaba allí.

Harry miró a Ron y a Hermione. Ella había recogido el testimonio de Myrtle antes de que ellos salieran al bosque. Harry recordaba haberle preguntado primero por los alumnos que la molestaban, sin imaginar lo que tenía que contar.

—Ella quería que pusieran su nombre —dijo.

—Pues está.

Hagrid acercó el papel para que lo vieran. Sus manos eran demasiado grandes para sujetarlo de las esquinas sin doblarlo un poco.

Hermione le preguntó si iba a enmarcarlo.

—No sé. Si lo pongo donde lo vea Fang, termina tirándolo.

Ron miró al perro, que acababa de acostarse sobre un zapato suyo.

—Puede ponerlo un poco más alto.

Hagrid se rió. La olla volvió al fuego y, por primera vez en muchas visitas, Harry no tuvo que preguntarle qué parte de una historia vieja se habían negado a escuchar.

Antes de irse miró hacia el borde del bosque. No vio arañas, ni esperaba verlas con el sol de la tarde sobre la hierba. Recordó de todas maneras las patas acercándose desde los árboles.

—Ron vio que teníamos que irnos —dijo.

Su amigo levantó la cabeza.

—Tú seguías preguntando.

—Sí.

Hagrid se quedó mirándolos un momento. Después se inclinó para apartar a Fang del camino.

—La próxima vez que le hagas caso, mejor antes de estar en medio.

Harry no se rió hasta ver que Ron ya lo estaba haciendo.

El Ministerio escribió a las familias antes de que Harry leyera la noticia en el periódico.

La señora Weasley incluyó un recorte en una carta dirigida a Ron y a Ginny, y añadió una línea para Harry. Podían preguntarle a McGonagall si no entendían algo; no tenían que adivinar qué significaban las palabras de un reportero.

Lucius Malfoy había aceptado una sanción económica por entregar un objeto peligroso sin hacerlo examinar y una revisión de los objetos que conservaba de aquella procedencia. El diario quedaba incautado. La resolución recogía su cooperación después de recibir la carta de su hija y no lo acusaba de haber planeado los ataques. También dejaba asentado que conocía la procedencia del

regalo. Su mujer había prestado declaración y entregado la correspondencia que se le pidió.

No iría a prisión. La noticia mencionaba las gestiones de sus representantes y una entrevista con un alto funcionario, pero no decía que la sanción hubiera desaparecido. Hogwarts mantendría sus visitas sujetas a autorización; las donaciones no le darían intervención en la investigación ni derecho a llevarse las pruebas.

Ron leyó el recorte dos veces.

—Puede pagar eso.

—Sí —dijo Hermione.

Harry recordó el guante de Dracenia entre las manos de Dobby y la voz del señor Malfoy ordenándole que lo devolviera.

No sabía qué cantidad habría parecido suficiente para que un padre no volviera a hacer algo así. Tampoco quería que el periódico llamara accidente a una decisión que había tenido dueño.

Dejó el recorte dentro de la carta. La parte de la señora Weasley preguntaba por ellos, por las clases y por si Ron había vuelto a solicitar una práctica de vuelo. Harry prefirió leerla antes de empezar otra discusión sobre lo que el periódico no decía.

Una tarde, Ginny volvió a desplegar el mapa junto a Harry.

Ya no necesitaba tantas marcas de grupos ni horarios. Querían conservar una copia que pudiera usar Colin para su dibujo y había que borrar dos recorridos que habían quedado encima de una pared.

El niño que en enero prefirió salir con otra persona se acercó con una regla. Harry lo reconoció antes de que dijera nada.

—Sé dónde termina esa línea.

Ron lo miró desde el banco. El muchacho se quedó donde estaba.

—Si quieren, se las enseño.

Harry tuvo ganas de preguntarle por qué ahora no le daba miedo. Vio la regla nueva, las dos marcas pendientes y a Ginny esperando una respuesta sin dársela por él.

—Vamos —dijo—. Pero si no coincide, lo cambiamos. No lo dejamos porque lo hayas dibujado tú.

El niño asintió con seriedad. No pidió que fuera otro.

Dracenia lo detuvo junto a la salida de Encantamientos cuando faltaban unas semanas para el fin del curso.

Harry llevaba el objeto reparado dentro de una caja. Había conseguido que la base no volviera a abrirse al darle vuelta, y Flitwick le pidió que lo llevara a la siguiente clase para comprobar el movimiento. Ron había ido a buscar su bolsa; Hermione seguía haciendo una pregunta al profesor.

Malfoy se apartó para dejar pasar a dos alumnos. Se quedó al lado de la pared, con la bolsa tirándole de un hombro y el cabello rubio revuelto por el movimiento. Detrás seguían saliendo alumnos con las tareas de Encantamientos, deteniéndose un instante para dejar pasar a los que llevaban prisa. No miró la caja.

—Potter.

Harry esperó. Había perdido la costumbre de suponer que cada vez que lo llamaba iba a decir algo sobre el partido.

—Me dijeron lo que hiciste abajo.

No parecía querer comprobar un detalle. Harry sostuvo mejor la caja.

—Ah.

Dracenia apretó la correa de su bolsa. Por un momento dio la impresión de estar buscando una frase que no le gustaba demasiado.

—Gracias por sacarme de allí.

Lo dijo sin sonreír, pero también sin añadir algo que lo obligara a devolverle una burla.

Harry sintió la piedra bajo una rodilla con una claridad que no había buscado. Le habría gustado que darle las gracias por aquello fuera tan sencillo como devolver una pluma.

—De nada —respondió.

Malfoy asintió. Parecía aliviada de que no tuviera un discurso preparado.

—Hay otra cosa —dijo Harry.

Ella volvió a mirarlo.

—El día que hablaste con Pucey en la biblioteca. En febrero. Era yo.

Dracenia no respondió. Ron apareció al final del corredor con la bolsa al hombro y redujo el paso al ver la cara de Malfoy.

—¿Qué quiere decir que eras tú?

—Multijugos. Queríamos saber qué decían en Slytherin de los ataques.

Ron se detuvo junto a ellos.

—Higgs era yo —añadió.

Dracenia miró a uno y a otro. Harry vio el instante en que recordó algo.

—Por eso no sabían ni cuándo les tocaba entrenar.

Ron bajó los ojos. Ella sujetó mejor la correa.

—Qué idiotas.

—No debimos hacerte hablar así —dijo Harry.

Dracenia tardó en contestar.

—Si quieres preguntarme algo, hazlo con tu cara, Potter. Yo decidiré si contesto.

—De acuerdo.

—Y te di las gracias por lo de abajo. Por esto, no.

Harry asintió. No había esperado que se lo agradeciera; decirlo delante de ella resultaba bastante menos cómodo que saberlo desde su mesa.

Hermione salió del aula y se detuvo al verlos. Dracenia se acomodó la bolsa, recuperando parte de su expresión habitual.

—Flitwick dice que la base todavía gira un poco torcida —comentó, señalando la caja.

—Dice que ya no se cae.

Ella miró por fin el objeto.

—Es un avance.

Se fue antes de que Harry decidiera si aquello había sido una crítica. Hermione lo observó un instante y luego le pidió que moviera la caja: estaba tapando el lugar donde ella necesitaba ver para ayudarlo a cerrar la tapa.

Harry se la acercó. Dentro, la figura conservó el equilibrio.

CAPÍTULO 35

Una dirección a la que volver

Harry

La última práctica de Defensa no tuvo un retrato del profesor en la primera página.

Flitwick repartió cuerdas y les pidió que no se ataran nada todavía. Ron dejó la suya sobre la mesa con la prudencia de alguien que ya había visto una silla participar en el ejercicio sin haber sido invitada. La varita prestada seguía dentro de su bolsa; al terminar el curso tendría que devolvérsela a Flitwick.

—Antes de hacer un nudo —explicó el profesor—, van a mirar dónde apoya cada tramo. No quiero muñecas atrapadas ni alumnos que confundan una demostración con una prueba de resistencia.

Harry extendió la cuerda. Hermione se inclinó al mismo tiempo y los dos chocaron con las frentes.

Ron esperó a que dejaran de frotarse.

—De momento somos un adversario bastante sencillo.

Les llevó más de un intento. Harry consiguió aflojar una vuelta, pero no la que impedía retirar el brazo. Hermione tuvo que cambiar la posición para ver el cruce y Ron descubrió que tirar por reflejo podía estropear una corrección que estaba funcionando.

Flitwick los hizo repetir sin prisa. Cuando Harry quedó libre, no levantó el brazo para que todos lo vieran; dejó la cuerda y se puso a explicar a Ron lo que él no había podido ver desde su sitio.

Al terminar, Hermione comprobó sus notas.

—Ahora sí está.

Harry miró el dibujo. Había flechas, una corrección y la explicación que habían querido encontrar meses atrás.

—Préstamelo cuando llegues a casa.

—Te lo puedo copiar antes.

—No hace falta que lo hagas tú. Lo copio yo y me dices si dejé algo mal.

Hermione le acercó la hoja. Ron pidió que dibujara la cuerda sin que pareciera una serpiente. Harry la miró un momento y tuvo que reconocer que se había complicado más de lo necesario con las curvas.

Durante las últimas semanas hubo exámenes, quejas sobre exámenes y un calor impropio para la cantidad de tinta que todavía debía mantenerse sobre el papel.

Harry salió de Transformaciones convencido de haber olvidado una parte. Hermione quiso comprobar cuál y él tuvo que describirla con tanta precisión que acabó recordando la respuesta. No servía para cambiar lo que había escrito.

Ron se sentó en el primer escalón del patio.

—Podemos dejar de examinarnos entre nosotros hasta mañana.

Hermione abrió la boca, vio la expresión de ambos y guardó la lista.

Fueron al lago con Neville y Ginny. Habían terminado las clases del día y no necesitaban pedir un grupo para cruzar todo el camino. Harry notó la diferencia al llegar a la hierba: no había contado cuántos venían detrás hasta darse cuenta de que estaba a punto de hacerlo.

Neville había conseguido que una planta de hojas gruesas sobreviviera al transporte desde el invernadero. La llevaba para enseñársela a otro alumno y se negó a dejar que Ron comprobara si se cerraba al tocarla.

—No se cierra. Se rompe.

Ron retiró el dedo.

Ginny llevaba una hoja en blanco. Quería dibujar el lago para Colin, que todavía se cansaba si pasaba demasiado tiempo fuera. Harry le prestó su caja de lápices y se acostó sobre el abrigo.

El viento llevaba olor a agua y a tierra caliente. Desde allí alcanzaba a ver el reflejo del castillo roto por pequeñas olas. El abrigo se le había arrugado debajo de un hombro y la hierba le rozaba la mano que había dejado fuera. Cerca, Ginny sujetaba una esquina de su hoja con la caja de lápices; Hermione tenía otra apoyada sobre las rodillas y el viento levantaba el borde cada vez que dejaba de sostenerlo. Una criatura asomó a lo lejos y volvió a hundirse sin interesarse por ellos.

Harry tardó en descubrir que llevaba varios minutos sin escuchar las paredes.

No tenía que hacer nada con aquella tarde. Podía estar tumbado mientras Ron discutía con Neville sobre lo que era una planta interesante y Hermione trataba de impedir que una hoja suelta acabara en el lago.

Ginny le devolvió un lápiz mordido. Aseguró que ya estaba así cuando lo tomó.

Harry miró la marca.

—Éste era de Ron.

—Entonces sí —dijo su amigo—. Ya estaba así.

Hooch autorizó una práctica de vuelo antes de que cerraran el material del curso.

Ron la había solicitado una semana antes. La profesora lo puso con otros alumnos que necesitaban repasar las salidas, las vueltas y el descenso. Harry podía usar una parte del campo mientras no cruzara sus recorridos.

Wood llegó con un papel lleno de posiciones. Hooch lo miró antes de permitirle sacar la varita para usarlo de señal.

—Una práctica, señor Wood. No va a convertir a los principiantes en una defensa suplente.

Wood guardó el papel con expresión de no haber considerado nunca algo semejante. Harry montó en la Nimbus antes de que intentara explicarlo mejor.

El mango se acomodó entre sus manos. Al subir, los ruidos del suelo se separaron: una orden de Hooch, Ron diciendo que ya iba, la risa de alguien que había conseguido dejar de girar sobre sí mismo. El abrigo se le agitaba a la espalda. El aire se metía por los puños; tuvo que entornar los ojos detrás de los lentes antes de distinguir a los que seguían abajo. Harry pasó por encima del área permitida y frenó antes de llegar al otro extremo.

Había estado en el aire desde que le devolvieron la escoba. Aquel día, sin un partido al que llegar ni una criatura detrás, pudo darse cuenta de cuánto le había faltado.

Wood le hizo una señal. Harry bajó hasta oírlo.

—Si vuelves a cerrarte hacia dentro antes de mirar, te va a pasar otra vez.

No necesitó preguntar qué vez. Recordó a Malfoy conservando una línea que él había creído poder quitarle y la Snitch cambiando de altura.

—Lo vi tarde —admitió.

—Pues vuelve a hacerlo. Esta vez sin una Bludger decidiendo por ti.

Harry remontó. Miró el sector antes de inclinarse y dejó espacio para corregir. No estaba rehaciendo el partido; nada de lo que hiciera allí cambiaría el doscientos diez a noventa. Aquello hizo que la repetición le gustara más. Podía aprender sin tener que ganar hacia atrás.

Cuando aterrizó, Ron estaba acercándose al suelo con una concentración feroz. La escoba dio un pequeño tirón al final. Él corrigió y apoyó ambos pies.

Hooch le indicó que repitiera la salida otro día, cuando hubiera una nueva autorización. Ron se apartó con la escoba de prácticas y una sonrisa que tardó en admitir.

—No es la número nueve —dijo.

—Ya vi.

—Ésta se queja menos al frenar.

Harry miró el mango viejo.

—A lo mejor esta vez la estás haciendo bien.

Ron lo empujó con el hombro mientras volvían a guardar el material.

La última cena llegó antes de que Harry terminara de encontrar un lugar para todas sus cosas.

Había descubierto que un baúl podía llenarse más con apuntes que con libros. Hermione se negó a tirar dos hojas porque Harry dijera que eran de enero; Ron consideró que eso era una manera bastante sencilla de resolver el problema y no consiguió convencerla.

Bajaron juntos al comedor. Los relojes de las casas estaban a la vista, con los puntos ganados y perdidos durante el curso. Ron se detuvo a mirarlos, pero no hizo una cuenta nueva de lo que habría pasado si su último partido hubiera terminado de otra manera.

Dentro olía a pan caliente. Alguien había encantado los servilleteros para que se abrieran como pequeñas flores al retirar la tela; el de Seamus se cerró antes de tiempo y se quedó prendido de un extremo. Neville lo ayudó a soltarse mientras fingía que no era especialmente gracioso.

Harry miró hacia la mesa de profesores. El lugar que antes ocupaba Lockhart tenía ahora un recipiente de agua. Flitwick apartó una copa que le tapaba la vista y se sentó con una satisfacción corriente, como si terminar el curso también pudiera cansar a alguien tan pequeño.

Dumbledore habló de los alumnos que habían vuelto y de los que aún necesitaban cuidados. Dio las gracias al personal que se quedó trabajando mientras los demás intentaban dormir, a quienes escucharon avisos y a quienes aceptaron corregir una respuesta. No describió la Cámara ni convirtió a una niña en un ejemplo delante de todos.

Harry se dio cuenta de que no estaba esperando que pronunciaran su nombre.

Después llegaron las fuentes. Ron le pasó las papas antes de servirse; Hermione intentó conservar un espacio para el postre y acabó tomando una segunda porción de lo mismo. Nick atravesó la pared del fondo, vio a Colin sentado otra vez entre sus compañeros

y se quedó cerca de aquella mesa, charlando con una dignidad que no le duró hasta que alguien preguntó cuánto había tardado en recuperar el brillo.

Harry rió hasta tener que dejar el vaso. No iba a recordar todas las palabras de aquella cena, y por primera vez no le pareció que estuviera perdiendo una prueba.

A la mañana siguiente encontró a Hagrid junto al camino de la estación.

El guardabosques ayudaba a un alumno de primero a colocar una caja que se inclinaba sobre el carrito. En cuanto acabó, llamó a Harry y a sus amigos. Les preguntó si llevaban todo, con una seriedad que Ron consideró injusta viniendo de alguien capaz de olvidar dónde había puesto una criatura del tamaño de un armario.

No lo dijo hasta que Hagrid empezó a reírse de otra cosa.

Harry se quedó un momento detrás de los demás.

—Aquella serpiente —empezó.

Hagrid lo miró sin acercarse más.

—La oí. Al final. No me hizo sentir…

Harry buscó la palabra. Mejor era cierta y no bastaba. Seguro tampoco describía el instante en que dejó de golpear el agua.

Hagrid esperó.

—No me gustó oír que se acababa —consiguió decir—. Aunque quería que se detuviera.

El guardabosques miró hacia los árboles del otro lado del camino.

—No tienes que alegrarte de todo para saber que había que salir de allí.

Harry bajó los ojos a la grava. No había pensado que necesitara permiso para sentir aquello, pero pudo volver a respirar sin buscar una explicación mejor.

Hagrid le puso una mano en el hombro.

—Escríbeme. De cosas normales también. No esperes a tener algo que me vaya a quitar el sueño.

Harry prometió hacerlo. Se despidió sin mirar hacia la cabaña como si aún le debiera una última pregunta.

En el tren encontraron un compartimiento con una ventana que no quería subir del todo. En los asientos se marcaban las correas de las bolsas que acababan de retirar, y del pasillo llegaban ruedas pequeñas golpeando las juntas del suelo, despedidas y voces que llamaban a quien se había quedado dos puertas más atrás. Harry apoyó su bolsa donde alcanzaba a tenerla entre los pies. Ron ya tenía las dos manos sobre el marco.

Ron intentó empujarla. Hermione le pidió que esperara a que dejara la bolsa; Harry miró el cierre, vio el borde torcido y lo acomodó antes de usar la varita. La ventana quedó en su sitio sin desprenderse.

—Excelente —dijo Ron—. El próximo curso podemos dar nosotros las clases.

—Primero tendrás que entregar la tarea de vacaciones —respondió Hermione.

—Aún no son vacaciones.

—Pues todavía tienes tiempo para empezar.

No empezó ninguno de los tres.

Cuando el castillo dejó de verse, Harry abrió el cuaderno azul. Las fotografías seguían guardadas entre las hojas. Su madre

levantó la vista desde una de ellas y volvió a reír con alguien fuera del marco. Harry se quedó mirándola hasta que Ron le preguntó si quería algo del carrito.

Quería. También quería quedarse con el cuaderno abierto, sin tener que escoger una cosa en lugar de la otra.

Durante el viaje hablaron del curso siguiente, de las asignaturas que tendrían que preparar y de las cartas que iban a escribirse. Hermione sacó una lista, pero fue Ron quien le pidió una copia: no pensaba enterarse de una fecha de regreso cuando Percy ya llevara una semana explicándola.

Harry escribió la dirección de su casa antes de que se la pidieran. No era una dirección nueva ni había mejorado el cuarto donde iba a leer. Lo que había cambiado cabía en la forma de entregarla: Ron la guardó junto a la suya; Hermione comprobó el número y añadió que avisaría antes si su familia viajaba.

Al acercarse a Londres, Harry volvió a acomodar las fotos. Debajo había espacio suficiente para las hojas copiadas de Defensa y un dibujo que Ginny le había dejado al despedirse.

Ron lo retó a una partida corta. Hermione dijo que ninguna de sus partidas era corta y se quedó mirando de todas maneras. La torre con una esquina rota protestó por el borde de la mesa. Harry le hizo sitio sin intentar repararla allí.

Ganó Ron. Harry estuvo más cerca de lo habitual y exigió que eso constara antes de que su amigo empezara a explicar la jugada.

En el andén, Hermione encontró a sus padres primero.

Los llamó con una mano mientras mantenía la otra sobre el carrito. Se volvió para abrazar a Ron y después a Harry. Ninguno tuvo tiempo de hacerse el distraído.

—Escriban —les dijo.

—Nos acabas de dar una lista —respondió Ron.

—La lista no es una carta.

Harry prometió que lo haría. No añadió que sería cada semana si no sabía cómo iban a ser todas sus semanas; escribiría cuando tuviera algo que contar y también cuando sólo quisiera saber de ellos.

La señora Weasley lo abrazó antes de que consiguiera saludarla. Le preguntó si lo esperaban al otro lado y Harry dijo que sí. Había recibido una nota de Petunia, breve, con la hora correcta. Su tía había subrayado que llevara la jaula cerrada.

Ron se quedó junto a él hasta que terminaron de pasar los mayores.

—No hace falta que esperes a tener noticias importantes —dijo, mirando el cuaderno que asomaba de la bolsa de Harry.

—Tú tampoco.

Su amigo sonrió y levantó una mano antes de ir con su familia.

Harry cruzó la barrera con el carrito. Encontró a Petunia cerca de una columna, mirando a todos lados como si el propio andén pudiera ponerse a hacer algo inconveniente. Al verlo, comprobó la jaula, el baúl y el pelo, en ese orden.

—Tu tío está esperando en el coche.

Harry asintió. No iba a intentar explicarle el curso entre personas que buscaban sus trenes.

Avanzó a su lado, con Hedwig despierta y la bolsa apoyada sobre el baúl. Llevaba libros, tarea, una escoba que volvería a usar y un cuaderno lleno de cosas que no tenía que esconder de sus amigos. El trayecto hasta la salida era el mismo. Esta vez sabía a quién escribir cuando llegara.

CAPÍTULO 36

De vuelta en casa

Dracenia

La cortina de su habitación se enganchó en la esquina de la maleta cuando Dracenia intentó abrirla.

Tiró de la tela, molesta. La ventana llevaba toda la tarde abierta y alguien había colocado el equipaje demasiado cerca. Estuvo a punto de llamar a Dobby; el nombre le llegó hasta la boca antes de que recordara por qué no iba a contestar.

Apartó la maleta ella misma. El fondo raspó la alfombra antes de quedar libre de la cortina. La tela volvió a caer junto a la ventana y Dracenia mantuvo la tapa apartada de la cortina; dentro, la ropa había quedado apretada contra un extremo.

En el jardín se movían las últimas sombras. Habían llegado poco antes de que oscureciera y la casa olía a madera encerada y a las flores que su madre insistía en cambiar antes de que perdieran los pétalos. Su habitación estaba limpia. Demasiado limpia para la cantidad de cosas que acababa de llevarle desde el colegio.

Dracenia abrió la bolsa y sacó los libros. Los puso sobre la mesa, en un orden que no pensaba permitir que nadie cambiara durante la cena. El cuaderno verde quedó encima, con una hoja de Pansy entre las páginas.

Su amiga le había escrito la dirección de la casa donde pasaría parte de las vacaciones. Debajo añadió que, si Dracenia quería que

le contestara, no debía empezar corrigiéndole la forma de doblar la carta.

Dracenia había encontrado aquella observación bastante injusta. Pansy cerraba los sobres como si temiera que las esquinas se escaparan. Aun así, guardó la dirección sin añadir nada al margen.

El año no había terminado con Pansy olvidando lo ocurrido. Habían vuelto a sentarse juntas, a discutir tareas y a tener cosas que contar sin que cada conversación acabara en el diario. Algunas preguntas seguían haciendo que su amiga la mirara dos veces antes de contestar. Dracenia había empezado a reconocer cuáles.

No siempre le gustaba.

Dejó la bolsa vacía junto al armario y abrió el cajón del escritorio.

Había papel, una caja con sellos y el lápiz que perdió durante Navidad. El fondo se veía con absoluta claridad. Dracenia lo miró más tiempo del necesario para comprobar que nadie había puesto un libro allí.

Después guardó el lápiz con los otros y dejó el cajón abierto mientras ordenaba.

Su madre llamó antes de entrar.

Traía la ropa que había dejado en casa durante el curso, doblada sobre un brazo. Sobre la cama seguían las prendas que Dracenia había sacado de la maleta, con el olor del colegio prendido a los pliegues. En la mesa había sitio para los libros, pero la silla quedaba llena. Dracenia reconoció un vestido que no pensaba volver a ponerse ni aunque hubiera encogido de la forma correcta.

—Ése no.

Narcissa lo separó de los demás.

—Primero tendrás que probártelo.

—Primero tendría que gustarme.

Su madre la miró y acabó dejando escapar una risa breve.

—Eso ya lo sabía cuando lo traje.

Se sentó junto a la cama. Dracenia tomó un suéter para comprobar la manga; le quedaba más corta. El suéter seguía teniendo la misma suavidad. Le desagradó que una prenda pudiera cambiar de tamaño aparente después de haberle permitido decidir que era la más cómoda. Narcissa sostuvo las otras prendas sobre las rodillas, separando las que Dracenia iba dejando encima de la cama para que no se mezclaran con las recién llegadas.

Narcissa no llamó a nadie para que se llevara el montón. Esperó a que su hija terminara de separar lo que quería conservar.

—Tu padre está abajo.

Dracenia dobló el suéter por la mitad.

—Ya lo vi.

Lo había visto en la estación y durante el regreso, atento a las personas que se acercaban y a las preguntas que nadie necesitaba hacer delante de ella. Había conseguido que una parte de la conversación volviera a tratar de sus notas antes de que terminara el viaje. Dracenia le contó la de Encantamientos primero.

Su madre recogió una manga que había quedado en el suelo.

—Pensabas bajar a buscarlo.

—No tengo que hacerlo ahora mismo.

—No.

Dracenia miró la mesa. Entre las hojas que trajo del colegio estaba la que Flitwick le devolvió después de revisar el dibujo del péndulo. Había una corrección del profesor junto a las suyas. El

problema no había quedado perfecto porque ella decidiera terminarlo.

—No quiero hablar otra vez del Ministerio.

Narcissa siguió la dirección de su mirada.

—Puedes decirle eso.

Dracenia apretó el suéter.

—Cuando yo pregunto, sí quiero que me conteste.

Su madre no sonrió como si la hubiera sorprendido siendo razonable.

—Yo también.

La respuesta hizo que Dracenia volviera a mirarla. Narcissa dejó la ropa que ya no le quedaba sobre la silla.

—No sabía todo lo que podía hacer el libro. Sí sabía de dónde venía. Si me preguntas, ésa seguirá siendo mi respuesta.

Dracenia bajó los ojos a sus manos. Durante mucho tiempo había querido encontrar una diferencia que dejara a uno de sus padres del lado donde todo había sido como debía. Su madre no se la ofrecía ni siquiera estando a solas.

—No quiero que todos estén hablando de nosotros.

—Lo sé.

Narcissa le apartó un hilo del puño.

—Aquí no vamos a invitar a nadie para que escuche tus preguntas.

Dracenia dejó de apretar la lana. No era lo mismo que prometerle que no volvería a tener miedo. Su madre se levantó y le dijo que bajara cuando hubiera guardado lo que no quería encontrar debajo de las mantas al acostarse.

La biblioteca tenía una lámpara encendida junto al escritorio.

Lucius estaba leyendo. No había apilado los papeles con la limpieza habitual; una de las cartas tenía notas al margen y un sello que Dracenia ya conocía. Su padre alzó los ojos cuando ella se detuvo en la puerta. La lámpara dejaba el resto de los estantes en sombra; desde la entrada se veían sobre todo los lomos más cercanos al escritorio y el borde de los papeles bajo la mano de Lucius. En el silencio de la biblioteca, el roce de una hoja se oía con claridad. Dracenia llevaba el cuaderno contra el costado, lo bastante apretado para notar la esquina a través de la ropa.

—Pensé que estarías deshaciendo la maleta hasta mañana.

—Hay gente que se lleva demasiadas cosas. No soy yo.

Él miró el cuaderno que llevaba bajo el brazo.

—Por supuesto.

Dracenia se acercó. El sitio donde él había colocado el diario el verano anterior estaba ocupado por una bandeja de correspondencia. La reconoció antes de sentarse.

Su padre siguió su mirada y apartó la bandeja, no para esconderla, sino para hacerle lugar.

—¿Quieres enseñarme algo?

—Después.

Lucius dejó la pluma. Dracenia miró el sello del papel que tenía más cerca.

—¿Ya pagaste?

Su padre tardó un instante en responder.

—La sanción, sí. Las comprobaciones continúan.

—¿Van a venir aquí?

—A revisar los objetos que he declarado. No tu habitación. No tus cartas.

Dracenia rozó el lomo del cuaderno. Había imaginado desconocidos abriendo cada cajón de la casa mientras alguien les contaba lo que ella no recordaba.

—¿No pudiste impedirlo?

Lucius la observó sin fingir que no había entendido la pregunta.

—Conseguí que se limitara lo que iban a retirar antes del examen. Y que aceptaran resolver la entrega del diario con la sanción y las condiciones que leíste, en lugar de llevar esa parte a una vista. Hablé con personas que quisieron escucharme.

Dracenia reconoció el tono: no iba a darle sus nombres para que los repitiera después. Era la manera de hacer cosas que siempre había admirado.

—Entonces arreglaste una parte.

—Una parte.

Él miró el escrito antes de continuar.

—El objeto sigue incautado. No puedo recuperarlo ni pedirle al colegio que retire mi nombre de lo ocurrido. El acuerdo no dice que fuera seguro dártelo.

Dracenia dejó de tocar el cuaderno.

—Yo no les voy a decir que sabías lo que iba a hacer.

—No te lo he pedido.

—Pero no lo sabías.

Lucius sostuvo su mirada.

—No.

Le habría gustado quedarse allí. Defenderlo de algo que no había hecho era mucho más fácil que sentarse delante de lo que sí.

—¿Y si yo no hubiera escrito a mamá?

Su padre dejó la mano plana sobre la carta. No respondió con un resultado que pudiera comprobar.

—Habríamos tardado más en entenderlo.

Dracenia miró las líneas de su cuaderno. Una parte de ella seguía esperando que él hubiera tenido otra manera preparada desde el principio.

—No quiero que vuelva a pasar.

Lucius se levantó y se sentó en la silla de al lado. Ya no tenía el escritorio entre ambos.

—Yo tampoco.

Dracenia se quedó mirando la manga de su abrigo. Sabía cuánto lo había necesitado junto a la cama. Le molestó no poder enfadarse sin seguir queriendo que acercara la silla exactamente así.

—Si me das algo que no conozco, voy a preguntarle a otra persona.

Su padre bajó los ojos al cuaderno.

—Espero que escojas a alguien que sepa responder.

—No te voy a preguntar a ti a quién.

Lucius volvió a mirarla. Dracenia sintió el impulso de levantarse antes de que lo tomara como una insolencia.

Él tardó unos segundos en asentir.

—Tendrás que escogerlo tú.

La frase no le devolvió todos los recuerdos. Tampoco hizo que su padre pareciera pequeño. Dracenia dejó el cuaderno sobre el escritorio, junto a su mano, sin entregárselo todavía.

En la cena, Lucius le preguntó por la Nimbus.

Dracenia empezó a contarle un giro que había repetido al final del curso. Hooch le permitió practicar después de que recuperara las fuerzas y Flint se quejó de que llegara a buscar el campo cuando ya quería guardar las cajas. No había vuelto para demostrarle que podía volar sin comer ni dormir; Pansy se encargó de decírselo con una falta de tacto que Dracenia aún pensaba reprocharle.

Su padre escuchó la descripción del giro.

—Podemos dejar despejado el campo de atrás durante las mañanas. Tendrás espacio para repetirlo.

A Dracenia le gustó que pudiera ofrecérselo. No iba a fingir que habría preferido entrenar entre árboles torcidos para sentir que la escoba era más suya.

—Con algo que tenga que buscar. No sirve si sé de dónde va a salir siempre.

—Lo veremos.

Narcissa levantó la vista del plato.

—Después de desayunar.

—Puedo comer antes.

—Ésa es la idea.

Dracenia quiso discutir el horario y descubrió que estaba sonriendo. Siguió queriendo practicar antes de que hiciera calor; no encontró necesario convertir aquella diferencia en un desacuerdo importante.

Al servir el siguiente plato pensó otra vez en Dobby. No porque lo hubiera preparado mejor que los demás, sino porque habría estado al alcance de una llamada y ella jamás se había preguntado si quería oírla.

El resto de la casa seguía funcionando como antes. Dracenia pidió que le cambiaran un vaso manchado y esperó a que lo

hicieran. No se descubrió capaz de explicar, durante una cena, todo lo que debía pensar sobre eso.

Sí retiró la mano de la campanilla cuando vio que la persona a la que iba a llamar estaba ocupada al otro extremo de la mesa.

La carta de Dobby estaba entre las hojas de Pansy.

Le había llegado a Hogwarts la última semana. Dracenia la guardó después de leerla, demasiado consciente de las otras niñas alrededor para dejarla abierta sobre la cama. Ahora la puso bajo la lámpara.

El elfo escribía con letras de tamaños distintos. Había encontrado trabajos cortos, uno de ellos en una tienda donde tuvo que explicar que quería que le pagaran. La primera persona no aceptó. Otra sí. No tenía un empleo para todo el año y no parecía haber confundido aquella incertidumbre con una razón para volver.

Contaba también que había comprado un botón equivocado. Le pareció muy grande una vez que intentó coserlo y decidió conservarlo de todas maneras. Al final preguntaba si Dracenia seguía queriendo recibir cartas durante las vacaciones.

No pedía permiso para escribirle a otras personas.

Dracenia buscó una hoja. Empezó con una observación sobre la forma del sobre y la tachó antes de llegar al final. La dirección de Pansy asomaba debajo del codo.

Escribió la de su casa, con la indicación de que la respuesta debía ir a su nombre. Añadió que iba a entrenar por las mañanas y que el botón podía descoserlo sin tener que tirarlo. No le dijo dónde conseguir otro. Dobby había sabido comprar uno sin ella.

Se quedó mirando la página. Luego agregó que había recibido su carta y quería que siguiera escribiendo.

Al terminar oyó una puerta en el corredor. La mano se le quedó quieta sobre el papel durante un instante. Miró hacia la entrada hasta reconocer la voz de su madre hablando con Lucius.

La casa seguía allí. La lámpara no se había apagado. Bajo la pluma estaba su propia letra, sin otra respuesta escondida.

Dracenia guardó la carta en un sobre y escribió el destino que Dobby le había dado. La enviaría por la mañana.

Su padre pasó a verla antes de acostarse.

Se detuvo junto a la puerta abierta. Dracenia había terminado de guardar los libros; el cajón seguía abierto porque todavía no encontraba un lugar para la caja de sellos.

—Tu madre dice que mañana no habrá visitas —dijo Lucius—. Tienes el día.

Dracenia miró la ventana. El campo no se veía desde allí, pero sabía dónde terminaba la parte plana del jardín y a qué hora empezaba a darle el sol.

—Voy a volar.

—Después de desayunar.

Ella hizo un ruido de impaciencia que no logró parecer del todo convincente.

Su padre sonrió. Después señaló el cuaderno verde.

—Dijiste que querías enseñarme algo.

Dracenia lo tomó de la mesa. La cubierta se abrió por la página que había marcado antes del viaje, con las correcciones de Flitwick y tres intentos suyos de arreglar el mismo problema.

Durante un momento recordó la mano de Tom sujetando un borde que ella quiso empujar. Bajó la mirada a sus dedos. Podían apartarse. Los movió para alisar la hoja.

Lucius esperó junto a la silla, sin extenderle una mano impaciente.

—La última vez me preguntaste qué más tenía que mirar —dijo Dracenia.

Su padre se acercó para ver el dibujo.

Ella señaló el espacio donde el péndulo rozaba antes de completar el movimiento. Lo había encontrado a solas, en la enfermería, y después tuvo que comprobarlo con la pieza de verdad. No era una respuesta que le hubieran escrito debajo de la suya.

—Aquí lo estaba haciendo mal.

Lucius miró la corrección. Empezó a decir algo y ella alzó un dedo, como hacía él cuando quería que lo dejaran terminar.

—Espera. Primero quiero enseñarte lo que probé.

Su padre se sentó. Dracenia acomodó la silla junto a la suya, le acercó el cuaderno abierto y empezó a explicárselo.